

GONZALO SUÁREZ

CIUDADANO

SAD E



Lectulandia

A la sombra del Siglo de las Luces crece un hombre cuya memoria llega agigantada hasta nosotros y cuyo nombre designa una tendencia básica de la naturaleza humana: el sadismo.

Genio o criminal, o ambas cosas, el Marqués de Sade culmina su vida de libertinaje con el desenfreno de su obra. Su pensamiento, único por diferente, liberador por excesivo, es el detonante de su comportamiento escandaloso, salvaje y obsceno, espejo de su tiempo.

La fuerza psicológica de sus personajes y las fascinantes imágenes de esta novela, esculpida con vigorosa prosa, hacen de la lectura una emocionante experiencia vital.

Gonzalo Suárez

# Ciudadano Sade

ePub r1.0

Titivillus 15.05.2023

Gonzalo Suárez, 1999

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## NOTA DEL AUTOR

*AL DECIR de Sade, una novela es la obra fabulosa compuesta a partir de las aventuras más extraordinarias de los hombres.* Este libro es una novela. No pretende ser una biografía ni una exegesis. La ficción se retroalimenta de la realidad tan intangiblemente que resultaría muy difícil dilucidar los lindes. Todo aquel que quiera recabar datos o cotejarlos puede husmear el reguero de tinta, mayor que el de sangre, provocado por obra y vida de Sade después de muerto, prestando especial atención a las excelentes biografías del marqués escritas por Maurice Heine, Gilbert Lely, Jean-Jacques Pauvert o Maurice Lever.

Pero el que prefiera convertir su intuición en vivencia y seguir la peripecia de un pensamiento excesivo puede aventurarse sin más pertrechos en las páginas de este libro, en el que cualquier parecido con hechos y personajes, tal como fueron o acontecieron, no es mera coincidencia.

G. S.

La sombra mata el reflejo y revela el fondo.

LA PEZUÑA troncha briznas, la herradura araña tierra. La capa fustiga la grupa. Las piernas ciñen los flancos. El calor azota el rostro. Marais cabalga. Acude a la llamada de una dama, y no es una cita de amor.

Marie-Madeleine Masson de Plissay, hija de un consejero del rey y esposa del presidente honorario de la Cour des Aides, Claude-René de Montreuil, suegra del marqués de Sade y conocida como la Presidenta, desea verlo a solas en el castillo de La Coste, residencia de su yerno y su hija Renée-Pélagie. El motivo no puede ser otro sino una nueva tropelía del marqués, al que Marais había encarcelado hace dos años, por el caso Testard, en la prisión de Vincennes, de donde saldría quince días después, gracias a la intercesión de la influyente señora que ahora requiere su presencia. No en vano se le considera el mejor policía de alcobas y prostíbulos. Sabe quién se acuesta con quién, cuándo y por cuánto, cómo y dónde. Sabe todo y mucho más. Intrigas y entresijos del libertinaje, celos y desvaríos. El inspector Louis Marais conoce la naturaleza humana y sus alrededores. Confidentes y denuncias confirman sus hipótesis y sospechas. Tiene olfato de perdiguero, oreja de zorro y obstinación de asno bretón. Sus informes deleitan a Luis XV, ese rey hipocondríaco capaz de abandonar los asuntos de Estado para meterse en la cama por un vulgar catarro.

En ocasiones, el inspector lee sus expedientes a la cabecera del enfermo imaginario, como quien cuenta un cuento a un niño antes de dormir. Pero el caso de la obrera de abanicos Jeanne Testard, a la merced del marqués de Sade, no es precisamente un cuento de Perrault.

Marais rememora, a lomos de su caballo, la voz demudada de la joven que jura decir la verdad. *Se llama Jeanne Testará, tiene veinte años y medio. Hace abanicos y va con hombres de vez en cuando. Para ella, el marqués es un desconocido de veintidós años, cinco pies y tres pulgadas, cabello castaño claro recogido en redecilla, tez blanca y algo picada de viruela, gabán azul de cuello y bocamangas rojas con botones de plata. Le ofrece dos luises de oro por una noche, y ella acepta. La conduce, escoltado por su criado, a una*

*casa aislada. Se encierra con ella, bajo llave y cerrojo, en una habitación donde hay látigos de colas, cristos de marfil y una estampa de la virgen, entre imágenes indecentes. Ella se asusta y advierte que está embarazada. Él le pregunta si cree en Dios. Ella dice que sí. Y Sade comienza a proferir injurias y blasfemias. Proclama que Dios no existe, que él lo ha probado masturbándose y eyaculando en un cáliz, y también cuenta que ha puesto dos hostias consagradas en la vagina de una mujer antes de penetrarla y afirma haber dicho desafiante: «¡Si eres Dios, véngate!», sin obtener respuesta ni castigo.*

Al llegar a este punto de la relación al rey, Marais se ve a sí mismo sentado al borde de la cama del monarca que, bruscamente incorporado, retiene una arcada, como si fuera a vomitar. Un paripé que pone de manifiesto su repulsa al sacrilegio. El comisario interrumpe la lectura y hace ademán de echar mano a la borla que pende del dosel, para alertar a los doctores, pero Su Majestad se repone y le insta a proseguir.

Louis Marais suelta bridas y espolea el corcel. El eco de su voz galopa con él, trepida acuciante dentro del cráneo con el redoble amortiguado de los cascos en la hierba. La percusión de pezuñas y palabras, bajo el riguroso sol, vapulea el cerebro y exacerba el recuerdo. Cuatro rostros se superponen de golpe en la memoria. La cara de terror de la joven Testard, la expresión escandalizada del rey postrado, la faz colérica de la ley en su propio semblante, y la mueca desbocada de Sade, *que descuelga dos crucifijos, tira uno al suelo y lo pisa, se masturba con el otro, ante la despavorida muchacha, a la que conmina a imitarle. Viéndola remisa, saca la espada y amenaza con traspasarla de parte a parte por sus partes. A ella no le queda más remedio que obedecer. La desgraciada pisotea el cristo caído y pronuncia monstruosas procacidades. No satisfecho, el marqués pretende que se ponga una lavativa y defeque encima de la cruz.*

La indignación retrospectiva de Marais está a punto de provocar que reviente derrengada la montura, cuyos ojos extraviados y hocico espumajeante se asemejan a la mirada de loco del marqués de Sade *que vocifera, fuera de sí, recitando y declamando, rabioso y delirante, versos obscenos y blasfemos que, para decepción del rey, no constan en el informe, ya que Jeanne Testard sólo recuerda que eran cosas impías contra la religión, insultos a Dios, a Cristo, a la Virgen, leídos al parecer en un libro que no ha sido hallado en el lugar de los hechos y del que, por tanto, se desconoce el autor.*

Las crines erizadas y el sudor del pelaje hacen que el jinete modere la marcha. Viene de Bonnieux, cuatro kilómetros al este de La Coste. El castillo se alza a más de trescientos metros y uno de los valles que lo circundan es conocido por el poco oportuno nombre de El Caballo Muerto. No ha tomado la precaución de hacer un alto al vadear el río y ahora el terreno se ha vuelto abrupto y empinado, inhóspito para el viajero que no encuentra cobijo a la precaria sombra de olivos y almendros.

En 1552, los católicos habían asaltado la aldea fortificada de La Coste y, a pesar de la capitulación, hombres y niños fueron acuchillados y las mujeres libradas a la lujuria de los soldados. Un apropiado precedente histórico para un marqués ateo y libertino, a quien los lugareños seguían pagando tributo de grano, legumbres, nueces y aceitunas.

Al inspector Marais estos pormenores le traen sin cuidado. Es sólo un policía de costumbres, cuya única misión consiste en preservar la moral sin atenerse a privilegios ni excepciones. Nobles o villanos, damas o ramera, clérigos o militares, actrices o matronas, alta alcuña o baja estofa, eran carne de delito. Cuestión de dinero u ocasión, cuando no resultado de insensatas pasiones o aburrimiento cortesano, la corrupción florecía en Francia. El deber de Marais era tener al corriente al rey, con independencia de la justicia ordinaria, para evitar que ningún escándalo quedara impune.

La levedad de la pena impuesta al marqués de Sade por el asunto Testard ofendía la conciencia de este adalid de la virtud, y constituía un execrable ejemplo para la nación. Pero Mme. de Montreuil espera, y él no debe perder los estribos, nunca mejor dicho. Tiene que comportarse como un experto profesional a quien ningún vicio saca de quicio y ningún crimen altera, sólo así podrá afrontar con buen temple las nuevas contingencias que, sin duda, le aguardan entre los muros de La Coste. Respira hondo el olor de la campiña provenzal, tratando de dejar atrás la estela del recuerdo, que todavía colea. Las palabras preceden a las imágenes y se cuelan insidiosas en su mente. La joven declara cómo Sade le propuso que lo azotara con filamentos al rojo vivo, previamente expuestos al fuego. Inicuo proceder que troca el dolor propio en placer. *Ella se niega*. Reveladora renuncia de la víctima a trasponer los papeles. También se opone, según su testimonio, a ser penetrada analmente, aunque Marais sospecha que miente. Por ingenua malicia legalista, Jeanne Testard prefiere incurrir en perjurio a confesarse cómplice de sodomía. *Peccata minuta*. La flagelación y la sodomía, prácticas frecuentes en los burdeles, no revisten la gravedad de las invectivas sacrílegas, que hubieran podido costarle a Sade incluso la vida, de no pertenecer a la nobleza. No se

trata sólo de un arrebató infantil contra la religión, sino ante todo de la demostración perversa de un ser nacido para el mal. El policía sabe discernir los móviles del placer y la rebeldía, de la ambición o la desesperanza, de la venganza y de la frustración, pero todavía desconoce el secreto del teatro fuera del teatro, como expresión desmesurada de la vida. Y de la muerte. Y eso le exaspera por incomprensible y convierte a Sade en una incontrolable amenaza a su integridad. En cierta manera, cuando Jeanne Testard llama a su puerta, trae consigo la ponzoña fatal. Es como el cebo de un anzuelo invisible en el que Marais puede quedar prendido, sin él saberlo, el resto de su existencia. Apenas le falta un paso más para entrar en las coordenadas de un destino inexorable que no es el suyo. Todavía es tiempo de rectificar. Basta regresar a Bonnieux, donde ha dejado el coche y la escolta que, vía Avignon, lo llevará a París. Algo intuye. Su instinto lo avisa. Y, de pronto, patas tiesas y orejas enhiestas, la exhausta cabalgadura se detiene en la pedregosa cuesta.

Un casi imperceptible rumor llega a su oído. Se apea al pie de un escuálido arroyo que, oculto bajo enmarañada vegetación, se descuelga por el resquicio de las rocas. Empapa el pañuelo y se humedece la cara. El cauce profundo y angosto, entre piedras, no permite el acceso al morro del caballo. Marais se encarama a un peñasco y llena pacientemente el sombrero en el exangüe manantial. Tras dar de beber al animal y mojarle el cuello y la grupa, recapacita. Han transcurrido dos años desde que encarceló al marqués y, a estas alturas, sus obsesiones y aprensiones resultan pueriles. No es ningún pusilánime. Por otra parte, siente un irreprimible deseo de vérselas con Mme. de Montreuil, cuya inteligencia y fuerza de carácter son proverbiales. Desistir ahora, cuando queda poco trecho, sería una estupidez.

Con súbita determinación, sacude el sombrero y se lo encasqueta. Monta de nuevo y reemprende el camino, cuesta arriba. Conforme sube, el sol baja. El aire se vuelve más aromático y ligero, y el caballo, impaciente, hasta trota en los repechos.

Las encinas suplantán, con su follaje verde plomizo, a los olivos y almendros. Al llegar a un recodo, el viajero se adentra por un sendero escarpado, antigua vía de galos y romanos, que repentinamente queda flanqueado por murallas, legado de las fortificaciones de antaño, que se tragan intermitentemente al jinete y al caballo. Marais se pone en pie sobre las espuelas para asomar la cabeza por encima de un bastión, mellado por el tiempo o las batallas, y descubre de sopetón la recia silueta del castillo fortaleza de La Coste en lo alto del rocoso picacho. Retiene la brida y contempla impresionado la aparición. Tarda en advertir que, ante sus narices,

una mantis religiosa se yergue hierática en el muro. Su afilado perfil, tocado con capirote puntiagudo, se alza sobre zancas articuladas. Si el policía hubiera sido entomólogo, habría precisado que no se trata de una mantis sino de una empusa. Tanto da. El prodigio no es menor. La mantis o empusa cobra por su mayor proximidad una dimensión óptica que equipara su tamaño al del feudo del señor de Sade.

El efecto hipnótico falsea las proporciones y la imagen del castillo se difumina, poco a poco, hasta desaparecer fagocitada por la presencia, en primer término, del monstruoso ser, cuyo vientre oblongo se arquea hasta el dorso. Entre los ojos globulosos brota un asta de alabarda. Las patas dentadas, en actitud rogativa, son garfios dispuestos para desgarrar y triturar, un escalofriante instrumento de tortura. El arpón, afilado como una aguja, se apresta a ensartar la presa. Toda una advertencia que el policía desacata. Menospreciando el tamaño del feroz centinela, que mantiene la inmovilidad de un tallo que la brisa no doblega y ha adquirido, por mimesis, el color de la piedra, el inspector desavisado no acierta a entender que el peligro no proviene del aguijón, sino de la visión, sin mirada, del diminuto animal que aniquila toda perspectiva, abarcando convexa el paisaje, en el que Marais y su caballo pasan a ser sólo fragmentos inanimados que pululan en un océano de luz, descompuesta en miradas de fugaces destellos sin sombra ni relieve. No es ya él quien ve y ordena los elementos en el espacio, sin contornos ni límites, que lo envuelve. Es, por el contrario, el entorno entero el que lo mira e ignora, como si no existiera. Terrorífica sensación que rechaza, barriendo, de un golpe de sombrero, al siniestro centinela que se ha interpuesto en su camino. Ignora que, a partir de ahora, ha quedado a la merced del primer reflejo que le devuelva apariencia e identidad. Tampoco se percata de que, cada vez que se mata a un insecto, una estrella se apaga en el universo y un destino queda tuerto.

EN EL escenario, construido en el salón, el decorado representa otro salón. Por los suelos, un lienzo medio enrollado en su raíl deja entrever un paisaje pintado. Al fondo, contra la pared, los paneles de una plaza pública y de una celda de prisión muestran, entre cordajes, sus respectivos armazones de riostra. El telón de lacio terciopelo azul permanece entreabierto.

Cerrados los postigos, la luz de las lámparas y candelabros se expande sobre los restos marchitos del último banquete, mustias flores y vino derramado. La mesa ha sido desplazada. Las sillas dispuestas en hilera. El retrato del marqués de Sade, vistiendo el uniforme de oficial de caballería, preside el desorden de la estancia.

Jacques-François Paul Aldonse, abad de Sade, tío y tutor del marqués, busca a cuatro patas bajo la mesa. Los flecos del mantel orlan sus posaderas. Sale, al fin, congestionado y se incorpora enarbolando una fusta que sugiere inequívocamente una verga de burro en celo. Deposita su hallazgo sobre una colcha desplegada en el suelo, entre otros objetos procaces y alguna prenda íntima. El gesto acuciante de Mme. de Montreuil le conmina a envolver las pruebas de la orgía, anudando con presteza las puntas de la colcha, en el instante en que Renée-Pélagie, esposa de Sade, entra presurosa.

—Mamá, el inspector Marais ha llegado —anuncia, y Louis Marais se cuela de rondón, con el consiguiente desconcierto de los presentes.

—Señora de Montreuil, señora de Sade, señor Abad —saluda ceremonioso. El Abad oculta el hatillo, llevándoselo a la espalda con culpable precipitación que no escapa a la perspicacia del policía.

—¿Se va de viaje, señor Abad? —pregunta suspicaz.

—Todos acabamos de llegar de Echauffour —interviene Mme. de Montreuil—. Mi hija y yo estábamos de vacaciones, cuando el Abad nos puso al corriente de ciertos acontecimientos que nos obligaron a venir.

Marais pasea la mirada por el destartelado salón y no puede ocultar su estupor al toparse con el tinglado teatral.

—Mi esposo lo hizo construir y yo misma he participado en sus representaciones... —explica Renée, exculpatoria.

—¿Y dónde está el marqués? —indaga el inspector.

—¡Mirad cómo lo ha dejado todo! —se lamenta la Presidenta—. Echó a la servidumbre, ¡y se fue! Os ruego que me perdonéis, estoy desolada, ni siquiera os he preguntado si deseáis tomar algo, después del largo viaje que habéis hecho por mí... ¡Os pido mil disculpas, inspector!

El talante afable y vehemente de la mujer desarma de golpe la actitud enhiesta del policía, que, con extremada cortesía, manifiesta el privilegio de ponerse a su servicio. Y, en un sesgo de vanidad, minimiza el esfuerzo realizado.

—La distancia recorrida no es tan grande para un jinete experto y un buen caballo.

—¡Pues no se hable más! —exclama la Montreuil—. Por experto que sea el jinete y bueno el caballo, ya es hora de reponer fuerzas.

Durante la cena, servida por una criada suiza, llamada Gothon, que había permanecido en el castillo a pesar de la debacle, el inspector Marais se interesa por la obra que el Abad está escribiendo sobre Petrarca y demuestra, asimismo, estar al corriente de sus investigaciones genealógicas y su amistad con Voltaire. Halagado y conmovido, el prelado corresponde recitando el soneto encontrado en la tumba de Laura, mítica antepasada de los Sade, cuyo fantasma protector vela por la familia. Mme de Montreuil le interrumpe con una risa que sorprende a Marais por su frescura.

—¡Desconfiad, inspector! Nadie de la familia Sade ha visto nunca a ese fantasma y, menos que ninguno, mi querido Abad, para quien todas las mujeres carecemos de espíritu, salvo su admirada Madame du Châtelet.

El sacerdote se sonroja y esboza una tímida protesta que la Presidenta apaga con unas cariñosas palmaditas en la espalda.

—Todo lo que mi esposo sabe de las mujeres lo aprendió de su tío —interviene extemporánea Renée-Pélagie, prolongando la turbación, no exenta de pícaro orgullo, del pobre Abad.

—Y no precisamente en su biblioteca de Saumane —apostilla la madre—, ¡ni con fantasmas familiares!

El ambiente despreocupado, en contraste con la tensión inicial, desconcierta al policía, así como la encantadora volubilidad de Mme. de Montreuil, a quien imaginaba de genio adusto, a tenor de su reputación de mujer autoritaria.

—¿Y vos? ¿Creéis que las mujeres tenemos espíritu? —le pregunta, inopinadamente, la señora de Sade.

—Mucho me temo que sí —responde Marais, y la Montreuil vuelve a la carga.

—Un experto jinete en la Corte ha debido montar fogosos fantasmas —insinúa con descaro.

—No practico en caballerizas, señora.

—Vuestra discreción os honra —insiste la dama—. Pero sospecho que un policía de costumbres tiene que estar acostumbrado a mirar debajo de las sábanas.

—Mi profesión me impide quitar la sábana a un fantasma. —Comprendo. Os contentáis con ponerle cadenas.

—Me basta oírles respirar —dice él, cansado del toma y daca. No ha venido a La Coste para someter a prueba su ingenio y el tiempo transcurre sin que sepa aún para qué le han llamado con tan imperativa urgencia. Intuye, eso sí, que está siendo concienzudamente examinado. Pero su paciencia tiene un límite, y el límite está a punto de ser sobrepasado.

—¿Respiran los fantasmas, inspector? —pregunta Renée-Pélagie.

—Continuamente.

—¿En sus tumbas? —vuelve a preguntar Renée. No ha heredado ni la brillantez ni el atractivo de la Montreuil. Hay rusticidad en sus rasgos y cierta masculinidad en sus maneras. Se explica mal que el marqués se haya casado con ella, para quien ignore que se trata de un matrimonio de conveniencia, pactado por los padres, con título contra dote en juego. El inspector sabe que Sade, a la sazón, estaba enamorado de otra.

—Los fantasmas respiran a nuestro alrededor —advierde ahíto, y su tono fúnebre impone solemne silencio. Todos simulan escuchar con morbosa curiosidad.

—No oigo nada —confiesa aprensiva Gothón.

—Yo sí —proclama Marais y, poniéndose en pie, se dirige al escenario. Entra en el salón del decorado y señala con el dedo algo oculto tras el lateral del telón. Los intrigados espectadores aguardan atentos. De entre bastidores, sale un perrazo negro que gruñe de soslayo al pasar junto al comisario y se va somnoliento.

—¡Sois el jinete con mejor oído que jamás he visto! —exclama regocijada la Montreuil, y los demás aplauden perplejos. Pero el inspector no parece muy ufano. Como ratón en ratonera, no acierta a zafarse del rectángulo de tablas que tan inadvertidamente ha pisado. Sin embargo, ningún cepo visible le

atrapa, ningún muro le detiene, ningún obstáculo se lo impide. Permanece estúpidamente adherido al suelo, incapaz de dar un paso. El descubrimiento del perro negro le ha secretamente impresionado, pero no por temor a ser mordido, ni siquiera por el tétrico aspecto del animal, sino por algo así como un olor a pelos mojados, que se abre paso hasta el olfato a través del aguarrás de los lienzos pintados y el barniz y resina de la madera, un olor que le retrotrae a Jeanne Testard, sentada en la banqueta, durante su deposición de madrugada en la comisaría, representando con cruel veracidad el papel que alguien le había asignado, en una obra macabra que no había hecho sino empezar y en la que él ahora desempeña otro personaje, tácitamente aceptado, contra su voluntad, por simple inercia profesional. La trampa es el teatro.

Se ha metido en escena por su propio pie. Demasiado tarde para escapar. Experimenta una indecible repugnancia por toda la tramoya que le rodea, palos, cuerdas y telas, diabólicos instrumentos de tortura para retorcer la realidad.

—¡Vamos, hombre! ¿Qué hacéis ahí pasmado? ¡El soufflé se enfría! —le reclama la Presidenta, y acude risueña a su encuentro. Diríase que cada paso de la mujer multiplica la distancia que separa la mesa del escenario, como en una pesadilla. Es mucho más baja de lo que parecía pero, conforme se acerca, su figura se agranda y, cuando al fin la tiene al lado, su presencia le empequeñece a él. Del brazo, lo conduce decidida hasta su silla.

—Es raro —comenta Renée—, ese perro nunca entra en casa.

—Vive en las cuerdas y está ciego —dice Gothon, compartiendo la extrañeza de su ama. El Abad no parece dispuesto a dar más pábulo al misterio.

—Yo tuve uno de la misma camada y todos son iguales, con tormenta se meten en casa —sentencia, y rebaña la crema del pastel con la cuchara antes de trincar el último bocado.

Tras la cena, Marais y Mme. de Montreuil se sientan al fondo, bajo la efígie del marqués, uniforme azul, puños y cuello rojo, que sobrevuela el salón con la mirada, desde el lienzo, al encuentro del teatro en el otro extremo. Los otros se han retirado, y el inspector sigue teniendo la inquietante sensación de estar en el escenario. La Presidenta alza la vista al retrato.

—Donatio ha tenido la osadía de traerse una actriz de París, ¡aquí!, ¡a casa!, aprovechando la ausencia de Renée... —la indignación retenida reverbera en las palabras—. ¡Y la ha hecho pasar por su esposa ante sus invitados!

El inspector guarda prudente silencio, pero más bien parece un actor que ha olvidado su parte del texto. En realidad, todavía desconoce su cometido. Mme de Montreuil mantiene los ojos puestos en su apuesto yerno.

—Le di mi hija en matrimonio y estaba orgullosa de él —declara, revistiendo públicamente el lamento con toga de acusación.

—Comprendo su decepción —se decide a decir Marais, pero elige la réplica equivocada. El tono de compasiva connivencia no agrada a la dama.

—No me arrepiento. Puedo perdonarle sus estúpidos amoríos con actrices, conocemos su poca cabeza, admito que se acueste con ramera, a pesar del riesgo de contagio que corre mi hija, prefiero ignorar sus desmanes y fantasías, confío en que se le pasen con la edad, malgasta mi dinero en fiestas y teatro, y eso me preocupa, he utilizado fortuna y amistades para promocionar su carrera militar y salvaguardar el honor de la familia...

—Sin vuestra ayuda estaría pudriéndose en la cárcel de Vincennes por blasfemo y sacrílego —le recuerda Marais. Y ella reacciona con una explosión de desafiante frivolidad que hace vibrar las bambalinas.

—¡No hablemos de aventurillas sin importancia!

—¿Considera Mme. de Montreuil que aterrorizar a una pobre infeliz con obscenidades y sacrilegios, azotarla y sodomizarla, es una aventurilla sin importancia?

—No podemos dar crédito al testimonio de una puta ni a los rumores que todo lo exageran, ¡seamos serios! Las correrías del marqués son costosas e inoportunas, es cierto. En cambio, que haya traído a una mujer a su propia casa, suplantando a su esposa, ¡eso es un insulto irreparable para todos!

—Me temo, señora, que este caso excede mis atribuciones.

—¿Insinúa que sólo se ocupa de azotainas de prostíbulo?

—Insinúo que es hora de saber la razón por la que he sido llamado.

El deje enérgico y la firmeza del gesto hacen que la Presidenta recapacite y busque otras formas de persuasión.

—Os he llamado porque os considero una persona inteligente, y habéis venido porque lo sois.

La demagogia tampoco surte el efecto esperado.

—Me habéis llamado porque me necesitáis, y he venido porque siento curiosidad.

—Yo también siento curiosidad por descubrir qué clase de curiosidad os mueve.

—Conoceros —responde él, sin ambages.

—Temo defraudaros —dice ella, maquillando con una dosis de coquetería su alivio. Durante unos momentos, había creído tropezar con un policía inexpugnable. Ahora ya tiene ante sí al sabueso mundano que husmea para el rey y cuya complicidad debe ganarse con cautela y seducción. Agita una campanilla y reaparece Gothon, que aviva el fuego de la chimenea con un asmático fuelle, y se va.

La Presidenta mira a Marais y le suelta de sopetón que ella sabe que él lo sabe todo y que da por supuesto que él sabe quién es la actriz que el marqués de Sade ha traído a La Coste.

—Lo sé —admite Marais.

—Su nombre —inquire ella.

—La Beauvoisin.

—¿Es bella?

El policía se siente defraudado por lo que, a todas luces, se revela como la causa que le ha llevado hasta allí.

—Naturalmente.

El fuego recién atizado arde en los ojos de Mme. de Montreuil.

—¡El muy idiota debe estar enamorado!

—Sí —confirma Marais, consciente de que esa sola sílaba hiere como un dardo. La Montreuil apura de golpe la copa. La furia la embellece.

—¡Haga algo! Pagaré lo que pida.

La súplica es una orden, la recompensa una ofensa, y la propuesta una tardía insensatez.

Para Marais hubiera sido un placer acabar con los devaneos del petimetre enamorado y verlo babear como un caracol con la cáscara rota y cuernos al sol, pero nunca por el dinero de una dama a la que admira y que ahora pierde la compostura por otro, faltándole al respeto a él. Profundamente herido en su amor propio, el inspector está tentado de adoptar alguna melodramática actitud de tragedia de Racine pero, afortunadamente, se ve a sí mismo en el escenario con el ridículo patetismo de las comedias de enredo y rectifica a tiempo.

—No será necesario —diagnostica enigmático. Ella le interroga ansiosa con la mirada. Él se complace en prolongar la pausa. Escucha el chisporroteo de una vela que se extingue, dejando cojo el candelabro. Contempla las llamas de la chimenea, reflejadas crepitantes en el cristal de un frasco. Fuera, el viento hace oscilar una contraventana que emite un acompasado quejido de gozne. El dominio del momento le devuelve la autoestima. Observa

parsimonioso a esa mujer madura a la que la impaciencia desnuda de toda edad para conferirle vulnerabilidad de adolescente.

—El caballero Raconis ofrece cincuenta luises para obtener los favores de la dama —dice confidencial.

—¿Y ella ha aceptado?

—El barón de Saint Cric dobla la oferta.

—¡No podrá negarse! —anticipa esperanzada la Presidenta.

—Pero el más peligroso es el caballero Choiseul —desliza malicioso el policía.

—¿Cuánto ofrece?

—Nada.

—Pero ¿quién pagará sus caprichos? —cuestiona la Montreuil, haciendo gala de pragmatismo y lógica femenina sin que ceda un ápice su curiosidad.

—El marqués de Saint-Contest. La pasea de día, mientras el otro la cabalga de noche.

—¿Y Donatio?

La mención del nombre del marqués repercute en el ánimo de Marais que se jactaba para sus adentros de haberlo dejado definitivamente atrás.

—¡Desesperado!

—¡Pobre tonto! Tiene aquí todo lo que le hace falta para ser feliz y hacer felices a quienes le rodean, ¡sin necesidad de renegar de sí mismo con esas criaturas que no valen la pena!

—Al marqués, las actrices sólo le duran hasta el día del estreno.

—Admiro vuestros conocimientos. Creo que estamos destinados a entendernos, señor Marais. ¡Os agradezco tanto que hayáis venido!

—Es el mayor cumplido que he recibido, señora —corresponde él—. Pero permitidme haceros una advertencia...

La entonación severa alerta a la dama que vislumbra, de nuevo, ínfulas policiales en su interlocutor.

—¡Pronto volveremos a oír hablar de los horrores del señor marqués de Sade! —augura inesperadamente el inspector Marais. Y el augurio es una amenaza.

### 3

TRES acontecimientos concatenados vienen a tergiversar los presagios y hacen concebir a la Montreuil esperanzas de que su yerno siente, al fin, la cabeza.

El primero es la muerte del padre. Donatio vela el cuerpo durante dos veces veinticuatro horas y, a la luz de las antorchas sostenidas por doce mendigos, se muestra muy apenado en el transcurso del funeral.

El segundo hecho es su ascenso a capitán de caballería. Exige a la comunidad de La Coste que le rinda vasallaje, en una ceremonia feudal, ya en desuso, sin dignarse, por su parte, a concederles la acostumbrada reducción de rentas.

El tercer evento parece, a ojos de la Presidenta, todavía más decisivo. Renée-Pélagie da a Donatio su primer hijo, Louis-Marie.

Pero muerte, ascenso, nacimiento, no detienen sino aceleran a quien quiere nacer, ascender e incluso morir, a su manera, como la mariposa atraída por la llama de la vela. La llama es la Ramada, la muerte es el vuelo, el dolor es el peaje de todo nacimiento. Sade desea revivir el horror de nacer en cada momento. Se ha asignado a sí mismo un papel que debe desempeñar sin contemplaciones hacia los demás que, para él, son sólo figurantes. No son, están. Y, si realmente fueran alguien, la única forma de comprobarlo es verlos sufrir, oírlos gritar.

Ignorando la reciente paternidad y dando al traste con las ilusiones de su suegra, el marqués se va a París, con su criado Carteron, para reanudar en libertad amoríos y desenfrenos, aparentemente interrumpidos.

Marais tiene sucesivas noticias de sus idilios y despilfarros, de sus orgías con personas de ambos sexos, prostitutas azotadas y muchachos sodomizados, de sus accesos de violencia, con un cochero al que se niega a pagar y maltrata, con un caballo al que hiere con su espada por cruzarse en su camino, con un tendero al que apalea, descontento por la mercancía que le ha vendido. El inspector, al acecho, espera impaciente que su augurio se cumpla y el libertino dé un paso en falso. La ocasión no tarda en presentarse.

Un farolillo rojo guiña el ojo a la noche. El rumor del arroyo discurre por el empedrado. Una berlina de dos caballos brota fantasmal tras una esquina. Trapos en las ruedas y en los cascos silencian el ruido a su paso. Una mendiga cruza la calle. El coche se detiene. La mendiga se aproxima a la ventanilla, con desmañada desgana, para pedir limosna. La cortina se descorre y Sade ve la tez pálida y la expresión huraña de la mujer, cuyas facciones cobran púdico rubor a la luz roja del farol. Tiene treinta y tantos años, turbios ojos claros y macilentos cabellos rubios. El marqués atrapa la mano que le tiende suplicante y la atrae hacia sí, susurrándole proposiciones que ella, desasiéndose, rechaza. El criado Carteron se descuelga del pescante y le ofrece una bolsa. Las monedas tintinean y el farolillo parpadea. La mendiga se cerciora del contenido y accede. Sube remolona y, con hosca sumisión, se sienta al lado del marqués. Permite desconfiada que le venden los ojos con un pañuelo. La berlina arranca y se pierde calle abajo.

Se llama Rose Keller, es alsaciana. Le han dicho que se trata de barrer y hacer la cama en una casa de las afueras, cuyo emplazamiento no debe conocer, dada la relevante personalidad que en ella va a alojarse. Le extraña la forma de reclutamiento y le inquieta el secreto impuesto, pero la paga por anticipado es convincente.

La casa, de dos pisos, está deshabitada. Las cerraduras enmohecidas. Rose Keller, con los ojos vendados, es guiada por el marqués escaleras arriba. Ambos suben a tientas, mientras Carteron aleja la berlina para no dejar pistas.

En la habitación, de contraventanas cerradas, arde un candelabro depositado en el suelo. Una cama, un espejo roto y una silla constituyen el único mobiliario. El espejo, apoyado en la pared, refleja parcialmente la cama y los lametazos de luz de las velas en el techo. Sade sienta a la mendiga en la silla y retira la venda. Le pide que se desnude.

—¿Para qué? —pregunta Rose Keller, y se pone rígida.

—Para divertirnos —contesta cínicamente el marqués.

—No soy lo que creéis, yo no como de ese pan —rechaza ella. No ha venido para eso, sino para hacer la limpieza, arguye con marcado acento germano.

El marqués empuña entonces un cuchillo y amenaza con matarla y enterrarla con sus propias manos si no obedece. El repentino arrebató de cólera desmorona la entereza de la mendiga que suplica y pide compasión. Sade anuncia que la confesará él mismo, pero que antes debe desnudarse. Ella, muy asustada, empieza a desatar los gastados borceguís, mientras farfulla una oración. El marqués, inopinadamente, sale y la deja sola, no sin

cerrar por fuera. La mujer trata de abrir los postigos de la ventana, y se rompe las uñas. Vencida y resignada, se quita el andrajoso vestido, que deja caer al suelo, pero conserva la camisa. Se avergüenza al descubrir su imagen cuarteada en el espejo.

El tiempo transcurre sin que sus raptos reaparezcan. Va a sentarse en la silla, lamiéndose las uñas destrozadas. Añora su cuchitril sin techo, no aspira a mayor recompensa que la libertad. Si logra escapar, cualquier pitanza será un manjar. Así Rose Keller, ignorante y grosera, se vuelve sabia y piadosa, sin leer un solo libro ni tener más maestro que el miedo.

Un remoto campanilleo de llaves le hace imaginar que van a administrarle el viático. Su verdugo ya sube la escalera. Le oye respirar al otro lado de la puerta. Alguien mira por la cerradura. Siente frío en las venas. Se le amodorra el paladar. Un chasquido la sobresalta. Se pone en pie. Le zumban los oídos y le flojean las piernas. El cerrojo se descorre en agónico estertor.

Con un chaleco sobre el torso desnudo, un pañuelo anudado a la cabeza, cuchillo en mano, el marqués parece un filibustero al abordaje. Se enfurece al comprobar que ella mantiene puesta la camisa.

—¡Quítate eso! —ordena—. Quiero ver qué clase de cosa te avergüenza.

—¡Antes moriré! —dice ella, y el marqués llama a gritos al criado, que entra con cuerdas y un látigo de nudos. Los pliegues de la blusa adheridos a la piel, fruncidos en las manos agarrotadas, parecen tallados a cincel, y la mujer entera, esculpida en mármol, adquiere la quietud de una estatua sin más vida que el parpadeo de llama reflejado en el espejo.

—¡Miradla, Dom Quirós! —ése es el nombre de batalla que Sade endosa a Carteron— ¿No os parece, en verdad, la imagen misma de la virtud?

—Sinceramente, no conozco a la dama que nombráis —responde el criado—. Supongo que no vive en Francia.

—¿Qué creéis que oculta con tanto celo bajo la blusa? —pregunta el marqués con voz de ladino lobo feroz.

—Nada que no hayamos visto antes —afirma Carteron—, Juraría que es igual a las demás en todo, salvo en las sucias uñas de sus pies.

—Pues por eso está dispuesta a morir —replica Sade y, sin más rodeos, le arranca la camisa, haciéndola trizas, y la tumba en la cama de un empujón.

Cae sobre ella y la pone boca abajo para, con ayuda de Carteron, atarle muñecas y tobillos a los barrotes, antes de enarbolar el látigo y comenzar a azotarla con salvaje ensañamiento. Los desgarradores alaridos le excitan aún más. Se quita el pañuelo de la cabeza y tapona la boca de la mendiga, reanudando los golpes con redoblada violencia.

El cuerpo se retuerce y arquea a cada trallazo y el marqués pide otra cuerda para sujetar la cintura al somier e inmovilizar completamente a la víctima. Carteron se mete debajo de la cama, desde donde tensa y anuda la atadura, sin que su amo interrumpa los latigazos que restallan en el aire antes de hendir las carnes.

Carteron comparte los juegos del marqués como el mozo que alza la pieza en la cacería, precediendo con cuerno y palo a la jauría, pero también es cómplice fiel del cazador furtivo que participa en peripecias y añagazas, cobrándose su parte de placer. A veces hace de señor y otras de criado, según requieran las circunstancias o los caprichos de su amo, como el Sganarelle de Moliere, aunque Sade prefiera compararlo al mismísimo Don Quijote, del que lo toma por primo, parentesco al que debe el curioso patronímico de Dom Quirós. Caballero o escudero, encima o debajo de la cama, es testigo y actor de las fechorías y estropicios que siembra y cosecha el marqués, con sufrimientos reales y sangre de verdad, dando libre curso a su pasión teatral.

Sade se detiene, de pronto, sin resuello, momento que Carteron aprovecha para salir de su refugio. Las sombras de los hombres se agigantan sobre el cuerpo ensangrentado. Un desasosiego difuso asciende por el vientre del criado que se siente contagiado por el delirio de su amo. Éste le pide una vela que él coge del candelabro y se la pasa encendida para que, reclinado sobre Rose Keller, el marqués recorra con un cortaplumas las heridas y magulladuras, infiriendo incisiones en nalgas y espalda y restañándolas con gotas de cera derretida. Espasmódicas contracciones y gemidos ahogados proporcionan a Sade un intenso placer, mientras Carteron se saca y sacude el miembro en erección, salpicando el espejo.

El látigo de nudos ha sido sustituido por otro de cañas y rebufan los ramalazos, hasta que el marqués emite un pavoroso rugido, suelta las varas y retrocede, convulso y tambaleante, para apoyarse en el respaldo de la silla, semblante desbaratado, ojos rojos y gáznate jadeante.

La Keller cree estar muerta. El dolor, separado del cuerpo, flota ahora sobre ella como una nebulosa abrasadora que ya no requiere soporte físico, es en sí mismo, más allá del sufrimiento, un fenómeno de la naturaleza, parecido al resplandor que se desprende de la hoguera. La mujer ha perdido todo sentido de identidad, exangüe y varada en el colchón, sólo percibe su propia ausencia, pertenece por entero al vapor que exhala y la envuelve. Un vaho, que viene de no se sabe dónde, empaña la superficie del espejo. La mirada del marqués emerge de la bruma. Se calma la turbulencia de su ánimo y se recomponen las alteradas facciones. Ordena a Carteron que le suba los

pantalones y vaya a buscar algo de comida. Luego, corta con un cuchillo las ligaduras de Rose Keller y le quita la mordaza. La mujer boquea y le mira con desorbitado terror. Él le ayuda a incorporarse y le acerca una palangana con agua y una toalla. También le da un frasco, y le dice que con eso se le curarán las heridas. El ungüento le desencadena un insoportable escozor. Grita y llora. Sin apiadarse, Sade le obliga a lavar la toalla que ha manchado de sangre. La mujer, gimoteando, obedece. Carteron regresa con un trozo de carne y una botella de vino, que deposita en la silla.

—Pasarás la noche aquí y mañana vendremos a buscarte —anuncia Sade. Ella ruega que la lleven al lugar donde la han encontrado y la dejen allí. Pero los hombres se van sin atender su súplica.

Al quedarse sola, Rose Keller ya no reza, maldice. Chilla, bufa y se retuerce. Es una alimaña malherida y acorralada. Husmea y rastrea. Donde sus oraciones no han tenido éxito, sus maldiciones obtienen premio. Sobre la colcha, encuentra el cuchillo olvidado. Cuelga la palangana del pomo de la puerta, para que nadie pueda mirar por el ojo de la cerradura. Fuerza los postigos, introduciendo la hoja de acero por los resquicios y, haciendo palanca, rompe el cristal. Saca el brazo y retira la tranca exterior que obstruye la ventana. La abre de par en par y bebe el aire boquiabierto. Se le nubla la vista y queda pasmada. Pero se sobrepone. La sola idea del regreso de sus torturadores actúa como detonante. Reconvierte el miedo en valor y la flojera en energía. Ata sábanas y colcha, que anuda a la traviesa para descolgarse hasta el jardín. Gana la tapia, trepa por una enredadera y cae a cuatro patas al otro lado. Exhausta y maltrecha, descubre a lo lejos al criado Carteron que viene hacia ella. El pánico la pone en pie. A pesar de ir descalza y con la ropa a jirones trabándole las piernas, ajena a los achaques y agotamiento, huye como un rayo. Carteron grita que le espere. Y ella, ciega y enloquecida, acelera. Se tropieza de sopetón con un par de aldeanas. El providencial encuentro disuade al criado que desiste y se escaquea. Otra mujer acude. Rose Keller cuenta, entre sollozos, sus desventuras y muestra a las horrorizadas comadres los muslos y riñones destrozados por los zurriagazos.

Horas más tarde, desde un lecho de hospital, en presencia del alguacil de Arcueil, de un notario y del inspector Marais, relata los pormenores. El dictamen del cirujano completará el atestado.

Al amanecer, con la capa desplegada al viento, Louis Marais cabalga de nuevo al encuentro de Mme. de Montreuil que le espera en su mansión de Echauffour, al sudoeste de Normandía.

—¡AZOTES! ¡Qué ridiculez! —exclama la Presidenta—. ¿Dónde está el delito?

En los jardines del *manoir*, bajo las parras de un cenador, la dama y el policía sostienen una cita clandestina. Tampoco, en esta ocasión, se trata de una cita de amor. Pero el encuentro no está exento de pasión y cualquiera que los viera los hubiera tomado por dos maduros amantes en plena riña de enamorados. No así Carteron, que espía a la pareja encaramado a las ramas de una frondosa encina centenaria, única en Normandía, árbol sagrado de los druidas y orgullo de los Montreuil que, a falta de blasones, cultivan el muérdago de su corteza.

—Esa mujer ha quedado seriamente dañada —denuncia el inspector, cuya exultancia inicial se ha venido abajo. Lejos de mostrarse impresionada, Mme de Montreuil ha acogido la noticia con desafiante frivolidad y fingido escepticismo. En vano Marais enumera las atrocidades cometidas por el marqués en la persona de Rose Keller.

—¿Incisiones? ¿Qué entiende por incisiones un forense pueblerino que se gana la vida como veterinario?

—Cortes en muslos, nalgas y espalda, sobre los que vuestro yerno ha vertido cera derretida.

—¡Con ánimo de curarla, señor Marais!

—¡La cera fundida abrasa, señora de Montreuil!

—¡Las heridas se cauterizan, señor Marais!

—¿Desde cuándo el señor de Sade es cirujano?

—¿Olvidáis que peleó contra los prusianos? Vio abrir y amputar, ¡y quemar con hierro candente!

—¡La guerra ya acabó!

—Donatio sigue siendo mi guerra personal.

—El pueblo está harto de los excesos de la nobleza.

—¿Por qué Donatio y no otro?

—Su torpeza le distingue de los demás.

—Todos quieren acabar con el lobo que no caza en manada, ¿no es eso? ¡Y vos protegéis el rebaño! No podía sospechar que fuerais el perro guardián de la Corte, ¿qué clase de hueso os echan que no pueda daros yo?

El insulto hace mella, y Marais se revuelve.

—Trabajo para el rey y cumplo con mi deber. ¡Ésa es mi recompensa, señora! He venido a informaros por deferencia, pero no contéis conmigo para encubrir la conducta criminal del marqués.

Pero no se va. Algo le detiene. Entre plantas trepadoras que reptan por la estructura del cenador, ante un decorado de árboles, setos y flores, con fachada dibujada al fondo, otra vez está en el teatro. Incluso cuenta con un oculto espectador. Carteron, desde su rama, observa cómo, inopinadamente, Mme de Montreuil sonríe y coge entre sus manos la mano de su interlocutor.

—Hay que evitar, en la medida de lo posible, el escándalo, os lo suplico —susurra con repentina humildad. El sol que reverbera por los resquicios de la enredadera, suavemente mecida por la brisa, burbujea en los ojos de la mujer. La presión de los dedos acentúa la turbación. Podrían retorcerle el pescuezo con deliciosa delicadeza. Experimenta un cálido culebreo en sus omoplatos, una dulce descarga impropia de su edad y experiencia. Hasta los pájaros con sus trinos parecen reírse de él y Carteron, en su nido, también. ¡El policía atrapado en la jaula! Se debate abrumado por un contradictorio impulso. Abrazarla y besarla o empujarla y apartarla de su lado son dos reacciones que obedecen al mismo estímulo. Idéntica causa y opuestos efectos. Su rectitud está al borde de la quiebra. No sabe si, en estas circunstancias, el valor enmascara la cobardía. Sólo un paso separa el miedo y la osadía y, en ambos casos, teme las consecuencias. Los ojos grises de la mujer brillan sin traslucir sentimientos y miran como si leyeran su mente. Se siente descubierto. Cree atisbar una leve crispación en la sonrisa, un sutil desafío burlón o, lo que es peor, una especie de comprensiva ternura maternal ante un niño asustado. Su instinto le dice que le están tendiendo una trampa. El cerebro aletargado emite señales de alerta y, al tiempo, aguijonea su corazón a punto de traicionarle. Trata de resistirse al embaucamiento de los sentidos, pero su mano, atraída hacia los cabellos castaños, se eleva ingrávida y se detiene en el aire a la altura de los bucles, bajo el ala ondulada del sombrero.

—Sería mejor que no lo intentarais —aconseja ella, y la sonrisa maliciosa tergiversa la advertencia, de manera que Marais duda de si ha recibido un aviso disuasorio o una invitación a culminar sus deseos. Siente en el rostro el aliento sin que la mujer retroceda y roza el pelo con la yema de los dedos, en

una fugaz caricia bruscamente interrumpida por un rumor de ramas. Vuelve la mirada hacia el árbol, sin descubrir la presencia de Carteron, agazapado en lo alto.

—¿Qué ha sido eso?

—Un pájaro —responde burlona.

—¿Un pájaro?

—Un pájaro carpintero. Tiene su nido en la encina y por lo que veo, ha picoteado a tiempo vuestro pundonor. Os recuerdo que estáis en mi casa y, aunque mi marido esté ausente, hay muchos pájaros en el jardín.

La reprimenda abre un resquicio de esperanza, por cuanto no expresa un definitivo rechazo, sino más bien un reproche a la inoportunidad del comisario, que asume su error avergonzado. Se ha comportado como un idiota.

—Lo siento —farfulla contrito.

—Agradezco vuestra muestra de compasión —dice conciliadora la Presidenta.

—No es compasión —protesta él, y ella le acalla.

—Es normal que os apiadéis de las tribulaciones de una madre que reclama ayuda. Debemos impedir que Donado caiga en manos de la justicia ordinaria. Obtened, por Dios, una carta del rey para que el marqués sea confinado en Échauffour hasta que acaben las habladurías, ocupaos personalmente de su vigilancia, os lo ruego. —Y añade insinuante—: Seréis mi huésped preferido y os estaré eternamente agradecida.

La propuesta resultaría del todo indecente de no ser por el tono de casi protocolaria cortesía. Marais vigila de reojo el follaje de la encina. De sobra sabe que el revuelo no ha sido provocado por pájaro alguno y tampoco por una ardilla, ya que no hay bellotas en abril y, por otra parte, las ardillas suelen ser ágiles y sigilosas. Tiene la mosca tras la oreja y decide extremar la cautela.

—Madame de Montreuil goza en la Corte de mayor influencia que yo.

—Pero el inspector Marais redacta los informes.

Y él desvía la mirada, sin darse por aludido. El ramaje frondoso y compacto le impide descubrir al criado que le observa refocilado. Carteron se siente Júpiter en su trono, incluso se ha hecho una diadema de hojas que ciñe sus sienas.

—La víctima ya ha declarado ante notario —comunica Marais—. Y Louis Marais será quien lea su testimonio ante el rey.

El inspector no da crédito a lo que oye. La mujer no sólo juega con sus sentimientos sino también con su dignidad.

—Un policía no miente.

—Pero engaña.

—¡Nunca!

—¡Siempre! No habéis venido a prestarme ayuda ni a aliviar mi preocupación, sino a vengaros de un hombre que odiáis, y para ello no os importa agravar mi dolor. ¡Exageráis su culpa por el placer de verme sufrir!

Carteron está a punto de irrumpir en aplausos, y se abstiene por el riesgo de perder el equilibrio y dar con sus huesos en el suelo.

—Sois injusta conmigo —reprocha el inspector—. He venido a Echauffour por vos y no por el marqués de Sade, y estoy dispuesto a ayudaros, ¡pero no puedo alterar los hechos! Olvidáis que hay pruebas y testigos, que Rose Keller está en el hospital y no puede andar.

—¡Pues bien pudo correr! Los hechos no bastan, dependen siempre de la interpretación. Esa mujer ha podido caerse en la huida o herirse ella misma para sacar provecho, ¡todo es tan relativo! Imaginad, por ejemplo, que yo os denuncio por chantaje o... abuso. Os veríais obligado a justificar vuestra presencia en Echauffour. Tendríais que explicar la razón por la que me habéis puesto al corriente de lo sucedido cuites de informar al rey, como era vuestra obligación.

La suposición, nada inocente, desazona al policía que enmudece, y ella se echa a reír, muy divertida, al parecer, por el desconcierto que sus palabras suscitan.

—Confesad que no os sería fácil salir airoso. Sería suficiente que me desgarrara el escote y me arañara el cuello, antes de gritar para que acudan los criados, ¿qué creéis que pensarían? ¡Ya veis lo fácil que resulta obtener pruebas y testigos, comisario Marais!

—Si Mme. de Montreuil cometiera esa infamia, Louis Marais preferiría perder su reputación a poner en entredicho vuestra palabra.

—¡Caballeroso comportamiento! Veo que sois capaz de sacrificar la verdad para salvar el honor de una familia y eso es precisamente lo que os pido que hagáis por mí, ¡gracias!

—Hay una denuncia...

—Ya me he ocupado de eso —ataja la Presidenta—. He enviado a una persona de mi confianza para que esa mujer retire la denuncia. Con las putas sólo existe un delito, ¡no pagarles!

Esa última frase es de Sade. El marqués la pronunció, con idéntico rictus despectivo, cuando el comisario, hace años, lo conducía prisionero. La suegra y el yerno son un guante reversible de la misma mano. Marais no puede contener la indignación.

—¡Sois como él! —proclama—. Pero vuestro mensajero, quienquiera que sea, no conseguirá su propósito. He dado órdenes tajantes para que nadie pueda visitar a Rose Keller en el hospital. Habéis cometido una imprudencia que empeorará la situación y os delatará, ¡debéis detenerlo, antes de que yo mismo me vea obligado a hacerlo!

—Nadie puede detener a un ministro de la Iglesia en el ejercicio de sus funciones —dice ella con desarmante buen humor, compartido por Carteron que vive divertido la partida.

Sade es el rey enrocado, la Keller una torre rota, el Abad un caballo avanzado tras las líneas enemigas, Marais un alfil fuera de sus casillas a punto de ser devorado por la dama voraz, y él un peón autocoronado que, desde las alturas, domina el escenario y, dada su omnisciencia, se cree un dios. En realidad, es sólo una pieza que Mme. de Montreuil ha emplazado para el desarrollo imprevisible de su juego. La dama se pasea a sus anchas en el tablero. Se adelanta o retrocede, oblicua o frontal. Y, de repente, besa a Marais, al que la sorpresa impide reaccionar. El contacto de los labios dura apenas el tiempo de un chispazo, y la mujer se aparta.

—¿Es esto lo que deseabais, inspector? —inquire—. ¡Pues no volváis a hacerlo!

A Carteron le entran ganas de estornudar, lo que dice bien poco de su carácter divino. Temiendo las impredecibles consecuencias en momento tan inoportuno, retiene la respiración y piensa, para distraerse, en el robusto trasero de Gothon, el más bello culo salido de Suiza hace siglos, según su amo. El subterfugio no da resultado y el estornudo estalla, desbaratando la corona que orna su cabeza. Se asoma asustado y comprueba, no sin estupor, que el incidente no tiene ninguna repercusión en la pareja. Ni siquiera miran al árbol.

—Vuestro pájaro carpintero se ha acatarrado —se limita a comentar irónico el inspector. Y una nube nubla el sol.

—Ha refrescado —constata la Presidenta—. Será mejor entrar en casa.

Ofrece el brazo a Marais y ambos echan a andar.

—El señor Abad tendrá tormenta en Arcueil —pronostica Marais.

—Vos seréis mi pararrayos —dice encantadora la dama, citando un invento del que ha oído hablar y que el duque de Choiseul ha instalado en su

mansión de Chanteloup.

EL ABAD era avezado en embrollos y no se arredraba por peripecias mundanas. Tanto en Toulouse o en Narbonne, en sus tiempos de vicario, como en la Corte de París, cuando era amante de la querida del duque Richelieu, incluso en una ocasión en la que fue sorprendido fornicando con una tal Teresa Dios. *Nadie estuvo tan cerca de Dios*, comentaría en su informe el inspector Marais. Para este sacerdote, libertino y hombre de letras, la misión que Mme. de Montreuil le había encomendado hubiera resultado antaño un divertimento, pero ahora se había vuelto perezoso y prefería quedarse en su castillo de Saumane que, al decir de Sade, había convertido en un burdel. El marqués había pasado allí parte de su infancia, bajo la tutela de su tío, y aprendido de él la prosa de la vida y el verso del vicio. En ambas cosas, el Abad era diestro maestro.

La calesa lo deja ante el hospicio. Al bajar, pisa un charco. Unos niños ríen regocijados. Un grupo de mujeres lo observan suspicaces. Tan inoportuna notoriedad lo fastidia. Se encomienda al cielo antes de entrar y el cielo le responde con un trueno premonitorio.

El anciano conserje gruñe adormilado cuando el Abad pregunta por Rose Keller. El viejo le informa que debe esperar al relevo de la guardia que se ha ido a comer. El prelado dice tener prisa y un permiso de la Santa Sede. Pide ver a la Superiora. Imposible, no está. La encargada. Arriba, pero el acceso está prohibido. El Abad se da a conocer y exige que la persona en cuestión sea avisada de su llegada. El otro le replica que no puede abandonar su puesto y rechaza las monedas que el terco visitante le ofrece. Las órdenes son estrictas. Fingiendo darse por vencido, el Abad amaga la salida y comprueba, de reojo, que el conserje cierra los párpados, disponiéndose a reanudar la siesta interrumpida. Con todo sigilo, vuelve sobre sus pasos y sube la escalera, reconfortado por un sibilante ronquido. Una monja enana, cejijunta y pazguata, lo aborda. Tras escucharlo con cara bobalicona, se aviene a acompañarlo. La cofia surca la blanquecina penumbra como un barquito de papel que la corriente arrastra veloz por el cauce del aire, entre camas vacías.

Va tan presurosa que el prelado queda rezagado. Ella le insta a darse prisa. El suelo, recién fregado, huele a amoniaco y las sábanas a alcanfor. La enana se pone de puntillas para alcanzar el pestillo de una portezuela oval que se abre exhalando una densa bocanada de yodo y putrefacción. Roncas respiraciones y gemidos intermitentes, roces de cuerpos y ovejunos campanilleos provienen del siniestro reducto. El Abad retrocede con aprensión y la hermanita le empuja para que le preceda. Apenas traspuesto el umbral, resuena un portazo a sus espaldas y la monja cierra el cerrojo por fuera. El desconcertado sacerdote vislumbra bultos humanos, miradas febriles, muñones vendados, al fondo de angostas celdas. Pronuncia receloso el nombre de Rose Keller. La mortecina luz de la antorcha que pende del techo descubre, por toda respuesta, el rostro roto de un leproso enjaulado que muestra las encías descamadas y la descabalada dentadura en una sonrisa atroz, sin labios. Reteniendo la náusea, el Abad lo bendice maquinalmente y aporrea la puerta, al tiempo que se maldice por pertenecer a una familia cuyos vicios ha heredado y promete, ante Dios, expulsar de Saumane a las rameras que tiene por criadas y desterrar de su mente los delirios lujuriosos. Precipitadas resoluciones que no garantizan con certeza un posterior cumplimiento, pero que por su arrebatada sinceridad consiguen engañar momentáneamente al cielo. En consecuencia, una esperanzadora vocecilla angelical le habla por la ranura de la cerradura.

—Disculpe el señor Abad —dice la monjita enana, desde el otro lado de la puerta—. El señor inspector Marais ha ordenado que nadie vea a Rose Keller, sin estar él presente.

—¡Abrid inmediatamente! —clama el clérigo indignado.

—No puedo —informa la voz angelical—. Tiene que quedarse ahí hasta que vuelvan los guardias de la custodia.

—¿Es esto un hospicio o una cárcel? —inquieta el Abad fuera de sí.

—¡Juzgadlo vos mismo! —replica la monja, dejando escapar una risita azorada que más parece un chillido de conejo cogido por las orejas.

—¡Basta de bromas, hermana! ¡Si no me dejáis salir, presentaré una denuncia por este trato indigno que pone en peligro mi salud! —amenaza el prisionero. La obtusa carcelera no parece afectada.

—Denunciadme, si así os place, pero antes debo ir a informar al señor inspector Marais.

—¡No haréis tal cosa! —conmina el prelado—. ¡Abriréis ahora mismo! ¡Soy monseñor Jacques-François Paul Aldonse, Abad de Sade! ¡Daré cuenta

de vuestra fechoría al rey y al Papa! ¡Os haré excomulgar y expulsar de la orden!

—Obedezco a mi madre Superiora y al policía del rey —responde ella con beatífica calma—. Son ellos y no yo los responsables de vuestro encierro, señor Abad.

—¡Os estrangularé con mis propias manos, maldita enana! —brama el Abad.

—Si el señor lo quiere, así será —acepta resignada. Al ver desvanecerse la ayuda celestial, el Abad opta por recurrir a la intercesión de Lucifer. Arranca la antorcha del techo y golpea con ella los barrotes de las celdas, promoviendo chispas y humareda y desencadenando el griterío de los despavoridos leprosos, mientras recita hasta desgañitarse versos de Petrarca.

—¿Qué hacéis? ¿Qué sucede? —pregunta la monja, espantada al oír la horrisona algarabía.

—¡Abrid, hermana, o moriremos todos! —vocifera el Abad, interrumpiendo el recitado y redoblando los mandobles, con tal violencia que la antorcha se parte en dos. La incauta monjita, muy asustada, se apresura a descorrer el pestillo y adquiere de golpe el don de la levitación. Una masa oscura la eleva y mantiene en vilo, con un ala de la cofia abatida sobre un moflete y la otra respingona.

—¡Cosa de Satanás! —oye aterrorizada— ¡Habéis ofendido gravemente a Dios! ¡Llevadme hasta Rose Keller si queréis salvaros del infierno! ¡Esa pobre mujer está muy enferma y en pecado mortal! ¡Las dos necesitáis mi absolución! ¡Vamos!

El cúmulo de despropósitos cobra convicción en boca de un eclesiástico poseído por la cólera divina y la fuerza del diablo. La enana es conducida en volandas, sin concedérsele tregua para la reflexión ni más iniciativa que la de indicar el camino. Suben una escalera y recorren un pasillo, con tal celeridad y decisión que nadie osa interponerse, dando por supuesta la urgencia y esquivando el atropello.

Así llegan a la habitación de Rose Keller y, antes de entrar, el Abad se encara con su aturdida acompañante.

—¡Juradme por vuestra alma que cumpliréis la penitencia que os impongo!

Ella asiente, y jura.

—¡Si faltáis al juramento, os abrasará el fuego eterno! —advierte él. La cándida monjita, cofia ladeada y mirada pasmada, está a punto de entrar en trance.

—¡Encerraos en un retrete y permaneced allí cuatro horas en absoluto silencio! ¡Una sola palabra os condenaría, y ya nada podría hacer por vos!

Dada la pestilencia de las letrinas, la penitencia no es leve. Con inefable ingenuidad, la diminuta hermanita se arriesga a preguntar si, al menos, le está permitido rezar.

—¡Para vuestros adentros! —le concede y, sin más, la deposita en el suelo, se sacude la sotana y la deja transida de miedo, y tan menguada que hasta el tazón de la escupidera sobrepasa con creces su estatura.

Rose Keller, acostada, doliente y compungida, ve entrar a un ministro de la Iglesia, sudoroso, solemne, y sin resuello, pero insuflado de episcopal serenidad.

—¿Cómo estás, hija? —dice melifluo.

—¡Incapacitada para el resto de mi vida, señor Abad! —responde lastimera.

—¿Qué edad tienes? —pregunta, sentándose en la cama.

—Treinta y dos —responde ella con abrupto acento que convierte las cifras en pedradas.

—¿Cuál es tu profesión?

—Hilandera.

—Pero andas pidiendo limosna...

—Hace un mes me quedé sin trabajo.

—¿Y no tienes familia?

—En Alsacia. Mi marido murió. Era panadero —responde de mala gana. Empieza a exasperarle este enviado de Dios, cuyo tono untuoso le hace temer, de un momento a otro, algún enojoso sermón. No anda desencaminada.

—¿Cuántas veces vendiste tu cuerpo? —inquire el prelado. Y a la Keller se le acaba la paciencia. El deje quejumbroso deja paso a un perentorio descaro.

—¿Viene a confesarme?

—Vengo a reparar el daño.

La información transmuta la expresión de la víctima que se vuelve, de nuevo, autocompasiva.

—El daño es mucho.

El Abad no parece impresionado.

—¿Cuánto?

Rose Keller se lo piensa. Teme pasarse o quedarse corta. Por otro lado, desconfía de Marais y de la justicia, y no quiere que se le escape la ocasión.

—Mil escudos o más —reclama dubitativa. El Abad se persigna escandalizado. Pero ella, recordando el horror y la humillación, se reafirma en lo dicho.

—Mil o nada.

—Quinientos, ¡y es demasiado! —regatea el enviado de la familia. Un mohín despectivo y un obstinado silencio son el resultado de la oferta. La Keller está decidida. No cederá.

—Seiscientos cincuenta, ¡y no debería! —tantea el sacerdote. La proposición es olímpicamente ignorada. El emisario se pone en pie y hace ademán de marcharse.

—No estoy autorizado para ofrecer más —dice, y pone la mano en el pomo de la puerta, vigilando con el rabillo del ojo la reacción de la mujer que, al verlo indeciso, suelta una extemporánea carcajada.

—¡Veo que te encuentras mejor! —rezonga el Abad, regresando con disimulo a su lado.

—Y vos peor —apostilla ella. El mensajero toma asiento remolón.

—Setecientos cincuenta, ¡y el precio es mayor que el daño!

Por toda respuesta, Rose Keller echa la colcha a un lado y, de un salto, le enseña el culo. Las señales de violencia están a la vista. El argumento es rotundo.

—Calculemos a cuánto el golpe —propone él, y acerca la cara, fingiendo evaluar los destrozos. La Keller le suelta un pedo en las narices que le hace retroceder.

—Pagaré lo que pides —concede ofendido—. ¡Y pagaría mil más por hacerte yo lo que te hizo el marqués!

—¡Ni por todo el oro del mundo! —exclama ella, arrebujiándose espantada por el recuerdo. El prelado se saca de la manga un papel en blanco. Luego, extrae de la faltriquera un extraño objeto de bronce, con forma de pistola, que empuña por el fino y largo cañón, sembrando la inquietud de la mujer. Se trata de un tintero portátil, cuya tapa levanta para verter, del vaso de la mesilla, algunas gotas de agua en el polvo de la cápsula, que remueve con la plumilla. Ella le observa reticente, y se niega a firmar. No antes de haber cobrado.

—¿Cómo? ¿No te fías de mí?

—No —contesta ella.

Es preciso cerrar el trato antes de que la monjita enana recupere la cordura o lleguen los guardias. Las monedas caen, una a una, sobre la cama, salvo la

última, que Rose Keller atrapa al vuelo y muerde para cerciorarse de su autenticidad. Satisfecha, planta sus iniciales y una cruz en el papel.

Al salir, ante los atónitos ojos del conserje, el Abad se topa con los guardias y, agitando el papel con desparpajo, para secar de paso la tinta fresca, los reprende con acritud.

—¡Es intolerable! ¡Daré cuenta al inspector Marais!

Los policías se cuadran acoquinados, mientras él sopla y pliega el papel, antes de ganar la calle.

Llueve, y el conductor ha subido la capota. Misión cumplida, el Abad se arrellana en el asiento y resopla triunfal. El traqueteo de la calesa no tarda en sumirle en un estado de duermevela que, paradójicamente, espabila su adormilada conciencia. Comprende, en plena somnolencia, que ha vivido un sueño despierto y que el sueño le devuelve ahora la lucidez. Han bastado determinadas circunstancias para hacerle actuar como un energúmeno. Se avergüenza de la violencia e infamia de su comportamiento y, sobre todo, de haber experimentado un inconfesable placer, maltratando a una infeliz monjita y engañando a una mendiga, víctima de su perverso sobrino. De poco le han servido su rango y cultura a la hora de convertirse, por la fuerza de la sangre, en el mismísimo marqués. Aduce, en su descargo, que ha obrado impelido por el miedo. Un cristiano debe afrontar con mayor entereza la miseria ajena, se reprocha, pero él ha reaccionado de forma malévola y visceral, como Donatio en sus correrías. Sólo cabe una diferencia. El marqués de Sade prepara la bañera antes de zambullirse en ella, el Abad de Sade ha caído inadvertidamente. El marqués no soporta la vida a secas, no acepta el gota a gota de la clepsidra, responde con el horror al horror cotidiano del reloj asesino. Algo de eso cree intuir el Abad, mientras dormita, como el duque de Aquitania sobre su caballo. Algo así ha creído descubrir, mientras acogotaba a la monjita enana, amedrentándola con infernales execraciones. Nada que ver con el libertinaje como pasatiempo, ni siquiera con el efecto placentero de las disciplinas, aplicadas como juego o penitencia. Una cosa es la excitación de los azotes, dados o recibidos, y otra muy distinta la exaltación, hasta entonces desconocida, de exonerar todo temor aterrorizando a criaturas inocentes. El prelado tiene la impresión de haber accedido al secreto del marqués, tras compartir sus crueles instintos. Y cocina en su mente la esperanza de haber perdido la cabeza pero no el alma. Cuando hizo lo que hizo, no era él. Esta falaz reflexión lo sume en un sueño profundo y reparador.

CUMPLIENDO, a su pesar, los deseos de Mme de Montreuil, el inspector Marais obtiene la carta del rey para que el marqués permanezca, bajo su custodia, en la mansión de Echauffour. Pronto se arrepiente. La dama le dispensa atenciones de anfitriona, pero elude hábilmente quedarse con él a solas. Cuando no Renée-Pélagie, aparece Carteron o algún otro miembro de la servidumbre, y casi siempre Donatio, con sempiterno aire petulante, que le remite a su condición de perro guardián. Otra vez el teatro. Los personajes entran y salen de escena debidamente orquestados. Controlan el gesto y recitan el diálogo. Los días transcurren como actos. Cada noche cae el telón. La obra se reanuda sin que la acción prospere. El aburrimiento reitera su ritmo, palabras y juegos para matar el tiempo. Marais está triste y hierve por dentro. Rara vez su mirada se cruza con la de la Presidenta y, cuando esto sucede, no encuentra el destello ni la complicidad esperada, sino una expeditiva sonrisa de circunstancias. Se siente engañado. Diríase que el prisionero es él y no Sade, a quien Mme. de Montreuil otorga inaceptables muestras de devoción. Su pequeño tunante, así lo llama, algo alocado, es cierto, pero dispuesto a disculparse por travesuras que ella comprende y perdona, porque lo conoce mejor que nadie y sabe que, bajo su encantadora apariencia, oculta un fogoso temperamento difícil de doblegar. ¡Ojalá pudiera retenerlo siempre con ella, como ahora, aunque para ello tuviera que contar con la colaboración de un policía como Marais!

La amargura del inspector crece, mientras cumple disciplinado con su deber. Se levanta de madrugada, da un paseo a pie o a caballo y regresa, luego, para compartir la jornada con su odiado antagonista. La vigilancia es superflua, puesto que el marqués es el primer interesado en atenerse a las prescripciones reales, hasta que se aplaquen los ánimos enardecidos por el escándalo. Se hablan, pero se ignoran. Comen juntos, pero distantes. Incluso juegan a las carieís, con manifiesto desinterés. Todo bajo la égida de Mme. de Montreuil, que preside conversaciones y entretenimientos, y propone lecturas como *El diablo cojo* de Le Sage o *La princesa sensible y el príncipe Tifón* de

Mile Lubert. Sade prefiere teatro, por supuesto. Y libros que ha hecho traer de La Coste y que lee por las noches, cuando consigue emanciparse del asedio de su suegra y de la enojosa compañía de Marais. Este, a su vez, redacta en privado sus informes, en los que, a falta de datos relevantes, se explaya en descripciones caracterológicas, emulando a Buffon.

Según él, *Carteron, alias Dom Quirós, también llamado La Jeunesse, lacayo del marqués y compinche de fechorías, es un granuja ducho en letras, capaz de atar, sin venir a cuento, a Julio César, Hércules o Don Quijote, y cuyo permanente propósito es provocar risas con sus insoportables chanzas. Este típico pícaro, añade, ha abandonado hijos y esposa por una tal Gothon Duffé, ciudadana helvética protestante y criada en La Coste.*

De Renée-Pélagie opina que es *una piadosa esposa, no muy agradecida, sometida a la voluntad y ambición de su madre y forzada al matrimonio con el más depravado de los hombres, que no tardará, si no lo ha hecho ya, en iniciarla en prácticas aberrantes. Sin embargo, no puede por menos de admitir que la abnegación de esta devota mujer adquiere, por momentos, la dimensión del auténtico amor.*

Plato aparte es Mme. de Montreuil. *El marido es un títere en sus manos. Su cargo lo retiene en París, y la Presidenta campa por sus respetos. Ella lo lleva todo y todos recurren a ella y, sobre todos, el marqués. Es una criatura de fuerza y acción acorde con su medio y con su tiempo, jamás se detiene a la hora de obtener sus fines, aunque tenga que pasar por encima de los derechos o penas de los demás. Y sigue, dando de tapadillo curso a sus cuitas, ignora y desprecia lo que no está de acuerdo con su razón, si bien los medios que emplea son tan dúctiles y variados como claro y definido es su objetivo. Sabe seducir, intimidar y corromper.*

No se trata sólo de un desahogo, sino de un retrato fidedigno, refrendado por la experiencia, con intención de predisponer al rey contra la intrigante dama. Se equivoca. Sus aseveraciones la hacen más fascinante. Lo de menos es que sea avara, *aunque la avaricia no la envilece.* En tiempos de derroche, la avaricia es virtud. *El pasado no cuenta para ella, que carece de remordimientos.* Peculiaridad suma de un carácter poco común. *La sabiduría sin afectación de sus miras pone las cosas en el orden exigido por las buenas costumbres y apariencias a guardar, con objeto de sacar la mayor ventaja.* Irreprochable prueba de inteligencia y talante precavido. Para colmo, Louis Marais culmina la semblanza con una arrebatada coda que agiganta, aún más, la figura de la Presidenta. *Nada se resiste a su voluntad o simplemente a su influencia. Todo lo que proviene de ella suscita el furor o la admiración,*

concluye. ¿Qué otra cosa podría despertar mayor curiosidad en un viejo mujeriego como Luis XV?

Sade recibe trato diferente. Marais pasa por alto, salvo calificativos, las acciones criminales, sobradamente conocidas, y recurre a refrescar el recuerdo del rey con un recuento de los amoríos fallidos del marqués.

Si Sade se ha casado con Renée-Pélagie no ha sido sólo por intereses paternos, sino por el rechazo de Laure-Victoire-Adeline de Lauris, una señorita de Avignon, de la que sigue enamorado y a la que, inoportunamente, contagió la blenorrea. Devorado por los celos, ha tenido la bajeza de chantajearla, amenazando con contar su enfermedad a sus pretendientes. Ésa y otras vilezas revelan por sí solas la miserable condición del personaje. Es curioso que, aun siendo noble y bien parecido, sean sus amantes las que acaben abandonándole. Y no por causa de maltratos, ya que el contumaz enamoradizo reserva las torturas para pobres mujeres desamparadas o prostitutas profesionales. *Otra lindera, de su carácter*, ironiza Marais.

Para un hombre como el policía, que nunca se ha sentido amado, los fracasos del marqués le sirven de mezquino consuelo. Pero no se le escapa que, antes de quedar sumido en la desesperación, Sade seduce y vence toda resistencia. Tampoco se le oculta que las rupturas sobrevienen por la imposibilidad de que cualquier pasión perdure en su punto álgido. Como en el teatro, donde el telón cae antes de que la emoción desfallezca. El hecho de que sean ellas las que lo dejen a él se debe al recelo femenino que una relación intensa y de dudoso futuro provoca. Las mujeres buscan cierta seguridad, cuando no, en el caso de las actrices, una mayor rentabilidad. Con frecuencia, los insaciables deseos de Sade se han visto truncados por la aparición en escena de un mejor postor. El inspector puede vaticinar cuánto le durará una nueva conquista al marqués, en función del tren de vida de la damisela y su cotización en mercado.

Lo que no le cabe en la cabeza es el beneplácito de que todavía goza el libertino ante suegra y esposa. Sobre todo, y ahí le duele, en lo que a la Presidenta concierne. Pocas madres se mostrarían tan condescendientes con las iniquidades de un hijo. *No tiene ojos más que para él*, escribe en un lapsus que enseguida tacha. Precisamente, en ese momento, alguien llama a la puerta de su habitación. Un criado le anuncia que Mme. de Montreuil lo espera en el salón.

Le sorprende encontrarla sola, pero no se hace ilusiones.

—Renée y Donatio han tenido que ir a Lyon —le espeta con aparente indiferencia.

El asunto reviste extrema gravedad, advierte muy contrariado el comisario. Bien es verdad que Sade tiene permiso para hacerse curar la fístula anal que padece y que Renée-Pélagie está embarazada y, al parecer, ha perdido sangre, lo que, por otro lado, hace inconcebible un largo viaje. El doctor de la familia reside en la ciudad de Lyon, y ello supone al menos dos semanas de ausencia. La obligación de Marais es acompañarlos o, excepcionalmente, solicitar la venia real. La urgencia no justifica, en modo alguno, que no haya sido avisado. El despropósito menoscaba su autoridad y desafía las prescripciones médicas y el más elemental sentido común. Han eludido la vigilancia, y ello podría dar lugar a una orden inmediata de caza y captura, aunque Mme. de Montreuil pretenda ignorarlo.

Son cuestiones privadas, aduce. La policía debe respetar la intimidad matrimonial en asuntos tan delicados. Toma sobre ella toda la responsabilidad. Le propone incluso que aproveche la ocasión para resolver los asuntos que, sin duda, ha dejado pendientes en París. A su regreso, Sade estará de nuevo en Echauffour, como si nada hubiera pasado.

Los argumentos no convencen al encolerizado inspector, que da media vuelta y se recluye en su habitación con un sonoro portazo. Ella le sigue y le llama. Él abre y ella entra.

—Perdonadme —dice con insólita sumisión. Diríase dispuesta a caer rendida en sus brazos, pero Marais no se deja engañar. La esquivo y sale. Ella tras él. Vuelven al salón, donde el criado, sorprendido, farfulla una disculpa y se retira. Quedan, de nuevo, solos.

—Ha sido un abuso de confianza —dice él, y ella responde con una sonrisa etrusca, que el inspector no acierta a interpretar. La grotesca persecución de que ha sido objeto lo ha descolocado por completo. Se encuentra incómodo e indefenso.

—¿Ha volado el pájaro carpintero? —dice ella en tono jocoso—. Pues sentaos, inspector. No soporto veros de pie.

—¿Preferís verme de rodillas?

—Sentaos, os lo ruego.

Marais obedece a regañadientes, pero va a ocupar una silla apartada, junto a la ventana.

—¿Qué teméis?

—Jugáis con mis sentimientos —responde él, y desvía la mirada al jardín. El silencio tiende su telaraña. Se siente aprisionado. La dama se apresta a zamparse la presa, y tira pausadamente del hilo.

—¿De qué sentimientos habláis? ¿De los que yo os inspiro y no os atrevéis a expresar? ¿Por qué no dais cuenta al rey, en vuestro próximo informe, de lo que verdaderamente os sucede, en lugar de cebaros en debilidades ajenas? Sería ridículo, os comprendo.

—No tanto como vuestro yerno enamorado de la hija de un tabernero — replica con inquina. La mosca es avispa. El aguijón inocular el veneno.

—¿A quién os referís?

—A una joven que toca bien la viola —se ensaña él.

—¿Actriz? —aventura alarmada.

—Más divertida en la cama que en el escenario —puntualiza Marais con crueldad.

Ha recurrido ignominiosamente a un caso archivado, con tal de producir el efecto esperado. El acuciante interés de Mme. de Montreuil vuelve a exacerbar sus celos. Resulta así una venganza de doble filo.

—Contádmelo, por favor —le incita ella. Al sentirse inopinadamente dueño de la situación, Marais se arma de parsimonia y recita el relato, como si de un informe al rey se tratara. Monocorde circunloquio para suscitar deliberadamente la impaciencia.

—A los diecisiete años ya era amante del viejo Bréan, pero se casa con Rozetti, al que engaña con el vizconde de Sabran, para dejarlo, un año después, por el marqués de Lignerac, del que recibe la suma de veinte luises al mes.

A tenor de los datos, la Presidenta, tensa y atenta, compone a retazos el retrato de la desconocida. Sopesa riesgos y costos. El balance no es tranquilizador.

—No contenta con Lignerac, la jovencita comparte sus favores con el conde de Rochefort, un individuo bajito con ojos de berbiquí —especifica Marais. La Montreuil, deseosa de afrontar cuanto antes lo inevitable, le pide que omita descripciones. Él se atiene a cifras.

—Treinta luises y seis mil libras de deudas, más unos pendientes de diamantes estimados en mil libras.

Estos pormenores evidencian y ensalzan el peligro y belleza de la chiquilla. Demasiado cara para Donatio, calcula la suegra. El inspector parece adivinar sus pensamientos.

—A pesar de todo, va con otros.

—¿Con otros?

—El caballero Elchin, gentilhombre inglés, paga treinta luises por una sola noche.

La Presidenta no soporta más preámbulos.

—¿Y Donatio?

—La conoce a la salida del teatro y, al día siguiente, le declara su amor —suelta, por fin, Marais. Asestado el primer golpe, espera imperturbable la reacción.

—¿Es correspondido? —pregunta ella titubeante.

—Rechazado —responde él, y ella aliviada, le ofrece una copa de aguardiente de manzana, que él acepta—. Inicialmente rechazado —deja caer, mientras bebe. La Presidenta se sobresalta.

—¿Cuánto ofrece? —tantea con el alma en vilo.

—Veinticinco luises al mes. Se ven en casa de la Brissault. Pero, cuando Lignerac la abandona, esa suma resulta insuficiente.

Mme de Montreuil enrojece de ira o de vergüenza. Y de dolor. No ignora que Donatio ha dilapidado la dote y le ha pedido préstamos en diversas ocasiones, pero le hace daño recordarlo. Se niega a oír en boca de otro lo que ya sabe. Se resiste a la visión de su dinero convertido en rutilante collar, utilizado de señuelo por sanguijuelas.

—¡Basta! ¡No más! —ordena, y Marais satisfecho obedece. Pero el aguardiente, apurado de un sorbo, le hace perder la contención.

—¡Vuestro marqués sí es ridículo a la hora de expresar sus sentimientos! ¡Tendríais que verle! ¡Cuánto lamento y lloriqueo! ¡Puedo mostraros los billetes que le hacía llegar al camerino! ¡Conmovedores, os lo aseguro! ¿Seguís creyéndole digno de vuestra admiración?

—En cuanto regrese, hablaré con él —dice atribulada la Presidenta— ¿Cuál es el nombre de esa damisela?

He aquí un dato que el inspector ha tenido buen cuidado en soslayar. Ahora ya no le queda más remedio que arrostrar las consecuencias.

—Mademoiselle Colet

—¿Colet? ¿Habéis dicho Colet? —le interroga incrédula. Él asiente— ¿La que fue actriz de la Comedia Italiana? —insiste ella. Y él, contrito, mueve la cabeza afirmativamente.

—Pero ¿no ha muerto? —desliza ella con cautela.

—Hace un año —confirma él. La Montreuil se pone en pie, Marais hace otro tanto. Ambos conservan prudentemente la distancia. El inspector se mantiene rígido, en posición firme—. Sólo he querido demostraros el comportamiento de vuestro yerno con las actrices —se justifica.

—Sois un canalla —le increpa ella—. Me habéis hecho sufrir con un asunto ya pasado, que yo misma arreglé en su día, ¡ni siquiera os ha detenido

el respeto a los muertos!, aunque se trate de una vulgar actriz, ¡cuánto os desprecio! ¡No quiero volveros a ver!

—No tendréis ocasión. Iré a París y pediré el relevo. Yo tampoco deseo volver a veros, ni a vos ni al marqués de Sade, si no es para llevarlo a la cárcel, que es donde debiera estar.

Dicho esto, intenta ir a su habitación, pero algo se lo impide, se queda quieto, incapaz de salir del escenario. Ella se interpone.

—No creáis que es tan fácil. Habéis hecho una promesa que debéis cumplir.

—Yo ya he cumplido. Sois vos la que os burláis de mí.

—Os he presentado mis disculpas. Os he explicado las razones. Renée tenía que ver a su médico y era Donatio quien debía acompañarla, no vos.

—No sin mi permiso —recuerda el inspector. Pero no era sólo eso por lo que se sentía burlado, y ella lo sabe.

—Tengo un marido y cinco hijos. No esperéis que actúe como una estúpida adolescente. Vos tampoco estáis en condiciones de hacerlo, ni por vuestra edad ni por vuestra profesión. Conocéis mejor que nadie los desastres y mentiras del amor, incluso os pagan por eso. ¿Imagináis al cazador de perdices convertido en una de ellas? No cometáis locuras, obrad como os corresponde y podréis contar siempre con mi amistad.

La palabra amistad es un bisturí que secciona las ilusiones. En el jardín duerme la noche. Mme de Montreuil se lleva el candelabro y apaga, a su paso, todas las velas. En el salón penetra la oscuridad. Las tinieblas invaden el corazón de Marais.

TRAS compartir con Carteron el culo de Gothon y rapiñar a Gaufridy, esforzado administrador, trescientas libras del dinero que Mme. de Montreuil ha asignado para la subsistencia del castillo, Sade regresa resignado a la vera de su suegra, dejando a Renée-Pélagie, por prescripción del doctor de Lyon, bajo el cuidado y protección de Carteron, que acepta el sacrificio sin hacerse rogar. El bribón prefiere con creces los aires de Provenza y las ancas suizas a los cielos grises de Normandía y la austeridad de Echauffour.

Al pasar por Apt, el marqués encarga marcos y encuadernaciones, sin considerar que en La Coste faltan cristales en las ventanas, escasea la leña y Renée se queja del frío. Primero son sus cuadros y sus libros. Es su estilo. Se lo endosa todo a Gaufridy que, sobrepasado por gastos y acuciado por acreedores, toma a Dios por pasante contable.

El inspector Marais filosofa al borde del Sena. Su vida es esa brizna que flota y lentamente se aleja de su vista basta desaparecer. Se abandona ensimismado a la sensación de ser llevado a lomos de la comente, jinete a la deriva sobre un caballo de agua. Y piensa, de repente, que la melancolía debiera ser desterrada y prohibido el amor no correspondido, como se castigan las pasiones clandestinas. Para que nada altere el curso del río.

Pasa una pareja cogida de la mano. No se miran. No es necesario. La mirada fluye por las venas. El calor de sus cuerpos sobrevuela el espacio. Ni la distancia podría separarlos. Son delincuentes que desafían las leyes físicas y hacen ostentación de su fechoría. El policía no sabría contárselo al rey, salvo reduciéndolo a irrisión. Como en su propio caso.

En un gesto de magnánima impotencia, los deja irse con total impunidad. Oye un aleteo sobre su cabeza y un pájaro le caga el sombrero. La blanquecina eyección le deja un trazo indeleble, en el momento mismo en que, en la rue Neuve-du-Luxembourg, ante la fachada de los Montreuil, dos trompetas y un voceador declaran a Sade ausente y fugitivo y hacen pública la orden de detención por defecto y contumacia.

La represalia se ha consumado. Ha bastado decir de viva voz que el marqués sigue siendo, en el fondo de su corazón, siempre el mismo. Incapaz del menor arrepentimiento, se burla de lo divino y humano. La escapada a Lyon es la gota que colma el vaso. Paradójicamente, a pesar del desaguisado, se otorga a Sade especial protección y, si se le encarcela, es para evitarle un mal peor, ya que al Parlamento, que desconfía de la benevolencia real con los nobles, le apetece la cabeza del libertino y exige hacerse con el caso para infligirle un castigo ejemplar. Es preciso apresurarse a ganarles por la mano, imponiendo una pena más severa que el confinamiento en casa de su suegra. Decisión, propiciada por Marais, de la que ahora el inspector se desdice, quedando en entredicho. Esta vez, no ha sido recibido por el rey, ocupado en tejemanejes falderos, y sus informes han quedado relegados en un cajón del ministro del Interior que los considera, por personales y algo tendenciosos, superfluos, a su parecer. Para colmo, le caga una paloma.

Tres días después, el inspector llega a Echauffour en un coche celular. Le hacen esperar más de dos horas en el jardín. Tiene potestad para entrar en la casa, pero no lo intenta. Entre las cortinas del ventanal, vislumbra la inmóvil silueta de la Presidenta, de la que emana un agrio reproche que él afronta altanero. Ni siquiera escucha trinos y graznidos, ni el piafar del tiro, ni la apaciguadora voz del cochero, ni el croar del estanque, ni el rumor del viento. El tiempo, enredado en las ramas, confiere al jardín un tenso silencio. Sólo el latido de sus sienes acompasa el instante con su bordoneo. La presencia de la dama tras el cristal fluctúa fantasmal. El comisario aguanta estático el envite.

La confrontación se interrumpe cuando, precedido de un sirviente que acarrea el equipaje, aparece el marqués y, sin mediar saludo, sube al carruaje. Marais, volviendo en sí, se sienta a su lado. La Montreuil se esfuma. Un relincho y dos resoplidos responden al grito del conductor, antes de que las ruedas trituren los guijarros de la vereda. Sobre la guata de los respaldos y bajo la enseña de la flor de lis, una franja dorada refleja los rostros de los viajeros, mirada fija al frente, absortos ante los asientos vacíos. El comisario ha tenido la deferencia de venir solo y sin escolta para acompañar al prisionero hasta el castillo de Pierre-Encize.

—No es esto lo acordado —dice, de pronto, el marqués—. ¿A qué se debe esta decisión? La mendiga ha retirado la denuncia... ¡Soy inocente!

—Los mil escudos que vuestra familia ha pagado a la víctima prueban la existencia del delito —alega Marais.

—¡Prueban la existencia del chantaje! —rebate Sade.

—Nadie cede al chantaje sin motivo. Olvidáis que el Parlamento quiere procesaros y que vuestro caso está en la calle, en Saumane, en Lyon, en Moulins, en Dijon...

—Rumores, sólo rumores.

—Los informes de los cirujanos no son rumores, señor.

—El Parlamento debería proceder a la verificación de esos informes — sugiere el acusado—. Cirujanos más expertos no encontrarían rastro de cicatrices, os lo aseguro.

Y, de pronto, empieza a despotricar sin ton ni son. La Keller no es más que una puta recogida en la calle a la que ha pagado generosamente por sus servicios y que, por tanto, tiene la obligación de complacerle en todo. Que cambié de oficio, si no le gusta. En Roma, Venecia, Nápoles o Varsovia no suceden estas cosas. Sólo en Londres y en París se apoya a estas despreciables criaturas. Uno puede ser culpable de todos los abusos y todas las infamias mientras respete el culo de las putas. Mira a Marais indirectamente, a través del reflejo en la franja dorada, y sus ojos cobran relampagueantes destellos, fustigados por la luz que entra a ramalazos.

—Yo sé por qué pasa eso —escupe—. Las putas pagan a la policía, y yo no.

El inspector lanza, a su vez, una mirada que rebota refulgente en el metal. Sade desvía la suya, pero no se calla.

—Yo también tengo un culo, como una puta, y me complacerá mucho que me lo respeten. Así que, en cuanto salga, lo pondré bajo vuestra protección.

La incongruencia, lejos de ofender al comisario, restablece la paciencia que estaba a punto de perder. Ninguna provocación de su compañero de viaje debe apartarle del estricto cumplimiento de su cometido.

—No debéis preocuparos. Vuestro encarcelamiento es sólo un simulacro para hacer creer al tribunal que nos anticipamos al castigo.

—¿Un simulacro? ¿Serán también simulados los muros de la prisión?

—En Pierre-Encize tendréis un buen trato —garantiza el comisario, que intenta en vano convencerle, no sin fundamento, de que todo se hace por su bien.

—Mi suegra, la señora de Montreuil, solicitará una audiencia con el rey y obtendrá una carta de abolición —anuncia Sade, insuflándose ánimos— ¡y espero que sea pronto! Mi esposa me necesita y mis finanzas también.

Lo que pomposamente llama *sus finanzas* es un montón de deudas a las que difícilmente podrá hacer frente, fuera o dentro de prisión. Pero la economía del marqués trae sin cuidado a Marais, no así la amenaza de que

Mme. de Montreuil consiga entrevistarse con Luis XV. Teme imprevisibles consecuencias. Hace ya cuatro años que él mismo se encargó de que sacaran de Versalles el cadáver de la Pompadour en parihuelas, amparándose en las sombras de la noche.

Enferma y decrepita, pero con los labios pintados y empolvadas las mejillas, había pedido morir en palacio, como los reyes, en un postrero alarde de poder. El privilegio le fue concedido a regañadientes y, apenas expirar, se trasladó el cuerpo, en el más estricto secreto, al número 16 de la rue des Reservoirs, donde tantas veces en vida había tomado el té.

Ahora, años después, Marais imagina a Mme. de Montreuil llegando a Versalles, en sentido inverso, por el mismo sendero que él había recorrido siguiendo los despojos de la favorita. Esta fantasía le inquieta, sin que sepa muy bien por qué.

El anciano rey ya no se aburre. Una joven encantadora ha sido reclutada, tras el mostrador de una tienda de modas, y de la mano de una experta matrona va a caer, no sin previos tropezones, en los brazos del conde du Barry. Es hija de una cocinera llamada Anne Bécu, que se avergüenza de las asonancias de su apellido y la presenta como Mademoiselle Langon, antes de que el conde la instale entre los bastidores de la Corte con el nombre de Jeanne de Vaubernier. Su belleza la hará pronto entrar en escena y no tarda en despertar el apetito del rey. *Les jeux sont faits*. Sólo falta encontrar una digna cobertura. El complaciente conde prefiere delegar en su hermano, recién llegado de provincias y veinte kilos más gordo que él. En septiembre, Jeanne Bécu, Langon o Vaubernier, devendrá, según lo previsto, condesa du Barry.

Estas circunstancias disipan parcialmente el miedo de Marais. Es impensable que la Presidenta de Montreuil se convierta en amante de Luis XV. Impensable pero no imposible, al menos en la mente atormentada del inspector.

Antes de que el carricoche policial llegue a su destino, Marie-Madeleine Masson de Plissay firma con sus nombres de soltera la misiva dirigida al monarca. Quiere dejar claro, en esta ocasión, que la iniciativa parte exclusivamente de ella, una mujer dispuesta a enfrentarse sola contra la injusticia de que su yerno, el marqués de Sade, está siendo víctima. *Suplico a Vuestra Majestad que se digne a acordarme la gracia y el honor de mostrarle en privado el profundo respeto que Vuestra Majestad inspira a esta muy humilde, muy obediente y muy fiel súbdita y servidora*, rubrica.

A pesar de la intercesión del teniente Sartine, consejero de la Casa Real y pariente de los Montreuil, no obtiene respuesta. Insiste. Esta vez como esposa

del presidente honorario de la Cour des Aides y en representación de una familia, *gravemente ofendida por las calumnias vertidas contra un noble oficial a las órdenes de Vuestra Majestad, cuya única falta es su fogoso temperamento, el mismo que le ha llevado a combatir con reconocida bravura en defensa de la Patria y la Corona.* El propio Sartine trata de disuadirla. Mejor es que Sade esté donde está. Resultaría muy contraproducente que el rey llegara a sentirse hostigado y decidiera dejar al prisionero en manos del Parlamento. Pero la dama no se aviene a razones y, sospechando que las cartas han sido interceptadas, recurre a su amistad con el duque de Choiseul.

Caído en desgracia, el duque poco puede hacer por ella, salvo ponerla en guardia contra las inconsecuencias de un rey, grotescamente llamado «el bien amado», para quien la sombra de Luis XIV era una pesada losa, su desmedida vanidad un despampanante ataúd y las piernas abiertas de la Du Barry su pública tumba. ¡Que frute será mi reinado!, le había oído exclamar, creyéndose a solas. Luis XV es, para Choiseul, un hombre sin alma ni espíritu que, como Nerón, estaría encantado de ver arder París, pero le falta coraje para dar la orden. Si mañana torturaran al marqués de Sade, sería el primero en disfrutar del espectáculo, pero ni para eso tiene valor.

Mme. de Montreuil le deja desfogarse y luego le sonsaca detalles que, llegado el caso, pueden resultar de utilidad para hacerse con la voluntad del monarca. Así se entera de que la Du Barry sólo aprecia las flores en jarrón y reprocha al rey su afición a la jardinería. *Un rey no es un jardinero*, ha tenido el atrevimiento de afirmar, en presencia del mariscal Richelieu, para desdoro de Su Majestad. A Luis XV le gusta hablar de entierros, enfermedades y operaciones quirúrgicas. Se alegra de la muerte de la gente que conoce, y si no se mueren, predice con fruición que pronto morirán. Como los niños que se divierten haciendo sufrir a los animales, lo que más le gusta de la caza es contemplar la agonía de la pieza, cuando no la de algún perro herido por negligencia. Estas peculiaridades y otros pormenores son las saetas que la Presidenta reserva en su carcaj.

Pero el rey se resiste a recibirla, el tiempo transcurre y Donatio se descorazona. En Pierre-Encize le permiten los paseos, aunque siempre vigilado, y las visitas de su mujer, si bien Renée-Pélagie no está en condiciones de viajar.

*Os beso hasta el fondo del culo, le escribe él, ¡y el diablo me lleve si no hago un buen trabajo en vuestro trasero! Es el calor de vuestro recto lo que hace que me avenga muy bien con vos.* Sublime declaración de amor, en

flagrante contraste con la ridícula retórica del enamorado. *Te amo mil veces más que a mi propia vida*, ésa y cosas similares dice indistintamente a sus amantes y a su esposa, que las capta al vuelo, como pavesas de otros fuegos, mientras confecciona para él una almohadilla, con agujero en medio, que mitigue el dolor de sus almorranas. El cojín le urge, ya que el anterior se ha apelmazado y le resulta muy doloroso sentarse.

Mme de Montreuil no puede soportar los sufrimientos de su yerno, cuya delicadeza y cultura la han seducido desde el primer día. Desoyendo consejos, pide a su marido que intervenga, usando y abusando de las prerrogativas de su cargo. Por fortuna, un accidente providencial evita que el Presidente se vea involucrado en la maniobra.

En una cacería, el rey se cae del caballo. El miedo le impide ponerse en pie. Consciente del ridículo, pretende haberse roto un brazo. Nadie osa llevarle la contraria. La irrisión corre como un río por los mentideros. Una niña de diez años hubiera seguido jugando. Pero el rey de Francia guarda reposo absoluto y pospone compromisos de gobierno y audiencias concedidas, e incluso la esperada presentación en sociedad de la condesa du Barry.

En sus horas de ocio, reclama los últimos informes de Marais. El ministro, reticente, se los pasa, y el monarca queda subyugado por la descripción que el inspector hace de Mme. de Montreuil. Se entera de que la susodicha señora quiere verlo y ordena que se la traigan sin dilación.

Una carroza la recoge en Echauffour y la lleva a Versalles. Las primeras palabras de la dama son para elogiar las flores del jardín. Luis XV, que dedica más tiempo a los jardines de Versalles que a Francia entera, se siente halagado.

—Me alegra ver a Vuestra Majestad restablecida —prosigue la Montreuil—. ¡Yo sé lo doloroso que es romperse un hueso! El marqués de Sade, mi yerno, se fracturó la tibia en el asalto a las fortificaciones de Stryghen y Argyle, y hubo que operarle la pierna en el mismo campo de batalla.

Miente. La osadía de Sade no le había reportado lesión alguna. Pero la estratagema suscita la simpatía del rey y recuerda, de paso, los méritos militares del marqués. Equiparar el nimio percance de caza con una gloriosa herida en combate exalta la fatuidad de Luis XV, que interpreta la mirada vehemente de la mujer como tributo de admiración.

—No es el brazo —confiesa—, sino el costado, donde me habían clavado el puñal cuando me asesinaron.

Mme de Montreuil muestra, perpleja, gran interés. Lo que el monarca llama *su asesinato* fue, hace once años, un atentado fallido. El cuchillo penetró entre la cuarta y la quinta costilla, a dos pulgadas del corazón, cuando se disponía a subir a su carroza en el Patio de Mármol. El espesor del ropaje, en la gélida noche, le salvó la vida. Su Majestad se lo cuenta como si lo estuviera viendo. Un hombre alto y vestido de negro había surgido de la niebla, sin que nadie, paralizados todos por la sorpresa, pudiera detenerlo a tiempo.

—Yo ordené que no le hicieran daño —dice magnánimo—. Desgraciadamente, el Parlamento hizo suyo el caso y fue cruelmente torturado en la Place de Gréve.

No menciona que, previamente, con su tácito consentimiento, el ministro en persona había aplicado unas pinzas al rojo en las posaderas del frustrado asesino. Mme de Montreuil cree oler a carne chamuscada, y piensa en Donatio. Inadvertidamente, la anécdota se convierte en una oportuna advertencia. Entre el rey y el Parlamento, mejor el rey.

—¿Hace calor? —pregunta Su Majestad, al observar que ella ha sacado un pequeño abanico de marfil, con el que encubre parcialmente el rostro, atrincherando la mirada.

—No —responde la dama, y pliega el abanico. Se encuentra desnuda ante los ojos que la escudriñan con persistencia. El monarca contrapesa la textura de la piel de la Du Barry con el brillo de inteligencia que confiere inexplicable belleza a la madurez de la Montreuil. La elección ratea entre dos violonchelos, uno por afinar y otro de cordal ya templado. El primero le produce desconfianza, el segundo respeto. Se lo piensa. En ambos casos, su cautela le da miedo. Está familiarizado con la indecisión, pero no con la duda. No es lo mismo. La indecisión se resuelve sola, basta esperar. La duda perdura, a veces, más allá de la resolución y se convierte en error irreparable para toda la vida. El niño, ante el escaparate, elige el mejor pastel y, si el niño es rey o ladrón, se come los dos. Pero el destino es siempre sólo uno y ni un rey ladrón puede quedarse, en caso de duda, con dos destinos diferentes. El que muere ahogado no muere ahorcado, dice el proverbio pirata. Desde su indecente omnipotencia, Luis XV se apoya alternativamente en una y otra nalga. Tiene la impresión de encontrarse, cara a cara, con la mujer que podría haberle hecho *realmente reinar*, que habría podido *realzar su realeza*, que todavía podría *restaurar su reinado*, porque ella sabía *realizar la realidad*. La Sala de Espejos multiplica por cuatro la reflexión, y también el aturdimiento del monarca, que no consigue sustraerse a la embriagadora reminiscencia de

los dulces pechos de Mme du Barry entre sus rugosas manos, mientras se siente arrastrado por la marejada subterránea de Mme. de Montreuil.

—La sangría que me hizo ese hombre me curó de otros males. Le estoy agradecido —dice con más coquetería que humor—. Pero la caída del caballo me ha dolido donde nadie supone y ningún doctor puede remediar. Salvo vos.

—¿De qué manera? —pregunta inquieta la Presidenta.

—Pasando conmigo la noche en palacio —propone Su Majestad. Y la dama hace acopio de entereza. Nadie dice *no* al rey. Choiseul se lo ha advertido. Es vengativo y no perdonaría el menor atisbo de resistencia.

—No merezco el honor que me dispensáis —responde—, ni vos la deshonra que supondría, en vísperas de una ceremonia en la que toda Francia tiene los ojos puestos y que, por fin, Madame Béam tendrá el privilegio de presentar.

Se refiere, naturalmente, a la aparición oficial de la nueva favorita, que la tal Mme Béam se ve forzada, por presión y cien mil francos, a amadrinar ante la Corte, con el consiguiente escándalo. No ha sido fácil encontrar a una dama de la nobleza que se prestase a desempeñar el denigrante papel. Cualquier paso en falso daría al traste con el tinglado. El rey, mal que le pese, sólo puede encomiar la sabia actitud de Mme. de Montreuil. Por otro lado, se siente aliviado, en su fuero interno, ya que la fuerte personalidad de la dama le provocaría inseguridad a la hora de encontrarse con ella en la cama. Concede que el momento no es oportuno y accede a dejarlo para mejor ocasión.

Por su parte, la Presidenta ruega al cielo que el rey muera antes de que la ocasión se presente, sin dejar por ello de agradecer que el monarca haya descubierto sus cartas. Ahora es ella la que domina el juego. Pero no pierde la cautela e inicia un nuevo merodeo.

—Los conocimientos de botánica habrán servido a Vuestra Majestad para el gobierno de una nación que, con frecuencia, se muestra ingrata con sus grandes hombres —dice, y él asiente, dándose por aludido. Entonces ella le habla de la diversidad de plantas que la naturaleza y Dios han tenido a bien crear y de cómo cada una de ellas, a su manera, es necesaria.

—Las hay venenosas —le recuerda el rey, empezando a sospechar que la metáfora no va con él.

—Aun éstas tienen cualidades medicinales para quien sabe utilizarlas.

Inopinadamente, Luis XV se pone en pie y, acercándose, toma entre las suyas una mano de la mujer que se lleva a los labios y, en lugar de besarla, la

lame. Ella disimula la repugnancia. El rey regresa a su sillón, satisfecho del efecto obtenido.

—Vos no sois venenosa, pero vuestro yerno, sí.

La Presidenta, sorprendida, reacciona con vivacidad.

—Mi yerno no es el conde de Charoláis, que mataba por capricho y entretenimiento, y al que perdonasteis sus crímenes en virtud de su rango.

Sacar a colación la impunidad de los actos sanguinarios de Charoláis, cuya reconocida crueldad sobrepasa lo concebible, es una hábil finta que descoloca al monarca.

—Si Charoláis no hubiera sido príncipe de sangre, habría ordenado con placer que hicieran con él lo que él hacía con otros —se justifica incómodo.

—El marqués de Sade no ha matado a nadie, salvo en la guerra, donde puso en peligro su propia vida al servicio de Vuestra Majestad —apuntilla ella— Él también es de noble cuna. Ya lleva más de seis meses en Pierre-Encize, ¿por qué ha de ser menos digno de obtener vuestro perdón?

Luis XV entorna los párpados y se encoge. Mme de Montreuil lo escruta, tratando de desentrañar sus intenciones. El rey camufla con un bostezo reprimido su desazón. Marais tiene razón, la dama es endiabladamente astuta y obstinada. Le hubiera gustado conocerla años atrás. Siempre ha preferido las jovencitas, a quienes la belleza y la ambición vuelven más disponibles y vulnerables al poder y la experiencia. Sólo piensan en sí mismas y se contentan con ser vistas y admiradas, al menos, en un principio. Pero también ha sido presa fácil de aquellas que, por carácter e inteligencia, independientemente de la edad, pertenecen a una raza aparte. Son ejemplares excepcionales, como la Pompadour, la Montreuil y probablemente la Du Barry. No suelen encontrarse de dos en dos.

—Que el señor de Sade pague cien libras de limosna para el pan de los prisioneros y quede confinado en su residencia de La Coste —prescribe—. De su comportamiento dependerá la libertad que se le conceda posteriormente.

Mme de Montreuil le besa la mano. Su rostro resplandece. Ha vencido.

CARTERON hinca la rodilla en la barriga de Renée-Pélagie, mientras la comadrona extrae a tirones al vástago remolón y el doctor de Lyon, filmando en pipa, dirige el trasiego de cubos y sábanas.

A la luz de la luna llena, en las inmediaciones del castillo, Sade se hace azotar por Gothon. Sus alaridos coinciden con los gemidos de su esposa. Como lúgubre contrapunto, el aullido de un perro se oye en el valle y resopla un mochuelo en los olivos.

Sade, enardecido, derriba a Gothon y se la beneficia seis veces consecutivas, cuerpo a tierra, agarrada ella a unas raíces para resistir las embestidas del señor. El ama y la criada gritan al unísono. El niño nace gordo y sano, y la madre queda maltrecha.

Cuando, al amanecer, Donatio se asoma a la cuna, Renée abre los ojos y sonríe, lívida y orgullosa. Gothon llora de emoción, sacudiéndose el polvo de pelo y ropa. Carteron, derrengado, se retira con ella, bajo la vacua mirada de la matrona. El doctor se despide y se va, echando humo por su chimenea. Sade se tumba, sobre la colcha, al lado de Renée y, antes de quedarse profundamente dormido, pasa el reverso de su mano por la sien y la mejilla de la esposa, en una caricia que ella agradece.

Días después, se celebra el bautizo. La condesa de Sade, madre de Donatio, es la madrina. El Presidente de Montreuil, el padrino. Pero la más feliz es la Presidenta que ve a Donatio, llevando de la mano al primogénito, como un padre perfecto. Todos sus esfuerzos han sido recompensados.

Da gracias a Dios y escribe al rey, pidiéndole que levante el confinamiento, *en virtud de lo prometido*. Encarga al Abad que lleve la carta personalmente y no regrese hasta no obtener una respuesta afirmativa. El Abad cumple, una vez más, su misión con denuedo y ataca por el flanco de la Du Barry, a la que obsequia con un ejemplar de *El amor a la moda* de Mme de Pringy, no sin el previo permiso del ministro de la Casa Real, conde de Saint-Florentin, quien se limita recomendarle que Sade renuncie a organizar fiestas y bailes, así como representaciones teatrales en La Coste, y no

aparezca por la Corte, ya que muy probablemente se vería rechazado. Esta última condición es de fácil cumplimiento para el marqués, que no aspira a pisar los salones de palacio, pero disgusta a Mme. de Montreuil, deseosa de verle totalmente rehabilitado e incluso nuevamente ascendido.

Desde su despacho de la rue du Roule, Marais vigila circunspecto los acontecimientos. No da crédito a la fábula del buen marido atento y cuidadoso con su esposa y sus hijos. Aguarda paciente el momento en que la Presidenta requiera, de nuevo, su ayuda. Sabe que, en caso de reincidencia, la dama ya no encontrará al rey disponible. Tampoco el inspector volverá a leer sus informes a pie de cama. Su sitio ha sido definitivamente usurpado y otras lecturas de alcoba sustituyen a la literatura policial. No obstante, seguirá siendo el primero en conocer los hechos y darles carta de existencia, confiriéndoles realidad. Nada puede suceder sin que él lo sepa y nada sucede que él ignore o decida ignorar. Está seguro de que Mme. de Montreuil valora más que nunca esta cualidad, precisamente en el momento en que el marqués de Sade se dispone a hacer uso de su reciente libertad. El inspector no tarda en tener noticia puntual de un viaje de Sade a los Países Bajos. Y no se oculta el motivo. Huir de la familia.

Efectivamente, Donatio no soporta por más tiempo el papel que finge asumir. Intenta, con muy buena voluntad, falsificar la felicidad, manteniendo sus promesas y simulando comportarse según las normas. Pero ¿es normal la normalidad? No para él.

En Bruselas, urde un subterfugio. Empieza a escribir cartas a una desconocida, dando cuenta del periplo con intención de publicarlas a su regreso. Por supuesto, ni siquiera las envía. La desconocida no existe. Se trata tan sólo de dejar testimonio de buena conducta. Encubre con una pátina anodina los motivos que le mueven, emitiendo simples opiniones o ideas generales. *La ciudad es antipática, siempre hay que subir y bajar por sus calles. No tiene bonitas casas ni edificios públicos que merezcan la pena.* No dice lo que hace, ni si duerme o no en el hotel, se limita a anotar gastos que no revelan ninguna actividad sospechosa. Otro tanto en Amberes, donde pasa una sola noche, y cuyos habitantes *están llenos de supersticiones y beaterías, que han conservado de sus antiguos amos españoles.* Se muestra decepcionado. En cambio, le encanta Rotterdam, *con sus canales y puentes levadizas. Los cristales, las rampas y paredes relucen como el hielo.* La limpieza le deslumbra, *en cada puerta hay un felpudo donde limpiarse los pies, incluso los utensilios de cocina brillan y puede uno mirarse en ellos.* Pero ¿qué casas frecuenta? En ningún caso, a juzgar por las descripciones, se

refiere a prostíbulos. Da la impresión de que la imaginaria dama a la que dirige sus misivas es una simbiosis de Mme. de Montreuil y el inspector Marais.

Navega por los canales hasta La Haya, donde asiste a las maniobras del príncipe de Orange, tropas disciplinadas pero lentas y pesadas. Llega a Ámsterdam, el punto de encuentro de todas las naciones, y se siente defraudado porque no hay espectáculos franceses. Asiste, sin embargo, a una representación teatral que resulta ser una burda acumulación de incidentes extraordinarios, sin forma ni motivación, a la manera inglesa. Después de pasar por Utrecht, donde en las calles crece la hierba, concluye que el genio de los holandeses no va mucho más allá del comercio, buenas gentes obsesionadas con adquirir nuevas riquezas, y mujeres poco amables, que no tienen el talle fino, a las que el uso inmoderado del té y el café les ha estropeado la dentadura.

No menciona que en Bruselas, La Haya y Ámsterdam ha ofrecido a los libreros, para su posible edición, un relato erótico y una pieza de teatro, sin resultados. Retoma cabizbajo al entorno familiar. El viaje a los Países Bajos, donde jura no volver, le ha servido para saber lo que ya sabía, no está en este mundo para ser uno más, como esas reses holandesas que fuera del redil siguen rumiando su rutina, mientras plácidas praderas se deslizan a ambos márgenes del canal. Su mirada de infinito hastío le acompaña todavía, sólo interrumpida por casas de campo, como dados caídos al azar sobre el verde tapete. Vacas y casas, he aquí una imagen plausible de imposible beatitud, exenta de pasiones y pletórica de aburrimiento, que la muerte atraviesa de puntillas, sus pasos silenciados por la hierba. No puede ser, aunque quisiera, uno de esos seres que pasan como paisaje. Quiere cerciorarse de estar realmente vivo. Necesita, eso sí, el escenario adecuado. Sólo el teatro se lo puede dar. Un teatro soñado en el que será autor, director y actor, al dictado de sus instintos y deseos. Por el momento, deberá contentarse con la única alternativa a su alcance, y vuelve los ojos hacia su carrera militar. Mme de Montreuil lo aprueba, Renée se resigna. Deja, de nuevo, La Coste para ir a incorporarse a su regimiento de Bourgogne, acantonado en Fontenay-le-Comte. Pero su fama le precede y allí le espera un tipo soberbio y puritano, fanático y cruel, el lugarteniente Malherbe, al mando del batallón, que con malos modales se opone a que el recién llegado ejerza sus funciones de capitán de caballería, prohibiendo terminantemente que ningún subordinado le obedezca.

El trato, además de vejatorio, es injusto. El Mayor no tiene atribuciones para contravenir un nombramiento real. Sade se enfurece y lo increpa. La rabia y la impotencia lo sacan de quicio y, ante el asombro de la compañía, lo desafía a batirse en duelo. Malherbe, que ve comprometido su honor y confía en su espada, desenvaina y arremete, con intención de demostrar su hombría y destreza, antes de arrestar al insolente. Cree haber encontrado al contrincante propicio para una ejemplar exhibición. El marqués es, para él, un libertino reblandecido por el vicio que no tardará en echar el bofe y huir como un cobarde. Pero Sade no sólo detiene sus golpes, sino que toma la iniciativa, descargando feroces mandobles que hacen retroceder a su adversario, hasta acorralarlo contra el enrejado del recinto. El lugarteniente, sorprendido, se defiende como buenamente puede, esperando que el otro acuse la fatiga. Estrategia fallida. Por el contrario, es él quien siente la creciente pesantez del brazo y del acero. La violencia de la acometida y la furia del acoso no da tregua ni ocasión a contras ni reveses. La reyerta es un combate a muerte. En el menor descuido le va la vida y a la primera oportunidad debe matar. El sudor le sabe a sangre, y el valor a miedo.

Viendo a su superior en peligro, un sargento trata de intervenir y Malherbe le pide a gritos que lo deje solo. Su orgullo está en juego. Así lo entienden sus hombres, que se mantienen a prudente distancia. Las embestidas de Sade se suceden ininterrumpidamente, sin paso atrás. La verja, a sus espaldas, impide al lugarteniente ganar espacio para la esgrima. Los mandobles a diestra y siniestra evitan que se zafe por el costado. Chispas y maldiciones, resoplidos y destellos, acompañan el estrépito de las armas, el crujir de los tacones en la tierra, el silbido del hierro al hendir el aire. El capitán no cede en su acoso y la situación de Malherbe se torna desesperada, el sable es de plomo, el brazo pierde presteza, la luz daña la mirada, la rigidez de las piernas le inmovilizan, los barrotes de la verja le aporrean la espalda y su rival se le viene encima, una y otra vez, con fuerza inusitada. Tiene que escabullirse antes de desfallecer y quedar desarbolado. Amaga a un lado y salta hacia el otro. Sade le alcanza de refilón en una oreja y, aprovechando el instante de desconcierto, lo derriba de un empuellón. Malherbe cae en mala postura y pierde el arma y la dignidad. Cuando gatea para recuperar la espada, recibe una patada en el trasero que provoca irrisión. Impulsado por el odio y cegado por la humillación, se levanta y tira una estocada que el marqués esquivo, asestándole con la empuñadura un certero golpe en la nuca que lo tumba sin sentido al pie del pedestal de una escultura ecuestre, cuyo eximio jinete también ha perdido la cabeza, utilizada, sin duda, como bala de cañón.

El capitán Donatio de Sade se vuelve entonces a los soldados y los pone firmes. Todos obedecen. Recorre sus rostros de un vistazo, en rápida revista. Sin excepción, eluden su mirada. No son nadie. Bastaría soltar una arenga, agitar un trapo o emitir un ladrido para llevarlos a morir o matar, con pretexto o sin motivo. Por capricho o por placer. Imagina lo que podría hacer con ellos y, al tiempo, siente horror al pensar lo que ellos podrían hacer con él en distintas circunstancias. Les está, sin embargo, agradecido porque han sido buenos espectadores. Le gustaría amarrarlos a una butaca, mientras descorre el telón. Se ve a sí mismo disfrazado de emperador romano. Saborea ya su gloria. Su enorme poder. La estatua decapitada espera su cabeza coronada de laurel. El enemigo por tierra le rinde tributo. El momento ha llegado de hacer un mutis triunfal. Ordena ser arrestado y conducido al calabozo. Asigna la misión a cuatro hombres que selecciona entre los de menor estatura, para mejor camuflar su metro sesenta y ocho, que le había impedido, por tres centímetros, ser maestre de carabineros. Manda romper filas y acompaña erguido a los ocasionales gendarmes, consciente del respeto suscitado.

El incidente, aun no siendo de su incumbencia, llega pronto a oídos de Louis Marais, que se entera, además, con estupor, de cómo Mme de Montreuil ha obtenido del príncipe de Condé que su yerno sea nombrado maestre de caballería, con el explícito beneplácito del rey, *ateniéndose a los favorables testimonios concernientes a servicios prestados en el regimiento de Bourgogne*. La inaudita medida deja patidifuso al inspector. Por inconcebible que se le antoje, la rehabilitación soñada por la Presidenta se ha producido, dando al traste con sus secretas esperanzas. Poco le consuela saber que el ahora honorable Sade está en la cárcel por deudas. La prisión en Fort-l'Eveque contribuye, aún más, a enjugar su rémora pasada. Acuciado por los acreedores, se ve obligado a ceder al conde de Osmont, por cien mil miserables libras, el cargo de maestre de campo recién otorgado, con el consiguiente desaire al príncipe, al rey, al ministro de la Guerra y a su suegra. Los tres primeros se sienten aliviados. El príncipe de Condé ha cumplido con Mme. de Montreuil, el rey ha cumplido con el príncipe, y el ministro de la Guerra se ha quitado de encima a un oficial conflictivo. La renuncia a la carrera militar afecta sólo a la Presidenta, que se resigna pensando que así Donatio dedicará más tiempo a sus hijos y esposa y cobrará el reembolso de su compañía. Este trapicheo tampoco menoscaba la honra recuperada. Para colmo, Renée-Pélagie vuelve a estar embarazada. La hipótesis del libertino arrepentido, decidido a crear una familia, cobra mayor verosimilitud. Marais se resiste a creerlo, pero un atisbo de duda le atosiga. ¿Y si fuera verdad? ¿Y

si el disoluto se hubiera regenerado? Imposible. A los treinta y un años es prematuro atribuir el cambio a la madurez. Sade engaña a todos, menos a él.

El inspector husmea. Una mancha en el techo le retrotrae al olor a perro mojado en el decorado destartado del salón de La Coste. Quizá la mancha configura un can sin patas ni rabo, con las orejas gachas y el lomo erizado, o simplemente la húmeda desconchadura sugiere el peculiar olor. Sea cual sea la causa, le invade la sensación de hallarse, de nuevo, en el escenario, como el día en que conoció a Mme. de Montreuil. Y, como entonces, se siente paralizado. Se pone en pie. La luz de una farola entra por la ventana y alarga su sombra a sus pies. Sin acertar a entenderlo, reclama que la función prosiga, dispuesto a desempeñar hasta el final el papel asignado. Para eso es preciso que el marqués asuma, a su vez, el suyo y vuelva a las andadas. El policía necesita al delincuente como la sombra al cuerpo. Y, sobre todo, ansia reanudar la relación interrumpida con la conspicua dama. No se le oculta que el único vínculo que los une son los delitos del marqués y que el deseado encuentro depende, por tanto, de la conducta de éste. Las apariencias contradicen las previsiones. Marais se siente desorientado. Por primera vez, desconfía de su olfato. Los perros no creen en el destino, sino en su hocico. Su fe se ha visto quebrantada. Un sabueso que pierde el rastro acaba siendo su propia presa. Se persigue a sí mismo hasta la extenuación.

Puede que no exista ni Dios ni el diablo, pero el destino sí. Inescrutable para los perros que se obstinan en rastrearlo a contratiempo, sus irreversibles derroteros sólo se nos revelan cuando ya no tienen remedio.

Anne-Prospère de Launay, hermana pequeña de Renée-Pélagie y canonesa de las benedictinas de Alix, deja el convento por motivos de salud y llega a La Coste, invitada por Renée, que requiere su compañía ante la proximidad del parto. Tiene apenas veinte años y su belleza ya ha cautivado al Abad de Sade, para quien la bella canonesa es la reencarnación de la Laura de Petrarca.

A su regreso, Donado se encuentra con este regalo del cielo. Una cuñada con disfraz de monja y aroma de incienso. Todo un desafío para una depravada imaginación. Un succulento manjar para un voraz apetito. Una dulce recompensa que Renée ha dispuesto para retenerlo. Anne podrá interpretar los personajes que ella, con un vientre abultado de siete meses, no está en condiciones de representar. En especial el papel de esposa, en un drama en cinco actos titulado *Le mariage du siècle*, que el marqués ha escrito en Fort-l'Eveque.

Sopla el mistral en el altiplano, ulula en los recovecos del castillo. La insidiosa intrusión del viento inquieta a Anne de Launay que, en el transcurso

de los ensayos, retiene la respiración alterada, mientras recibe las instrucciones de Donatio, sin atreverse a mirar a su hermana, cuya aparente indiferencia no contribuye a tranquilizarla. Disimula la turbación que experimenta cada vez que Sade la toca, para corregir la posición del brazo o arreglar el cuello del vestido, convirtiendo el gesto en caricia subrepticia.

Sobre el telón de fondo se proyectan sombras chinescas que cobran, a ojos de la canonesa, fantasmagórica obscenidad. El antebrazo del marqués se endereza a la altura de la entrepierna, alzándose amenazador sobre la frágil silueta de su cuñada que oscila, mecida por las luces de los candelabros encendidos en hilera, ante el escenario. Una mezcla de miedo y voluptuoso abandono la embarga, como si el viento de fuera recorriera, cálido y apaciguado, los más íntimos rincones de su ser.

Ajeno a estos avalares, el inspector Louis Marais sale de melancólicas cábalas al recibir, inesperadamente, la visita de un mensajero. Mme de Montreuil le emplaza, bajo el más encarecido ruego, a presentarse al día siguiente en Échauffour.

Marais cabalga de nuevo.

LA PRESIDENTA recibe a Marais como si se hubieran visto el día anterior y nada hubiera sucedido entre ellos. Su afabilidad parece sincera, sin resquicio de rencor ni recelo. El inspector, por su parte, no puede superar cierta rigidez. El malestar se acentúa al descubrir la presencia del Abad, que le saluda con una leve inclinación de cabeza y expresión ausente. En el espacioso salón, la disposición geométrica de los personajes, en pie, conforma un triángulo cuyo vértice más distante es el clérigo enfurruñado.

—Nuestro Abad está preocupado porque Donatio vuelve a hacer teatro en La Coste —informa la Montreuil, tratando de disculpar la actitud huraña del prelado.

—Con su esposa y su cuñada, la señorita de Launay —precisa el aludido.

—Renée está embarazada y ha querido que su hermana estuviera a su lado —se apresura a justificar la anfitriona. A pesar del tono desenvuelto, el inspector Marais percibe una sombra de inquietud.

—La señorita de Launay es muy joven e inexperta —añade el Abad.

—El teatro resultará una saludable experiencia para Anne, la ayudará a corregir su natural timidez —aduce Mme. de Montreuil. La reflexión no resulta del agrado del Abad, que se despide farfullando un ininteligible pretexto. Al quedarse a solas con Marais, la Presidenta se echa a reír.

—¡El Abad está celoso! Se ha declarado a Anne, le ha escrito cartas comprometedoras al convento, ¡ese viejo cerdo olvida que le lleva cuarenta y seis años! No es cuestión de edad ni de hábitos, sino de sentido del ridículo. Un hombre enamorado es un imbécil, ¿no le parece? ¡Un policía de alcobas lo sabe mejor que nadie!

A Marais no le gusta el epíteto que le endosa, pero no le queda más remedio que asentir, mientras piensa autocompasivo que un policía de alcobas enamorado es dos veces imbécil. Deseoso de evitar preámbulos, pregunta sin ambages para qué ha sido llamado. Ella despliega el ceremonial consabido y lo lleva del brazo hasta el sofá, para ir a ocupar, con exasperante parsimonia, el sillón de enfrente, no sin antes servir el habitual aguardiente de manzana.

La dama le agradece que haya venido, dando a entender, con pasmosa volubilidad, que su visita no era obligada ni, desde luego, imprescindible. Insólita actitud que desdice la urgencia del billete recibido. Se muestra inopinadamente resentida de no haber sido invitada, el pasado año, a la boda de María Antonieta con el delfín, donde una plebeya como la Du Barry ha gozado de privilegios reservados sólo a las reinas. Este asunto baladí incomoda de tal manera a Marais que no puede por menos que reaccionar con virulencia.

—Entre los cien invitados de Su Majestad no había ninguno cuya familia se hubiera visto deshonrada por actos criminales —dice. La Presidenta palidece, pero sonríe.

—Os recuerdo, inspector, que Donado es ahora tan digno como el que más de ser recibido en la Corte. Y deseo que obtengáis de Saint-Florentin una invitación para que el marqués de Sade participe, conforme a su rango, en la próxima cacería real.

—El rey ya sólo caza en la cama —responde sardónico.

—Pues haced que asista a una velada en los jardines de Versalles —propone ella.

—Pedídselo al príncipe de Condé —sugiere malévolo.

—Nadie mejor que vos para dar testimonio del buen comportamiento de Donatio. No lo reconoceríais. Está alegre, juega con los niños, es cariñoso con Renée y hasta trata amablemente a los criados. Si hace teatro en su casa, con su familia, eso prueba que no anda por ahí con actrices, vos lo sabéis. Me consta que ha dejado de asediar a la Rivière...

—Porque se ha encontrado a Hocquart de Coubron debajo del tutú —apostilla Marais.

—¡Porque está sinceramente arrepentido! —corrige ella con vehemencia—. Dejaos de juzgar y tratad, por una vez, de entenderlo. Donatio ha cambiado, os lo aseguro. Podéis comprobarlo, aunque os decepcione. Conozco sus intenciones. Sólo os pido que hagáis valer la verdad.

—¿Y cuánto nos durará esa verdad? —pregunta avieso—. Basta un instante para convertirse en criminal, la honradez requiere toda una vida.

—Requiere ser vista por los demás —replica ella—. Para que los ojos frenen la lengua.

—Todavía es demasiado pronto —dictamina Marais—. Mis informes no se basan en propósitos, sino en hechos. Dejemos que el tiempo confirme vuestras ilusiones y descarte mis temores...

—¿Qué temores?

—Los mismos que veo reflejados en vuestra mirada.

Sorprendentemente, la mujer acata sus palabras y se sume en un doloroso silencio. El inspector comprende que, en esta ocasión, hay algo más que el orgullo de clan en juego. Por primera vez, la Montreuil se muestra indefensa ante él, sin que ello obedezca a estrategia o simulación. El temblor de los labios delata la emoción, como si estuviera a punto de sollozar. Lejos de enternecerse, se siente resarcido. Permanece inmóvil y callado, a la espera de que ella recupere el ánimo y se decida a hablar. Finge no advertir la congoja, ni oír el hondo suspiro que precede al inconexo monólogo que brota, de repente, entrecortado, como el rumor de un arroyo que recorriera un tortuoso cauce, interrumpido en su curso por incidencias del terreno y bruscos remansos.

—Renée es... demasiado devota y fría para Donatio. Su estado, de siete meses, afea su aspecto... No está segura de satisfacer los deseos de su marido... Hace tiempo, tuvo un aborto... El niño nació muerto... Eso la hizo sufrir mucho, y tiene miedo... Ha llamado a Anne de Launay sin mi permiso... Es un error, con Donatio en casa... Y ella lo sabe... Pero lo hizo... Mis hijas son muy diferentes... Anne es más apasionada y sensible... Las humedades del convento han dañado su salud... El aire de Provenza le sentará bien...

De pronto, se detiene. Contempla a Marais con extrañeza. Diríase que, durante unos momentos, ha olvidado por completo la presencia del visitante. Se avergüenza, aunque él, púdicamente, adopta una expresión abstraída que no deja traslucir ningún atisbo de compasión. Ella agradece el gesto, pero no perdona que haya sido testigo de su debilidad.

—¿Y vos? —prorrumpe, encarándose—. ¿Quién sois, inspector Marais? ¿Habéis pasado por la vida sin romperla ni mancharla? ¿O tenéis amantes, como Donatio, o ramerías maltratadas, o hijos abandonados? ¡Espero que, al menos, hayáis tenido madre! No sé nada de vos. No os conozco, y estáis ahí, observándome, como un perro a un trozo de carne, ¿qué pensáis hacer conmigo? ¿Comerme? ¿O dejarme para después de haber acabado con mi familia? ¿Seré yo vuestro próximo bocado? ¿Entregaréis mis restos al rey en un bonito informe final? ¿Os ascenderán por eso? ¿O os contentáis con el placer y el dolor ajeno?

—Estoy aquí porque me habéis llamado.

—¡Y venís! ¿Qué os mueve? ¿Sólo la curiosidad? No os creo. ¿El amor? ¿El odio? ¿Qué clase de pasión miserable os impulsa a abandonar vuestros deberes para asistir a una mujer en dificultades, a la que luego negáis la ayuda

que os pide? ¿Qué buscáis, inspector? Respondedme, os lo suplico. Quiero saber. Quiero saber con quién estoy hablando, en manos de quién pongo mis más últimos sentimientos.

—Un amigo.

—Pues, si sois un amigo, ¡obrad como tal! Es preciso hacer algo, antes de que sea demasiado tarde. Hay que conseguir que Donatio aparezca en la Corte y recupere el lugar que le corresponde entre la nobleza, sólo entonces podremos exigirle que respete las reglas. Ha cometido muchas tonterías, pero ya ha lavado su pasado, merece que se le ofrezca otra oportunidad.

—Nadie puede proteger al marqués de sí mismo. Sólo deseo protegeros a vos y, para ello, ¡sería capaz de degollar al marqués y convertirme en un vulgar asesino!

Ante la melodramática declaración, Mme de Montreuil suelta una estrepitosa carcajada. Marais se pone en pie ofendido.

—¡Perdonadme, inspector! ¡Habéis estado tan convincente! ¡Creía que sólo Donado hacía teatro!

—No creo merecer esta burla.

—¡Pues os la merecéis! Y espero que os arrepintáis y me presentéis disculpas por vuestra ingenuidad.

—He sido sincero.

—Groseramente sincero y también encantador. Sentaos —y la Presidenta se levanta y, poniéndole la mano en el hombro, le obliga a volver al sofá. Se sienta esta vez a su lado. La mano se posa ahora en la rodilla del policía que siente un frío contacto a través de la tela. Está tentado de coger, entre las suyas, la mano helada de la mujer para darle calor, pero se abstiene, temiendo la reacción. Ella, entonces, le besa fugazmente en la mejilla y se pone, de nuevo, en pie. Y, sin dar tiempo a que Marais se rehaga de su ofuscación, propone un brindis, alzando la copa.

—¡Por nuestro secreto! —proclama. El aturullado inspector no acierta a entender a qué secreto se refiere la mujer, pero se une al brindis con desgana. El trato infantil de que está siendo objeto le produce una sensación pertinaz de ridículo. No obstante vislumbra algo más que simple cordialidad y algo menos que pura tomadura de pelo en la actitud de Mme. de Montreuil, cuyo semblante se ensombrece de nuevo, como si las nubes del exterior hubieran entrado en el salón.

—Por mi pequeña Anne de Launay —dice, y bebe sola.

En la charca se refleja el castillo. Una hoja a la deriva surca la superficie. La silueta de La Coste se estremece. Con mórbido estupor, Anne de Launay

tiene los ojos prendidos en el fondo. Algo se desliza por el cieno. Se le antoja que es la hoja impulsada por la brisa, Pero es una serpiente. Se remueve el fango. El agua se enturbia. La imagen del castillo cobra nitidez y relieve. Arme permanece sentada en la hierba. Tiene el vestido manchado de barro. Las manos reposan inertes sobre el regazo. Recónditos pensamientos bullen en su interior. La charca es el espejo donde se mira sin verse. Es, sin embargo, el reflejo de su alma atormentada. La serpiente asciende desde el vientre al corazón y estrangula el aliento, haciendo borbolar los latidos. Renée aparece a sus espaldas.

—¿Qué haces aquí, hermanita? —pregunta—. Donatio te anda buscando.

Anne se levanta y la mira, casi suplicante. Sin decir una sola palabra, le da la mano. Se encaminan hacia el castillo. Sade, a caballo, sale a su encuentro. Renée ayuda a Anne a subir a la grupa. La joven se aferra a la cintura del marqués. Con la mejilla pegada a la espalda, el perfil sacudido por el trote se recorta sobre la casaca azul. Cierra los ojos con languidez. Renée los ve alejarse. Regresa andando torpemente. No es bueno para una embarazada montar a caballo.

En el transcurso de la cena, el silencio subraya las miradas esquivas. Los gestos más triviales adquieren intencionalidad erótica. Los dedos de la canonesa despliegan la servilleta, la cuchara se introduce entre sus labios, el vino se vierte en la copa, unas gotitas salpican el mantel, la cera derretida se desliza por el cirio, el pan caliente, recién cortado, ofrece su miga mullida, el capón trufado alza los muñones, que el marqués desgaja, antes de llevarse a la boca un lúbrico muslo y morder. Anne siente los dientes en su carne. El marqués mastica pausadamente.

La noche se mece en las ramas de los olivos. La tierra ronronea en torno del castillo. Con los ojos abiertos, Anne oye pasos que se acercan. Se detienen ante la puerta. Cierra los ojos. La puerta se abre. Desde el umbral, sosteniendo un candelabro, Sade adivina la tibieza del cuerpo bajo la colcha, contempla las facciones angelicales de la mujer, que simula estar dormida. Un insidioso sentimiento de inseguridad sobreviene. No osa dar un paso. La espiral de seducción ha llegado a su epicentro. El merodeo ha terminado. No más insinuaciones ni escarceos. La presa acosada caerá en sus brazos. No duda de eso. Sino de sí mismo. Sabe tratar a ramerías o culminar la pasión en conquistas mundanas. Sabe mezclar lo obscuro y lo sublime, recurriendo a gestos y palabras. No le arredra la belleza. Pero nunca se ha encontrado cara a cara con un sueño. Profanar el fantasma de la Laura de Petrarca, cometer sacrilegio con una casi sierva de Dios y consumir el incesto con la hermana

de su esposa en una sola persona hace superfluas sus fantasías y sobrepasa sus deseos. El experto libertino se ve asaltado por aprensiones de principiante. Es como si soñara que está soñando. Lo demás era teatro. Teme despertar y quedar desarmado al primer contacto físico con el ideal soñado. Avanza cauteloso, se aproxima a los pies de la cama, se arrodilla y levanta las sábanas. Paulatinamente, descubre con devoción las piernas y los muslos, en cuyo confín se atisba, al trémulo aleteo de las llamas, la sombra del vientre. Absorto, tarda en apercibirse del pensamiento furtivo que se abre paso en su mente. El cuerpo no acusa el calor de las velas encendidas ni el vacío de las sábanas en alto, apenas una ligera crispación en los dedos de los pies. La inmovilidad mantenida le causa extrañeza. Lo sorprende también la ausencia de camisa de dormir en una canonesa recién salida del convento, lo ofende la postura descuidada que permite el discurrir de la mirada hasta el último reducto del pudor, lo desencanta la sola sospecha de que su dulce cuñada, fingiéndose dormida, se esté ofreciendo sin recato. Se desvanece el respeto que le retraía y da libre curso al impulso. Deposita el candelabro en el suelo, empuña un cirio, lo apaga de un soplo y, con él en ristre, se sumerge de cabeza bajo las sábanas. Anne de Launay entreabre la boca y emite un gemido.

En su dormitorio, Renée-Pélagie enciende una vela ante la imagen de la Virgen y, arrodillada, reza con fervor. Al otro extremo del pasillo, tras la puerta cerrada, la sábana se alza, azotando el aire y apagando de golpe el candelabro en el suelo. El marqués, de pie sobre la cama, contempla el cuerpo desnudo con un rictus de desprecio. El cirio, caído entre los muslos, es el vestigio de la virginidad perdida. Anne no siente miedo ni dolor. Una sensación de dulzona laxitud la invade. Sade aplica la punta de la bota al sexo de la mujer y presiona mansamente. La serpiente enroscada deshace el nudo y se desliza bajo la piel.

Renée ve el amanecer colarse por el resquicio de las cortinas. La vela enhebra un último filamento de humo en el primer haz de luz. Un almohadón la mantiene incorporada en el lecho. La voluminosa barriga le impide estar tumbada. A pesar de la doble manta, tiene frío. Está muy pálida. Se levanta dificultosamente y se echa un chal sobre los hombros. El olor de la vela consumida le da náuseas. Necesita aire. Abre la ventana. El frío la disuade. Vuelve a cerrarla. La corriente hace que la puerta se abra. Cree que es Donatio. Pero nadie entra. Se asoma al pasillo vacío, lo recorre con la mirada hasta otra puerta, al fondo. Abierta. Eso le extraña. Acude. Llama. Tímidamente. Nadie responde. Entra.

Anne de Launay, la cara a ras de suelo, está atada con la sabana a una silla patas arriba. Alrededor del candelabro, las velas esparcidas. Ni rastro de Donado. La mirada implorante de Anne emerge del cabello desordenado.

—¡Perdóname! —suplica. Renée, venciendo la torpeza, se agacha junto a ella y deshace jadeante los nudos con febril delicadeza, mientras musita palabras de compasión. Anne, liberada, rehúye los brazos de su hermana y va a acurrucarse temblorosa en un rincón.

—¿Dónde está Donatio?

—Se... ha... ido... —acierta a decir la hermana, dando diente con diente.

—¡Dios mío! —implora Renée y, apoyándose en la silla caída, consigue ponerse en pie y sale, llamando a gritos a Carteron. Baja la escalera, deteniéndose, a trechos, agarrada a la baranda para cobrar resuello. En el salón sólo encuentra el eco de sus pisadas. Ya no tiene frío, ni repara en la fatiga, no grita, ni se desespera. Vuelve a la escalera. Desciende pausada los peldaños. Gothon, en el patio, da de comer a los gansos.

—¿Dónde está el señor?

—No lo sé.

—¿Y Carteron?

El coro de ocas y gallinas embadurna la respuesta, mascullada de soslayo, que la desolada esposa lee en los labios.

—Con el señor marqués —dice la suiza.

Renée-Pélagie da media vuelta y regresa sobre sus pasos bamboleante y abatida. Los peores presagios se confirman.

Marianette, Marianne Láveme, Rosette, Mariette, Marguerite, prostitutas de Marsella, con edades comprendidas entre los dieciocho y veinticinco años, han sido víctimas de las atrocidades del marqués.

El inspector Marais galopa embozado en la noche, bajo raudales de lluvia que restallan en su capote y aguijonean los flancos del caballo.

CON LAS primeras luces del nuevo día, el jinete irrumpe en Échauffour, saltando setos y chapoteando en el estanque. Mme de Montreuil aguarda espectral bajo la techumbre del cenador. Marais descabalga chorreante y retira el embozo.

—El marqués de Sade, con ayuda de su criado, ¡ha envenenado a cinco mujeres en Marsella!

La gravedad del gesto apenas amortigua ínfulas triunfales. Los acontecimientos le han dado, una vez más, la razón.

*Sade, haciéndose pasar por su criado y tratando a éste con el sobrenombre de Dom Quirós, enarbola el puño cerrado.*

*—¡La que adivine cuántos escudos tengo en la mano será la primera! Las prostitutas se prestan divertidas al juego. Marianne Láveme es la afortunada. Las otras esperan turno en una habitación contigua. El marqués saca del bolsillo una caja de cristal que contiene pastillas anisadas. Ofrece a Marianne.*

*—Son buenas para pederrear.*

*Ella, reacia, toma dos. Carteron, a la sazón Dom Quirós, le abre la boca y le mete ocho. Sade, por su parte, da a la chica un rollo de pergamino erizado con púas, se baja los pantalones y pide que le azote sin contemplaciones. Ella le flagela, mientras él marca en la pared, con un punzón, cada golpe recibido. Con la otra mano, masturba al criado. La sangre brota en las posaderas del marqués, que reclama a gritos ser fustigado con más vigor. Marianne desfallece, empieza a sentirse mareada.*

*—Les hizo comer caramelos de anís y cantárida —revela el inspector.*

*—¡Caramelos! —replica la Montreuil—. ¿Y eso es un crimen?*

*—La cantárida, en pequeñas dosis, es un afrodisíaco —concede Marais—. Pero más de dos grageas, ¡es veneno!*

*Marianne Láveme se encuentra mal. Bebe agua y café. Se atraganta. Mariette acude y toma el relevo, no sin antes engullir un puñado de pastillas. Cuando el castigo decrece, el marqués ordena que venga Rosette y, en el intervalo, se pone a cuatro patas para que Carteron le dé por culo.*

—¡Y vuestro Donatio se hizo sodomizar por su ayuda de cámara! —delata exultante el inspector Marais—. ¡No una, sino varias veces! ¡Delante de todas! ¡Sabéis bien que la sodomía homosexual es delito de horca!

La lluvia arrecia sobre las parras e incita a levantar la voz, pero la Presidenta prefiere contrarrestar la excitación del policía, acercándose confidencial.

—La cantárida tiene efectos alucinógenos. Esas mujeres han visto visiones, ¡deliraban! Su testimonio debe quedar invalidado...

El inspector se aparta, como si actuara ante un público y la proximidad de la dama le restara persuasión. Pero, esta vez, no hay espectadores en las ramas. Nadie le ve ni le oye, salvo ella.

—No todas tragarón las pastillas. Una las escupió, y no por ello dejó de ver lo que vieron las demás.

—Eso demuestra que las otras eran tontas. ¿Por qué no hicieron todas lo mismo?

—Fueron forzadas y no es fácil engañar al marqués.

—Dicho de otro modo. La única declaración fiable es la de una ramera que sabe cómo engañar.

*Traen a Marianette que, por su robusta complexión, parece más apta para propinar zurriagazos. Al ver la sangre esparcida, la recién llegada trata de huir. Los dos hombres se lo impiden y le dan caramelos que ella finge tragar, pero escupe en un descuido. Se niega con tal obstinación a azotar al marqués que éste desiste y la emprende con la llamada Marguerite. Le vacía la caja en la garganta, ayudado por su ilustre Dom Quirós, cuyos dedos presionan la mandíbula para mantenerla abierta. Luego, la tumba de bruces e introduce las narices entre las nalgas, conminándola a tirarse pedos que inhala con delectación, mientras el criado lo sodomiza de nuevo. Los tres componen, ante los ojos de las otras, una amalgama de cuerpos fluctuantes.*

—La que está peor es Marguerite Coste —prosigue Marais—. ¡Tomó más de veinte caramelos!, vomita sustancias negruzcas y fétidas, tiene el rostro inflamado y el pulso muy débil, ¡se teme por su vida!

—¡Dios quiera que esa desgraciada no se nos muera antes de retractarse!

—Demasiado tarde. En la habitación se han encontrado pastillas que están siendo analizadas y en las paredes hay más de doscientas cincuenta incisiones del marqués. Los dictámenes forenses confirman la gravedad de los hechos denunciados y Marguerite espera los últimos sacramentos.

El tono notarial impresiona a la Presidenta. Los dos están a pie derecho y frente a frente, soportando impertérritos los chorros y goteras que caen del precario techo del cenador.

—Donatio es un libertino —dice ella—, pero no un criminal. ¿Qué interés podría tener en envenenar a unas muchachas que no ha visto antes y cuya profesión no inspira ni amor, ni celos ni ninguna motivación personal?

Las facciones de Marais se tensan, sus labios se crispan, pero su voz es la de un comisario en el ejercicio de sus funciones.

—Lo siento, señora. Veneno y sodomía se castigan con la muerte o con la cárcel de por vida. El marqués está perdido, y vos lo sabéis. Y yo cumpliré con mi deber hasta sus últimas consecuencias. Y, aunque tardéis en comprenderlo, el respeto que me inspiráis me obliga a actuar antes de que vuestro yerno cometa otro crimen, más horrible todavía, con vuestra hija Anne de Launay, ¡el incesto!

Mme de Montreuil, herida en lo más hondo, le propina un soberano bofetón que él encaja con orgullosa entereza.

En el fondo del fango, la serpiente deshace su espiral y se desliza perezosa, húmeda y sucia, por la hierba, hasta un matojo de espinas y hojarasca, donde se cobija somnolienta. Anne de Launay sigue descalza el rastro y se detiene ante la zarza. Presiente de repente una presencia a su lado. Pero está sola. Percibe su propio cuerpo como algo ajeno y su mirada se diluye en el cielo, sin polvo de nube, pulcramente barrido por la escoba del viento. La efigie de La Coste domina altiva el entorno. Y ella se siente parte del paisaje, como un perfume derramado y evaporado fuera del frasco roto. Fuera del convento. La paz del claustro se había hecho irrespirable. No podía soportar por más tiempo las retahílas sobre ese cielo poblado de ángeles y santos, con su Dios, su Virgen y su Espíritu Santo, tan extranjeros todos a sus deseos, a sus inconfesables fantasías que la sombra del lúgubre Cristo crucificado convierte en pecado. Los libros y las cartas, que le enviaba el Abad, excitaban su imaginación. Las memorias apócrifas de Mme de Pompadour, la correspondencia de Mme. de Sevigné, las obras de Racine, Moliere, Montesquieu, le traían noticia de otro mundo donde la pasión y el pensamiento eran expresión de vida y no triste letanía. La literatura había sido

una forma de sentir odio y amor sin padecer las consecuencias, de suplantar el dolor y la muerte en un juego privilegiado. Una sublimación de las miserias humanas que, a la manera de un mágico elixir, le habían permitido mantenerse viva en el frío panteón. Pero era muy joven y bella para renunciar a mirarse en el espejo de los demás. El encuentro con Sade ha resultado una revelación brutal. Ha hecho vibrar en ella fibras desconocidas y ha supuesto también la rotura de las cuerdas de su laúd, instrumento que había aprendido a tocar para consolarse de su melancolía. Ahora está confusa y magullada, dolorida en cuerpo y alma, pero curada. Del convento y de la literatura al tiempo. La habita una insospechada energía que la impele a caminar y respirar hondo, absorbiendo luz y calor. El cielo azul no alberga ya ni sueños ni amenazas, el conflicto aguarda ahora agazapado en el castillo de La Coste. Es, sin embargo, una pesadilla de la que huye sin poder escapar. Se aleja y se siente atraída. Sus pies avanzan por el camino y su espíritu queda rezagado, susurrándole al oído que regrese. Pero el roce de la tierra en la planta de los pies le arrastra sin resistencia. No puede retroceder. La ruta es el rastro de la serpiente. No sabe adónde va. Sólo sus pies la conducen. Obedece adormecida a una intuición acuciante. El castillo queda atrás. Y, de pronto, el carruaje polvoriento, revestidas de harapos las ruedas y enguantados con trapos los cascos de los caballos, aparece ante sus ojos, y frena.

Despeinado, pálido y ojeroso, desciende el marqués. Se dirige a ella disimulando la sorpresa, como si el encuentro hubiera sido concertado, y la invita a subir. Desde el pescante, la observa Carteron. Anne rehúsa el brazo que Donatio le ofrece. La sonrisa del criado la repele. Mira al marqués con repentino rencor y echa a correr asustada. Teme el misterioso influjo que le ha llevado hasta allí, más allá de su voluntad. El marqués la llama en vano. Ella ni siquiera le oye. El pánico la domina. La luz le ciega. Tropieza, cae, se levanta y sigue corriendo. Cuando, al fin, le vence la fatiga, el carromato ha reanudado la marcha, con su silencioso traqueteo. El corazón late en su garganta. Intenta rezar, pero no recuerda ninguna oración. Echa a andar hacia el castillo, sin levantar la mirada, para no verlo. Se sabe condenada.

Si Racine, Moliere, Montesquieu, eran Lucifer. Sade es Satanás. Los terrores infantiles, magnificados en el convento, resurgen del fondo de los tiempos para convertirse en realidad. El cielo luminoso vuelve a abrir las fauces de un abismo aterrador que ella ha tenido el atrevimiento de desafiar. Comprende, a pesar de todo, que en la trastienda del misterio se oculta otro enigma aún más insondable para el que la iconografía religiosa y la cháchara inexplicable de la Iglesia resultan tan superfluas como el arte y la literatura

que enmascaran la verdad. Las oraciones aprendidas y la poesía ponen de manifiesto, al unísono, su inutilidad. Estas mismas reflexiones se le antojan pueriles, desde la insignificancia de su persona y la magnitud de su soledad.

Llega a La Coste al atardecer. Los perros ladran. Un mozo de caballerizas abre el portón y la mira con asombro, mientras ella atraviesa presurosa el patio. Sube las frías escaleras de piedra y va a encerrarse en su habitación. Una sirvienta echa leña en la chimenea y le trae una pechuga de pollo y un cuenco de sopa. La tibieza de las sábanas recién planchadas acogen su cuerpo desfallecido. Un sueño reparador la traslada a la región donde las imágenes no son rehenes de la razón. La serpiente colea y se eleva en un vuelo sin alas, sorteando las estrellas desperdigadas en el firmamento, como vanas candilejas de un escenario, vasto y profundo, cuyo único decorado es la oscuridad. Ni siquiera es ella la que sueña. El sueño, sin rumbo ni dueño, se sueña sólo en el espacio indiferente y distante, haciendo irrisorio el arrepentimiento y prescindible el perdón. La culpa se diluye en el vacío ciego, en el que los actos carecen de intención. La mano que mece el universo ignora las efímeras bujías que se encienden y apagan al roce de sus dedos.

Sade, tendido boca abajo con el culo al aire, se somete sumiso a los cuidados de Renée-Pélagie que, sentada al borde de la cama, aplica paños de agua y vinagre en el maltrecho trasero.

—Estarían borrachas o enfermas, ¡yo no las he envenenado! Sólo quise hacerlas pederrear —confiesa contrito, y se muerde el labio, reteniendo un quejido. Los latigazos le han producido placer, el escozor sólo dolor.

—Nos has hecho sufrir —reprocha Renée. La púdica expresión de sentimientos por parte de su esposa le repugna. Toda demostración de afecto es ungüento pegajoso que lastra la libertad. Se escabulle.

—Anne tendrá que superar sus prejuicios y oír su corazón —suelta con inoportuna crueldad. Ella empapa el trapo y lo escurre en el barreño. Lo retuerce con fuerza, hasta que el chorro que desprende se convierte en goteo. Donatio se impacienta.

—¿A qué esperas?

—Yo también escucho mi corazón.

Dada la poco airosa posición de su marido, Renée habla a las nalgas, ya que él mantiene la cara contra la almohada. Esta circunstancia, sin embargo, permite a Sade atreverse a decir algo que no hubiera sido capaz de pronunciar mirándola a los ojos, sin delatar sus verdaderos pensamientos.

—Te juro por Dios que nada ni nadie podrá separarme de ti. Quiero estar contigo y con nuestros hijos. Te prometo por lo más sagrado que, a partir de

ahora, me portaré bien, ¡créeme!

Renée siente ternura y miedo. Sonríe.

—¡Cómo me gustaría creerte! Pero, si te creyera, no sería la esposa que necesitas a tu lado.

—Mi amor me hará digno de tu confianza. Y espero que también Anne de Launay me sepa perdonar. Es demasiado inteligente para ser actriz y demasiado indecente para ser monja, pero tiene mejor letra que Carteron y no hace faltas de ortografía como tú. Dile que vuelva al convento y copie mis manuscritos. Házselos llegar al abad Amblet para que nos dé su opinión. El día en que mis obras se estrenen, todo irá mejor.

—¿Por qué no lo haces tú? —propone ella, tan herida por la alusión a sus deficiencias gramaticales como por la obsesiva y desvergonzada mención de su hermana.

—Tendré que ausentarme durante algún tiempo.

El propósito, de cuya conveniencia no duda, es para Renée una amenaza.

—Iré contigo.

—Tu estado no te permite viajar. Pero regresaré en cuanto tengas el niño y volveremos a hacer teatro, representaremos *El filósofo casado* y *El padre de familia*.

A pesar de los sugerentes títulos de Destouches y Diderot, la perspectiva no exalta a Renée, aunque agradece que el programa no incluya *El matrimonio del siglo*, obra del propio Sade, en la que el *papel de la esposa* había sido interpretado por Anne de Launay, en las veladas previas al desastre, del que Renée se siente tristemente responsable.

—¿Adónde irás?

—A Italia.

Y ella lucha por desechar la sospecha que la acucia. Tiene la intuición, si no la certeza, de que su hermana forma parte del proyecto. El marqués no ha tenido tiempo ni ocasión, salvo en su mente, de preparar una nueva traición, esta vez no consentida. Anne, por su parte, ha quedado escarmentada por la violenta experiencia y el incomprensible abandono. No tarda en enterarse de que Donatio la ha dejado por unas rameras del puerto de Marsella y de lo que hizo con ellas. Siente horror. Pero Renée-Pélagie desconfía de la naturaleza femenina y especialmente del espíritu novelero de la canonesa, intrigada y despechada por el enigmático comportamiento del marqués. También conoce la capacidad de persuasión de su marido y le resulta fácil adivinar que no está dispuesto a renunciar, después de un primer encuentro frustrado. Sus temores no son, en modo alguno, incongruentes.

—Prepararé el equipaje —dice, dando por terminada la cura—. Pero prométeme que te irás sin despedirte de Anne.

Donatio se incorpora sorprendido. Renée nunca le ha hablado así, y él no está habituado a que le imponga condiciones.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Te lo pido yo.

La actitud firme y tranquila infunde respeto al marqués pero no le resta enojo. Sin embargo, disimula.

—Te comprendo, debe estar muy afectada.

—Lo está —confirma Renée—. Y yo también.

—Todos lo estamos —concede a regañadientes—. Por un momento, he sido feliz. No por ella, sino por nosotros, me sentía muy orgulloso de ti, estábamos al fin juntos, hacíamos teatro, tenía aquí todo lo que necesitaba. Anne de Launay me servía de inspiración y ayuda, y tú parecías contenta viéndome a gusto en casa, aunque no podía durar. Sabes cómo soy, te pido perdón, pero no lo puedo evitar, tienes que aceptarlo, Renée, eres la única persona en este mundo capaz de hacer eso por mí.

—No quiero que vuelvas a verla.

—La veré por última vez —responde él, y en ese momento se abre de golpe la puerta y entra Carteron, en camisa y gorro de dormir.

—¡Vienen por el marqués!

Abajo, se oyen voces y gran estruendo.

—¡Escóndete! —ordena Renée a su marido, y sale decidida, seguida por el perturbado Carteron.

Sade, con toda parsimonia, descorre la cortina del guardarropa y elige un atuendo adecuado para la ocasión, mientras Renée y Carteron llegan al salón y se topan con Gothón.

—¡Los soldados! ¡Vienen los soldados!

La advertencia es obvia. Las botas martillean la piedra de los peldaños, el repiqueteo tamborilea los tímpanos, la resonancia del tumulto ascendente retumba en el escenario. Los soldados están allí. Un oficial, blandiendo el sable y empuñando la pistola, se encara con Renée, al tiempo en que dos gendarmes caen sobre Carteron, golpeándolo y reduciéndolo.

—¿Dónde está vuestro marido? ¡Lo quiero vivo o muerto!

—No está en el castillo —miente Renée. El oficial la zarandea.

—¡Comportaos, estoy embarazada!

—¡Sabemos que está aquí! ¡Hable, o no respondo de mis hombres!

La tropa ha irrumpido destrozando todo a su paso. Rompen muebles, arrancan el telón, desgarran el retrato de Sade. Sin atender a protestas, Renée es brutalmente conducida escaleras arriba, hasta el dormitorio. La cortina del guardarropa queda hecha jirones, los trajes y vestidos dispersados por el suelo, los vidrios de la ventana saltan en añicos de un mandoble. El marqués no está.

Renée es llevada a empujones por el pasillo. La puerta de la habitación de Anne es derribada a hachazos. Anne de Launay, aterrorizada, va a refugiarse tras un biombo. El biombo cae desvencijado y la canonesa es vapuleada contra la pared.

—¿Dónde está el marqués? —vocifera el oficial.

—¡Juro que no lo sé! —suplica la joven. De repente, Sade sale del ropero, vistiendo el uniforme del regimiento real de Bourgogne.

—Así no se trata a una dama —dictamina con serena autoridad. La sorpresa, el temple y el uniforme del libertino paralizan momentáneamente a los asaltantes. El inspector Marais aparece en el umbral. Se dirige irónico a Sade.

—Capitán, quedáis detenido. Traigo orden de Su Majestad el rey para conduciros personalmente a la prisión de Vincennes, donde permaneceréis incomunicado hasta que se os juzgue, en compañía de vuestro criado, por envenenamiento y sodomía.

EL COCHE celular llega a una bifurcación del camino. Sade y Carteron, maniatados, viajan en compañía de dos policías y el inspector Marais. La escolta de gendarmes y soldados se dispone a abandonar la comitiva, confiando los prisioneros a la custodia real. El oficial, todavía enardecido por la cacería, se acerca al trote para dirigirse a Marais a través de los barrotes de la ventanilla.

—¡Volvemos a Marsella, comisario! ¿Desea que algunos de mis hombres le escolten hasta París?

—Gracias, oficial —responde Marais—. La policía del rey se basta para el cometido.

—Toda precaución es poca —insiste el otro—. ¡Quiero ver cómo le cortan la cabeza a este maricón!

Carteron le lanza un escupitajo con tan buena puntería que le acierta de lleno en un ojo. El oficial, fuera de sí, desenvaina el sable. Marais se interpone.

—¡Alto! —ordena—. ¡Juro por mi honor que yo mismo los llevaré de las mazmorras de Vincennes al cadalso!

El caballo del enfurecido oficial caracolea echando espumarajos. El jinete también. Su boca es un hervidero de maldiciones. Al fin domina la montura, no la cólera, y se aleja impartiendo exabruptos y blasfemias.

Sentadas, una junto a la otra, ante el retrato roto del marqués, en el tenderete del escenario, con el telón abatido y arrugado a sus pies, Anne de Launay y Renée-Pélagie contemplan desoladas la devastación.

—¡Cuánto odio! —suspira Renée.

Plegada sobre sí misma, la barriga abombada rebasa las rodillas, la presión le asfixia. Boquea agobiada.

—Hay que hablar con mamá.

Anne finge no oírla, pero contesta.

—No puedo... —murmura— Me siento sucia y avergonzada.

Las palabras de su hermana irritan a Renée que, a pesar de su estado nauseabundo, reacciona con insospechada contundencia.

—¡Es Donatio el que va a morir! Tenemos que ir cuanto antes a Échauffour. ¡Ve a buscar al cochero! Que prepare la berlina, iremos las dos, ¡sólo ella puede ayudarle!

—¿Qué hace ese perro ahí? —pregunta Anne de Launay. El perro negro atraviesa ciego el salón y va a echarse a las patas de la mesa, sobre el mantel caído. Sus ojos glaucos se vuelven, sin ver, hacia las dos mujeres. Anne siente frío.

—¿Qué pasó esa noche? —inquire Renée, con súbita aspereza. La otra mantiene los brazos cruzados y las manos sobre los hombros, abrazando su propio torso. Oscila en un incesante movimiento pendular y la mirada vaga rehuendo el recuerdo—. ¿Por qué dejaste que se fuera? —insiste su hermana—. ¿Por qué no me llamaste?

—¿Por qué se fue con esas horribles mujeres? —se interroga Anne, a su vez—. ¿Qué buscaba? ¿Por qué huyó de mí?

La irritación de Renée crece. Anne es una niña mimada que se complace en su frustración, mientras la vida de Donado está en danza.

—Tuvo miedo de romper el juguete —diagnostica con clarividencia y soterrado resentimiento. El marqués no está acostumbrado a jugar con muñecas de porcelana que no puede destripar y, menos aún, con un jarrón sin derramar las flores.

—¿Miedo de mí? —exclama Anne de Launay incrédula y halagada—. ¡Era yo la que estaba asustada! ¡Se volvió loco! ¡No sabía lo que hacía! ¡Todavía no sé lo que pasó!

El perro emite un gañido lastimero y frunce el hocico, mostrando los incisivos sin gruñir. Anne de Launay se agarra a Renée, que se retira como si el contacto la abrasara.

—¡Te he hecho tanto daño! —se lamenta Anne, en un sincero arrebat—. ¿Por qué me pediste que viniera?

La respuesta es otra pregunta y la pregunta un amargo reproche.

—¿Por qué viniste? —le espeta Renée.

—¡Tú me llamaste! —replica Anne estupefacta.

—¡Y tú sabías! —insinúa su hermana.

—¿Sabía qué? —balbucea Anne, como si acabara de recibir una bofetada.

—Nuestra madre te lo había contado, el Abad te lo había advertido, ¡sabías cómo era Donatio! Sabías que yo estaba desesperada, sabías que quería retenerlo a cualquier precio...

—Y el precio era yo —concluye Anne horrorizada.

—¡Mi inocente hermanita del convento! ¡La Laura de Petrarca! —profiere la esposa despechada, dando curso al rencor.

—¡Oh, no! ¡Por Dios, Renée! ¡No quiero oírlo! —gimotea la canonesa, y se tapa los oídos, en una reacción infantil de rechazo y sufrimiento. Renée se ha puesto en pie, dominada por la ira.

—Habías coqueteado con el Abad, conseguiste que el infeliz concibiera esperanzas, ¡y viniste a La Coste por Donatio, no por mí!

Anne de Launay alza la mirada y tiende las manos suplicante.

—¡No! ¡Te lo juro! ¡Nunca pensé tal cosa! ¡No podía imaginar lo que pasó!

—No podías imaginarlo, pero lo deseabas —afirma implacable Renée, y de pronto enmudece, un dolor agudo le asalta. Anne se levanta alarmada. Renée retrocede y se mantiene, sin una queja, lívida y distante.

—Olvídalo. Hiciste lo que tenías que hacer, yo soy la única culpable, y harás lo que Donatio te pida, porque te lo pido yo.

Anne no se atreve a acercarse, ni a pronunciar palabra. Renée la mira como si no la reconociera y, al tiempo, a su rostro aflora una enigmática expresión, mezcla de amargura y melancolía, que la embellece.

—¡Cómo me hubiera gustado ser como tú para él! —confiesa.

El chirrido de las ruedas y la voz del cochero interrumpen los ronquidos del hostelero que despierta sobresaltado y acude refunfuñando.

—¡Policía del rey! ¡Traemos prisioneros!

Un candil ilumina la enseña de herrumbroso latón, recortado en forma de giba de dromedario, cuyo rótulo reza: «El Sombrero Rojo». El inspector Marais entra el primero. Tras él, Sade y Carteron atados y conducidos por los policías. El hostelero les sigue solícito.

Al marqués y su lacayo se les asigna un cuartucho contiguo a las letrinas. Sólo hay una mesa, dos sillas y un jergón. Marais inspecciona el cuchitril, comprueba la solidez de las rejas en el ventanuco del retrete, por donde resulta imposible el paso de un cuerpo. Se da por satisfecho y, sin dirigir la palabra a los cautivos, se retira a su habitación.

Una descocada campesina le sirve la cena. El gesto adusto de Marais borra del rostro rubicundo la sonrisa. El inspector todavía piensa en la bofetada de Echauffour, le arde el recuerdo en la mejilla. Confunde la venganza con el triunfo de la virtud y el orgullo con su recuperada dignidad. La derrota de Mme. de Montreuil le complace más que su éxito profesional. Ansia volver a verla. Como cualquier enamorado, encuentra placer en ser la

causa de su dolor. El mismo placer, por cierto, que las putas proporcionan al marqués.

Por la puerta entreabierta del improvisado calabozo, uno de los policías vigila. Con el sombrero puesto y su casaca de capitán, Sade permanece de espaldas, reclinado sobre la mesa, donde arde una vela a punto de consumirse. El policía, en el pasillo, lucha con el frío y la somnolencia. La moza descocada le trae un tazón de caldo. El muchachote, cejijunto y pelirrojo, necesita más calor que su superior. Mientras se abrasa a pequeños sorbos, su mirada se caldea entre los opulentos pechos que pugnan por reventar el corpiño. Cuando la aldeana se dispone a recoger la taza vacía, el policía le desvía la mano hacia el bulto turgente de su pantalón. La moza le atiza un rotundo bofetón que le hace entrar definitivamente en calor. La taza rueda hasta el quicio de la puerta. La campesina se va ofendida. El agente se agacha. A pesar del ruido, Sade no se ha inmutado. Parece profundamente dormido. Desde el suelo, recuperado el tazón, a través de la rendija, cambia la perspectiva. En el interior, bajo la silla que ocupa el marqués, el centinela, a gatas, advierte con estupor que la figura sentada de espaldas... ¡no tiene piernas!

En ese preciso momento, aparece su compañero para hacer el relevo. Ve al pelirrojo a cuatro patas, paralizado por el asombro y el terror. Se acucilla a su lado, intrigado por el motivo de tan exuberante actitud. No tarda en compartir la espeluznante visión. Los pies y pantorrillas del prisionero se han evaporado. La espalda encorvada sobre la mesa, separada por tanto del respaldo, hace suponer que la cabeza reposa junto a la palmatoria, bajo el sombrero ladeado. Pero descarta la hipótesis de que las piernas, ocultas por los faldones de la levita, hayan sido cruzadas y encogidas en el asiento. El punto de vista les revela con horror que la postura es imposible, incluso para el más experto contorsionista. Se miran el uno al otro, absteniéndose de expresar lo que, al unísono, están pensando. Ambos comprueban, como en un recíproco espejo, su mutua perplejidad. Ninguno de los dos se atreve a tomar la iniciativa, por temor a ser el primero en dar la voz de alarma y apencar con las consecuencias. Se tantean con ojos despavoridos, antes de saltar, como ranas a la charca, entrechocando los cráneos al irrumpir de rondón en el reducto.

Lo que, desde fuera, habían tomado por la espalda del marqués era solamente la chaqueta, revistiendo la almohada coronada con el sombrero. El cajón del retrete ha sido arrancado de cuajo, dejando un boquete abierto sobre el pestilente pozo negro. Un agujero recién escarbado comunica con el

exterior. Desconcertados e indecisos, chillan y alborotan como damiselas que hubieran descubierto la madriguera del ratón. Acude Marais. Furioso e incrédulo, se cerciora de que no está soñando. El ridículo y el oprobio le impiden reaccionar. Temerosos y descolocados, los policías aguardan. En amenazador silencio, el inspector avanza hasta la fosa de heces. Hace signo al pelirrojo para que se acerque. Le ordena que se introduzca. El muchacho se asoma y el hedor le hace recular. Se tambalea sacudido por las arcadas. El hostelero, con gorro de dormir calado más abajo de las orejas, y grotescamente armado con un cuchillo de cocina, se aproxima servil. El pelirrojo aprovecha la ocasión y, responsabilizándolo como dueño del establecimiento, le manda meterse en el agujero. El pobre diablo pone buena voluntad, pero es barrigón y queda bloqueado en plena mierda. Hay que extraerlo, tirándole de los pies. Viendo el panorama, la moza descocada se escaquea. Marais los fulmina a todos con la mirada.

—¡Inútiles! ¡Idiotas! ¡Caballos! ¡Que traigan caballos!

Y, para refrendar la orden, dispara enloquecido su pistola al techo, provocando una nevada de cal y polvo, y la estampida general.

Sade y Carteron salen chorreantes del río que acaban de cruzar a nado. Se desploman exhaustos entre los juncos de la orilla, en el mismísimo instante en que pasan, al galope, Marais y los dos policías. Esperan ocultos hasta perderlos de vista y echan a andar en dirección contraria, deduciendo la existencia de algún puente cercano que les evite una nueva zambullida. No tardan en encontrar el lugar del río por donde han pasado los caballos. No es un puente, es un vado. Refocilándose de antemano por la estratagema, regresan al hostal.

El coche celular, recién repostado, aguarda a la entrada. El conductor requiebra a la moza que se afana en lavar al hostelero, la testa hundida en un barreño. Sade y Carteron se suben por sorpresa al pescante y, azuzando a los percherones del tiro, emprenden la huida, ante el pasmo e impotencia de los testigos. El cochero amaga la persecución con tres saltos y cuatro gritos. El gordo posadero, desnudo de medio cuerpo, saca la cabeza enjabonada del recipiente, asestando un golpe de coronilla en la mandíbula de la moza, arrodillada y boquiabierta, que se muerde la lengua y le escupe en la cara, aderezando con una roja pincelada los restos ocres de excremento y la amarillez de la espuma. El retablo del rostro demuestra que el arte, como la vida, no necesita autor.

—¡Pega fuerte, Dom Quirós! —alienta el marqués—. ¡Que sus culos son de Marais!

—¡También mi culo es de mi amo y no me gustaría verme tratado así! — replica a voces Carteron, fustigando las grupas—. Por cierto, señor, ¿vamos o huimos?

—¡Vamos!

—¿Y adónde vamos?

—¡A Saumane!

—¡Pues vamos en dirección equivocada!

—¡A eso le llaman perversión!

—¡Para mí, se llama error!

—¡Eres un ignorante insolente! ¿No sabes que todos los caminos llevan a Roma?

—¡Pero no a Saumane! ¡Y si seguimos por donde vamos, perseguimos a los que nos persiguen!

—¡Así nunca nos alcanzarán!

—¡Salvo que, al no encontramos, den media vuelta! —le previene el sirviente.

—¡Para entonces, ya no estaremos aquí, sino en otro lado, pero nunca donde ellos crean que estamos! —argumenta el marqués, desmantelando definitivamente el andamiaje mental de su interlocutor, que ya no distingue la pirotecnia verbal del razonamiento lógico.

—¡Confieso, mi señor, que no os entiendo! ¡Temo que hayáis olvidado que la sogá, en nuestros cuellos, no hará diferencia alguna entre perversión y error, ni entre catre o noble cuna!

—¡Tienes una frambuesa por cerebro y menos ingenio que el rabo de un burro! —le lanza el susodicho señor, arrebatándole el látigo de las manos— ¡Voy a enseñarte cómo se azota a un penco!

El marqués descarga un trallazo al aire, que estimula la marcha de los percherones.

—¡Ellos me comprenden mejor que tú! —dice, devolviéndole la fusta—. ¡Cuando el pensamiento es acción, no es necesario pensar!

—¡Ni pegar, por lo que veo! —apostilla Carteron, con tácito reproche. El contradictorio comportamiento, impropio del marqués, ilustra sus despropósitos filosóficos y hace temer al criado que su amo se haya vuelto más loco que Don Quijote. Saumane está a siete leguas de Avignon, de donde se alejan cada vez más, siguiendo inconcebiblemente la ruta de Marais, por la otra orilla del río.

Adelantan a un quejumbroso carro, rebosante de estiércol y tirado por una mula cojitranca. A una indicación del marqués, Carteron detiene la berlina y,

descolgándose a tierra, aborda al carretero.

—¡Alto! ¡Policía del rey! —anuncia prosopopéyico. El pobre hombre se cuadra estupefacto, sin reparar en la estropajosa indumentaria del gendarme.

—¡Desnudaos! —le ordena Sade, descendiendo de su asiento. Y el otro obedece sin rechistar. Mientras Carteron se hace con la ropa, el aldeano escucha aquiescente las instrucciones del marqués, que se aproxima con inquisidora autoridad.

—Conducid este coche a la posada El Sombrero Rojo, donde se os pagarán cincuenta luises a cuenta del inspector Marais. El carro y la mula quedan confiscados.

El campesino acepta gustoso. El carro, la mula, el cargamento, su mísero atuendo y su propia vida, no valen veinte luises. Se remanga los empapados pantalones de Carteron, que le vienen largos, se anuda la húmeda camisola, que le viene ancha, y monta en el pescante, imbuido de la alta misión encomendada. Efectuado el trueque, los dos vehículos se separan en sentido opuesto.

El insigne Dom Quirós, disfrazado de carretero, arrastra por el arreo la mula renqueante. Bajo el ala roída del sombrero de paja, se ha embadurnado la cara de estiércol. Sade viaja, tumbado a la bartola, sobre un mullido lecho de boñiga. Al oír un rumor creciente de cascos, se tapa las narices y se sumerge, dejando apenas un resquicio para, de vez en cuando, poder respirar. La experiencia le resulta vivificante. Un calorífico vaho lo invade. Su cuerpo se ramifica y florece.

Al descubrir carro y carretero, desde el otro margen del río, Marais y sus hombres detienen sus fogosas cabalgaduras, que caracolean inquietas. No reconocen a Carteron y, en su impaciencia, ni siquiera sospechan del sombrero encasquetado hasta las cejas. El pelirrojo lo interroga a gritos, en pugna con la distancia y la ruidosa corriente, a lo que el fugitivo responde con aspavientos, masticándose la lengua, como si hablara. El otro redobla sus voces y ademanes que expresan bien a las claras lo que pretende. Se lleva el dedo al ojo y señala en diferentes direcciones, preguntándole si ha visto a dos individuos y hacia dónde iban. Carteron, que sobradamente oye y entiende, se hace el tonto, prolongando imprudentemente, por puro divertimento, la disparatada situación. Ignora que las emanaciones del abono sumen al marqués en una peligrosa somnolencia. Marais, por su parte, se exaspera y manda al subalterno que cruce el río. Por fortuna, el pelirrojo es reacto a iniciar la travesía y le basta la intención para que Carteron capte el mensaje. Mueve la cabeza con ostensibles gestos afirmativos y tiende el brazo,

indicando el confín del camino por donde, rumbo a la posada, se ha esfumado el coche celular. La mímica es convincente y la información no suscita duda. Los policías salen escopeteados, arreciando el galope con fragor y polvareda.

El criado avisa al amo, y el amo no contesta. Los efluvios lo han adormecido. El sirviente escarba y extrae la cabeza por el pelo. El marqués no sabe dónde está, pero se encuentra a gusto en su elemento. Carteron sube y se hunde a su vez en el estiércol. Consigue atrapar a Sade por los sobacos y hacerlo emerger. Lo saca y arrastra hacia atrás, cayendo ambos del carro en tremebunda costalada. Ruedan abrazados hasta el borde del río. El agua es medicina providencial. Dos inmersiones, a manos de Carteron, son suficientes para que el señor de Sade recupere el sentido. Pero no la memoria.

—¿Estamos en Florencia? —dice rastreando el río con la mirada.

—¡Es el Sorgue y no el Amo, mi señor! —responde Carteron, sacudiéndole. La decepción, y no el zarandeo, devuelve a Sade la lucidez. La ilusión es siempre un viaje de ida y vuelta.

—¿Dónde están? —pregunta esta vez, dolorido pero espabilado.

—Los hemos engañado —informa el criado, ufano pero magullado. Poco le dura la euforia. Levanta la vista y no ve el carro. La mula, aburrida, ha reemprendido el camino. Se dispone a darle alcance, pero su señor le derriba por un tobillo.

—Déjala. Ella sabe dónde va.

—¿Y dónde iremos nosotros sin ella?

—¡A Saumane! Nunca imaginarán que, para ir allí, hayamos venido hasta aquí. Cuando encuentren al carretero, volverán por la mula. Cuando encuentren la mula, habremos vadeado el río. A menos de cinco leguas, tiene cuadras Gaufridy. Conozco este lugar como tú culo, ¡me he criado aquí!

Carteron le mira maravillado, aunque no convencido. El delirio del marqués le resulta familiar, ¡también él conoce su culo! Nadie desafía dos veces a la fortuna.

—¿Me permitís una pregunta? —aventura cauteloso—. ¿Qué habría sucedido si no llegamos a encontrarnos con el carretero?

—¡Que habríamos navegado río arriba en una berlina real!

EL ABAD, en batín y babuchas, no puede reprimir una mueca de repugnancia, por el olor que despiden sus extemporáneos visitantes y sus, no menos pestilentes, propósitos.

—Os daré el dinero y las sotanas, ¡pero me niego a ser cómplice de un incesto! —declara indignado—. Anne de Launay es mi protegida, y el respeto a vuestra esposa y a la familia Montreuil son un obstáculo mayor que la condenación de mi alma.

—Os creo, tío —admite Sade—. ¡Vuestra alma vale un rábano!

—¡Pero más que mi vida, cuando del honor de Mademoiselle de Launay se trata! —afirma pomposo. La retórica no le sirve de escudo para el dardo del marqués.

—¡Dejaos de tonterías! ¡Vos fuisteis el primero en intentar con ella lo que me reprocháis a mí!

La alusión a sus devaneos con la canonesa exagera los celos del Abad y atrae al espectro de Petrarca. Mil veces preferiría ver muerta a la amada a imaginarla en brazos de su sobrino. Convoca a Laura y se le aparece la Virgen, ambas tienen la misma cara y la misma lúbrica sonrisa de Anne de Launay afrontando procaz las caricias del libertino. Su corazón es un gorrión, cazado con cebo, que aletea desplumado.

Harto de preámbulos, Carteron comete impaciente la impertinencia de intervenir.

—Con perdón, señor —dice a Sade—. Considero oportuno recordaros que nuestra estancia en Saumane no debe prolongarse. El inspector Marais nos sigue los pasos y no era vuestro deseo comprometer al señor Abad.

Las astucias palabras surten efecto inmediato. El sacerdote se siente atrapado en una doble trampa. La sola idea de verse involucrado en el escándalo lo espanta, pero la honra de Anne debe prevalecer sobre cualquier consideración personal. Las llamas del infierno resultan irrisorias comparadas con el fuego de su conciencia. Se derrumba, demudado, en el diván.

—No saldremos de aquí hasta que no hagáis lo que os pido —anuncia Donatio—. Si llega Marais, correrá la sangre y me obligaréis a obtener por la fuerza lo que vos podéis conseguir sin mayor daño.

Y, para corroborar el aserto, en un infantil arrebato, desenvaina y blande un sable de la panoplia, hendiendo el aire. Su cólera expande el hedor de su atuendo.

—¡Anne de Launay vive para mí, como Laura vivió para Petrarca! —declama— ¡El incesto que teméis ya ha sido consumado!

Carteron esquivo los mandobles asestados al tuntún. Sade maneja el sable como si restallara un látigo y su criado fuera un percherón enganchado al carro. Sin comerlo ni beberlo, su amo le ha convertido en pieza de persuasión a terceros. Respira cuando un último sablazo desgarró el respaldo del diván poniendo en pie, como por resorte, al Abad.

—Anne nunca accederá a acompañaros —augura trémulo el prelado.

—¡Será ella quien decida! —le replica Donatio.

—¡Que así sea! —suspira el otro resignado.

—¿Llevaréis mi mensaje a La Coste?

—Lo haré llegar a Mademoiselle de Launay.

—¡Lo llevaréis personalmente! —exige Donatio.

El Abad accede. Sade desconfía.

—¡Juradme que no me engaños!

Reticente y malhumorado, el Abad jura.

—¡Por Dios! ¡Juradlo por Dios!

—¿Qué Dios? ¿El que vos ofendéis o el que yo traiciono?

—¡Por Júpiter! ¡Juradlo por Júpiter!

De sobra sabe Sade que el Abad es capaz de jurar en falso y también sabe que, por miedo a la represalia, cumplirá el encargo. Aunque tampoco ignora que tratará de disuadir, en vano, a Anne de Launay.

—No me iré sin ella —advierte amenazador.

—¿A qué lugar debe acudir para encontraros?

—Ella conoce el lugar. Debéis decirle que el viaje será largo y la ausencia prolongada. Renée preparará mis maletas. Por lo demás, querido tutor, os ruego total discreción, por la cuenta que os trae. ¡Mme de Montreuil no debe saber nada! Vos seríais el único responsable...

Carteron se enfunda la sotana y, con indolente prestancia, se contempla en el espejo. Una repentina vocación de cura de pueblo le sobreviene. El redomado sinvergüenza haría estragos entre sus feligresas. Puede que el hombre feliz no tenga camisa, pero tiene sotana. La prenda reúne más

ventajas que el pantalón. Basta alzarla, mientras las perneras bajadas atan los tobillos y dificultan la huida cuando aparece el marido. Bendice a la Santa Madre Iglesia por haber reparado en estos detalles que preservan la impunidad. Además el negro faldón infunde respeto y proporciona un morbosos atractivo. Tan apuesto se encuentra que siente envidia de sí mismo.

Le hubiera gustado ser siempre así. El estado de gracia le confiere saludable ligereza que le impele a volar de cama en cama. Si el rey pudiera se cambiaría por él. De eso no cabe duda.

Luis XV ha perdido el apetito, le pesa la cabeza y le duelen los pies. De poco le valen ya el trono y la corona. Pasea a pasos cortos del brazo de la Du Barry por el bosque de los Onze-Arpents, antes de retirarse temprano al Petit Trianon, donde la favorita lo tiene secuestrado. Los achaques son atribuidos a una indigestión, pero un rey no debe caer enfermo fuera de palacio. Con la debida cautela, para no alarmarle, el cirujano aconseja que vuelva a Versalles, por si acaso. La Du Barry se resiste. No quiere dar pábulo a rumores. Los ojos de la Corte están puestos en su heredera, la austríaca María Antonieta, y un mal presentimiento le hace temer la inminente visita del *hombre negro*. Así llama ella al confesor.

Si Su Majestad, asustado, es inducido a renunciar a sus pecados, a ella se la considera su pecado mayor. Y eso afecta a Richelieu, cuyos intereses confluyen con los de la favorita. Ninguno de los dos ignora que el arrepentimiento real precipitaría el final del reinado de la Du Barry y el ocaso del duque. Ambos naufragarían en el mismo barco.

—No tengo miedo del cielo —proclama ella—, sino de aquellos que dicen tener las llaves del paraíso y amenazan al rey con no abrirle la puerta si no me cierra la suya.

Richelieu y su facción se aprestan a retrasar la intrusión anunciada del confesor. En su afán de minimizar la enfermedad del monarca, a quien la Du Barry cuida en persona, recurren a los servicios de un dócil doctor, dispuesto a diagnosticar tantas indigestiones como el caso requiera. No pueden evitar, sin embargo, el traslado a Versalles ni, a la larga, tras reiteradas sangrías, el desembarco en palacio del arzobispo de París, monseñor Beaumont, con su confesionario a cuestas.

—¿Queréis matar al rey del susto, so pretexto de salvar su alma? —le espeta Richelieu, saliéndole al paso en el Salón del Péndulo.

—Su Majestad no desea morir como Bouillon y Chavelin —responde el eclesiástico, a quien el duque de la Vrillière ha hecho venir.

—No morirá por ahora —asegura Richelieu— Si monseñor tiene ganas de confesar a alguien, confesadme a mí. Mi confesión os distraerá más que la del rey y justificará con creces vuestro viaje.

El despampanante cinismo no desbarata del todo al arzobispo, pero distorsiona la untuosa sonrisa.

—En esta penosa circunstancia, señor duque, ¡aceptemos la voluntad de Dios!

Y, apenas hablar, cae al suelo fulminado por un cólico nefrítico. Cuando, al día siguiente, Luis XV, febril y abatido, lo recibe, Beaumont, todavía atenazado por el dolor, no osa mencionar el motivo de su venida. Ambos se limitan a interesarse protocolariamente por su recíproca salud, y el prelado se va. La Du Barry ha postergado su derrocamiento. Pero, aquella misma noche, acude al número 19 de la rue Guénégaud para consultar a una cartomántica.

—Os veo en un palacio —le dice la vidente—, y en ese palacio hay un gran ataúd, cuya sombra crece y me impide ver más.

—¡Tonterías! —exclama Richelieu, cuando la favorita se lo cuenta—. Es una estupidez tan grande como los sermones de la Iglesia, ¡sólo nos dicen lo que tememos!

No obstante, el rey está cada vez peor. Han aparecido pústulas en sus labios. No es indigestión. Pide confesión.

El viento agita las ramas de la encina que Mme. de Montreuil contempla desde la ventana. El Abad comparece, al fin, en Echauffour. Ha pospuesto, bajo diferentes subterfugios, la temida confrontación. Pero era inevitable, tarde o temprano, rendir cuentas a la Presidenta sobre su ignominiosa mediación en la fuga de Anne de Launay y el marqués de Sade. Mantiene, avergonzado, la mirada baja. Su sumisa actitud pasa inadvertida, ya que la dama le da la espalda. No lo hace por desprecio, ni siquiera por enfado, sino porque toda su atención está puesta en el jardín o, al menos, eso simula para esconder el sufrimiento que vuelve superfluos los reproches e inútiles los lamentos. Los pájaros del atardecer se refugian en los árboles y sus desordenados trinos invaden el salón. La figura de la mujer, ligeramente escorada, parece el mascarón de proa de una nave varada. El Abad comparte silencioso su desolación. De pronto, la puerta se abre y entra el inspector Marais. El guirigay pajarero saluda su llegada. Mme de Montreuil no altera la postura y sigue mirando ensimismada la encina centenaria. Marais dirige un gesto de extrañeza al Abad, que se encoge de hombros por toda respuesta. Los dos hombres aguardan descolocados, sin atreverse a interrumpir la tristeza de la dama. El sirviente ha quedado petrificado, a su turno, en el umbral. Abre la

boca para anunciar al nuevo visitante, pero no emite palabra y se retira, paso atrás, cerrando la puerta. Sólo entonces, la Presidenta se vuelve hacia Marais, ignorando la presencia del Abad, y cierra, a su vez, la ventana. Gorjeos, trinos y graznidos cesan al unísono.

—Lo quiero muerto o encerrado de por vida —dice—. ¿Dónde están?

El rencor enrojece su tez y acera su mirada, y Marais casi se siente sorprendido de no ser él, por una vez, el causante y destinatario de la cólera. En cierta manera, no se resigna a ceder su puesto al otro, por el secreto temor a verse relegado aún más. Traga saliva y prorrumpe en una retahíla, dibujando con el dedo en el aire un itinerario fantasmal.

—Ceresta, Sisteron, La Salce, Embrun, La Vachette, Salsbetrand, Saint Ambroise, Turin, Voghera, Plaisance, Parma, Módena, Boloña, Apeninos...

—¡Florencia! —interviene compulsivo el Abad. Marais asiente y se calla, para cobrar resuello, tregua que la dama aprovecha.

—¡Lo imagino, como si lo viera, deleitándose con el trasero de la Venus de Médicis!

—Sospecho, señora, que *Calígula acariciando a su hermana* habrá sido todavía más de su agrado —insinúa inoportunamente el inspector. El exabrupto hiere a la mujer y, de rechazo, al Abad, que no quiere quedar rezagado e intenta, a su turno, proferir, también él, alguna culta maldad que ridiculice a su sobrino. Sin reparar en la grosería, trae a colación el miembro de Príapo.

—¡Cuánto envidiará las dimensiones!

Ninguno de los tres está en lo cierto. A su paso por Florencia, el interés del marqués ha recaído de forma muy especial en *El hermafrodita*, no sin lamentar que las piernas cruzadas no le dejen ver el doble sexo.

—¿Y Anne? —tantea trémula la Presidenta.

—Ella y Carteron van con él —informa Marais, y añade malévolamente: La hace pasar por su esposa, como hizo con la Beauvoisin.

—¡Hay que detenerlos! —exige, más que sugiere, Mme de Montreuil. El comisario, visiblemente incómodo, va a sentarse junto a la ventana y escruta, a través del cristal, el denso ramaje, cuya masa de sombra le devuelve el reflejo de su rostro. Iniciando un monoorde monólogo, se habla a sí mismo.

—Ya no están en Florencia. Tenemos noticia de su paso por Roma, camino de Nápoles, donde se hace pasar por el coronel Mazan, pero lo toman por un estafador llamado Teissier y se ve obligado a revelar su verdadera identidad para evitar la prisión.

—Entonces ¡ya lo tenemos! —proclama precipitadamente la Presidenta —. ¡Hacedle llegar la orden de extradición!

—Si lo encarcelan —se inmiscuye el Abad—, Anne de Launay no tendrá más remedio que regresar.

—La policía del rey de Nápoles ha perdido la pista —zanja Marais.

—¿De qué nos sirve vuestra famosa red de espías? —le espeta la madre, decepcionada. El inspector reacciona con orgullo.

—Tenemos el testimonio del bailarín Priot.

—¿Y ese Priot sabe dónde están?

Marais se levanta y pasea, con el entrecejo fruncido y las manos a la espalda, respetando los márgenes de la alfombra que reabsorbe el ruido de sus pisadas. Diríase que busca en el suelo la inspiración del cielo. De improviso, se detiene. Y mira a la puerta, pero señala a la ventana.

—Hay un pájaro carpintero en la encina, señora —dice inopinadamente. Ella le mira con manifiesta perplejidad. La copa del árbol apenas es ya una mancha difusa, cuyos contornos se confunden con la plomiza oscuridad.

—¡Imposible! Y, aunque lo hubiera, ¿cómo podríais verlo?

—No lo veo, lo oigo —responde él. Y, ante la estupefacción del Abad que no entiende nada, ella agita una campanilla. Con insólita prontitud, aparece un criado. La señora le ordena ir inmediatamente al jardín y matar al pájaro. La inaudita naturalidad con la que el sirviente acepta el absurdo encargo resulta, a todas luces, sospechosa.

—Ese hombre escuchaba detrás de la puerta —acusa Marais, cuando el otro se ha ido.

—Os aseguro que yo no lo he dispuesto. ¡Lo echaré!

—No lo hagáis —aconseja el inspector—. En las actuales circunstancias, más nos vale un espía en casa que un criado resentido.

Y, de pronto, sin más ambages, revela el escondite de los fugitivos.

—Venecia.

—¡Venecia! ¡Qué vulgaridad! —exclama la Montreuil desdeñosa—. ¡Lo suponía! ¡Id a Venecia y traedlo a patadas, si es preciso! ¡No soporto el escarnio de verle pavonearse, con mi hija, *allí*!

El Abad comparte, contagiado, el doloroso arretrato, como si Venecia colmara el delito y culminara el escándalo.

—Vais deprisa, señora —advierte Marais—. Necesitaría una orden especial.

—¡Os lo ordeno especialmente! —dice desquiciada por las execrables imágenes que, al parecer, Venecia le sugiere. Marais no toma en

consideración sus palabras, y ello la enardece aún más.

—¡Lo dejasteis escapar! Debéis reparar vuestra torpeza.

—Nadie puede reparar los crímenes de vuestro yerno. ¡Sodomía, envenenamiento, adulterio, fuga e incesto! Pero tendré su cabeza, os lo aseguro.

Inadvertidamente, el inspector se encuentra, una vez más, en el escenario conocido, interpretando el papel habitual. Y ella obedece al reclamo.

—La sodomía es sólo cuestión de costumbres, el envenenamiento es cosa de vuestra imaginación, el adulterio fue consentido por la esposa, la fuga se debe a vuestra negligencia y el incesto me afecta a mí, no a vos. Nada tiene remedio, aunque le cortéis la cabeza...

La mujer ha vuelto a las andadas, dando un giro imprevisto para retomar, aparentemente, por enésima vez, la defensa del marqués. Por unos momentos, el policía experimenta una profunda desazón. Durante su discurso, la Presidenta ha ido a sentarse a su sillón y, desde allí, asomando el perfil por el costado del respaldo, lanza su veredicto.

—Nada tiene remedio —repite—, pero debéis evitar que se exhiba con Anne en los salones de Venecia, ¡cortadle antes la cabeza!

Y, aplacada, murmura con amargura.

—Contaréis con mi aprobación y gratitud, inspector Marais.

Se deja oír un disparo en el jardín. El criado no tarda en reaparecer, con la escopeta humeante en las manos y una diminuta pluma entre los dedos que muestra ufano.

—No era carpintero, era petirrojo —dice.

—¡Pues que sirva de escarmiento a los moscones! —le reprende la señora. Dándose por aludido, el sirviente hace rápido mutis. El Abad arrastra una silla y se sitúa a un lado de la puerta, que entreabre con intención de vigilar el pasillo.

—Ése no volverá esta noche —le tranquiliza el comisario— Pero si trabaja para el marqués, puede sernos de gran utilidad para que oiga solamente lo que nos conviene que luego cuente.

—¡O sea que tenéis un plan! —exclama esperanzada la Presidenta.

—Desde luego. De momento, el bailarín Priot ya no bailará para ellos, ¡era él quien informaba a Carteron!

Mme de Montreuil aprecia la astucia del policía, pero tiene prisa por saber cuál es el proyecto. Le insta a hablar.

—El señor Abad conoce bien Venecia —comienza, y el prelado, sobresaltado, cierra de golpe la puerta entornada y se pone en pie.

—No tanto —protesta precavido— Hace ya mucho tiempo que estuve allí.  
—Será suficiente —afirma Marais—. La ciudad no ha cambiado y tendréis, además, el apoyo de mis colaboradores.

—No iré.

—¡Iréis! —tercia Mme. de Montreuil. El Abad se niega obstinadamente.

—Sentaos —le ruega Marais—. Vuestra labor es sencilla, pero sólo vos podéis ejecutarla. Representáis a la familia y sois hombre de letras, os será fácil convencer al marqués para que regrese a La Coste...

—¿Cómo?

—De la misma manera como convencisteis a Anne de Launay para que acompañara a Donatio —le recuerda la Presidenta.

—¡No hice tal cosa! Actué bajo amenaza y traté de disuadirla, pero ella estaba determinada a seguirlo, y yo nada pude hacer, ¡sabéis que me duele tanto como a vos!

—Lo dudo. Obrasteis con cobardía.

—Pero sin remedio.

—Tampoco ahora tenemos alternativa —dictamina el inspector—. Iréis y diréis que ha muerto el rey.

—¿El rey ha muerto? —le interrogan a dúo.

—No, pero morirá.

—¿Cuándo? —indaga desconfiado el Abad.

—Antes de que vos lleguéis a Venecia —promete el inspector.

—¿Y si no muere?

—Tiene la viruela.

—También De Condé y De la Marche la tuvieron y sobrevivieron —objeta el sacerdote.

—No a su edad —rebate la Presidenta.

—Puede durar —insiste el Abad.

—Ya ha entrado en agonía —informa el inspector, harto de la diatriba. Sabe más de lo que dice. Con el rostro cubierto de costras y en brazos de Laborde, su abnegado ayuda de cámara que desafía el contagio, hace horas que el monarca ha expirado, mientras ministros y cortesanos intrigan y disputan por los salones de palacio. El secreto no podrá mantenerse largo tiempo, pero no será Marais quien rompa el pacto de silencio que permitirá ultimar compromisos y destruir documentos.

—Pero, si el rey muere, Donatio puede obtener su indulto —vislumbra con inquietud Mme. de Montreuil.

—Esa es la cuestión —asiente el inspector—. Y seréis vos quien redacte una carta, comunicándole que la sentencia ha sido revocada y que nada debe temer. El Abad llevará esa carta a Venecia y se la mostrará al marqués, ¡de lo demás me encargo yo!

Cada uno queda inmerso en sus pensamientos. El Abad preocupado por la responsabilidad que recae, una vez más, sobre su persona. Mme de Montreuil sopesando pros y contras, consecuencias y complicaciones que la nueva situación acarrea. Y el inspector Marais saboreando, de antemano, el éxito de su brillante estrategia que, sin duda, ha impresionado a la dama. Como colofón, anuncia exultante que esa misma noche, en Aix, tiene lugar un espectáculo extraordinario. En la plaza de Précheux, el marqués y su criado serán ejecutados en efigie.

—¡Donatio estaría encantado de poder asistir a la representación! — exclama la suegra, dejando entrever un rescoldo, todavía no extinto, de admiración.

—Lo estará menos cuando lo sufra en sus propias carnes —replica el policía resentido.

Dos muñecos de trapo y estopa son conducidos al cadalso, desatando el feroz entusiasmo popular. El muñeco que representa al marqués es decapitado y el criado estrangulado, antes de ser ambos arrojados al fuego, según prescribe la sentencia. Inesperadamente, el pelele descabezado de Sade se endereza entre las llamas, por un golpe de viento o un capricho del fuego y, de entre las dos estacas que hacen las veces de piernas, brota crepitante un palitroque tieso a modo de verga, que chisporrotea como si eyaculase sobre la multitud, haciéndola enmudecer de asombro. Abatida la figura, pasto de la hoguera, y pasado el estupor, las voces procaces y los insultos se reanudan.

A la misma hora, en Versailles, apenas conocida la muerte del rey, las carrozas que a la luz de las antorchas se dirigen a palacio son abucheadas, a su paso, por el populacho. El clamor del odio recorre Francia como un trueno subterráneo, pero una brisa de esperanza se desprende apaciguadora del féretro recién cerrado.

EL ABAD conoce Venecia y odia Venecia como odia y conoce a Sade. La República Serenísima es una charca inmunda donde croan los sabios y clérigos bizantinos y pululan refinadas rameras y amanerados libertinos que le hacen añorar sus rústicas putas de Saumane y las voces amigas que lo esperan en las estanterías de su biblioteca.

Marais le ha prometido contactos y colaboraciones que se desvanecen como pompas de jabón. Los informadores de la policía francesa desconfían del arzobispado y viceversa. Sólo sabe que Sade se hace pasar por conde de Mazan y que no habla el italiano. Insuficiente dato para una ciudad de ciento sesenta canales e innumerables hoteles y palacios que recorre desalentado, interrogando a gerentes, mendigos y gendarmes. Se resiste, sin embargo, a regresar derrotado. Le mueve el inconfesable deseo de que Anne de Launay caiga arrepentida en sus brazos. Esta improbable posibilidad le hace acelerar el paso. Vaga sin rumbo ni esperanza, buscando consuelo en la compañía de espíritus escapados de las páginas de sus libros por los vericuetos de su erudición. *Dios sabe poner límites a los más bellos propósitos*, le dice Bossuet. Ese mismo Dios que de *una árida roca hace brotar un manantial*, según le recuerda Racine. Y las angostas callejas y tortuosos recodos, acordes con su alma angustiada, se transforman en un paraje de palabras y frases que pueblan desordenadamente su memoria. *¿Crees que podrás ganar su corazón privándola de lo que más desea?*, le increpa Corneille. *A menudo, cuando uno quiere salir de un mal asunto, se hunde todavía más*, le advierte La Fontaine. *¡Es el azar el que conduce nuestras plumas!*, le previene Madame de Sevigné. *¡Habréis hecho un buen negocio con vuestros bonitos sentimientos!*, ironiza Moliere. *¡Detente, oh tú, el más cobarde de los hombres!*, le conmina Fénelon. *El rencor te excusa y el amor propio te hace olvidar el de tus semejantes*, le susurra malicioso Scarron. *¿Qué le importa al género humano que un Zángano robe la miel de la abeja?*, reflexiona su amigo Voltaire. *El infierno de las vanas pasiones y el paraíso de las bellas ficciones son el disfraz de nuestros afectos*, sentencia Du Bellay.

A la entrada del puente del Paraíso, un tropezón le espabila. La literatura es siempre un puente entre los sueños y la realidad. Debajo, fluye indiferente la vida, y en su móvil superficie flota a veces la verdad. Una góndola negra sale, a sus pies, de la arcada y surca, alejándose, las aguas. Un cura boga cadencioso. Una canonesa, insolentemente recostada, se deja acariciar por un abad. La dolorosa sorpresa le inmoviliza. *Deglute bilis*. ¡Carteron pasea el deshonor de Anne de Launay en brazos del marqués por los canales de Venecia! El zarpazo de los celos desgarras sus entrañas.

—¡Volved a La Coste! —grita patético, desde la baranda— ¡El rey ha muerto! ¡No tenéis nada que temer!

Cruza el puente y emprende el trote, persiguiendo la visión que se esfuma. Se detiene cabizbajo y jadeante. La fantasía cesa, pero el dolor permanece. A falta de literatura, el sueño se convierte en refrendo de la realidad. ¿Qué refleja un espejismo, sino lo que uno desea o teme? ¿Y acaso el miedo y el deseo no rigen nuestra existencia, señalándonos el camino a seguir? La alucinación es la pista para el clérigo perdido que echa a andar de nuevo, olfateando el rastro de la góndola fantasma. Seis lanchas respingonas de obtuso chapoteo, asoman popa y proa bajo un hule mugriento, amarradas al embarcadero. El Abad interroga al gondolero, que asegura no haber visto pasar, por ese trecho de canal, a los extraños tripulantes, pero cree recordar haber llevado al Cannaregio a tres viajeros cuya descripción podría coincidir con la del marqués y sus acompañantes, si bien no vestían atuendos eclesiásticos. Unas monedas estimulan la memoria o la imaginación del barquero que añade otras precisiones, ninguna concluyente. No está seguro de que la dama portara una cruz esmaltada de ocho puntas ni de haber observado marcas de viruela en el rostro del caballero, aunque sí precisa que eran extranjeros y que preguntaron por el palacio de Rezzonico. La información turba más que orienta al Abad, pero le impulsa a proseguir sus pesquisas. Pide al barquero que le conduzca hasta el sitio en el que ha dejado a los pasajeros en cuestión. El otro retira la lona y empuña el remo. Comprueba extrañado que su cliente no demuestra ningún interés por su cháchara ni por los lugares del recorrido. Ha cerrado los ojos y se deja llevar y engañar. En vista de lo cual, el gondolero prolonga el trayecto con ánimo de lucro y se sume en un respetuoso silencio, suponiendo que el clérigo se halla inmerso en oraciones. Nada más lejos de la realidad. El abate se debate entre sus tormentos y obscenas escenas imaginadas que percibe como si sucedieran cerca de allí. No se equivoca.

Sade retiene en sus manos un pie de Anne de Launay y se deleita chupándole el dedo gordo, antes de atar el tobillo al barrote de la cama con un pañuelo de seda azul. La canonesa ha sido rociada de vino y confeti y sus muñecas anudadas con serpentinas de colores.

No pudiendo soportar por más tiempo la tortura que su mente le inflige, el Abad abre los ojos y ordena al gondolero que ataque en el muelle más próximo. Paga y salta, a punto de resbalar y romperse la crisma.

Tras la vidriera de la alcoba, Carteron espía escondido, mientras al fondo, a sus espaldas, encadenado al bastidor de un espejo oval, un dogo negro ladra y, al otro lado del cristal, la bata del marqués se agita y abate, intentando en vano el vuelo sobre el cuerpo atado y mojado de Anne de Launay. Cada vez que el dogo alza zarpas y araña aire, la cadena se tensa y el espejo cruje. Las fauces espumajeadas muestran sus afilados colmillos. La cara desencajada de Anne emerge y se sumerge bajo el torso convulso del hombre, cuyo sudoroso perfil aparece a intervalos, sacudido por rancos estertores que se confunden con los feroces ladridos y avivan el ímpetu de los embates. El fragor sacude las caderas y dobla el espinazo. Las manos de Anne, zafadas de los fútiles lazos, se crispan en la espalda de Sade, y desgarran la tela de la bata, al tiempo en que la boca se abre sin grito y se esparce por los poros el placer. El marqués, a su vez, lanza un bramido que parece provenir de la garganta del gran danés, ahogada en baba y estrangulada por la cadena. Los cuerpos desfallecen al unísono, todavía palpitantes. Anne, exhausta, se tapa el sexo con superfluo pudor y entorna los párpados para apresar las sensaciones que refluyen bajo su piel, antes de que se diluyan en recuerdo. Se recorre a sí misma, por dentro, en una caricia reminiscente que se desliza por sus sentidos, como la serpiente en arena. Le vence una dulce somnolencia.

El Abad, llevado por la intuición y el azar, deambula atento al roce de la sotana y al eco de sus pasos. La luna flota al paio en los canales. Se le antoja que el rumor del agua murmura el nombre de la canonesa. La llama.

Ella no le oye, pero se despierta. Tantea las sábanas a su lado. Sade no está. Le inquieta el silencio. El perro ha dejado de ladrar. La chimenea está encendida, pero hace frío en la habitación vacía. Se incorpora. A través de la cristalera azul y roja se atisba una silueta difusa que oscila, sin ruido, del rojo al azul y viceversa, como un péndulo de sombra. Se levanta intrigada, recoge el hábito, caído al suelo, que el marqués la incita a usar. Se lo pone. Besa con

desfasada devoción la cruz esmaltada que cuelga de su cuello. Una respiración de perro le llega de la estancia contigua. Se aproxima cautelosa. Se asoma por el resquicio de un cristal desencajado. Retrocede horrorizada. Sale con sigilo y escapa escaleras abajo.

Reclinado contra su imagen reflejada y aferrado al marco oval, con la bata alzada, Sade es sodomizado por Carteron. El dogo negro le lame las nalgas. La vidriera imparte destellos de color sobre los tres cuerpos que confluyen en el espejo, formando un solo bulto oscuro y moviente, como la mancha de la noche en las aguas o los faldones del Abad por las aceras, en continuo bamboleo.

El emisario de la Montreuil habría preferido habérselas con una legión de monjitas enanas antes que verse extraviado en el dédalo veneciano en pos de espectros que le acosan inasibles. *Si los malvados no tuvieran tanta energía para el crimen, los buenos no tendrían la misma energía para la virtud*, lo consuela Diderot. Pero él no es bueno ni virtuoso, y no utiliza su fe para ningún propósito sagrado. Husmea sombras e inhala un olor a humedad retestinada. Venecia es una cloaca, donde pululan ratas y gusarapos nocturnos, sus palacios exudan el hedor del vicio y sus calles el de los orinales vertidos en el empedrado. Anne de Launay anda descalza y, al torcer la esquina, el Abad la toma por un fantasma. Pero el fantasma lo reconoce y se arroja en sus brazos. El prelado no da crédito a la providencia y cree soñar despierto.

—¡Llebadme con vos! —suplica ella aterida.

Alucinación o no, el Abad no se lo piensa, esta vez, dos veces, y la arrastra tras sí, dando gracias al cielo y absteniéndose de indagar la causa del lastimoso estado de la canonesa por miedo a que el prodigio se desvanezca. El contacto corrobora la realidad del encuentro, pero el clérigo desconfía de sus sentidos traicioneros. Sabe que, para el que sueña, nada hay más real que el sueño. Por si acaso, no suelta la mano ni un instante y acelera el paso para, al menos, llegar al hotel antes de despertar. Comprende, de repente, que la caminata es insostenible y que no lleva a ningún sitio, ya que ha vagado largo tiempo y ni siquiera sabe dónde va. Se detiene y contempla a Anne, cerciorándose de nuevo de que no hay engaño. Es ella. Ambos jadean. La fatiga les impide hablar. Se acercan lentamente hasta el borde del canal. Un barquero, envuelto en una manta, dormita en su góndola. Les mira reacio, pero el precio lo convence y desmerece. La canonesa se acurruca en el regazo del Abad, que le fricciona los pies,

—Perdonadme. Tengo sangre provenzal, y vos los pies fríos —se disculpa feliz, y piensa enseguida, con oculta melancolía, que un sueño realizado no deja de ser un sueño. Navegan. El Abad sobre nubes, Anne de Launay sobre un glacial vacío. Y, al pasar bajo el puente del Paraíso, el eclesiástico se imagina a sí mismo, horas antes, asomado a la baranda, viendo pasar una góndola con una canonesa en brazos de un abad. No sólo los sueños se hacen realidad, también las alucinaciones. En el reino de la fantasía, todo lo que concebimos sucede, ha sucedido o sucederá.

El marqués, reclinado sobre el escritorio, se deja llevar por el vuelo de la pluma al encuentro de Anne de Launay. Vaya donde vaya, esté donde esté.

*¡Mi pobre y dulce Anne! No he hecho nada para que huyáis de mí, como yo huí de vos la primera noche en La Coste. Cometí entonces una grave folia, que supisteis perdonar, pero no comprender. Ahora, que ya nos conocemos, ningún prejuicio puede separarnos. ¿Qué más da que utilice un orificio u otro para descargar mi semen, evitándoos el enojo de una maternidad no deseada?*

El dogo duerme a sus pies. Carteron vigila, desde la ventana, el posible regreso de la mujer. Baldía tarea.

La diligencia se abre paso bajo el tupido ramaje que aboveda el camino. Los cocheros encapotados doblan la cerviz para evitar la hojarasca que se cierne sobre sus cabezas. Las ramas que fustigan los cristales de las ventanillas parecen perseguir amenazadoras a Anne de Launay, sentada junto al Abad, que mantiene entre sus manos las de la canonesa. Otros viajeros comparten los asientos. Una pareja de recién casados, cuyos arrumacos irritan a un pulcro notario retirado, una emperifollada campesina, maternalmente abrazada a su bolsa de viaje, y un comediante florentino que se vanagloria de conocer a Rousseau y a quien el Abad hace caer en contradicciones que delatan su jactancia.

El roto de la bata, en la espalda encorvada de Sade, da cuenta del ardor de la batalla, mientras trata ahora de enmendar con palabras el combate perdido.

*No existe mal alguno en seguir los impulsos que nos dominan, ¡basta de bárbaros prejuicios! No hay más ley que la del deseo, ni más moral que la de la naturaleza.*

La diligencia accede repentinamente a un terreno despejado, fugazmente surcado por longitudinales jirones de niebla.

Los dedos de Sade cabalgan la pluma que se encabrita sobre el papel.

*¡Qué ridículo el adulterio! Los lazos conyugales son una grosería y las mujeres lo saben mejor que nadie, preguntáoslo vos misma, tenéis un temperamento y una sensibilidad más profunda que la de los hombres...*

*El perro alza la cabeza y gruñe. Sade le pega un puntapié en el hocico.*

*¿Es peligroso el incesto? ¡Qué hipocresía! ¡Pero si está en el origen de todas las sociedades! ¿Acaso en el convento no os han hecho leer la Biblia?!*

Moja la pluma y prosigue la escritura para finalizar la carta que espolvorea y pliega, introduce en el sobre, cierra y sella, y entrega a Carteron, que se va. Queda solo. El pañuelo que ataba el tobillo de Anne permanece anudado al barrote de la cama. Lo arranca y olisquea. Le prende fuego con la llama de la vela y lo deja caer ardiendo al suelo de mármol, donde se deshace en cenizas, ante la meditabunda mirada del dogo que ladea perplejo la cabeza.

Cuando la carta llega a La Coste, Anne de Launay ya está en Echauffour. Renée abre el sobre con aprensión. Ella no es la destinataria, pero anhela noticias de Donado, que todavía no conoce a su hija, Madeleine-Laure.

*El que seáis la hermana de mi mujer hace todavía más intenso el placer, lee. La vista se le nubla, el corazón se le encoge. Estruja el papel en su puño y lo arroja lejos de sí. Se arrepiente y lo recoge. Pide a un criado que preparen la berlina, y hace las maletas. Durante el viaje, recapacita. Nunca debió interferir una carta que no le pertenece y cuyo contenido podía haber supuesto. A fin de cuentas, en poco difiere de otras manifestaciones apasionadas que su esposo ha dirigido a eventuales amantes. Bien es verdad que Anne de Launay es su hermana. Y eso agrava la traición. Pero Renée no está exenta de culpa. Muchas noches tuvo miedo de que Dios la castigase y la niña naciera muerta. Por fortuna, el parto fue menos complicado que los anteriores, aunque Madeleine-Laure nació fea. Eso no la preocupa y, si la edad no lo arregla, casi se alegra. La virtud en las mujeres no radica en la belleza, sino en la paciencia. Lo sabe por experiencia. Teme, no obstante, que el marqués se sienta defraudado, pero confía en convencerlo de la ventaja que entraña no suscitar vanas pasiones. Y, si no se casara, ¡tanto mejor! Renée contará, en su vejez, con alguien que la ayude y acompañe. Estos pensamientos la entretienen y le hacen olvidar lo que de verdad la atosiga. Es preciso conseguir que, a cualquier precio, Donatio regrese pronto a casa. Las heridas se curan, incluidas las del amor, y las ofensas se perdonan, hasta las que no tienen remisión. Pero las insidias de la ley y las argucias de su madre mitigan sus esperanzas.*

Las cortinas tamizan la luz que mariposea por la estancia. Anne de Launay sostiene en sus manos la carta arrugada que Renée le acaba de

entregar. Le abochorna saber que su hermana la ha leído. Se retira avergonzada a su habitación. Abre de par en par las ventanas. El sol realza la palidez de sus mejillas. Recorre con avidez el rastro de palabras que la catapultan más allá del papel.

*Espero que pronto volváis a mí. Os amo a mi manera, que es también la vuestra, aunque no os atreváis a confesarlo, y ese sentimiento, os lo aseguro, no podrá ser corrompido ni traicionado.*

La puerta se abre de golpe y Mme. de Montreuil entra y le arrebató la carta. Lee con horror, ante la pasividad de Anne que, incapaz de reaccionar a la intrusión, se mantiene impávida, todavía bajo el influjo de la voz que se desprende de las palabras. Porque la escritura de Sade cobra voz. Las dos mujeres comparten el mismo abismo y diferente vértigo. Una diabólica comunión. Por un momento, son receptoras de idéntica simiente, como dos abejas libando la misma tinta. Cada letra es un latido, cada frase una pulsión. Un delirio de garabatos engarzados intoxica el silencio. Por las venas discurre el veneno. La madre rompe el hechizo y, blandiendo el folio, regresa al salón. Prefiere encararse con Renée.

—¡Qué monstruosidad! —clama—. ¿Es esto una carta de amor?

—Donatio no es un cortesano —responde Renée—. Dice lo que piensa.

El semblante sereno frena la indignación. ¿Acaso no es la esposa la más afectada? Su actitud evidencia que, en ese asunto, se reserva la última palabra. Y está en su derecho. Pero la Presidenta no parece dispuesta a concedérselo. Donatio es cosa suya. Siempre lo ha sido. Por muy esposa y madre de sus hijos que Renée se considere, no puede soslayar que es Mme. de Montreuil la responsable de su casamiento.

—¡También piensa lo que dice cuándo zascandilea con actrices!

—Con actrices es sólo actor —lo disculpa Renée.

—¡Pues se comporta como un imbécil! Bien es verdad que no conozco ningún actor que no sea un imbécil, ni ninguna actriz que no sea una puta. Me asombra su talento para sentir lo que no sienten y decir lo que no piensan. ¡Reconozco que Donado es un mal actor que dice lo que piensa!, pero miente cuando dice lo que siente.

—¡No se trata de Donatio, sino de mí! —interrumpe Anne de Launay, reapareciendo—. ¡Yo lo amé! Pero no volveré a verlo en la vida, os lo juro por Dios, a ti, mamá, y a ti, Renée, y os pido perdón por todo el mal que os he hecho. Volveré al convento para siempre y nada hará cambiar mi decisión.

—Tengo planes mejores para ti —anuncia la Montreuil.

—No quiero casarme con el vizconde de Beaumont —se anticipa con firmeza Anne.

—Será necesario.

Una ruptura significaría la pública confesión de la culpa y el definitivo deshonor de la familia. No es hora de pensar en sentimientos, sino en el deber y conveniencia. Renée se apiada. Ese matrimonio haría muy desgraciada a su hermana.

—Más desgraciada sería en el convento y pondríamos en peligro su salud —argumenta la Presidenta—. Tú tampoco amabas a Donatio cuando te casaste, ¿ni siquiera lo conocías! ¿Creéis que yo he estado alguna vez enamorada de vuestro padre? ¡Qué importa el amor! La verdadera pasión es un fuego secreto, y hay que dominar ese fuego.

Pero Donatio es un incendio, y ella lo sabe. No se combate el fuego con fuego y las tres mujeres se queman en la misma hoguera. Cada una a su manera. Renée resiste, Anne se consume, la Montreuil se abrasa.

—Ninguna persona inteligente se arroja a las llamas —dice, mientras prende fuego a la carta y la deja caer, con un revuelo de pavesas, en un florero vacío. Brinda a Anne el irrisorio holocausto.

—¡Conténtate con el resplandor!

La joven fija la mirada en el suelo y se retira, sin levantar la cabeza, dejando en el ámbito una estela de sufrimiento. Renée va tras ella.

MIENTRAS RENÉE-PÉLAGIE se desvela por obtener la exención de Donado, Mme de Montreuil máquina para que sea encarcelado a su regreso, y los Beaumont para que no vuelva nunca. A nadie se le oculta el peligro que entraña el marqués para el proyectado matrimonio de Anne de Launay con el vizconde, sobrino, para colmo, del arzobispo de París, al que las punzantes piedras del riñón agujonean, espoleando su proverbial odio al libertinaje.

La Presidenta pide a Marais que, en el momento del arresto, requise todos los papeles comprometedores. También le ruega, luego exige, que la tenga al corriente de las andanzas de su yerno en Italia y de su estado de salud, pues teme que haya contagiado a su hija alguna enfermedad venérea. El inspector le informa escuetamente de que Sade ha dejado Venecia destino Florencia.

Esta vez, no va a ver el culo de la Venus de Médicis, ni la escultura de Calígula y su hermana, ni el miembro de Príapo, ni el sexo oculto del hermafrodita, sino a su amigo Barthélémy Mesny, médico del gran duque de Toscana, naturalista, arqueólogo y coleccionista de conchas, fósiles, petrificaciones, minerales, medallas y monedas antiguas y modernas. También ha coleccionado cinco hijas, la cuarta de las cuales, casada con un aduanero, madre ya de cinco vástagos y embarazada de un sexto, se enamora perdidamente del viajero. Sade no tiene ningún inconveniente en jurarle amor eterno.

Se llama Chiara Moldetti, ha cumplido treinta años, y su estado de buena esperanza excita aún más al libertino, que encuentra en ello inmediato pretexto para la práctica del coito anal. No necesita, sin embargo, justificación alguna, ya que ella se declara dispuesta a hacer «todo lo que a él le cause placer».

El doctor Mesny, a quien Donatio conoce de su anterior estancia en la ciudad, se muestra por su parte condescendiente con la apasionada relación, dado que tiene por tonto al marido de su hija y aprecia y admira al ilustre extranjero. Pero, para desgracia de Chiara, la aventura no dura. En Florencia

aparece un francés llamado Ange Goudar, feo e ingenioso colega de Casanova, jugador tramposo, distinguido proxeneta, traidor empedernido, audaz bribón a todas horas y ocasional espía de los Beaumont, que desconfían de la eficacia policial y de los propósitos y promesas de la Montreuil. Goudar viene acompañado de su esposa, una tal Sarah, irlandesa y católica.

Mesny, ajeno a la conjura, presenta al proxeneta, y Sade queda seducido por Sarah, que supera en belleza y estatura a la princesa Stolberg y a Lady Cooper, rutilantes musas del parnaso florentino.

Chiara se desespera, y Sarah, que ha sido amante del rey de Nápoles y regentado una casa de juego, hace honor a sus inicios en una taberna de Londres y sirve a Sade en bandeja su cuerpo dorado como la cerveza, coronado por la espuma rojiza de su cabellera, pero trucado como dados lastrados. Por mucho que el marqués agite el cubilete, siempre saca la misma jugada. Seis suspiros y un gemido. Ni el trato ni la postura modifican el resultado. Azotes e imprecaciones son sólo ruido. Un suspiro y seis gemidos es la única variante. De tal manera ha sido adiestrada, que los recursos del marqués no alteran el repertorio. Tanto si le entra por detrás como por delante, si la fustiga o acaricia, si la insulta o amenaza, ella reitera la rutina y luego queda desparramada, como dados en el tapete a la espera de un nuevo envite. Donatio la arrastra fuera de la cama y la sodomiza en el suelo. Sólo consigue volver al comienzo. Un suspiro y seis gemidos. La irlandesa controla sus sentidos como un redomado tahúr. Sade la sacude exasperado. No ha visto nada tan bello, ni tan indiferente a su influencia. Sarah pertenece al mundo vegetal, donde la provocación no incide y el dolor o el placer sólo se manifiestan por una contracción o despliegue de pétalos, por un tallo que se dobla o endereza, por un suspiro de brisa en la maleza o los gemidos del ramaje, si el viento arrecia. Con la cotidianidad del sol que sale y se pone o de la nube que pasa ignorando el trueno, así Sarah anula el desorden del delirio, reduciéndolo a mero accidente atmosférico. Regada en bodegas, podada en palacio, florecida en juegos de azar, ha adquirido por decreto el secreto que Sade desea poseer.

El marqués no se da por vencido. Se pone a gatas sobre ella como si fuera a atrapar con dos dedos las alas de una mariposa posada en el rincón de los muslos y, con pérfida precisión, le arranca pelos del pubis. El sexo se estremece y bosteza, seis gemidos y un suspiro, y el marqués lo muerde y mastica, rumiando la pelirroja pelambre. La flor de inofensiva apariencia se transforma, de repente, en voraz planta carnívora. Abre y cierra la mandíbula y aprisiona entre los dientes los testículos del marqués que penden sobre su

cara. Trastocados los papeles, perdida la iniciativa y a punto de perder también sus atributos, Sade remeda a Sarah con seis gritos y un rugido. Recula y eyacula sobre la cabellera esparcida.

Se congratula de haber compartido trono con el rey de las dos Sicilias y de haber desbaratado a dentelladas la partida programada por Ange Goudar, pero prefiere, en lo venidero, rehuir a la irlandesa y escapar de paso del acoso de Chiara Moldetti, yéndose a Roma solo, ya que Carteron se ha quedado en Venecia en espera de noticias de Renée, cuyas gestiones pueden propiciar pronto la vuelta a casa y el ansiado reencuentro con Anne de Launay.

Roma le recibe bajo una densa niebla londinense que, por momentos, le hace imaginar que se encuentra en París. En el transcurso de su paseo, reconstruye en la memoria una ciudad imposible. También confunde, en el recuerdo, a una mujer con otra, y superpone la belleza de Sarah a la belleza de Laura o de Anne de Launay. La niebla esconde el pasado y estanca el tiempo. La Ciudad Eterna se vuelve instantánea, sus ruinas y monumentos, su gloria y su leyenda, sus crímenes y su esplendor, se reducen de un soplo a un rostro velado de mujer. Bajo su sugestión, el marqués vaga desorientado. Una creciente inquietud se apodera subrepticia de su ánimo. Hace rato, tiene la impresión de que lo siguen. Se vuelve, repentinamente, de vez en cuando. Los pasos que oye se detienen con sus pasos. Si se tratara de alguien que quiere darle alcance, podría hacerlo. Quienquiera que sea se obstina en mantener la distancia. Tan extraño proceder lo pone alerta. Reanuda la marcha y un eco que no es el suyo redobla la resonancia. Extrema la cautela, pisa sin peso, casi de puntillas, dejándose llevar por la inercia de los pies y, cuando su invisible perseguidor menos lo espera, se agazapa en un portal. Una sombra sigilosa cobra relieve conforme se acerca. Un hombre avanza, con las manos recogidas en el regazo y la cabeza gacha. Pasa de largo y desaparece. El marqués sale y cambia de sentido. En su apresuramiento, tropieza con una dama que, sin atender a disculpas, se escabulle asustada. La fugacidad del encontronazo no impide a Donatio quedar prendado de los ojos que, transgrediendo la bruma, ha vislumbrado. Sarah, Laura y Anne de Launay se esfuman de un brochazo. La desconocida ocupa ahora su lugar. Roma es ella. Olvidando toda precaución, la alcanza en diez zancadas. La mujer se sobresalta. Sade, en macarrónico italiano, le ofrece compañía. Es peligroso que ande sola en un día así. Ella lo rechaza y se diluye en la niebla como por arte de magia. El marqués echa de menos a Carteron que, en estos lances, corre con el trance del desaire. No se resigna a renunciar y, arrostrando el

ridículo, se dispone a intentar un nuevo abordaje. Una mano en el hombro le detiene.

—¿Coronel Mazan? —inquieren a su espalda. Gira sobre los talones y se topa, de sopetón, con Ange Goudar.

—¡Vos! —exclama sorprendido, y retrocede contrariado.

—Lamento interrumpir vuestro paseo —se excusa el otro—, pero el cardenal Bernis nos espera esta tarde en su palacio.

La propuesta es insólita, la actitud sospechosa y la situación desazonante.

—¿Y qué os hace suponer que yo quiera ver al cardenal? —pregunta Sade suspicaz. No ignora que Bernis es el embajador de Francia en Roma, y eso tampoco lo tranquiliza. Aunque lo que le produce, en esos momentos, mayor desasosiego es comprobar que su interlocutor mantiene las manos bajo la capa.

—El doctor Mesny me ha dicho que habéis venido para adquirir antigüedades —aduce Goudar.

—Os quedo muy agradecido, pero no era necesario que os tomarais el trabajo de seguirme.

—Llegué cuando salíais del hotel y no pude alcanzaros antes, ¡andáis deprisa, coronel!

Sade pasa por alto la falsedad del razonamiento.

—Tengo asuntos privados que me impiden perder el tiempo. Comunicad a nuestro embajador que iré a verle cuando me sea posible...

—Debe ser hoy. Mañana coronan al Papa.

—¡Magnífica ocasión para vemos todos! —exclama Sade, con una jocosidad que está lejos de sentir. El otro le retiene por la manga, y se acerca confidencial.

—El cardenal Bernis guarda para vos un clavicordio en muy buen estado —sugiere, como si estuviera ofreciendo los favores de una dama y requiriese máxima discreción. Sade, que ha pujado infructuosamente por el instrumento en una reciente subasta, con intención de regalarlo a Anne de Launay, se muestra interesado y promete acudir a la cita aquella misma tarde, aunque prefiere ir solo, precisa.

—Os recuerdo que únicamente he pretendido seros de utilidad —miente Ange Goudar. En realidad, hace apenas unos momentos, amparándose en la niebla y el anonimato, ha intentado matarle. Y le ha faltado valor. Ha empuñado la daga, cuando lo tenía a su merced y de espaldas. Habría bastado una sola cuchillada bajo el omoplato izquierdo, quizá dos. Pero tuvo miedo de pinchar en hueso y perder el temple al segundo intento. Es mejor jugador que

asesino y, por otro lado, la tarea que le ha sido encomendada no es ésa, sino la de espía y gancho para llevar al marqués hasta la trampa preparada en la trastienda del anticuario, según previsiones del reverendísimo Bernis. Pero Goudar ha considerado que la bruma propiciaba una ocasión única que le habría permitido, de no haberla desaprovechado, ganar por la mano a los esbirros del cardenal y hacerse acreedor del honor y la recompensa. Su proverbial osadía con la baraja le ha fallado con el acero. Todavía le sudan las manos y le palpita el corazón. Sonríe servil.

—También hemos reservado algunas monedas raras para el doctor Mesny —añade, como superfluo aderezo, mientras comprueba, con decepción, cómo Sade da media vuelta y se aleja, dejándole sumido en siniestros pensamientos. Agarra la daga, imagina la hoja penetrando, de abajo arriba, entre las costillas, la sangre brota de la boca, hiere ahora en el cuello, un chorro rojo le salpica, los ojos imploran desorbitados, el cuerpo se desploma, alguien grita. Goudar nada debe temer. El coronel Mazan usa nombre falso, en Francia lo busca la justicia, en Nápoles también, es el noble libertino que ha envenenado mujeres en Marsella y perpetrado toda clase de infames delitos. Sarah es una esposa violada y sodomizada y él un marido, cegado por los celos, que ha restaurado su honor. Si lo juzgan, será absuelto. El embajador Bernis se cuidará de ello, salvaguardando del escándalo a los Beaumont. El plan es perfecto. Pero Goudar no se ha movido del sitio. Acaba de perder una de las mejores oportunidades de su vida y, como jugador, sabe que el azar reitera jugadas pero nunca repite circunstancias. Se arrepiente, no de lo que ha hecho sino de lo que no se ha atrevido a hacer. Su cobardía no le exime. Por el contrario, lo convierte en doblemente culpable. Un jugador de ventaja no tira por la borda cartas servidas por la suerte. Nada lo consuela. De repente, reacciona. Si ha sido capaz de concebir el crimen, ¿qué le impide cometerlo? Lo tiene todo a favor. La bruma sigue siendo espesa. La calle solitaria. Todavía es tiempo de alcanzar a Sade y apuñalarlo. Echa a correr, enloquecido, en pos de los latidos que, como pasos, resuenan en sus tímpanos. La carrera acelera las palpitaciones y acorta la distancia de las pisadas. Un instante antes de doblar la esquina, atisba, al fin, la silueta de su víctima. Modera el ruidoso trote y avanza acechante y presuroso. Cobra impulso y sobrepasa el recodo, abalanzándose con la daga desenvainada. La clava a tope en la espalda. La niebla no amortigua el alarido. Trata de extraer el arma, para seccionar de un tajo la garganta, pero el cuerpo pivota y le cae encima. Se tambalea. Una mano le aferra. Forcejea con el agonizante, intentando desasirse. Oye voces. La presión de los dedos que le atenazan cede de golpe y el cuerpo sin vida se

derrumba a sus pies. Goudar huye dando tumbos, a causa de la endeblez de sus piernas. Un carruaje está a punto de arrollarlo. Brinca y rueda hasta la acera. Los caballos se encabritan, el cochero insulta y maldice. Las voces se aproximan. Se levanta y prosigue la escapada. Salta una verja y se mete en un parque, perdiéndose entre los árboles y la niebla. Cuando se cerciora de que nadie le sigue, se recuesta contra un tronco y resuella exhausto. El pulso tarda en recuperar la andadura, las ideas también. Paulatinamente, la bruma se disipa y una caravana de girones se dirige, sobre Roma, rumbo al cauce del Tíber.

El cardenal Bernis contempla, no sin manifiesta repugnancia, al desaliñado individuo que dice llamarse Ange Goudar. Sólo lo conoce de referencias. Sabe que ha sido, como él, compadre de Casanova y es autor de libros satíricos que le han hecho cosechar más animadversión que celebridad. Lamenta verse obligado a recibirlo y le extraña que venga solo y envuelto en su capa, como si sufriera los rigores de la intemperie, a pesar de la gran chimenea que caldea el salón. La capa tapa la sangre que mancha el traje y Goudar la mantiene cerrada y sujeta con la mano a la altura del pecho.

—¿Y bien? —indaga incómodo Su Eminencia.

—¡He matado al marqués de Sade! —anuncia orgulloso el visitante, y abre la capa para corroborar su hazaña. Bernis retrocede horrorizado.

—¡Sois un imbécil! ¿Quién os ha ordenado hacer tal cosa?

Goudar, a su vez, da un paso atrás. Más bien tiene la impresión de que es la alfombra la que se retira, arrastrada bajo la suela de sus zapatos.

—¿Acaso no era *eso* lo que *alguien* debía hacer? —balbucea desestabilizado.

—¿Un asesinato? ¡Jamás! —brama el cardenal, dándose por aludido.

—He creído que... —inicia Goudar, y es bruscamente interrumpido.

—¿Quién sois vos para creer nada? Si no os envío a un calabozo del Santo Oficio es sólo por respeto a vuestra estupidez.

Podría añadir que encarcelar al asesino sería cometer una estupidez mayor que a nadie conviene. Un muerto en reyerta es un accidente. Un criminal en las garras de la Inquisición es un delator. El tahúr capta el matiz y recupera ínfulas y cinismo.

—¡Cuánto os lo agradezco, reverendísimo señor! ¡Casanova me ha contado *tantas cosas* de vos!

Entre esas *tantas cosas* podrían estar ciertas orgías en las cavas del Vaticano. Al cardenal no le luce el juego, pasa baza y baraja de nuevo sus cartas.

—Os proporcionaré ropa sin tacha y un salvoconducto que os permita viajar dondequiera que queráis, con tal de que no os vuelva a ver.

—Eminentísimo Señor, necesitaré algo más que ropa y papeles para estar tanto tiempo tan lejos.

—Por supuesto —accede Bernis— y, por alto que sea el precio, me parecerá poco.

La generosidad de Su Eminencia alarma sobremanera al astuto tahúr que se ve pasto de peces en las aguas del Tíber. Se apresura a sacarse de la manga una carta inexistente que juega de farol.

—Permítaseme advertir a Vuestra Eminencia que, antes de venir, he tomado mis precauciones como hombre de letras.

—Confío en que vuestro testimonio póstumo obtenga el mismo crédito que vuestros escritos merecieron en vida.

—El crédito que se me conceda nunca será mayor que la notoriedad de vuestra persona en el último capítulo de mis memorias.

—¿Vuestra insolencia osa poner en juego mi honor?

—¡Vuestra Eminencia pone en juego mi vida!

—Sois vos el asesino, y no comprometeré mi alma con vuestra miserable muerte.

—¡Naturalmente! ¡Condenáis por sus actos a los que cumplen vuestra voluntad!

Bernis adquiere un tinte violáceo a tono con sus vestiduras. Diríase que se dispone a estrangular con sus propias manos al desvergonzado granuja, cuando unos prudentes golpes en la puerta lo detienen. Un lacayo se asoma de perfil, sin atreverse a entrar.

—Reverendísimo Señor, el conde de Mazan solicita ser recibido por Vuestra Eminencia.

Si un rayo hubiera entrado en la estancia no habría provocado tanto descalabro como el enunciado del ayuda de cámara. El cardenal interroga con inquisitiva mirada a Ange Goudar que, cubriendo púdicamente con la capa las manchas de sangre, transmite su estupor al desavisado lacayo.

—¿Habéis dicho el conde de Mazan?

El sirviente asiente dubitativo, intuyendo que asume una responsabilidad indebida. El tahúr, escudriñado por un furioso y expectante Bernis, se dirige de nuevo al lacayo, con manifiesta incredulidad.

—Preguntadle si es el verdadero conde de Mazan o ese otro que fue expulsado de Nápoles.

El lacayo, antes de obedecer al desconocido, recaba con los ojos la aquiescencia de su amo.

—¡No preguntéis nada! —ordena Su Eminencia—. ¡Hacedlo pasar!

EL MARQUÉS de Sade hace, sin él saberlo, la más extraordinaria entrada en escena de su vida teatral. Al verlo, Ange Goudar palidece. Ha matado a un hombre en Roma, pero ignora a quién. Es, a todas luces, evidente que el marqués goza de buena salud. Y no menos evidente que, aquel mismo día, Goudar ha asesinado a otro en su lugar. Una rara sensación retrospectiva le recorre el espinazo. Es una mezcla de horror y vergüenza, de humillación y sarcasmo.

—¡Fuera! —le grita el cardenal, decepcionado, en el fondo, por la inesperada resurrección. Ange Goudar sale orejas gachas y rabo entre piernas, cual perro apaleado. Su Eminencia, todavía confuso, ofrece asiento a Sade, que ya se ha sentado, ajeno al incidente y desconocedor de que, momentos antes, su prematuro fantasma se ha paseado, con una daga clavada en la espalda, por esa misma habitación. El cardenal Bernis le pide encarecidas disculpas, sintiéndose indirectamente responsable del asesinato fallido, sin que sepa a ciencia cierta si lamenta el atentado o el fallo. Donado, que ignora las causas de tanta zarandaja, se mosquea.

—¡Tened cuidado con ese hombre, coronel Mazan! —le advierte Bernis—. ¡Podría llegar a traicionarnos!

—Agradezco el consejo de Vuestra Eminencia —responde Donado—, pero no soy el conde de Mazan, sino el marqués de Sade, y vos lo sabéis, cardenal Bernis.

La verdad que se dice nunca es verdad, axioma de la diplomacia y curia romana, y de ser verdad sólo se usa como añagaza para persuadir o seducir, o como azagaya para ofender o matar, jamás por ingenua torpeza. Y si hay algo peor que la verdad, es la sinceridad utilizada como preámbulo. Eso se considera una grosería propia de borrachos en la taberna. La complicidad que le impone el marqués, revelando de entrada su verdadera identidad, es una confidencia tan obvia como inoportuna. El cardenal arquea las cejas, ensayando un gesto de fingida sorpresa, pero la soma de Sade le disuade.

—Estáis en lo cierto, vuestro colega me ha puesto al corriente de quién sois.

—Y a mí de quién sois vos.

—No debéis creerle.

—Ni vos tampoco. No vengo a Roma a buscar un clavicordio para la prometida del vizconde de Beaumont, sino a conocer personalmente al papa Pío VI y pedirle su bendición.

Esta vez, la sorpresa de no es fingida. Su condición de embajador y eclesiástico lo convierten en un maestro del arte que, por partida doble, practica. La hipocresía. Pero la convicción que el visitante ha puesto en sus palabras le impresiona. No se había encontrado, hasta ahora, con un cínico de tamaña envergadura.

—Me sorprendéis —confiesa—. ¿Acaso creéis en Dios?

—No, pero sí en los poderes de su representante en la Tierra.

Siente, en efecto, curiosidad por conocer de cerca al pícaro que van a coronar rey infalible del rebaño cristiano, cuya corona ya no es de espinas y cuyo reino sí es de este mundo.

—Los caminos del Señor son inescrutables —dice Bernis— Aunque, en mi humilde parecer, el recorrido debiera ser inverso. Primero Dios y luego el Papa.

—Puesto que todo camino tiene dos sentidos, prefiero emprenderlo, humildemente, de abajo arriba y no de arriba abajo, ya que mi razón me dice que si creyera en Dios no necesitaría papas.

El argumento apesta a azufre, pero el cardenal se complace en escucharlo. Experimenta, a su pesar, inequívoca simpatía por el personaje que tiene enfrente. Ambos son de la misma calaña.

—Si me prometéis permanecer en Roma hasta que Su Santidad os reciba, intentaré conseguir la entrevista que solicitáis —propone. De esa manera, lo tendrá bajo control hasta que la boda se consume y la condena se ratifique. Una forma más sofisticada de acabar con él.

—Os lo prometo, siempre y cuando vos me garanticéis que la espera no resultará aburrida —condiciona el marqués. A Bernis le brillan los ojillos. Sabe de sobra la clase de divertimentos a que Sade se refiere y está dispuesto a proporcionárselos hasta hacerle olvidar los encantos de Anne de Launay. La demostración no se hace esperar.

Aquella misma noche, el marqués es conducido en calesa encapotada, hasta una mohosa rampa suspendida sobre un brazo de río. Un lóbrego lugar que confiere apariencia homicida a su joven acompañante, pintolescamente

vestido con jubón de paje, curioso disfraz más propio de un trovador que de un asesino, habida cuenta de que el traje ajustado no deja resquicio para ocultar arma alguna, salvo en el hueco de las calzas, entre cuyos pliegues, a la altura de los muslos, podría esconderse un diminuto puñal que nunca sería motivo de inquietud, salvo en caso de dar la espalda.

Sade no tiene miedo. Sin embargo, el mismo desasosiego de la mañana regresa sin ser concitado y se desprende del cauce donde la niebla se condensa, a sus pies. El vapor infunde pesantez a la oscuridad y se esparce ante los ojos, impregnando la mirada de pegajosa humedad. La calesa ha quedado a sus espaldas, en lo alto del angosto callejón escalonado. El farolillo del pescante imparte su luz amarillenta sobre las crines blancas de los caballos. El cochero orina contra la rueda y el arco del chorro despidе chispeantes destellos dorados. El río rumia el rumor de la meada hasta disolverlo en el neblinoso silencio. El marqués no las tiene todas consigo. Su acompañante se ha descolgado del embarcadero y le tiende ahora una mano, desde la bruma que le cubre medio cuerpo. Sade salta a ciegas y cae sobre los oscilantes tablones de una balsa invisible, enganchada a un cable por una argolla. Apenas la precaria embarcación se separa de la orilla, una voz distante se deja oír, provocando la agitación de los caballos y el sobresalto del cochero.

—¡Coronel Mazan! ¡Soy Ange Goudar! ¡El cardenal Bernis ha ordenado mataros! ¡Es una trampa! ¡Huid o moriréis!

Los gritos se oyen cada vez más lejanos, como de alguien que escapa a la carrera, presa del pánico. Esta circunstancia presta mayor convicción y dramatismo al aviso. El marqués de Sade agarra por el cuello a su guía, que le mira aterrorizado.

—¡Os juro que no es cierto! —exclama el muchacho, atragantándose por la presión de los dedos en su garganta.

—¿Dónde me lleváis? —inquire Donatio, atenazándolo.

—A El Espejo de Edas —responde el otro—. Pero, si teméis algo, estamos a tiempo de volver atrás...

—¡No temo nada! Iréis delante y, en caso de emboscada, seréis el primero en caer.

—Os ruego que mantengáis la calma y os lo penséis dos veces antes de actuar —dice precavido el cicerone—. Todo en este lugar es discreción, estamos obligados, bajo juramento, a guardar secreto sobre la identidad de los insignes personajes que nos honran con su visita, pero juro que nunca ha sucedido nada que ponga en entredicho la buena fama de El Espejo de Edas...

Sade conoce de oídas el prestigio del burdel, regentado por una alta personalidad, bajo la tácita tutela del Vaticano, pero se encuentra, de momento, inmerso en la niebla y en medio de un río, sin saber lo que la noche puede depararle al otro lado. Todavía la advertencia de Goudar reverbera en la carótida como un desordenado latido que desencadena la alarma en su cerebelo y alerta su corazón.

Al poner pie a tierra, mira a diestra y siniestra sin más resultado que el de vislumbrar dos hileras paralelas de troncos podados, cuyas siluetas truncadas se desvanecen a ambos costados de una supuesta vereda empedrada que el pie descubre antes que la mirada. El paje, acogotado, le precede, con la cautela propia de quien no ignora que cualquier susto imprevisto podría costarle la vida. Sin que medie puerta alguna, el sendero se adentra en una concavidad en la que la sucesión de árboles se ha transformado imperceptiblemente en muros de piedra que conforman un profundo pasillo abovedado, iluminado a trechos por linternas colgadas del techo. Una súbita escalinata desciende hasta el recinto de una catacumba, al fondo de la cual un portón inexpugnable cierra el paso. A ambos lados, calaveras cuidadosamente apiladas disuaden al visitante desavisado.

—Debéis volveros de espaldas, si todavía deseáis entrar —le dice el guía.

—Lo siento, no os perderé de vista.

—Comprendedlo, señor —insiste el otro— Es necesario que ejecute algunas señales secretas o no abrirán.

—¿Quiénes han de abrirnos?

—No veréis a nadie ni nadie os verá. Las normas son estrictas, señor. Creí que os lo habían advertido.

Por toda respuesta, el marqués le retuerce un brazo. El otro grita y, sin más requisitos, la puerta se abre. Sade empuja y suelta al muchacho que traspone a trompicones el umbral, al tiempo en que él retrocede y regresa apresuradamente al borde del río, desandando el camino y ganando, a bordo de la balsa, el callejón escalonado. La calesa le espera en lo alto. El cochero, sorprendido en el interior, se hace cruces al verle y sale farfullando disculpas, con la boca llena y un plato de comida en la mano. El marqués sacude las migajas del asiento y ordena perentorio ser conducido al hotel. No está seguro de haber escapado a una muerte cierta, pero sí ufano de evitar las redes de la Iglesia, que se sirve del pecado para ampliar sus áreas de influencia y extraer pingües beneficios.

A la puerta del hotel, le espera Goudar.

—¡Qué alegría veros con vida!

Sus aspavientos espantan al marqués, que manifiesta el deseo de retirarse a descansar. Pero el proxeneta le retiene.

—¿Veis ese hombre escondido tras el respaldo de su sillón? —susurra de soslayo—. Pues es un espía del Vaticano que trabaja para el cardenal Bernis y los Beaumont. Hace una hora, ha preguntado por vos y ahora finge no veros...

—Más bien parece dormido.

—¡Cuidado! ¡Puede oímos!

—¡Me importa un bledo!

—Os he salvado la vida —le recuerda, con pasmoso cinismo, Goudar— Pero no debéis olvidar que seguís en peligro y me necesitáis...

—Lo único que necesito de vos es que... ¡me dejéis en paz!

El alarde de ingratitud no disuade a su interlocutor.

—Yo también soy hombre de letras y deseo que vuestro «Viaje a Italia» tenga un final feliz —dice él, y se saca de la faltriquera un volumen, encuadernado y repleto de anotaciones, que ha servido a Donatio de inspiración para el libro de viajes que proyecta escribir.

—¿De dónde lo habéis sacado? —inquieta el marqués sorprendido.

—Sarah lo encontró olvidado en vuestra habitación de Milán, y yo he considerado que podría resultaros indispensable para vuestro trabajo...

—¿Indispensable? ¿Por qué habría de serme indispensable?

La palabra en cuestión y el tono en que ha sido pronunciada exagera la susceptibilidad del marqués que cree adivinar una maliciosa insinuación de plagio. Monta en cólera

—¡El abad Richard es un mentiroso y su libro un compendio de falsedades y pésimo gusto! ¡Vuestra esposa puede guardarlo como recuerdo, si así le place!

Los extemporáneos gritos provocan la prudente retirada de Ange Goudar, poco deseoso de llamar la atención, y despiertan al supuesto espía en su sillón. Es un joven de buen parecer, que reconoce a Sade y se acerca, somnoliento y sonriente.

—Soy el doctor Giuseppe Iberty —se presenta. El marqués, agobiado, lo acoge, sin embargo, con deferencia.

—El doctor Mesny me ha hablado mucho y bien de vos. Me alegra conocerlos.

—No era mi deseo molestaros a estas horas —se disculpa Iberty—, pero el doctor Mesny ha insistido en que os advirtiera, con la máxima urgencia, de que un tal Ange Goudar, a quien sin duda conocéis, es espía de la familia

Beaumont, de la que probablemente habéis oído hablar, y ésa es la razón por la que he esperado aquí vuestro regreso, coronel Mazan.

—Os estoy muy agradecido. Conozco al tal Goudar y a los Beaumont y obraré en consecuencia, nuestro amigo Mesny puede estar tranquilo al respecto...

—También traigo una carta para vos de Chiara Moldetti, hija del doctor Mesny, como bien sabéis.

—Lo sé bien, lo sé bien —asiente el marqués, impacientándose.

—Si deseáis verme en los próximos días, quedo a vuestra disposición —se ofrece cortésmente, a modo de despedida—. Puedo presentaros al sabio Cosimo Alessandro Collini, amigo y colaborador de Voltaire, cuyas obras y reputación seguramente conoceréis...

—Así es —asiente Sade expeditivo.

—Como Mesny os habrá informado, tengo acceso a los archivos del Vaticano y puedo proporcionaros documentación para vuestros escritos.

La propuesta despierta un repentino interés en el marqués y ambos conciertan una cita antes de separarse.

A la puerta de la habitación, aguarda un tercer personaje.

—Me llamo Lucattini —proclama con absurda fatuidad—. El cardenal Bernis me envía para ponerme a vuestro servicio y acompañaros a los mejores anticuarios de Roma...

—No quiero clavicordios —advierte Sade, harto de asedio, y con una inesperada finta se esfuma y encierra, ante el pasmo del tal Lucattini que, al quedarse solo en el pasillo, aplica el ojo al agujero de la cerradura, obstruido por la llave, antes de resignarse mohíno a emprender la retirada.

Asomado a la ventana, Donatio recapacita sobre las perspectivas romanas, como si la ciudad entera fuera un escaparate con la luna empañada y su imaginación una mano enguantada que limpiara paulatinamente el vaho del cristal, dejándole entrever, a tenor de sus deseos, apetitosas posibilidades. No le arredran los peligros ni le amedrentan las intrigas. Roma es Roma y tiene, incluso bajo la niebla, mirada de mujer. No se le resistirá. Se siente como Tiberio o el papa Pío VI, a cuya coronación acudirá mañana.

Sade asiste, entre la multitud, a la ceremonia. Tanta pompa y orgullo, mayor por estar revestido de falsa humildad, le sugiere la idea de hallarse en presencia de un emperador más o del mismísimo diablo, cuya suprema artimaña es precisamente verse adorado bajo falsa apariencia para seguir ejerciendo con impunidad. El fante que la plebe venera podría equipararse a los espantapájaros decapitados y quemados en la plaza de Précheux y que

representaban a Donado y Carteron, en la misma proporción y medida en la que un monigote humano pueda tomarse por embajador de Dios. La farsa circense le exalta. No faltan los presagios. Un surtidor de estorninos brota, de pronto, del cielo y avanza en hilera, como un trazo de humo, para desplegarse en abanico, sombreando un instante la plaza de San Pedro.

Aquella misma noche, Donado escribe a Renée-Pélagie, jactándose de haber sido el primero en besar el anillo papal, mentira que realza la jactancia, ya que el marqués sólo ha visto a Pío VI de lejos, sobrevolando un paisaje de nucas, pero ella, muy ufana, se apresta a difundir que su marido ha obtenido del Santo Pontífice el perdón de sus pecados.

Mme de Montreuil se muestra reticente ante tan peregrina conversión. Sabe por Marais que el marqués lleva en Roma una vida disoluta y que ha conocido y, supuestamente, pervertido a la duquesa Honorine de Grillo, de diecinueve años de edad, a quien su madre había sacado de las Ursulinas para casar con un anciano, y cuya virginidad, todavía intacta, Sade se esmera en merodear sin taladrar, contentándose, muy a su gusto, con la entrada de atrás. También sabe la Presidenta que su piadoso yerno ha apadrinado por poderes al último hijo de Chiara Moldetti.

Iodos los pormenores de las peripecias del marqués son recabados con meticulosa exactitud por la red de espías de Marais, sin alusión alguna al pretendido fervor religioso, salvo en la adquisición de algún que otro instrumento de tortura desusado por el Santo Oficio. El continuo derroche económico y pasional no ofrece ningún indicio *esperanzados* Así se lo hace saber Mme. de Montreuil a Renée-Pélagie.

—Ésa es la razón por la que debemos conseguir que vuelva, cuanto antes, a La Coste —arguye la esposa.

—No puedo traer a Donatio contra su voluntad.

—Ni pretendo que lo hagas, mamá. Sólo quiero que detengas a Marais.

La Presidenta tuerce el gesto, en una mueca ambigua de burla y extrañeza.

—¿Yo? ¿Detener a un policía? ¿Cómo podría hacerlo?

—Pidiéndole que deje de hacer lo que le has pedido que hiciera.

—Te equivocas —responde la madre ofuscada—. Marais no trabaja para mí, sino para el rey.

—La carta de Luis XV ya no tiene vigencia.

—Pero la ley sí. Y las ofensas también.

—¿Te refieres al odio de Marais o a tu promesa a los Beaumont? —Sólo deseo lo mejor para tu hermana.

—Eso no es lo mejor para mí, y también yo soy tu hija. Necesito que Donatio vuelva conmigo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Definitivamente.

La palabra quema en sus labios, ella sabe cómo nadie que nada es definitivo con Donatio. Sin embargo, no deja entrever ni un atisbo de titubeo. Esta vez, su marido encontrará el teatro preparado en su propia casa.

—Tranquiliza a los Beaumont —suplica—. ¡El marqués en La Coste será menos peligroso que en prisión!

La Montreuil echa a andar, entre los setos, hasta el borde del estanque. Su sombra en el agua hace desaparecer el reflejo de ramas y nubes y revela el fondo de piedras y limo.

—¿Y qué harás para hacerle volver?

EL SABIO COSIMO Alessandro Collini recibe a Sade bajo una sola condición. No hablar de Dios ni de Voltaire. Sobre el primero, considera inútil pronunciarse. Sobre el segundo está harto de hacerlo.

—Se supone que venís a conocerme a mí, no a él.

No acertando a dilucidar el porcentaje de broma y el de flagrante vanidad que el sabio esgrime desde los párpados contraídos y la boca prieta, Sade adopta un aire contrito que hubiera hecho las delicias de Mme. de Montreuil. El doctor Giuseppe Iberti se apresura a presentarlo como conde de Mazan, hombre de letras y coronel francés, que viaja por Italia para escribir un libro sobre arte y costumbres y se interesa vivamente por la historia natural, y consecuentemente por Collini, que da un respingo y escruta suspicaz a su joven amigo.

—¿Cómo? ¿Acaso no habéis dicho al conde que Voltaire se inspiró en mí para crear al personaje del sabio Pangloss?

—Desde luego, se lo he dicho —confiesa Iberti.

—En ese caso, es evidente que el señor coronel Mazan desea que le hable de Voltaire.

—En absoluto —asegura Donatio, tratando de complacerle—. Preferiría oírlos hablar de vuestros experimentos en el laboratorio de Manheim.

Una estentórea risotada hace vibrar los vidrios y oscilar la llama de los candiles. Diríase un pirata a barlovento que acabara de avistar una canoa a la deriva con dos doncellas sin remos.

—¡Cuánto os agradezco vuestra buena voluntad! —exclama Collini desternillándose—. ¡Tú, Giuseppe! ¡Amigo mío! ¡Vos, conde de Mazan, que viajáis recopilando fruslerías! ¿Cómo pretendéis interesaros por cosas que carecen de sentido? Cuando el sol devore su hidrógeno y su agonía se expanda, la Tierra quedará abrasada y engullida como un lechoncillo, ¿de qué habrá servido la resurrección de los cuerpos y el torpe vuelo de los espíritus? ¿Qué valor dais a las polillas chamuscadas? No creo que sea ése el objeto de

vuestra curiosidad y mucho menos mi insignificante persona, ¡habéis venido a mí para que os hable de Voltaire! Pues bien, no pienso hacerlo.

El inesperado arrebató se apaga y del estallido sólo queda la energía volátil de las palabras, una especie de escritura aérea, baba de arácnido de efímeros filamentos, que un estruendoso estornudo dispersa. Giuseppe Iberti pide inopinadamente un vaso de agua y, cuando se lo traen, lo bebe de un trago y estira las piernas, contemplando la punta de sus zapatos como si fueran el confín del universo.

—El señor conde de Mazan ha tenido el privilegio de ser llevado a El Espejo de Edas —informa, seguro de obtener el efecto esperado.

Al pronto, Collini exagera jocoso su estupor, pero enseguida rectifica y manifiesta verdadero asombro. El mítico prostíbulo está estrictamente reservado a ilustrísimas personalidades escrupulosamente designadas por el episcopado.

—Fui, pero no entré —aclaró el marqués.

—Y si hubierais entrado, tampoco lo diríais —le hace observar el otro—. El secreto es la norma convenida y mantenida bajo amenaza y chantaje, nadie ha hablado nunca de los horrores y delicias que ese antro encierra, pero algunos hemos podido reconstruir, en nuestra imaginación, un lugar muy especial, donde todo ha sido invertido, como visto a través de un espejo, trastocando de tal modo la realidad que no se distingue el cuerpo de su reflejo, ni el bien del mal...

—¿Un burdel donde la carne no difiere de su apariencia en un cristal? —reflexiona Sade circunspecto.

—Un experimento lucífero a la manera de Bacon —interviene Iberti—. La luz como primera creación de Dios.

—¡Habíamos prometido no hablar de Dios! —le recuerda Collini, y el discolorado discípulo se encoge en su asiento, retrotrayendo la mirada al ombligo.

—Sólo he pretendido expresar el punto de vista del Vaticano —se disculpa.

—¿Y qué tiene que ver el Vaticano con Dios? —inquire el sabio con maliciosa mala fe.

—Lo mismo que un prostíbulo con el mundo —replica Giuseppe Iberti, tratando de capear el sarcasmo.

—Dejemos a Dios con Voltaire y volvamos a El Espejo de Edas —propone Collini— Un enorme reflejo abovedado que reconvierte en pura imagen el vicio y la virtud, una superficie sin fondo en la que no existe el pecado ni el dolor...

—Sin pecado y sin dolor, ¿dónde está el placer? —indaga Sade.

—En la contemplación —responde Cosimo Alessandro— ¿Qué mayor placer para nuestra conciencia que el conocimiento descondicionado de los fenómenos naturales sin sufrir las consecuencias?

Para Donatio todo eso ni siquiera es teatro, donde los cuerpos danzan, sino una tramposa ilusión óptica, como la caverna de Platón soñada por Diderot.

—¡Os equivocáis! —le rebate su interlocutor—. Es una soberbia opción iniciática mil veces superior a los devaneos de la filosofía...

El impulso despectivo que Collini imprime a la palabra filosofía aventa su aliento y lo delata. El sabio no está loco, sino bebido.

—Si vos lo decís... —concede Sade, más cortés que convencido.

—Por supuesto, es una estúpida hipótesis —acepta, con desmañada coquetería, el conspicuo profesor—. A fin de cuentas, vos lo sabéis mejor que yo, puesto que vos habéis estado y yo no.

—Lamento decepcionaros, pero no he traspasado ese umbral.

Consternado y perdiendo la compostura, Cosimo Alessandro se saca de la faltriquera un frasco, que mantenía oculto bajo el blusón, y empina el codo, haciendo caso omiso del guiño de complicidad que Giuseppe Iberti, algo avergonzado, dirige al marqués. Un turbador silencio amordaza a los contertulios, hasta que Collini deja caer al suelo el fiasco vacío y se encara de nuevo con Donatio.

—¿Qué os impide hablar? —le insta—. ¿Teméis vuestra condenación eterna?

Ahora es Sade el que se echa a reír.

—¡Yo ya estoy condenado! ¡Soy un libertino! Si he gozado del dudoso privilegio de ser conducido hasta El Espejo de Edas, ha sido por el odio que me profesa el arzobispo de París, monseñor Beaumont, y puedo aseguraros que ni él ni su deleznable familia buscaban hacerme partícipe de los secretos del Vaticano, sino simplemente asesinarme.

La vibrante confesión desata, una vez más, la hilaridad de Cosimo Alessandro.

—¡Si todos los libertinos tuvieran que pasar por El Espejo de Edas para ser ejecutados, no necesitaríamos puestas de sol para enrojecer las aguas del Tíber! —profiere, muy satisfecho de su poético desmán.

La incrédula reticencia del eximio sabio irrita a Sade.

—Cuestiones familiares, que no os conciernen, son la causa de que se me depare el raro honor de enrojecer el Tíber.

—¡Por favor, seamos serios! —exclama el otro—. Si fuerais un efebo, podríais resultar un cebo apetecible para algún sacrificio ritual, pero vuestra condición de libertino no es suficiente aliciente para concederos la divina excepción de morir en los altares del más sagrado de los burdeles, ¡y mucho menos coincidiendo con la coronación papal!

—Contadle lo sucedido —propone el doctor Iberti al reacio marqués, y éste emprende el relato remontándose a su llegada a Roma y su paseo a través de la niebla, sin omitir el encuentro fortuito con la desconocida, cuyos ojos le obsesionan todavía.

—¿Fue ella la que os condujo hasta El Espejo de Edas? —interrumpe impaciente Collini. Sade no se lo piensa dos veces y dice que sí.

—Me pidió que la acompañara —miente, dando rienda suelta a su imaginación—. Tenía la sensación, me dijo, de que alguien la seguía. Creía oír pasos y sombras amenazadoras en cada esquina, pero enseguida tuve la sospecha de que era sólo un pretexto para hacerme caer en una emboscada, sin embargo no podía sustraerme a la atracción de su mirada, fingía estar asustada y, posiblemente, lo estaba. Su belleza no era de este mundo, si bien la mano que palpitaba aferrada a mi mano era tan real como el pomo de mi espada. Me llevó hasta una escalinata que, según deduje por la humedad creciente, descendía hasta el río. Me hizo subir a una balsa, con carril de cable y polea, y a media travesía se abrazó a mí y me suplicó, entre sollozos, que volviéramos atrás. Fue entonces cuando me confesó que cumplía órdenes del cardenal Bernis, embajador de Francia en Roma, y que temía por mi vida. Y, sin duda, por la suya, pues ella ya conocía el trato atroz que la esperaba en la otra orilla. La curiosidad acabó con la prudencia y la excitación con la piedad que su desamparo me suscitaba. Exigí saber todo lo que ella sabía, aunque desconfiaba de su sinceridad. Podría tratarse de otra treta para atraerme, dada mi reconocida perversión y mi fogoso temperamento...

El marqués de Sade, consciente de la expectación despertada, hace una pausa y pide, a su vez, un vaso de agua. A una indicación de Collini, el criado que había servido a Giuseppe Iberti reaparece. No es agua, sino aguardiente que abrasa el gástrico e incendia la lengua.

—Esto os ayudará, señor conde, a dejaros de circunloquios y ser más conciso —prescribe Cosimo Alessandro, deseoso de acceder al desenlace—. ¿Qué os dijo esa mujer?

Donatio regresa a la balsa en medio del río, siente el crujiente balanceo bajo sus pies y la fantasía, como niebla, le invade y tergiversa el recuerdo.

—Cuando se disponía a hablar, un lúbrico rebuzno, un bramido entrecortado, la hizo enmudecer. Nunca podré olvidar su mirada extraviada y despavorida. Le habían untado el ano y el sexo con flujo de jumenta en celo y los efluvios, a través de la bruma, habían llegado ya hasta los dilatados orificios nasales de un asno, al otro lado del río. Ella cayó de rodillas y su boca implorante quedó emplazada a la altura de mi miembro que, movido por las circunstancias, se había enderezado. Tentado estuve de extraerlo y sofocar los gemidos, taponando la carnosa hendidura de aquellos labios entreabiertos, pero me contuve y esperé a estar en tierra firme para, espada en mano, desembarazar a la desconocida de sus vestiduras y exponer sus cuartos traseros a la embestida brutal y certera del burro, sin que se supiera en cuál de los dos orificios se había cobijado la verga del animal. El desgarrador alarido de la joven ensartada coincidió con el horrísono chirrido de un portón de hierro que se abrió, en el momento mismo en que yo, agarrándola por las orejas, le penetraba la boca y descargaba en su garganta. El roznido del asno se confundió con el mío.

Otra obscena risotada del sabio Collini adereza sonoramente el relato con un tercer rebuzno que sobresalta al extasiado doctor Iberti.

—¡Vuestra historia desafía las ciencias naturales y el más elemental sentido común! —exclama el sabio regocijado—. Por fortuna, la vileza que os atribuíis es tan inverosímil como el acoplamiento de una mujer con un asno de la forma por vos descrita.

—¿Insinuáis que exagero? Permitidme demostraros cómo, en determinada posición, la introducción resulta fácilmente factible. Proporcionadme una fusta o una probeta de anchura y longitud adecuada y podréis comprobar, aquí mismo, de qué simple manera sucedió todo. Sujetaré al doctor Iberti, como hice con ella, y vos arremeteréis con el artilugio en ristre, siempre y cuando no tengáis inconveniente en desempeñar el papel de asno.

El que sí parece tener inconveniente es el joven Giuseppe, que se muestra enérgicamente disconforme con el papel asignado. En vano Sade lo tranquiliza, asegurando que no será imprescindible bajarse los pantalones, ya que se trata tan sólo de un simulacro. El otro se niega en redondo. A fin de cuentas, no es él quien duda de Sade, sino el maestro Collini. Por tanto corresponde al sabio, en última instancia, someterse al experimento. Cosimo Alessandro, por su parte, matiza su inicial incredulidad. No pone en tela de juicio la cópula, sino el modo y ocasión en que se ha producido. Cabría deducir que la mujer y el animal ya se conocían y que ambos habían

practicado con anterioridad. En ese extremo, el marqués se muestra de acuerdo.

—Era evidente que la puesta en escena había sido cuidadosamente preparada. El crujido del portón, en sincronía con el quejido de la mujer, propició la aparición de dos descomunales negros desnudos que, sin consideración alguna, me transportaron en volandas por un pasadizo iluminado con antorchas que despedían más humo que luz, hasta una cóncava rotonda donde, rodeado de nichos y tumbas de cristianos, fui reiteradamente sodomizado. La vergüenza y humillación, y no el temor a represalias, ha sido la razón de que no me atreviera a confesaros mi desastrosa entrada en El Espejo de Edas, donde por cierto no vi espejo alguno que justificara el nombre dado a ese lugar ni confirmara vuestras teorías *especulativas*.

El sesgo alusivo a sus *reflexiones* no gusta a Pangloss y menos en presencia de su discípulo, que podría sin desdoro encamar a Cándido.

—Por lo que oigo y lamento, no os hallabais en condiciones de verificar mi hipótesis de realidad invertida.

—Puedo juraros que allí el único invertido era yo, a quien mantuvieron cara a tierra y nalgas en alto, según requería la estatura de esos dos energúmenos, cuyos cuerpos y atributos no eran, ¡vive el cielo!, imágenes reflejadas. Mi culo da fe de su solidez y envergadura y os aseguro que el experimento no estaba tampoco exento de dolor, como aventurabais en vuestro aserto.

Un asno y dos negros en una catacumba es, en verdad, pobre dotación para un legendario prostíbulo frecuentado por príncipes y cardenales, pero la convicción que el marqués pone en sus palabras hace pensar que cree a pies juntillas lo que cuenta. Y así es. La peripecia narrada ha suplantado a la vivida, hasta el punto de aventajarla en veracidad. El delirio se ha impuesto a los hechos.

—Una vez saciados sus sucios apetitos —continúa complaciente—, los dos negrazos me introdujeron de cabeza en un conducto viscoso, como vagina de mujer, por el que me deslicé hasta las aguas del Tíber. Mis despojos fueron arrastrados río abajo, pues simulé, durante un trecho, haberme ahogado, por si los esbirros de Bernis merodeaban por allí.

—Me admira y alegra que os hayáis restablecido tan prontamente de la salvaje violación y podáis permanecer sentado sin excesivas molestias.

—Cuestión de postura —aduce Sade.

—Cuestión de impostura, más bien —remeda el otro—. Ni sois el conde de Mazan ni habéis estado en El Espejo de Edas.

Tamaña afirmación conmueve los cimientos de la controversia. La guerra ha sido declarada. Giuseppe Iberti se siente responsable del desafortunado encuentro, pero no se arrepiente. La confrontación merece la pena, cualquiera que sea el resultado.

—El marqués de Sade viaja bajo falso nombre, pero dice la verdad —intercede—. Me consta por terceros que fue llevado a El Espejo de Edas, aunque me inclino a creer que no le permitieron pasar del vestíbulo.

El marqués sonríe y se pone en pie, avanza hacia Collini, se agacha y recoge el frasco vacío, lo empuña por el cuello y se lo lleva al ojo. Mira a través del vidrio, como si de una lupa se tratara. Se acerca, de esa guisa, al sabio y lo escudriña atentamente.

—¿Y vos? ¿Sois o no sois Pangloss? ¡Yo os veo como os vio Voltaire! ¡Una petulante sabandija a la que halaga su vacío reflejo! ¡Sois la estupidez de la estupidez!

Y, de pronto, estampa y rompe el frasco contra la pared.

—¿Y si os dijera que no caí en el Tíber, sino en la piscina de Tiberio? ¡A mi alrededor flotaban fetos y niños degollados, muchos de ellos auténticos monstruos, engendros de perro y mujer, de hombre y cabra, frutos del más aberrante bestialismo! ¿Qué diríais si el propio Papa se paseara echando hostias al agua, como quien da de comer a los peces, y una recua de obispos a cuatro patas le siguieran, lamiendo el de atrás los testículos del de delante, cabalgados por viejas despellejadas que azotaran sus lomos con teas encendidas, mientras doncellas patiabiertas eran violadas por hienas y orangutanes?

—¡Que vuestras alucinaciones son dignas de los más depravados emperadores romanos! ¡Eso pensaría!

—¿No diríais que éste es el mejor de los mundos posibles? —le pregunta Sade burlón.

—Después de conoceros diría que éste es el peor de los mundos imposibles.

—¿Cómo queréis, entonces, que os cuente lo que de verdad vi, que supera con creces todo lo dicho y lo que la mente más abyecta pueda concebir?

Y, sin más, gira sobre sus talones, y se va.

En la escalera, le espera Lucattini. Ha localizado, le dice, una réplica muy especial, del David de Miguel Ángel y es urgente que le acompañe antes de que se les anticipe otro comprador. Sade accede. Pero, por la acera, les aborda Goudar.

—¡Oh, no! ¡Vos! ¡Lo que faltaba! —exclama el marqués, intentando en vano rehuirle. Acelera el paso, seguido a zancadas por Goudar y arrastrando del brazo a Lucattini. Ambos le hablan al mismo tiempo, sin que él atienda a ninguno de los dos. En realidad navega todavía por la piscina de su fantasía, entre niños despanzurrados, vírgenes profanadas y sacerdotes sacrílegos, adentrándose, sin retomo, hasta las mismísimas amígdalas de las imaginarias catacumbas.

A pie de estribo, Donatio y Lucattini se desembarazan, al fin, de Ange Goudar, que ve resignado alejarse la calesa.

—¿Qué sabéis vos de El Espejo de Edas? —pregunta el marqués a su acompañante.

—Nada.

—¿Podríais llevarme allí?

—No.

—¿Puedo conocer la razón por la que os negáis tan desconsideradamente?

—Me permito recordar que el señor conde ya estuvo, y no quiso entrar.

—¿Cómo? ¿Estáis al corriente?

—El paje que os condujo es mi hijo.

—Ello no excusa la indiscreción.

—¡Tampoco vuestra violencia estaba justificada! —le reprocha amargamente Lucattini—. Le habéis roto el cuello y la cadera, y todavía no ha dejado la cama del hospital.

—¡Pero si sólo lo empuje! —se exculpa Sade.

—¡Y le hicisteis caer a un foso de tres metros de profundidad! —precisa, muy apenado, el padre de la víctima— ¡Por fortuna dormía el cocodrilo!

—¿Era ésa la trampa que me estaba destinada?

—Ni a vos ni a él, si le hubierais permitido realizar la contraseña, según lo previsto.

Sade lo lamenta y maldice, una vez más, a Ange Goudar, al que hace responsable del estropicio. Pero no, por ello, cesa en su empeño de desentrañar el secreto de El Espejo de Edas. ¿Se trata de una realidad reflejada? ¿Hay piscinas donde flotan niños muertos? ¿Es el último reducto de locura de los Césares de antaño?

Lucattini frunce la nariz antes de soltar un bufido gatuno. Empieza a estar cansado de tanta estulticia. Para él, El Espejo de Edas es sólo un vulgar prostíbulo de lujo, y nadie debiera olvidar las desmesuradas dosis de vulgaridad que el lujo encierra, bajo las más exquisitas apariencias y perfumadas formas. El sello de distinción que el misterio proporciona sólo

aumenta la sordidez, y la curiosidad tardía del veleidoso marqués es una muestra más de aristocrática tontuna.

El anticuario es una vieja bigotuda, vestida de rosa de la cofia a las pantuflas, que ha heredado el negocio de su difunto marido, haciéndolo prosperar gracias al desdén en el trato con la clientela. Pero, en esta ocasión, Lucattini y el marqués la encuentran en animada charla con un caballero que parece haberle disparado recónditos resortes de coquetería.

Con asombro y alegría, Donatio reconoce a Carteron. Ambos se abrazan, ante un enojado Lucattini que zarandea sin reparo a la anciana, al enterarse de que la estatua del *David* acaba de ser vendida.

—¡La he comprado yo! —intercede el peripuesto Dom Quirós—. Y ya está cargada en mi coche, a la espera de mi señor, para quien he hecho la adquisición, siguiendo instrucciones del caballero Goudar, que sin duda os ha puesto al corriente de la conveniencia de obrar sin pérdida de tiempo.

La estrafalaria decisión desconcierta al marqués que, no habiéndose dignado a oír a Goudar, ignora ahora de qué le habla Carteron, pero prefiere no preguntar en presencia ajena. Deja a Lucattini enzarzado en la trifulca con la viuda del anticuario y se va con su criado que le informa de cómo Ange Goudar lo ha traído a rastras de Venecia, advirtiéndole del peligro que su amo corre en Roma, y de la necesidad y urgencia del regreso a La Coste, ya que Renée-Pélagie ha solventado, al parecer, los impedimentos legales y prepara una sorpresa que será muy del agrado de su marido. Precipitadamente, el marqués conjetura que la sorpresa se llama Anne de Launay. Por ella manda al demonio el pacto con Bernis y la audiencia de Pío VI y las indagaciones sobre El Espejo de Edas, que ahora se le antoja un enigma baladí comparado con el coño de su cuñada deambulando de nuevo sobre las tablas del escenario de La Coste. Un espejismo más mágico y sugestivo que el insípido juego de reflejos del sabio Collini. Una ilusión, por supuesto, por la que sí está dispuesto a arrostrar las consecuencias.

Precisamente ése es el cebo de Goudar en el anzuelo de Marais.

LOS MUROS de La Coste se alzan húmedos y melancólicos. El pavimento del patio reluce bajo la llovizna. Renée hace su aparición, seguida de una cohorte de jovencitas, casi niñas, y un chico espigado, rigurosamente de negro. Los hace formar en hilera y pasa revista. Últimos detalles. Sacude un vestido, deshace un moño, retira un pañuelo, incluso ensaya alguna graciosa reverencia. De pronto, rebuzna un asno. Retumba un trueno. Se dispersan en desbandada las gallinas. Sus cacareos se mezclan con los graznidos de una manada de gansos que cruzan presurosos el recinto, en el momento en que irrumpe, embarrado y ruidoso, un carruaje cargado de bultos hasta los topes. El deseo de Renée se cumple. Sade regresa a casa.

Desciende el primero. Tras él, Carteron que, con simiesca destreza, se encarama a la baca para ayudar al cochero a desatar el equipaje: baúles, cuadros, muebles y una escultura.

Sade queda estupefacto ante el inesperado comité de recibimiento, pero su mirada busca a alguien más. Renée se echa en sus brazos. El marqués corresponde efusivamente. No hay asomo de reproche ni resentimiento por parte de la esposa. Tampoco atisbo de culpa por parte del marido. Sólo manifiesto desasosiego al cerciorarse de la ausencia de Anne de Launay. Pregunta por ella. Un frío silencio es la respuesta. Gothon Duffé aparece oportunamente con una niña en brazos.

—¡Esta es Madeleine-Laure, Donatio! —proclama Renée, con forzado entusiasmo.

—¿Madeleine-Laure? —pregunta el marqués, escudriñando el gurrño de ropa que la suiza le ofrece.

—¡Tu hija!

Haciendo de tripas corazón, el marqués la coge, la besa y la devuelve en un pispas. Cumplido el enojoso compromiso, pregunta, de nuevo, por su cuñada. Renée, como si no lo oyera, le dice que los niños están con su abuela en Échauffour, cosa de la que se congratula, pues serían un estorbo para sus proyectos teatrales. Confía, sin embargo, en que su intuición no le ha

engañado y que la canonesa lo espera en el salón. La esposa desbarata toda esperanza. Anne de Launay no ha venido.

—¿Por qué? ¿Está enfadada?

Renée se limita a darle la espalda y acercarse a las jovencitas que aguardan ateridas y mojadas.

—Se quedarán con nosotros —anuncia. ¿Es ésa la sorpresa? Tras tragarse el desencanto, Donatio trata de mitigar la ira. Sopesa la triste contrapartida. Sus ojos se fijan en el muchacho enlutado. Adecuada indumentaria para asistir al entierro de sus expectativas.

—Se llama Roland —presenta Renée— Será tu secretario.

Roland se cuadra. Sade aprecia su mirada, algo adusta para su edad, cualidad que, unida a cierta candidez, destila inteligencia. Con un desvaído gesto aprobatorio, el marqués, a regañadientes, comienza a recorrer la fila. Una ráfaga le precede, propiciando el tremolar de telas y pelos en las chiquillas.

—¿Cómo te llamas?

—Du Plan, señor —responde la interpelada, y hace una reverencia. La falda alzada muestra las piernas flacas y recias. Poco pan y mucha danza.

—Es bailarina en la Comedia de Marsella —interviene Renée—. Podría ser ama de llaves o camarera...

Los cometidos le traen sin cuidado, pero la rusticidad de la chica gusta al marqués. La siguiente es Marie, traída de Lyon. Tiene vello en las axilas y exhala olor a sudor. Ambas peculiaridades complacen a Sade, así como los mocos secos de Adelaide o la dentadura prominente de Rosette, apodada «la Ratón de Montpellier».

Bajo los auspicios de Carteron, dos mozos transportan la escultura de mármol, envuelta en un lienzo. El suelo resbaladizo inquieta al marqués, que respira aliviado cuando ve entrar a los tres hombres en el castillo. Sólo entonces reanuda la inspección.

—¿Alguna de vosotras sabe cocinar? —pregunta de improviso. Marie se ofrece, dando un paso al frente. Renée le propina un pescozón y propone a otra. Se llama Cavanis y es extranjera. Pero Sade no le presta atención. Se dirige a una trigueña sonrosada que lo mira con obtusa desfachatez.

—¿Y tú? —la interroga, pasándole dos dedos por el cabello húmedo y apelmazado.

—Yo no sé cocinar —dice ella atorada.

—Se llama Nanon —informa Renée.

—¡Retorcerás el pescuezo a las gallinas! —decreta Sade—. ¡Desplumarás pollos y despellejarás conejos! ¡Y, si no sabes, te enseñaré!

—*Síesosisé* —silabea la joven como si soplara.

—¿Y qué más sabes?

—Ordeñar.

—Pues eso también te servirá.

La última de la fila es muy tímida y bonita.

—El padre Durand nos la ha recomendado especialmente —dice Renée, cogiéndola de la mano. Se llama Catherine Trillet, Sade parece muy interesado.

—¿Qué hacías antes, Catherine?

—Nada, señor marqués —musita, poniéndose colorada.

—¿Nada? ¡No es posible! Te levantarías por las mañanas y te acostarías por las noches. Comerías, beberías y harías tus necesidades, supongo, ¿o no?

—Vivía con... mi padre...

—¿Y qué hacía tu padre?

—Es tapicero.

—El señor Trillet ha concedido su permiso —tercia Renée. Y Sade no suelta presa.

—¿Cuánto cobras?

—Cincuenta luises.

—Si te portas bien, te daré más.

Ella asiente titubeante. La lluvia arrecia. A una señal de Renée, todos corren a refugiarse en el castillo. Todos, menos el marqués que opta por las caballerizas.

Acaricia los belfos, palmea los cuellos, peina las crines con los dedos, inspecciona los dientes de un potro, le rasca el flanco, tantea la grupa, llama a una yegua por su nombre, le habla con insólita ternura. Se siente en casa. Aspira con delectación el olor a alfalfa y el *tibio* hedor de la paja mezclada con estiércol. Y, de repente, deja *brotar la* cólera contenida. Recoge del suelo una cincha rota y descarga la ira contenida contra las tablas del pesebre. En las costillas de la *De Launay*, por la humillación infligida. ¡Ni una nota de bienvenida! ¿Qué ha hecho él para ser tratado así? Su único error fue amarla. Despreciarla será ahora su castigo. La odiará toda la vida. A ella y a sus semejantes. Los improperios le enardecen. Al fin la ve sin máscara. La maldice una y mil veces. Sabe que Mme. de Montreuil es la instigadora de su desgracia. Pero sabe también que es él, y sólo él, quien ha cometido, una vez más, la imperdonable torpeza de enamorarse. Se avergüenza de su debilidad,

se arrepiente de sus declaraciones inflamadas, de sus idílicas ridiculeces, de las miradas sublimes que sólo encubren la más infame de las mentiras, ¡el amor eterno! Una aberración de la naturaleza en la que, por desliz, ha caído. Le remuerde la vulgaridad y no soporta el remordimiento. Los cuerpos son sólo carne con agujeros. Bajo el señuelo del placer, han sido creados para procrear. Sólo el dolor encubre el engaño y dilata el tiempo que el placer acelera. Y ese instante de eternidad es hijo de la lujuria, no del amor. Todo lo demás, las palabras, las leyes, los afectos domésticos y la pasión cortesana son teatro sin sentido fuera de un escenario. Su furia crece tanto como su impotencia. Los caballos encajonados relinchan y cocean. El agua entra al sesgo por el batiente desvencijado y encharca el piso de tierra. Las botas patean el barro. Sade se agita, golpea y resopla, sudoroso y congestionado. La cincha se le enreda en una viga y le disloca la muñeca, escapando de su mano para quedar colgada ante su cara, la muerde y arranca con rabia, al tiempo en que agarra un rastrillo e introduce el mango en la vulva de la yegua. En ese momento, aparece, empapada y jadeante, Gothón. Anuncia a su señor que una comisión de campesinos ha venido del pueblo para ofrecerle cabras y hortalizas.

—¡Diles que vuelvan mañana!

Ella planta cara. Están cansados. El camino ha sido largo y cuesta arriba, le recuerda. A su parecer, debiera recibirlos. Son seis hombres y tres mujeres, y esperan en el patio, aguantando el chaparrón.

—¡Que dejen los regalos y se vayan! ¡Así irán ligeros y cuesta abajo! — responde Sade, y antes de que la mujer pueda cumplir su cometido, es derribada y revolcada sobre los excrementos y la paja mojada. El amo arrebató las primicias que, tras la larga ausencia, correspondían al criado, y satisface sus feroces apetitos con tal ansia y premura que el resentimiento y amargura por la ausencia de Anne de Launay prevalece sobre el placer del orgasmo y el olor a heces sobre el calor de la carne, en una confusa amalgama de sensaciones que estremecen al marqués, sin apaciguar por ello su dolor. El rencor le carcome, es a la vez zarpa y araño, la ropa impregnada de maloliente lodo se adhiere a los recovecos del cuerpo como una caricia estática y total, la sirvienta suiza, que soporta sumisa su peso, se ha convertido en un viscoso bulto sobre el que reposa entumecido. Sobreviene un silencio, aderezado por el incesante aguacero y el piafar de los caballos al estruendo del trueno que retumba con sordina en los oídos taponados por el cieno. Los campesinos, fuera, aguardan en el fango, con sus cabras y verduras, abatidas por el agua las alas de sus sombreros. Su inmovilidad en

pleno fragor de la tormenta resulta inquietante a ojos de Renée-Pélagie que, desde los postigos, los contempla, sin atreverse a salir a su encuentro ni hacerles entrar bajo techo. No siente piedad sino estupor, y temor a las maledicencias que el chico y chicas reclutados pudieran suscitar, pero sobre todo permanece aturrida por pensamientos danzantes como maléficos trasgos que tararean burlonas cancioncillas alusivas al desaire sufrido. Donatio no ha regresado de Roma por ella.

Lo ve salir, de repente, de las caballerizas, embadurnado, dejando un sucio rastro que la lluvia dispersa, sin reparar siquiera en los campesinos que se apartan respetuosos para dejarle paso, estrujando los sombreros chorreantes en serviles reverencias. Oye sus pisadas como aldabonazos y aparece ante ella con los rasgos deslavazados por la ira.

—¡Me habéis traicionado! —le increpa, antes de ir a encerrarse en el dormitorio. Ella le sigue y llama con los nudillos a la puerta.

—¡Abre, Donatio! —le suplica. En vano. Entonces, a su vez furiosa, aporrea con los pies y los puños, hasta hacerse daño. Le recuerda a gritos todo lo que ha hecho por él, le reprocha su ingratitud, le exige que se comporte según los buenos propósitos que por carta había expresado, le jura y perjura que ella jamás ha prometido que su hermana estuviera en La Coste, cosa esta imposible en las actuales circunstancias y que, desde luego, no depende de su voluntad, le amenaza con irse a Echauffour y dejarlo solo, después de devolver a la nueva servidumbre contratada a sus lugares de origen. Este último argumento hace mella en la obstinación del marqués, que no parece dispuesto a renunciar al festín anunciado, plausible consuelo a su frustración.

—¡Está bien! —concede, al otro lado de la puerta—. ¡Que venga Nanon! Y, luego, las otras. Una a una. Quiero verlas a todas, y el último el muchacho. Confío en que tu elección haya sido acertada.

—¡Primero me verás a mí! —le impone Renée con determinación. Y la puerta se abre.

Los dos se contemplan. Y algo extraño sucede. Donatio cree reconocer en los ojos de su esposa la misma mirada perdida de la mujer que había entrevisto, a través de la niebla, en las calles de Roma. No era Sarah, ni Laura, ni Anne de Launay, sino Renée. Roma, en la bruma, es ahora Renée. La abraza con fuerza y ella se somete feliz al pestilente olor que despiden su marido.

—Sabes que te quiero —le susurra él al oído. Y la puerta se cierra tras los dos.

Pero, al día siguiente, el ensalmo ha pasado.

El sótano, apenas alumbrado con escasas velas, es húmedo y profundo. En las paredes, ornamentalmente dispuestos, penden látigos y nudosas varas, cuerdas y cadenas, hierros y objetos punzantes.

En el centro, una fuente de jardín: un estanque circular alrededor del *David* de Miguel Angel con la lengua fuera y el pene en erección. La estatua es negra. La lengua y el glande han sido pintados de vivo color rojo. Bajo el agua, algunos huesos y una calavera. Un monje encapuchado saca un fémur chorreante y lo enarbola. Roland, el joven secretario, está atado por un pie a una viga, con los pantalones bajados y el culo al aire. En un rincón, Marie y Cavanis ocultan acurrucadas sus rostros. En sus espaldas desnudas pueden apreciarse las sanguinolentas secuelas de los latigazos. Rosette imparte ungüento en las heridas. Adelaide, la de los mocos secos, consuela a Catherine Trillet que llora, mientras espera, sentada en una banqueta, su turno de tortura. Con los ojos anegados en las lágrimas, ve cómo Sade fornicar con Nanon. La Du Plan languidece echada de espaldas sobre un artefacto de madera que aprisiona sus brazos con sendas argollas. Cabeza abajo, la cabellera en cascada llega hasta el suelo. Desde su visión invertida, observa los desordenados aspavientos del marqués, cuya descarga provoca la sincrónica eyaculación del *David* negro, oportunamente manipulado por Carteron.

Los muros filtran rumores que ruedan por el aire como residuos de trueno y repercuten en el eco redoblado por parientes de las prisioneras de La Coste. Se dice que alguna de las chiquillas maltratadas ha sido conducida en secreto a Saumane para recuperarse de las lesiones y que el propio Abad, horrorizado, se ha ido de la lengua. Se habla del embarazo de una tal Nanon, que ha tenido una hija de Sade en un convento y que la recién nacida, separada de la madre, ha muerto de inanición. Se sospecha de la participación de la marquesa en las orgías como víctima propiciatoria del furor y locura del marido.

El marqués alza los faldones del hábito al monje que, impelido contra la abrupta pared del sótano, es violentamente penetrado. La capucha cae hacia atrás. Es Renée.

Alertada por Marais de que el marqués ha hecho cómplice de sus horrores a su propia esposa y de que el procurador de Lyon ha abierto un procedimiento criminal, Mme de Montreuil toma la decisión de presentarse en La Coste, para sacar personalmente conclusiones antes de que el inspector se vea constreñido a actuar.

TRES tapices tapan el armazón del escenario al fondo del salón. El primero representa a Roland u Orlando malherido tocando el cuerno en Roncesvalles, tras ser derrotado por los sarracenos. El segundo ilustra el *Orlando enamorado* de Boiardo, arrodillado, con la espada rota, a los pies de Angélica. El tercero corresponde al *Orlando furioso* de Ariosto, enloquecido ante la visión de la amada en brazos del moro Medoro. Estas estampas consecutivas del héroe fracasado y humillado ocultan oportunamente el andamiaje teatral de La Coste, para evitar a la invitada cualquier reminiscencia enojosa que pueda provocarle irritación. Renée así lo ha dispuesto. No olvida que su madre ha despotricado contra los espectáculos que allí han tenido lugar y a los que culpa, no sin razón, de haber servido al marqués de pretexto para seducir y corromper a Anne de Launay. El burdo recurso no impide que la Presidenta se sienta ofuscada y ofendida al hallarse, de nuevo, en ese lugar de perversión. Como púdica medida, han situado su silla de espaldas al tinglado, que no ha podido ser desmontado para la ocasión.

La cena transcurre en silencio, salvo algunas nimias observaciones sobre el estado de los olivos y el nimbo de la luna. La actitud hierática de Mme. de Montreuil no es un buen presagio.

Apenas prueba bocado y la quietud de sus manos sobre el mantel, con los dedos entrelazados en señal de paciente espera, acrecienta el desasosiego. El Abad, que ha accedido a acompañarla, parece haber perdido, a su vez, la locuacidad y el apetito. Sentado junto a Renée, observa de reojo a la Du Plan que, muy atildada y modosa, sirve, tras los postres, el chartreuse. El licor, verdusco en la botella, se toma dorado en la copa. La criada, con la mirada baja y estudiados ademanes, se retira. En cada uno de sus gestos y acciones se adivina la impronta del marqués y ello no ayuda a disipar las sospechas de un muy peculiar adiestramiento. Sade apura la bebida de un sorbo y mira, sin más ambages, a su suegra.

—Agradezco, querida señora, vuestra visita que nos honra enormemente. Así tendréis ocasión de comprobar vos misma hasta qué punto las habladurías

son infundadas. Vuestra hija y yo llevamos una vida monástica en La Coste. Cenamos a las tres de la tarde, hora en que se apagan las velas del castillo, y nos recogemos en nuestras habitaciones.

Renée no puede por menos que apresurarse a corroborar sus palabras y, llevada por un vehemente impulso, eleva el tono de voz, delatando la tensión acumulada.

—¡Todas las cosas espantosas que han dicho de mí y de Donado son malévolas invenciones!

El Abad, que se siente aludido, trata imprudentemente de justificarse.

—Podéis estar segura de que ninguna indiscreción ha salido de Saumane.

—¡Por supuesto y eso espero! —exclama Renée—. ¡Vos seríais el menos indicado! Os recuerdo cuando, el año pasado, corrían por la Provenza rumores de una muchacha, arrebatada a sus padres, que vos ocultabais en vuestro castillo y a cuya búsqueda os resististeis pistola en mano... ¡Yo fui la primera en oponerme a tan odiosas calumnias!

Ante la reticente impasibilidad de Mme. de Montreuil, el Abad farfulla una ininteligible protesta que la marquesa interrumpe.

—Ahora os toca a vos hacer lo mismo con esa chica que os hemos confiado, por razones muy diferentes a las que podáis suponer —le insta—. Debéis desmentir las mil atrocidades que cuenta a los cuatro vientos y mantenerla, a cualquier precio, en vuestra casa, donde sin duda será más feliz...

—Feliz no lo parece —dice el Abad—, pero tendrá alojamiento, aunque ello suponga compartir riesgos con mi sobrino, en un asunto que puede írsenos de las manos...

—No se nos irá de las manos, si no se os va de la lengua —replica Renée, y su marido celebra la réplica con una proclama mordaz.

—Si apalean un gato en Francia, ¡ha sido el marqués de Sade!

La ocurrencia rompe el mutismo de Mme. de Montreuil, que no ha venido hasta allí para asistir a una comedia.

—No debéis tomaros tan a la ligera unas acusaciones que, esta vez, también afectan gravemente a vuestra esposa —le reconviene. Pero es Renée la que responde.

—Me reprochan haber contratado criadas, ¿no es eso normal? Si alguna ha querido irse, ha sido por la tristeza del lugar, ¡prefería cuidar rebaños!, y hemos respetado su voluntad. Tengo en mi poder los certificados médicos que prueban su buen estado de salud. ¿Cómo podíamos imaginar que esas desgraciadas iban a acusarnos de malos tratos y de... cosas peores?

Exaltada por su discurso, agita una campanilla. Reaparece con presteza la Du Plan.

—¡Que vengan Rosette, Catherine y Roland!

—Catherine está enferma, en la cama, tiene fiebre —dice la joven.

—Mañana traeremos al médico. Es una buena chica, algo melancólica, la humedad del castillo no le conviene... Nos la recomendó el padre Durand, ¡pero no sabe hacer nada!

La madre escucha a la hija con manifiesto escepticismo.

—¡Haz venir a Rosette y Roland! —ordena Renée.

—No es necesario —interviene cortante la Presidenta. La ocasional camarera titubea y dirige perpleja los ojos hacia su ama.

—Está bien, déjalo. Pero dínos si estás contenta con nosotros.

—Sí, señora. Estoy contenta.

—¿En algún momento te hemos retenido contra tu voluntad?

—No, señora, nunca.

—Gracias, eso es todo.

La Du Plan esboza una reverencia y se va. El Abad le sigue con la mirada.

—Tiene unos movimientos muy armoniosos —observa.

—Ha sido bailarina —informa Sade—, pero prefiere quedarse aquí a seguir bailando por ahí.

La Montreuil no soporta por más tiempo el paripé.

—También hablan de un horrible sótano —insinúa, y Sade se pone bruscamente en pie.

—¡Ruego a Mme. de Montreuil que me acompañe! Será un placer para mí utilizar mis instrumentos de tortura con mi propia suegra.

—Preferiría mil veces ser torturada por vuestras manos a soportar por más tiempo el sufrimiento que me causa vuestra reputación.

Y, contra toda previsión, se levanta decidida a seguir al marqués. El Abad, irresoluto, mira a Renée, sin saber si debe escoltar a la Presidenta o quedarse en el salón a la espera de las consecuencias que, a juzgar por el preocupado semblante, se le antojan nefastas. Renée lo retiene por la manga, impidiéndole abandonar su asiento.

—Confiad en Dios —le dice.

—Más confío en que Carteron haya tomado las precauciones debidas —murmura el eclesiástico, llevándose la copa de chartreuse a los labios.

El *David* negro, en el centro del estanque circular, ha sido convenientemente vestido con un ridículo atuendo de aldeana provenzal. Una máscara veneciana le cubre el rostro. La máscara es más grande que la

cabeza, lo que confiere un inquietante carácter esperpéntico a la figura. Por lo demás, no quedan vestigios de orgía. Huesos, látigos, cuerdas, cadenas y grilletes han desaparecido. El potro de tortura, arrinconado entre aperos de labranza y atrezzo teatral, se ha transformado en un Clavileño con peto de estopa, cola de felpa y, en lugar de crines, cresta de cartón.

Chirrían los goznes. La puerta del sótano se abre. Sade invita a entrar a la Montreuil que, a su vez, le cede precavida el paso. No las tiene todas consigo la dama, que escudriña la penumbra y descubre con asombro cómo el potro, al fondo, está cabalgado por un niño.

—¿Qué haces ahí, Roland? —inquire el marqués. El niño desmonta con aplomo, como si el lance hubiera sido ensayado, y se acerca peinado y relamido, con andares de autómatas de caja de música al que se le acaba la cuerda al inclinarse versallesco ante la Presidenta que, tomándole por la barbilla, le alza la cara y lo contempla—. Es mi secretario. Jugaba —explica Sade.

—¿A oscuras? —pregunta Mme. de Montreuil, y cree atisbar en las pupilas del silencioso muchacho una llamada de auxilio.

—La oscuridad es la aliada de la imaginación —dictamina Sade.

—¿Eres mudo? —interroga ella al chico.

—Es discreto —se anticipa Sade—, y ha sido cogido en falta. Sabe muy bien que le está prohibido entrar aquí, ¡dame la llave!

Roland se la entrega y sale, sin perder la compostura, pero con las piernas rígidas y el torso encogido, cosa esta que despierta las suspicacias de la Presidenta.

—¿No anda cómo combado?

—Será de tanto montar —sugiere Sade.

—¡O de tanto ser montado!

—¡Oh, sí! ¡Soy un libertino! —prorrumpe, espoleado, el marqués—, Pero muchas familias viven de mí, ¿por qué no se dice eso también? ¡Soy un libertino!, pero vos no lo ignorabais cuando casasteis a vuestra hija para obtener el título de cuna que ansiabais para ella, ¿no es así?

La mirada encolerizada de la suegra lo excita aún más y lo impulsa a ensañarse, sin dejar resquicio a réplica alguna.

—¡Soy un libertino!, pero nunca he comprometido la salud de Renée... ¡ni la de Anne de Launay!, ya que es eso lo que de verdad os preocupa —desbarra enardecido—. ¿O creíais que no lo sabía? ¡Podéis estar tranquila, señora! Soy un libertino, pero no me interpondré en vuestros miserables

proyectos, ¡no temáis! ¡Adelante! ¡Entregadla al vizconde de Beaumont! Nada haré ni diré para impedirlo, ¿qué más queréis de mí?

—¡Basta, Donatio! ¡Te conozco! ¡Corrompes y destruyes lo que te rodea por puro vicio y divertimento! Has abusado de mí y de mis hijas, ¡pero no me menosprecies! Si he permitido que volvieras a La Coste, no ha sido por debilidad, ni siquiera por los ruegos de Renée... ¡Ya sabía que traicionarías tus promesas y sus esperanzas! Acabarás en la cárcel por tus actos y, esta vez, no tendré piedad.

Inopinadamente, la Presidenta se precipita sobre la estatua del *David*, *enmascarado* y le alza las faldas, descubriendo el turgente falo.

—¿Fue esto lo que arrebató la virginidad a Catherine Trillet?

—La virginidad de esa criatura estaba incluida en el precio. ¿Ha venido Mme. de Montreuil a defender la virginidad de una criada?

Ella lo aparta de un empujón y sale. El marqués se acerca pausado a la estatua y le arranca la máscara, que deja caer al agua. Los peces de colores se agitan. El *David* negro saca la lengua en dirección a la puerta, a modo de procaz despedida.

En la berlina, zarandeados por el abrupto camino, el Abad y la Montreuil dejan atrás La Coste. La luz del atardecer se filtra por las cortinillas impartiendo reflejos rojizos en los rostros impertérritos. El Abad retiene la respiración. Su compañera de viaje tiene pólvora en el cerebro y fuego en el corazón. Bastaría una palabra, una tos, un estornudo, para hacerla estallar.

Las voces del cochero se dejan oír desgajadas por los crujidos del carruaje, cuyo armazón parece a punto de desvencijarse. De repente, con horrísono chirrido, acompañado de gritos y relinchos, el coche se detiene. Mme de Montreuil se asoma a la ventanilla y se topa con un ceñudo inspector Marais.

—Os ruego, señora, que tengáis la amabilidad de bajar —indica severo y cortés. Abre la portezuela y tiende la mano que la dama ignora, valiéndose sola para poner pie a tierra. El Abad saca la cara y descubre inquieto una nutrida comitiva de guardias a caballo y un coche celular.

—¿Vais a detenerme? —pregunta la Presidenta al policía, que desoye la chanza y le habla en un aparte.

—El padre de Catherine Trillet ha interpuesto una denuncia para que le devuelvan a su hija.

Alude a un hombre de rústico aspecto y bronca expresión, que aguarda impaciente a prudente distancia.

—Nada le impide ir a buscarla —dice la Montreuil.

—Ya lo hizo, y se negaron a entregársela.

—¿Acaso me estáis pidiendo que interceda? ¿No os bastan las huestes que os acompañan?

—Vamos por el marqués y vos venís de verle. Me complacería conocer, confidencialmente, cuál es vuestra impresión tras la visita al castillo...

—Ninguna que justifique un vandálico asalto. Os lo pido por mi hija y en nombre de nuestra amistad.

—No puedo ofreceros garantías. Eso dependerá del grado de resistencia que tengamos que vencer...

En ese momento, inesperadamente, se abre el cofre trasero de la berlina y sale, con un hatillo en la mano, la Du Plan. Ante el estupor general, se dirige, presa de frenesí, a Mme. de Montreuil. Cae de rodillas.

—¡Llevadme con vos, señora!

La Montreuil retrocede desconcertada. Marais se interpone.

—¡Vendrás conmigo! ¿Estás dispuesta a contarlo todo?

La joven asiente llorosa, al tiempo en que se abre el vestido y muestra las heridas de sus pechos, soltando el hatillo que se abre, al caer, esparciendo por el suelo... ¡huesos humanos!

—¿De dónde has sacado eso? —interroga perentorio Marais.

—Los escondieron en el jardín.

—¡Será suficiente! —exclama exultante el inspector, y se vuelve fulgurante hacia Mme. de Montreuil.

—¡Vuestro yerno es un asesino!

Al oír la palabra asesino y ver los huesos, papá Trillet se saca una pistola de no se sabe dónde y emprende una enloquecida carrera, sin que nadie pueda impedirselo, en dirección al castillo. Dada la distancia a recorrer, no habría resultado difícil darle alcance de no mediar una fatal circunstancia.

El marqués de Sade, a la caza de la Du Plan, aparece al galope en el recodo del camino. Trillet dispara sobre el marqués. El caballo, encabritado, se alza de patas y Sade cae al suelo. Trillet se apresta a disparar de nuevo, pero los guardias lo derriban y la bala se pierde entre las ramas.

Cuando Sade, aturdido, trata de rehacerse, siente en su sien el cañón de Marais que le agarra por el cogote, manteniéndole, con inusitada energía, de rodillas.

—¡Ya te tengo, marqués! ¡Pagarás tus crímenes! ¡Haré que te arrepientas de haber nacido!

Temiendo que el inspector, fuera de sí, mate allí mismo al prisionero, los gendarmes intervienen, de nuevo, con presteza. Se arrojan sobre Sade

arrodillado y ruedan con él, arrebatándolo de manos de Marais y maniatándolo sin contemplaciones, antes de dejarle ponerse en pie.

—¡Por fin sabrás, hombrecito, quién es Louis Marais! —clama el policía.

El marqués, maltrecho y atrapado, recompone patético la figura.

—¡Por fin sabréis, hombrecitos, quien es Sade! —espeta despectivo.

EN EL *donjon* de Vincennes, tras muros de seis pies de espesor y encerrado en la celda número 6, el marqués se encuentra a solas consigo. Como un espejo ante otro espejo que refleja el vacío y redobla la soledad, poblada de silenciosos fantasmas y ruidosos pensamientos.

Se llama a sí mismo *Señor Seis* y las cifras comienzan a ser su obsesiva referencia. Señales cuyo sentido, sea el que sea, es ante todo antídoto para no volverse loco.

*Estoy en una torre encerrado bajo diecinueve puertas de hierro, escribe a Renée. Recibo el día por dos ventanucos con una veintena de barrotes cada uno. En sesenta y cinco días sólo me han permitido cinco horas de paseo por una especie de cementerio de cuarenta pies cuadrados, rodeado de muros de cincuenta.*

El diecinueve, el dos, el veinte, el uno, el sesenta y cinco, el cinco, el cuarenta, el cincuenta, se salen de contexto, liberados de las medidas que connotan y del maridaje con las palabras, para erigirse en puertas, ventanas, barrotes, muros, recovecos y reductos de la nueva realidad revelada.

El tiempo se fuga de la esfera del reloj y dispersa a la deriva las horas. Cesa todo tictac. Pero la misma gota cae en el mismo sitio.

Cuando los cancerberos propician el paseo y la cita coincide con el sol cenital que vence en altura la sombra del muro, Sade alza el rostro hacia el astro, con la avidez suicida del pez que saca la cabeza de su sucia pecera y, sediento de luz, mantiene los ojos fijos en el resplandor. Las pupilas, habituadas a la penumbra, reciben los rayos como cuchilladas. El contraste con la fría humedad de la celda provoca la irritación de los lagrimales. Pican y escuecen. El marqués se rasca y restriega. Los párpados enrojecen y la visión se vuelve acuosa. Leer y escribir, al haz del ventanuco o a la llama de la vela, se convierte en un tormento. Reclama desquiciado ayuda médica. Se topa con las ordenanzas.

Para evitar tareas superfluas a los empleados del *donjon*, el reglamento prohíbe las recetas, y el oculista enviado por Renée se limita a proporcionarle

polvos de iris, que el marqués califica de *polvos milagrosos de perlimpinpín*. El polvo a los ojos no le impide ver la triste evidencia ni mitiga la inflamación. Tiene miedo a quedarse ciego y advierte que, en caso de ser operado, su enfermero no sea un maloliente soldado sino una mujer. La intervención no se produce y el mal se hace crónico, como las hemorroides que padece. Grita al sentarse y grita al levantarse. Reclama a Renée su cojín con agujero y a sus carceleros manteca con cacao. Se queja y enfurece, maldice y gimotea. Todos tienen la culpa de sus males. Y, sobre todos, Mme de Montreuil. Sospecha del influjo que la Presidenta ejerce sobre su hija cuando ésta redacta las cartas que le envía. Saca delirantes conclusiones del número de líneas, de las veces que repite una palabra, de las consonancias que sugieren una cifra.

*Tu madre debe estar borracha o loca de atar al formar un 19 y 4 o 16 y 9 con peligro de tus días, escribe. ¡Qué indigestión de cifras debe de tener esta horrible mujer! Si muere y la abren, saldrían millones de cifras de sus entrañas.*

Mme de Montreuil es también la instigadora de las señales que provienen de los guardianes. Un 28 de marzo le piden prestadas seis bujías, el 6 de abril otras 6, pero él sólo les presta 4. Y, 9 meses después, le devuelven 25, en vez de las 10 que les había prestado, lo que parece indicar 9 meses más de prisión, hasta un total de 25.

A pesar del galimatías, Sade preserva, a su manera, la cordura. Trata de extraer la lógica del desbarajuste en el que injustamente, según él, le han sumergido, y descubrir el código secreto de la conjura piramidal, cuyo vértice es, sin lugar a dudas, Mme de Montreuil. Se rebela contra el entramado creado para tergiversar los hechos con *farsas nefastas*. Pretende protegerse urdiendo un mecanismo en el que los números desentrañen el engaño de las palabras y la trampa del lenguaje al servicio de la *traidora conjura*. Eso es, aparentemente, su desesperado propósito. Rebatir con la interpretación criptográfica los pérfidos designios de su suegra. Los cálculos, deducciones y funestos presagios no son sólo producto de su imaginación enclaustrada, sino también y sobre todo argucia que le permite recuperar cierta iniciativa ante el destino que le han endilgado. Un truco de actor que intenta contrarrestar la perspectiva del público con su punto de vista desde el escenario, dando al traste con las intenciones del autor.

Nada más irrisorio que una tragedia de Racine parafraseada por Moliere. Pero nada más radical que reducir a signos el significado, revirtiendo el sentido. Buffon puede ejercer impunemente sus afanes clasificatorios sobre

plantas y animales, la naturaleza admite con soberana indiferencia cualquier intento de ordenar su irreductible multiplicidad. La Bruyère sólo puede establecer normas generales sobre el comportamiento humano si no excede el redil donde pululan sus fatuos pánfilos. Pero nadie conoce a Sade, ¿cómo osar juzgarlo?

No está del todo loco, pero sí enfermo. La jaula torácica de sus doce costillas sacude el esternón con una tos pertinaz que no le deja dormir. Su cuerpo se ha convertido en una prisión de carne y hueso tan angosta y miserable como la torre de ratas donde lo han recluso. La carencia de ejercicio y la ausencia de higiene degradan su salud. Los movimientos se toman cada vez más penosos y los pensamientos, incessantes y acelerados, acucian al corcel de la mente y agujerean el espíritu.

*¿Cuándo me sacarán de esta tumba en la que me han enterrado vivo?*, inquiere a su esposa. La aterradora pregunta taladra la piedra para recobrar un eco desgarrador en Échauffour.

El ramaje de la encina, cuyas hojas perennes coronaran las sienas de los dioses y la cocorota de Carteron, ahora sólo da sombra a sus raíces.

—Haced que me devuelvan a mi marido, mamá, y os deberé dos veces mi existencia —suplica Renée. Mme de Montreuil se acerca al árbol y pasa los dedos por la rugosa corteza del tronco.

—Dices que está arrepentido. ¿Quién nos creará? Sólo podemos juzgar su futuro por su pasado, y eso hace inútil hablar de su libertad. Hizo lo que hizo. Si lo hizo a sangre fría, merece que le impidan volver a hacerlo. Si obró por impulsos que no es capaz de dominar, habrá que esperar a que los años calmen sus deseos.

—Sufre.

—¡Mejor! Así se corregirá...

—Y si ocurre *algo* irreparable, ¿quién tendrá la culpa?

—Ni tú ni yo.

—Donatio es un niño mimado y necesita protección, no castigo. Eso creías antes, ¿qué te ha hecho cambiar? Los huesos que encontraron en La Coste formaban parte del decorado, Gothon los trajo del cementerio... Nadie ha muerto, lo sabéis tan bien como yo, la hija de Nanon no era de mi marido, pero... ¡aunque lo fuera! ¿Es ésa una razón para encerrarlo de por vida? Le dicen que nunca saldrá de Vincennes y él se desespera... ¡Por Dios, mamá, haz algo!

La Presidenta la rehúye y echa a andar hacia la casa.

—Si estuviera en mi mano devolverle la libertad, no lo haría —dictamina.

*Abominable, indigna, vómito del infierno*, son algunos de los epítetos que, olvidando veleidades numerológicas, Sade ha dedicado a su suegra y que ahora encuentran caja de resonancia en el resentimiento que Renée alberga hacia su madre, mientras la persigue acalorada.

—¿No lo harías por mí? ¿Por qué? ¿Por Anne? ¿Por los Beaumont? ¿Todavía no están satisfechos? —la acosa, apresurando el paso—. ¿Qué más queréis? ¡Habéis destrozado nuestra vida! ¿De verdad deseáis verle morir en prisión?

Al pie de la escalinata, Mme de Montreuil se detiene y afronta a su hija.

—Los niños, a veces, se exceden en sus juegos. Bastan unos azotes para hacerles entrar en razón... Pero si crecieran y siguieran confundiendo sus juegos y fantasías con la realidad, se convertirían en monstruos peligrosos que sería necesario encerrar. Su crueldad natural debe encontrar freno antes de que lleguen a matar de verdad, como matan de mentira, por simple entretenimiento.

—¡Donatio no ha matado a nadie!

—Y hay que evitar, por su propio bien, que llegue a hacerlo. Ya ha hecho bastante daño, ¿no crees? Si, al menos, sus actos tuvieran alguna justificación, más allá de satisfacer sus deseos, yo sería la primera en defenderle, como lo hice tantas veces...

Renée sube precipitadamente tres peldaños y sobrepasa a su madre, cerrándole el paso.

—Quiero a Donatio y soy... su único amigo. Me enseñaste que una esposa se debe en todo a su marido, y yo aprendí que el amor, como la verdadera amistad, nunca pone condiciones...

—Pero tiene límites.

—Los desconozco.

—El honor de una familia es la frontera que no se puede sobrepasar.

Una familia que Sade maldice, *¡Ojalá os metieran a todos en un saco y os tiraran al mar!*, exclama en plena exacerbación epistolar. Las explosiones se suceden. Se pelea con sus carceleros, insulta al director del *donjon*, exige que le traigan un perro de compañía o un gato contra los ratones. Ha ensartado con su pluma a un roedor que había tenido el atrevimiento de intentar la incursión sobre sus papeles, mientras él escribía. Lo muestra, todavía pataleante, al funcionario de turno, amenazando con hacérselo tragar. El otro se zafa asqueado, pero ni perros ni gatos. Los animales están prohibidos, informa tras sentirse a salvo al otro lado de la puerta. ¡Imbéciles!, increpa Sade. Si están prohibidos los animales, los ratones y las ratas debieran estarlo

también. Todo un alarde de sentido común en un demente furioso. Su cólera sólo se apacigua comiendo pasteles y chocolate que le envía Renée y, para tortura de los ojos dolientes, releendo a Petrarca.

Una noche, tiene un sueño. La balsa flota, pero no se mueve. Y, sin embargo, navega. Es un río sin orillas. La humedad huele como las paredes de su celda. El silencio es espeso como bajo el agua. La puerta de El Espejo de Edas está abierta. Pero no entra. Permanece inmóvil, con la mirada prendida en el umbral. Los muros de la prisión son de niebla. A sus espaldas, presiente una presencia. Se vuelve. Envuelta en crespón negro, los rubios cabellos dispersos fuera del sudario, Laura le mira. La muerte no le ha arrebatado la belleza. La mujer le tiende los brazos, invitándole a ir con ella.

—¿Por qué gimes en la Tierra? Ven a reunirme conmigo. En el espacio inmenso donde habito, no hay males ni penas, ni tormentos. Sígueme.

Y él cae de rodillas a sus pies. «Oh, madre mía...», acierta a decir, antes de que los sollozos sofoquen su voz. Ella llora con él.

—Cuando habitaba el mundo que detestas, me complacía mirando el futuro y prolongaba mi posteridad hasta ti... ¡y no te veía tan desgraciado!

Entonces, Sade, conmovido, le echa los brazos al cuello, para retenerla o... seguirla, pero Laura desaparece. Y él queda a solas con su dolor.

Apenas despertar, se lo cuenta a Renée en una carta, *para que comprenda que sufre más de lo que ella puede imaginar*. Reclama su piedad. La besa con todo el corazón. La ama. Y, en un insólito impulso, besa también a los que le rechazan, porque sólo odia en ellos su sinrazón. El generoso arrebató no le impide golpear al empleado de la prisión que, con imperdonable descuido, le ha inferido un insignificante corte en la mejilla mientras lo afeitaba. Como represalia inmediata, vuelven a prohibirle los paseos y le obligan, suprema humillación, a barrer y limpiar su celda. La misma mañana, escribe de nuevo a su esposa para recriminarla por las vanas esperanzas de liberación que le ha hecho concebir. La llama imbécil por haberse dejado engañar *por esa banda de monstruos que la rodean y que merecerían ser devorados por los cuervos. ¡Ése sería el momento más feliz de mi vida!*, concluye.

Es la misiva número 115 que dirige a Renée-Pélagie y, al comprobarlo, cambia otra vez de humor. Dos unos y un cinco suman siete.

Cosa que considera un buen augurio. Porque la Ciudad del Sol de Campanella tiene siete puertas y ello anuncia, a su entender, que pronto se abrirá la puerta de su prisión. Peregrino despropósito. La única puerta que se le abre es aquella de la que posee llave, en esta ocasión la pluma, para adentrarse en el espacio en blanco del papel, siguiendo los pasos de su

fantasía, de la misma manera que, en Roma, había penetrado en El Espejo de Edas. Sade reanuda una comedia en verso, interrumpida el día anterior, cuando los renglones se pusieron a serpentear difusos ante sus ojos extenuados. Sin duda le habría estimulado saber que, en aquel mismo momento, en las cocinas de La Coste, Carteron se aplicaba, con buena letra, en recopilar, a instancias de su amo, las noticias concernientes a la erupción del Vesubio y sus consecuencias sobre el entorno, que ambos habían recorrido durante su estancia en Nápoles.

Cuando, una semana después, Sade lee y relea el relato de lo acontecido, la lava de sus pensamientos excede el cauce de las frases.

*El campo ha sido devastado, las casas y los árboles sepultados bajo rocas y cenizas. Enormes masas de piedra pómez fundida han obligado a huir a los habitantes. El palacio del príncipe Ottajano Médicis ha sido destruido. El torbellino de cenizas, arrastradas por el viento, ha impartido en muchos kilómetros a la redonda un rocío abrasador que ha extinguido todo indicio de vegetación. ¡Qué gran orgasmo! ¡Derretir los muros del donjon y asar entre piedras incandescentes a sus carceleros! Y no sólo eso. Introducir el miembro en el gáznate del volcán e incinerarlo de raíz, liberándose para siempre del ridículo adminículo. Extraordinario placer convertirse, de repente, en mujer. Abandonarse convulso al fuego recóndito de las entrañas, como la tierra que se abre y resquebraja. Sentirse labrada y taladrada, como Gothon por Carteron.*

Una bocanada de aire caliente entra en el antro entre las rejas. Trae un olor denso y raro a barro y hierba. El marqués permanece ahora sentado de cara a la pared, contemplando obtuso su propia sombra. La naturaleza ha muerto, piensa. Y añora, de golpe, los campos de la Provenza. Y a su *humilde y obediente servidor*, según reza a modo de despedida de Carteron.

El truhán, no contento con cumplir su cometido, osa criticar la prosa de su amo. *Parece que un enjambre de abejas pastan sobre vuestro papel*, juzga con desfachatez. No en vano ha copiado de su puño y letra las últimas comedias. Y, aludiendo a las chanzas que suele dedicarle Sade, añade burlón: *Si me comparáis a mi primo Don Quijote por la figura, permitidme que os compare a Sancho por la escritura.*

Un giro de la silla desplaza la sombra de Sade que queda relegada a sus espaldas, mientras él se apresta a dar inmediata réplica a su criado.

*Martín Quirós, eres un insolente, hijo mío*, le reconviene, y una pícara sonrisa se dibuja en su rostro, iluminado al sesgo por la luz oblicua del ventanuco. *Si estuviera allí, te daría una buena tunda, te arrancaría tu falso*

*tupé de mamarracho que renuevas cada año con pelos de cola de borrico. ¡Ah, vieja calabaza confitada en jugo de chinche, tercer cuerno de la cabeza del diablo, jeta de bacalao estirada como las dos orejas de una ostra, zapatilla de dueña de burdel! Y finaliza procaz: Hago contigo lo que los dogos, levanto la pata y te meo en la nariz.*

Carteron le ha devuelto los efluvios de los buenos tiempos que ya quedaron, para siempre, atrás, como la sombra en el muro que el atardecer diluye, antes de que la noche la engulla, embadurnando la sombra con sombra, a la burda manera de un pintor de brocha gorda. La llama de la vela se erige entonces en pincel, para recuperar trémulos contornos en el lienzo de piedra, precaria prueba que corrobora su existencia, allí donde nadie lo toca ni lo ve. Salvo Dios, al que Sade dedica su oración: *¡Oh tú!, que dicen que has creado todo lo que existe en el mundo. Tú de quien no tengo la menor idea, tú a quien sólo conozco por lo que dicen hombres que todos los días se equivocan. Ser pintoresco y fantástico que llaman Dios, yo declaro formalmente, auténticamente, públicamente, que no tengo en ti la más leve creencia, y ello por la excelente razón de que no encuentro nada que pueda persuadirme de una existencia absurda de la que nada en el mundo da testimonio sólido.*

El temor y la esperanza han hecho nacer en los hombres la quimera de un Dios por el que se inmolan seres inocentes en cruentas guerras y horrendos asesinatos perpetrados so pretexto de múltiples religiones que, sin excepción, pretenden ser las verdaderas. No se debería derramar por eso ni la sangre de un pajarito. Sade odia a Dios y adora al Vesubio, cuyos imprevisibles estornudos considera acordes con su propia naturaleza, exenta de supersticiones y prejuicios.

Y, mientras el prisionero elucubra, ladra y muerde en su perrera, no muy lejos de allí, en su despacho de la rue du Roule, el inspector Marais rumia su amargura. Mme de Montreuil se niega a recibirlo. Bajo inicuas disculpas, el mismo criado que matara el petirrojo en la encina de Echauffour le impide ahora el acceso. La dama ya no necesita los servicios del policía enamorado. Precisamente, ¡cruel paradoja!, cuando ambos comparten, por primera vez, idéntico propósito. Mantener encerrado al marqués.

La euforia del inspector había durado sólo trece días. Desde la detención de Donado en el camino de La Coste hasta el ingreso en la prisión de Vincennes. Trece jornadas de diligencia que despertaron las más exaltantes ensoñaciones. Creía merecer, al menos, un premio de amistad y gratitud por su fidelidad y desvelos. Había obtenido, por el contrario, una indiferencia

rayana en el desprecio. Debe contentarse con la buena conciencia del deber cumplido y el triste regusto de una tardía revancha. En lo que a la conciencia concierne, no tiene certeza de haber obrado con total rectitud. Ha sido, en ocasiones, servil y corrupto. No por dinero, sino por amor. Y, lo que es peor, un amor no correspondido por el que, aún ahora, estaría estúpidamente dispuesto a contravenir la ley a precio de deshonor y, si fuera preciso, a riesgo de su vida, sin contrapartida. Haría cualquier locura con tal de recuperar, por engañoso que fuera, el fuego de la pasión que la Presidenta le insuflaba con su sola presencia. Bastaba entonces un gesto, una mirada, una palabra. Era suficiente saberse digno de su confianza. Sin ella, la existencia se ha vuelto anodina. Los asuntos que le encomiendan son fútiles. ¿A quién le interesa ya si el señor de la Tour-du-Pin paga seis luises, en lugar de uno, por pasar una noche con la Carpentier o si el aliento del barón de Cope apesta y la señorita Ledoux lo rechaza, negándose a devolver el dinero que ha cobrado de antemano? En vano, Marais trata de resultar ingenioso enviando al barón a su dentista o recomendando a la Favier que se busque un cuarto amante para resolver los quebraderos de cabeza que los otros tres, confabulados, le proporcionan al solicitarle cita el mismo día. Tampoco las 60 000 libras gastadas en tres meses por el caballero Edhin con la señorita Le Clair, que le pone cuernos con su mayor enemigo, excitan la curiosidad real. Los informes del comisario han quedado obsoletos en una Corte que sólo tiene ojos para los escritos que puedan afectar a la religión o a la corona. Los censores han sustituido a los policías de costumbres. Preocupa más la libertad de expresión que el libertinaje. Desde su forzado cubículo, el marqués parece intuirlo. Con soberbia inoportunidad, la mano que empuñó el látigo enarbola la pluma, y no solamente para escribir inestrenables obras de teatro, inofensivas a juicio de Marais, sino para cumplir la amenaza proferida el día de su detención y fustigar a la sociedad que le ha condenado.

El marqués de Sade ha entrado, al fin, en El Espejo de Edas.

LOS HECHOS y las fechas, con su cadencia, le revelan la existencia de una oculta partitura, cuya atenta lectura altera la sinfonía entera. Las cifras articulan el acontecer, como las letras conforman las palabras. Su orden, o desorden, corresponde a estructuras geométricas del firmamento, tan cambiantes como el reflejo revertido en El Espejo de Edas, donde el nueve es 1, el ocho 2, el siete 3, el seis 4 y el cinco siempre 5, vértice de inflexión a partir del cual confluyen en el Señor Seis los cuatro elementos, fuego, aire, agua, tierra. El siete deviene trinidad y, el 8, dos ceros entrelazados, diluye la dualidad en un infinito, al que el nueve confiere definitiva unidad.

Envía sus abracadabrantes hipótesis a Cosimo Alessandro Collini que le responde con irrisión, conminándole a abandonar las especulaciones si no quiere acabar como Don Quijote con los libros de caballería. El sabio asegura, con sospechoso énfasis, haber renegado de sus teorías sobre El Espejo de Edas y le comunica, de paso, que el joven doctor Giuseppe Iberti ha caído en manos de la Inquisición cuando pretendía recabar en el Vaticano las informaciones que, tan imprudentemente, el marqués le había solicitado desde Vincennes.

Pangloss reconviene a Don Quijote, pero el reproche y la advertencia, así como la intervención del Santo Oficio, no hacen sino confirmar la certeza del desvarío. Sólo la mente descarriada y el espíritu desesperado pueden romper las barreras del redil donde rumian en redondo los borregos del rebaño.

¡Fuera cencerros! ¡No más hierbas forrajeras!

La ciencia se adquiere a través de los sentidos. Las ideas nacen en un cuerpo y las palabras se dicen con la boca y se hacen con la mano. El cuerpo acaba pareciéndose a las ideas que sus vísceras han segregado, la boca paladea y moldea las palabras que traga o escupe, y la mano hace suya la escritura. *Imito la mano de la providencia, que tan pronto protege la virtud como favorece el crimen, porque conoce el devenir*, dice Sade por boca de la mano que escribe.

Como la araña que saca de sí misma los hilos de la tela que construye, el Señor Seis empieza a desplegar su obra sobre los hombres. Las abejas, al decir de Carteron, pastan en enjambre sobre el papel. La letra es apretada y punzante, las tachaduras y subrayados rectos y enérgicos, el margen izquierdo, estrictamente preservado, mantiene una límpida verticalidad. En el derecho, en cambio, irrumpen restos de frases que se resisten a abandonar la línea y rabos que se disparan con el vuelo de la pluma. En ambos aparecen anotaciones y números, a veces una fecha o una indescifrable señal.

Algo, además del Vesubio, está a punto de estallar. La sangre correrá como la lava del volcán. Y los muertos llevarán a los vivos en carretas, profetizó Leonardo. Todas las horribles profecías se cumplen tarde o temprano, porque el horror es la herencia que Dios concede a los hombres al nacer, como si cada vez que nacen él muriera, abandonándolos al capricho de la madre naturaleza. Del dolor del parto al llanto del niño un vínculo permanente se establece para toda la vida, en la que el llanto precede en ocasiones al dolor, como sucede en ese reverso del nacimiento que llamamos muerte. Sólo quien reconvierte el llanto y el dolor en placer, como en un teatro, conoce la regla del juego que el común de los mortales se empeña en ignorar, bajo el extravagante señuelo de un Dios de su invención y la moral dimanante de su cobardía. Usan las ideas como sábana de mortaja. Dios y la moral son la colcha y el colchón. Sus convicciones, las patas de la cama, donde comparten idéntico sueño dormidos o despiertos. Seguirán muertos después de muertos y ésa es la eternidad que esperan alcanzar. Pero Sade será Sade mientras los cuerpos sucedan a los cuerpos y la naturaleza mueva sus elementos, de la misma manera que el instante será siempre instante fuera de la tiranía del tiempo. Feroz diatriba sin réplica posible, dado que nada existe salvo en el presente y todo lo demás es superstición de espíritus desencarnados, hipocresía de sentimientos sometidos, consuelo de esclavos.

El niño soberbio y glotón se siente crecer. Como un desmesurado caracol, con su cárcel a cuestas, toma el rastro de baba que deja a su paso por destino y la luz de luciérnaga del cirio que enciende por estrella polar que ilumina el espacio desapacible de la página vacía. Confunde sus pesadillas con sus pensamientos y la reiteración de orgasmos solitarios con la eclosión de sus sueños. Vuelca su imaginación sobre el papel con contumaz redundancia, y su obstinación le conduce hacia donde nadie ha llegado. Un oscuro territorio que emerge del mar de la memoria y tendrá su nombre por bandera.

Su modo de pensar es el fruto de sus reflexiones, forma parte de su existencia, lo necesita más que a su propia vida. *Esta loco quien adopta el*

*modo de pensar de los demás, escribe a su esposa. K no soy capaz de cambiarlo, y si lo fuera, no lo haría, añade desafiante. No es mi modo de pensar lo que ha hecho mi desgracia, sino el de los otros.*

Omítese que son sus actos y no sus pensamientos la causa de su condena, pero sus actos son pensamientos y viceversa. Mirabeau y Diderot han pasado por Vincennes. La astucia política del primero le ha enseñado a desdecirse por conveniencia y a hacer lo que no dice. La inteligencia del segundo le ha permitido moderar lo que escribe y retractarse para recuperar la libertad. A diferencia de ellos, Sade, obtusamente, no da su brazo a torcer. *Matadme o tomadme como soy, porque no cambiaré, proclama. No ignora que sus escritos pasan por el control del censor de la prisión, un tal Boucher, a quien llama, sin tapujo, abreviados escrutador, recortacartas, y al que dirige, sin ambages, sus inventivas: Señor garrapateados quienquiera que seáis, animal despreciable utilizado por nuestros verdugos para agravar nuestras torturas, mereceríais ser ahorcado si hubiera justicia en Francia.*

En su correspondencia, recurre, de vez en cuando, a mojar la pluma en zumo de limón, para hacer invisible la escritura, o a signos, convenidos con su esposa, o a metáforas y sobrenombres que no encubren tanto como provocan la irritación de Boucher. Juega con él. *Arco* significa pene. *Flecha*, orgasmo. *Manilla* alude a la masturbación. Prestigios son frascos y estuches para introducciones, que Renée encarga a reticentes artesanos del *faubourg Saint-Antoine*. La toman por loca y se ríen de ella cuando precisa las formas y medidas que el marqués le exige con puntillosa exactitud. Un frasco de bolsillo de seis pulgadas de circunferencia por ocho o nueve de altura. Igual que uno que hicieron para el arzobispo de Lyon. Ella objeta que seis pulgadas es excesivo para meterlo en el bolsillo. *Ar que no me lo meto en el bolsillo, sino en otro sitio, donde todavía resulta demasiado pequeño,* responde impaciente, y propone: *Puede servir también para tu tocador. Por la mañana en tu tocador y, por la noche, en mi mesilla, ¡así que hagan dos!*

Hacen uno. Se le rompe. Pide otro. Pero, para que no vuelva a romperse, quiere ahora un estuche de palo de rosa que, además, *sirva para otras cosas*. Por tanto, debe tener diámetro mayor y longitud proporcional. Renée-Pélagie se ve obligada a afrontar, de nuevo, el ridículo. Pagan por adelantado para que le hagan caso. Manda a Donatio el paquete. *Cabrá holgadamente otra cosa además del frasco, observa. Y todo cabrá en tu culo holgadamente,* añade Sade procaz. *¡Demasiado holgadamente!, se lamenta.*

En dos años y tres meses de prisión, se ha masturbado 6536 veces, que anota escrupulosamente en su diario. En ocasiones, con el estímulo

suplementario de un trozo de manga del vestido de Renée o con el retrato de algún efebo.

¡*Me habéis enviado a un guapo muchacho, tortolita querida!*!, exclama satisfecho. ¡*Me habéis tratado como a un cardenal!*!, y se entristece súbitamente. A fin de cuentas, su *bel giovanetto* es sólo una pintura. La imagen de un chiquillo napolitano al que ni siquiera conoce. El subterfugio no basta. Requiere acción. Los frascos y estuches son insuficiente consuelo. Reclama carne. Busca la acción en la escritura y la carne en el verbo. Las palabras se resisten. No galopan tan rápidas como el pensamiento. Pelea, pluma en ristre, contra molinos de viento. Pero el territorio de sus correrías no son campos de Castilla, sino sombrías sendas y tenebrosos reductos sin retomo.

Deshaciendo entuertos, Don Quijote provoca estropicios. Provocando estropicios, el marqués dice evitar males mayores. Si encuentra a una mujer embarazada, le abre el vientre y aplasta con una piedra el fruto de sus entrañas. Así impide que nazca un desgraciado que, tras asesinar a su madre, se habría convertido en un depravado criminal. ¿Acaso no conoce el autor el destino de sus criaturas? Mata a un santo derviche que iba rezando a lo largo del camino. Se trata de un fundador de sectas y hacedor de milagros que habría seducido con sus doctrinas a media Asia. Hay que agradecer al cielo que el santón haya muerto antes de que sus futuros discípulos o impostores envenenaran la Tierra predicando sus espantosos dogmas.

Incendia una granja en la que perecen varias personas, pero entre ellas se encontraba un joven que, emulando a Tamerlán, debía algún día destruir el universo. Uno tras otro, enumera ejemplos en los que acciones crueles acabarán teniendo benéficos resultados. ¿De qué vale arrepentirse, si el mal que hemos hecho ha podido ocasionar un gran bien?

Vuelca en la hoja en blanco todo lo que sucede en su cabeza, mientras devora chocolate *negro como el culo del diablo* que, entre libros, cartas y artilugios, le hace llegar su esposa, siempre dispuesta a complacerle, no sin advertirle de los perniciosos efectos de la lectura sobre los maltrechos ojos y del exceso de bombones de vainilla sobre la inflamación anal, que mitiga con ungüento de trementina, antes y después de cada introducción.

Preocupados por evitar el recalentamiento cerebral, y no el otro, sus carceleros le prohíben Rousseau y, ante su violenta reacción, le retiran lápices, plumas y papeles, castigándole, por enésima vez, sin paseos, con lo que le impiden simultáneamente el ejercicio de las piernas y la mente, más allá de la concavidad del cráneo y del ámbito angosto de las cuatro paredes.

Engorda compulsivamente y la bilis intoxica su espíritu, que se abandona afanoso a la fuga del delirio y al desahogo colérico contra todos y contra todo, lo que no hace sino empeorar su situación. Reclama con ansiedad la visita de Renée.

*No escribas nada que pueda perjudicarte, le aconseja ella. Tu acritud es contraria a tus intereses. Predispones contra ti al ministerio y dificultas que escuchen mis peticiones. Cuando les digo que es el dolor y la desesperación lo que dicta tus palabras, me contestan que sólo pueden juzgarte por tus escritos. Así pues, amigo mío, cuida las fiasas que te hacen daño y te prometo que pronto podré reunirme contigo.*

Promesa piadosa que no está segura de cumplir, a pesar de que una trágica circunstancia podría, tristemente, haber allanado el camino.

Anne de Launay ha muerto. Un jueves de mayo se le diagnosticó la viruela. Tres días después, una fulminante peritonitis acabó con ella. Ya no se casará con el vizconde de Beaumont. Hace tiempo que ha sido enterrada en París. Nadie ha considerado conveniente comunicar la defunción a Donatio, y menos que nadie Renée, obstinada en no romper el silencio que, desde el reencuentro con su marido, se ha impuesto y mantenido a ultranza, en su correspondencia, durante los años que Sade lleva en Vincennes. La sola idea de especular con la ventaja que la desaparición de su hermana pueda suponer, le repugna profundamente. Tanto ella como Mme. de Montreuil han quedado destrozadas. Al dolor natural se une un lacerante sentimiento de culpabilidad. El sacrificio de la canonesa, consumida por la melancolía, a la espera de una odiosa boda pactada, ha sido una crueldad de la que incluso Renée se siente responsable. Se reprocha no haber intervenido con mayor decisión, aun conocedora del carácter irreductible de su madre, que exonera su conciencia incriminando al marqués.

Haciendo de tripas corazón, se dirige, una vez más, a la Presidenta para pedirle que ponga en juego su influencia. No se trata de la libertad del detenido, sino de obtener una visita, bajo vigilancia, que no puede generar temor alguno. Se equivoca. A la Montreuil le causa espanto.

—¿Pretendes que dejen a mi hija entrar en la jaula del oso furioso?

—¿Creéis que, manteniéndole allí, se volverá manso como un cordero? ¡No sabéis todo el mal que le estáis haciendo! ¡Estamparía el mundo contra un muro, con tal de haceros cambiar de opinión!

La estrafularia amenaza impresiona a la madre que, horrorizada, cree reconocer, tras las palabras de Renée, la voz de su yerno.

—¿Eso lo dices tú? ¿O lo dice él?

—Lo digo yo.

—¡Hablas como él!

—Y vos pensáis como ellos.

—Eso es lo que él diría. Y, precisamente, es eso lo que me da miedo. Se expresa, como el diablo, por tu boca. No hay cárcel en la Tierra que pueda detenerlo, es como una mala semilla al viento... La infecta metáfora suscita la hilaridad de Renée-Pélagie.

—¿No iréis a decirme que, si abro una rendija, entra en mí y crece dentro?

—¡Qué obscenidad! ¡Te matará como a tu pobre hermana! —profiere la Montreuil con cínica malignidad.

—¡Eso es un infundio de los Beaumont! ¡Sabéis que no es cierto! Fue la viruela, y no Donatio, lo que mató a Anne de Launay.

—Perdóname. Me obligas a decir lo que no pienso.

—Mi madre dice lo que no piensa, pero expresa lo que siente, ¡rencor! ¡No os disculpéis!, tenéis razón, la misma razón de sus verdugos, ¡deseáis verlo loco o muerto! Os comprendo, ¡pero yo lo necesito! Sólo os pido que me ayudéis, al menos, a darle algún consuelo, ¿por qué no habláis con el inspector Marais?

—¡Nunca volveré a cometer esa estupidez! Ese hombre me ha hecho comportarme de forma ridícula y se ha mostrado insensible a mis ruegos, ¡prohíbo que menciones su nombre en esta casa! Y no se te ocurra ir a verlo, ya no tiene ninguna influencia, sólo conseguirías alimentar su orgullo y traicionar el mío. Ha llegado la hora de rehacer tu vida, Renée...

Pero la mirada de su hija la disuade de seguir. Deja caer el abanico en el sofá, y sale, dando inesperadamente por finalizada la conversación.

Al quedarse a solas en el salón, Renée-Pélagie contempla con destemplanza el retazo de cielo azul que gravita sobre los árboles del jardín y sueña con llevárselo a Donatio para que tapice con él los muros de la celda. El cielo parece mofarse de sus intenciones y se oscurece, adquiriendo los tonos grisáceos de la losa de la tumba y de la pared de la prisión. Pero el reflejo azul permanece en los ojos de la mujer que, en su desolación, se aferra a un resquicio de esperanza. Mientras los labios rezan, la mente bulle y ensambla las piezas de un rompecabezas. Urde la manera de llegar hasta Marais, sin que su madre lo sepa. Al fin y al cabo, algo ha aprendido de ella. Carece, sin duda, de su poder de seducción. Sin embargo, contra toda apariencia, ha heredado cierta capacidad de intriga y la porción de pérfida inteligencia que la circunstancia requiere. Y, a diferencia de la Presidenta, es capaz de moverse

por amor. Una cualidad que también Marais posee, aunque el policía la considere, en su caso, síntoma de debilidad y causa de su fracaso.

Días después, en París, el comisario recibe a una tal señorita Laforest que le consulta sobre la conveniencia de asistir a la revista del rey en carroza de seis caballos. Le han aconsejado ser modesta y llevar sólo cuatro. Marais, malhumorado, le dice que vaya andando, porque más vale inspirar piedad que suscitar envidia. Ella se echa a reír y propone pizpireta que él la lleve en brazos. Nadie dudará de la virtud de una mujer que se deja conducir por un policía de costumbres, aduce con descaro. Marais agradece el privilegio, pero no desea ser él quien suscite envidia o inspire piedad. Dice a la mujer que no tiene tiempo que perder, aunque, en su fuero interno, sabe que no tiene nada mejor que hacer. Entonces ella se saca de la manga un diminuto abanico de marfil y lo deposita sobre la mesa. Ha venido por otra cuestión menos baladí, confiesa.

El abanico trae a Marais reminiscencias de no sabe qué. Cree haber visto uno parecido no sabe dónde. Como un aroma que le recuerda a no sabe quién. El calor propicia la pereza y la indiferencia vence a la curiosidad. Su proverbial perspicacia flota en un limbo de hastío. La visitante no se atreve a formular el motivo de su visita, dadas las circunstancias, dice.

—¿Qué circunstancias? —pregunta el comisario, vagamente suspicaz.

Laforest alude primero al bochorno reinante en París, sin que ello la incite a utilizar el abanico, después a la discreción y tacto que el asunto exige, sin que se sepa a qué asunto se refiere, más tarde al respeto y temor que el inspector le infunde, sin que su desparpajo lo denote, y por último a la alocada generosidad que le impulsa a brindar ayuda a una persona que ni siquiera conoce, por tratarse de la amiga de una amiga, prima de una prima, cuyo marido vive en Londres y es, a su vez, pariente de la Du Barry. Los pormenores marean a Marais que no acierta a saber quién es prima de quién, ni con quién está casada la amiga de su amiga.

—¿Y bien?

—La dama que desea veros esta noche en privado me ha pedido guardar el más absoluto secreto.

—¿Qué dama?

—Me ha dado, en prenda, el abanico para que os lo entregue.

La perplejidad impide proferir palabra al policía, pero la afectación de la señorita Laforest le exaspera y le impele a empuñar el abanico cerrado y esgrimirlo como arma arrojadiza.

—¿Vais a matar al mensajero? —le pregunta ella, sin que se borre la irritante sonrisa de su rostro.

—No iré.

Con un gracioso mohín, su interlocutora se encoge de hombros.

—Se hospeda en el convento de las Carmelitas —informa, y se dispone a salir, como si la cuestión hubiera quedado zanjada, aunque en realidad espera una reacción que no se produce. Al llegar a la puerta, se detiene y se vuelve, intrigada por el aparente desinterés del comisario.

—«Moisés» es la contraseña —añade inopinadamente. Louis Marais se endereza en su asiento. «Moisés» es uno de los nombres en clave con los que se autodenomina Sade, en su correspondencia, y que el censor Boucher ha descifrado sin dificultad. El inspector deduce, con ansiedad, que tras el tejemaneje, al que ha sido sometido, se oculta Mme. de Montreuil. Y comprende, de repente, que el abanico es de ella. Vuela con el recuerdo hasta el salón de Echauffour. La ve en pie, junto a la ventana con el abanico en la mano. Es una visión fugaz y reveladora que le hace ausentarse, en alas de la memoria, durante un instante. Cuando regresa en sí, comprueba descorazonado que la señorita Laforest se ha esfumado, dejando un rastro de perfume y la puerta abierta. Sale a la calle desierta. El ruido de una carroza invisible se aleja sobre el empedrado. El inspector no cree en Dios, pero cree en el diablo. Un Satanás inédito en los anales, cuya cháchara descocada le ha embaucado.

Es la hija y no la madre a quien, con decepción, encuentra en el convento. La esposa del marqués le hace creer, no obstante, que Mme. de Montreuil tiene puestas en él sus esperanzas y solicita, de nuevo, su colaboración. Es imprescindible y urgente que se entreviste con su maridó por asuntos familiares. Y sólo él puede obtener el permiso que las autoridades de Vincennes han denegado. Marais atiende circunspecto. Sostiene el abanico plegado, como quien se aferra, a pesar de todo, a una ilusión desbaratada. No se siente halagado por el fervor hacia su persona que Renée se esfuerza en transmitir y sospecha alguna añagaza. Pero opta por aceptar el envite, no sin reticencia.

—El trato que vuestra madre me ha dispensado en los últimos tiempos ha sido muy injusto —reprocha—. No entiendo a qué se debe su cambio de actitud. Me resisto a pensar que sólo se acuerda de mí cuando me necesita, no quiero atribuirle un proceder tan interesado...

—Lo comprendo —dice Renée, inquieta—. La señora de Montreuil estuvo enferma... —miente—. Ha querido apartar de sí todo lo que pudiera

recordarle los tristes acontecimientos, tan dolorosos para ella como para mí, pero os aprecia y es sincera...

—Os creo —concede Marais, pensando en la muerte de Anne de Launay—. Pero me gustaría recibir alguna muestra de amistad que no coincidiera, casualmente por supuesto, con la demanda de un favor que, por otra parte, no depende sólo de mí.

Renée rechaza el abanico que el otro hace ademán de devolverle.

—Os ruega que lo aceptéis como prueba de amistad —arriesga, consciente de estar complicando, cada vez más, el embrollo. El abanico sustraído, que usa como instrumento de persuasión, puede convertirse en la trampa que descubra la traición.

—Preferiría que vuestra madre me lo diera personalmente en Échauffour —responde el otro, y le entrega la prenda que a ella no le queda, esta vez, más remedio que coger.

—Os prometo que lo hará, en cuanto venza la tristeza de la muerte de mi hermana —se oye decir a sí misma, intentando que el tono titubeante no la delate.

—¿A quién debo comunicar el resultado de mi gestión? —pregunta el inspector.

—A mí y aquí —contesta ella rotunda—. No me iré de París hasta tener noticias.

LA GLORIA póstuma no le basta. Es sólo efímera meta. Cuando la escritura se interrumpe y la pluma reposa, su mente reclama más alimento. Arde incesante el pensamiento, como un incendio que se propaga sin tregua. Hierven las palabras y se derraman, en un revuelo de pavesas que escapan entre las rejas de la ventana. Nadie, ni él, puede detenerlas. Vuelven allá de donde vienen o van donde las llaman. Pero la hoguera no se apaga. Sade se abrasa. Bulle por dentro. Privado de acción, es todo acción. Sueños pueriles lo asaltan. Piensa conmover los cimientos de París cuando su teatro se estrene. Se cierra el telón de la mazmorra. Oye los aplausos y ensaya las reverencias. Ebrio de sí mismo, seduce actrices, pervierte jovencitos, pone cuernos al rey, desafía a la nobleza celosa, la adulación lo envanece y desprecia a quien lo ensalza, mientras el público colea con el anzuelo en la nariz. La sociedad entera se postra a sus pies. La admiración incendia la ciudad y, en su honor, toca la lira Nerón. Un centauro galopa entre cenizas. Cantan en el Sena las sirenas. El Neptuno del frontón etrusco trinchas con su tridente un tritón y la luna se estremece. La función ha terminado. Se alza el telón. Y se encuentra, otra vez, solo y prisionero en la triste ratonera que da al traste con sus ensoñaciones. Busca un nuevo subterfugio para eludir el sombrío decorado. Rumia el aburrimiento. Pasea de un lado a otro. Baraja el menú de sus obsesiones con las cartas que se saca de la manga. Opta por Renée. Hace tiempo que no recibe noticias. Elige imaginar que también le ha abandonado. Sospecha de un tal Lefevre, un aldeano provenzal a quien ella había encargado comprar alguno de los libros que le envía. La sola mención, en carta del día 5, del nombre de este hombre, que consta de siete letras, es suficiente para deducir el tamaño del pene. 18,9 centímetros de longitud por 13,55 de perímetro. Apetitosas dimensiones. Para colmo, la esposa le ha hecho un chaleco, cuyo cordón es demasiado largo. Inequívoca alusión. So pretexto de probar la prenda, ha tomado al otro las medidas. Por delante y por detrás. Como de costumbre. En forzada postura. Basta juzgar el resultado. Puntadas precipitadas con poca puntería. El botón no cabe en el ojal.

Tampoco cabe la duda. La lana está dilatada, dada la envergadura. Todo delata a un patán de innoble cuna y portentosos atributos. Colérico y excitado, el marido humillado trata de puta a Renée y a su prima la marquesa de Villette, folladora y lesbiana, según él, que ha cometido la ignominia de invitarla a pasar la noche en su mansión para... ayudarla a tricotar. La respetable señora Villette no puede imaginar el papel que Sade le asigna en sus fantasías. El pobre Lefevre menos todavía. La dama practica la caridad para ganar el cielo. El lugareño desempeña tareas burocráticas para ganar el pan. Los dos alcanzan la fama, sin saberlo, por cualidades que ignoran poseer. La ilustre dama por lesbiana fornicadora y el humilde paisano por el volumen de su falo. Ambos como profanadores del culo adúltero de Renée. Aunque, en este último punto, la responsabilidad recaiga, naturalmente, en la pérfa Mme. de Montreuil, que pretende aprovechar las circunstancias para provocar la ruptura de su hija con el marqués. Sade no tarda en comprenderlo, razón por la cual, cuando le sirven la cena, estampa el plato de sopa caliente en la cara del carcelero. ¡Fuera paseos! Le prohíben las cartas. Le retiran los papeles. Y le advierten de que, la próxima vez, echarán al fuego los libros de su biblioteca. Reacciona con jactancia. ¡Pueden llevarse los papeles!, eran simples borradores. Y, si no pasea, escribirá versos en las paredes. ¡Qué quemen, si quieren, sus libros! Sólo echará de menos las encuadernaciones, por lo demás, ya los ha leído. Una y mil veces. Los conserva, con sus escritos, en la memoria, donde nadie, salvo él, tiene acceso. Hagan lo que hagan, no podrán robarle las ideas. El desplante agrava el castigo. Le quitan el chocolate. Eso le enfurece aún más. Los llama ladrones y profiere, a voz en grito, terribles imprecaciones contra el alcaide de la prisión, un funcionario corrupto llamado Rougemont, lacayo de Jean-Charles Pierre Le Noir, teniente general de la policía.

Precisamente es Le Noir quien, por intercesión de Marais, recibe a Renée. Se muestra reacio a tomar decisiones sin que el ministro haya sido previamente informado de la conducta del señor de Sade. Teme reproches, si algo sucediera. Ante la insistencia de la esposa, que lo tranquiliza al respecto, y por el aprecio que Marais le inspira, según dice, desiste de trámites ministeriales, pero se lava las manos como Pilatos. Delega en Rougemont. Se hará lo que él diga.

Renée conoce el odio recíproco que el alcaide y Sade se profesan. Sale cabizbaja y va a ver, de nuevo, a Marais. El inspector le aconseja, sin ambages, que lleve un sobre con dinero *para la comida de los presos*. El bribón concederá el permiso.

Rougemont se embolsa el sobre. Renée, envalentonada, reclama las cartas retenidas. Desea leerlas, antes de ver a su marido. Eso es asunto de Boucher, informa el alcaide, y la mirada esquiva rastrea las baldosas del suelo. Ella pide, entonces, hablar con Boucher. Imposible. Está enfermo. Hace ya un mes que guarda cama. Por cierto, la entrevista no podrá ser autorizada hasta que el censor se restablezca, desliza al desgaire.

—Le Noir ha dicho que sois vos quien podéis concederla —protesta Renée, y Rougemont, imperturbable, se regodea para sus adentros.

—No sin consultar al señor Boucher.

Renée-Pélagie se obstina inútilmente. Debe tener paciencia. Es cuestión de días, de semanas. Meses. No se sabe. Decidirán los doctores. Y no sólo eso. Básicamente, todo depende del comportamiento de Sade. Las últimas cartas contienen peligrosas amenazas del marqués a su esposa, por celos que, aun siendo, sin duda, infundados, han desencadenado impulsos homicidas en el reo. Renée no da crédito a sus oídos. Se siente burlada. Pero esconde su indignación y vuelve a la rue du Roule.

Marais explota. Descarga un puñetazo en la mesa. Ella nunca lo ha visto así. No se trata ya solamente de los sentimientos de la mujer, sino también, y sobre todo, del amor propio herido del comisario, que no soporta que se ponga en entredicho, a ojos de Mme. de Montreuil, la confianza que en él se ha depositado. Se cala el sombrero y se presenta, con Renée, en casa de Le Noir.

El teniente tiene un aspecto desaliñado, da la impresión de haberse vestido precipitadamente. El chaleco desabrochado, la camisa desajustada y los ojos enrojecidos como si acabara de despertar. No es, sin embargo, una hora intempestiva. Al ver a la señora de Sade, no oculta su enojo. Había creído que el inspector venía por algún asunto confidencial y urgente. Y solo.

Marais no se anda con rodeos. Le pide que resuelva personalmente la cuestión, según le había prometido, o denunciará al alcaide de Vincennes por apropiación indebida. Le Noir reacciona airado y le recuerda que está hablando con un superior. Le echa en cara la inoportunidad de la visita y la presencia, no anunciada, de la dama. Y alega, además, con culpable apresuramiento, que aceptar donativos para los presos no es delito. El inspector precisa que no se refiere al dinero que la señora ha entregado voluntariamente, sino al que Rougemont sustrae sistemáticamente de la intendencia de prisiones. Un robo del que tiene sobradas pruebas. Exasperado, Le Noir le amenaza con arrestarle por insubordinación, calumnias y chantaje.

Renée observa angustiada la trifulca, que en nada favorece sus propósitos. Le sorprende la imprudente actitud del inspector y, aunque agradece la intención, teme las consecuencias. No acierta a explicarse la incontinencia pasional de un hombre que siempre había extremado la cautela en su proceder. Pero su estupor aún es mayor, cuando repentinamente Marais cruza la estancia, en dos zancadas, y abre de par en par el cuarto contiguo. Una mujer en paños menores retrocede horrorizada al ser descubierta, en cuclillas, escuchando tras la puerta.

—¡Arrestadme también por allanamiento de morada! —propone desafiante Marais—. Así tendréis ocasión de explicar públicamente qué hacía la esposa del embajador de Rusia espiando en vuestra casa.

—La señora Soltikoff tuvo un accidente esta mañana —trata de justificar azorado Le Noir—. Una carreta manchó de barro su vestido...

—No lo pongo en duda —le interrumpe el inspector—. Y nadie pensará otra cosa, a pesar de los rumores y sospechas que han llegado a palacio...

El teniente Le Noir, demudado, cierra las puertas de la habitación, donde la mujer del embajador se ha escondido detrás del sofá. Renée prefiere no ver ni pensar. Marais aguarda impertérrito y erguido a que el teniente, que permanece de espaldas, recapacite. Un ama de llaves atraviesa silenciosa la sala y la penumbra del pasillo absorbe el roce fugaz de su falda. Con recobrado aplomo, Le Noir se vuelve.

—Olvidemos este enojoso incidente —propone—. ¿Cuándo quiere la señora visitar a su marido?

—Mañana —responde Renée con determinación.

Aquella noche, un rayo cae en Vincennes. Produce destrozos que obligan a posponer los paseos y visitas de los prisioneros. Renée lo ignora. Se presenta a la hora prevista. Se le impide la entrada. Exige ver a Rougemont. Le contestan que está reunido con el señor Le Noir, para evaluar los daños del *donjon*. Se da la circunstancia de que el día anterior habían instalado un pararrayos en la torre, y nadie se explica qué ha podido fallar. La señora dice tener información reservada al respecto. Deja caer, de paso, la palabra *sabotaje*. Ruso, precisa. Es urgente que se lo comuniquen al teniente Le Noir. Piensan que está loca, pero acceden, por si acaso, sin ninguna convicción. Ante la sorpresa general, Le Noir ordena que la mujer se reúna inmediatamente con Sade, bajo la vigilancia, eso sí, de Boucher, a quien el rayo ha curado milagrosamente de sus achaques.

En el centro de la Sala del Consejo, hay un hombre gordo. Renée tarda en reconocerlo. Han transcurrido cuatro años y seis meses desde que lo vio la última vez. Él también la ve como nunca la ha visto. Vestida de blanco y arreglada, la encuentra bella por primera vez. Se abrazan con los ojos cerrados. Ella para recordarlo tal como era. Donatio para evitar la luz de la ventana. Sentado junto a la puerta abierta, Boucher simula rutinaria indiferencia.

El tibio contacto de los cuerpos habla por ellos. Un confuso lenguaje que despierta sensuales reminiscencias y dolorosa extrañeza. La barriga de Sade dificulta el acoplamiento de antaño. El escote de la esposa emana efluvios olvidados.

Donatio la retiene contra él, mientras su mente sorteando un cúmulo de imágenes y sensaciones descabaladas, contradictorios sentimientos, un infantil deseo de cobijo maternal y el impulso de horadar la carne que, durante tanto tiempo, le ha sido negada. Pero sus sentidos no responden, y el cerebro, adiestrado a alimentarse de fantasmas, atisba la sospecha de un vientre ligeramente abultado. ¿Y si Renée estuviera embarazada? Tras desasirse, retrocede y la mira desconfiado. Ella llora en silencio. Se disculpa con un gesto. Se esfuerza en esbozar una sonrisa. Parece avergonzada. En realidad, sufre. Se resiste todavía a aceptar los devastadores efectos que la cárcel ha infligido a su marido. Por su parte, Sade escruta la silueta, sopesa el grosor de los pechos, abarca con la mirada la anchura del talle, reinterpreta malicioso las causas de la palidez del rostro. Y, de pronto, haciendo caso omiso a la presencia de Boucher, habla en tono elevado y malévolo.

—Sabes que nunca he podido tolerar el adulterio de las mujeres, suele traer nefastas consecuencias...

La esposa asiente desconcertada. Después de tantos años de separación, no era éste el recibimiento que esperaba.

—Puedes buscar en mis actos desordenados —dice él—. ¡No encontrarás ni tres mujeres casadas!

El desconcierto cede terreno a la inquietud. ¿Qué insidiosa insinuación se oculta tras esa cínica declaración de principios? Un hombre capaz de seducir a la hermana de su mujer y a quien jamás ha detenido el escándalo o el dolor de los demás, tiene ahora el desparpajo de reconvenirla con asertos morales. Comprende, con aversión y ternura, hasta qué punto el prolongado encierro ha deteriorado a Donado.

—¿Por qué me hablas de esas cosas? Sabes que yo no te engañaría nunca. Te quiero, no he dejado de quererte, ¡tranquilízate!

—¿Crees de verdad que puedo estar tranquilo? Tengo los ojos mal, pero no tanto, ¡puedo ver!

—¿Y qué ves?

—Ese vestido...

—¿Qué le pasa a mi vestido? Me lo he puesto para ti, ¿qué hay de malo en eso?

—No sólo para mí. También para otros. Ellos pueden verte todos los días, mientras yo no. ¿Te ha visto Le Noir vestida así? ¿Qué piensa Boucher? ¡Mírale! Ahí está, callado, ¡ese cerdo! ¡Pensando para sus adentros que eres una puta!

Boucher oye, pero no se inmuta. Mantiene la cabeza hundida entre los hombros encogidos y los dedos entrecruzados sobre el ombligo. Su mirada converge en la punta de la nariz. Renée no toma en consideración el insulto, aunque siente angustia y tristeza por Donatio.

—Si me eres infiel —advierete él—, no perdonaré el ultraje, ¡nunca he vuelto a ver en mi vida a las mujeres que me han engañado!

—¡Pero yo no te he engañado!

—¿Ah, no? ¡Conozco las medidas! El chaleco tenía el cordón largo, ¿verdad? ¡Más de siete pulgadas de largo!

Renée le coge las manos e intenta apaciguarlo.

—Estás enfermo. Debes descansar...

El marqués se deja conducir remolón hasta una silla, ella se sienta a su lado.

—Algún día podremos estar juntos para siempre —promete, mientras acaricia el cogote abultado sobre la cerviz.

—Eso es todo lo que deseo —musita él—, una vejez serena con una amiga fiel, ¡ésa es mi última esperanza! Pero las señales son demasiado claras...

—¡Por Dios, Donatio! ¡Basta ya de señales! ¡Yo no hago señales! Digo lo que siento, no necesito señales...

—Todo son señales. Nuestras sombras en el suelo son señales y tienen sentido. Significan que estamos aquí. Nuestros actos, nuestras palabras, nuestros pensamientos, nuestros pasos, dejan huellas y descubren dónde hemos estado y hacia dónde vamos.

—Pero las fechas y las tachaduras no dicen más que lo que quieren decir.

—Y lo que no quieres decir —puntualiza Sade irreductible—. Lo sucedido y por suceder, ¡todo tiene fecha y medida!

—Conseguirás que no vuelva a escribirte una sola carta —amenaza ella.

—Y eso significará que estás con él.

—¿Él? —inquire ella, sin salir de su estupor. Hasta Boucher arquea las cejas interesado. Donatio se retuerce en su asiento mientras habla.

—No puedo soportar la idea de imaginarte con ese villano, ¡ese vampiro!, de... Lefevre.

—¡Lefevre! —exclama Renée, echándose a reír—. ¡Oh, qué gran honor me haces! ¿Cómo puede pasarte por la cabeza una cosa así?

Lo absurdo de la suposición no desmonta la convicción.

—La culpa es de tu madre y de esa ramera de la Villette, que te ha invitado a pasar la noche en su casa.

—¡Pero no he ido! ¡Te lo juro!

Ni ella misma sabe si su risa es fingida o simple desahogo. La idea de que Mme. de Villette sea una ramera resulta divertida, pero la acongoja. Después de tantos sacrificios y enredos para llegar hasta allí, sólo desea marcharse. No quiere, sin embargo, dejar a Donatio así, bajo el tormento que él mismo se infiere. Todo es falso, menos el sufrimiento que reconvierte lo falso en verdadero, aunque sólo tenga existencia en su fantasía. No podía imaginar nada tan insensato como una relación pasional con el pobre Lefevre que, por cierto, había desempeñado, antaño, el cometido de bibliotecario en La Coste. Lo de la Villette era todavía más impensable. El safismo de Renée en el sótano del castillo, sometiendo a las órdenes del marqués, había sido, para ella, entre otras prácticas odiosas, una penosa experiencia impuesta que no deseaba, en modo alguno, repetir. Se sonroja tratando de repeler el recuerdo de esas horribles niñas, metiéndole los hocicos en el sexo, como perrillos en un tarro de mermelada. Para esconder su vergüenza, susurra frases cariñosas al oído de Donatio, provocando que Boucher, intrigado, tienda la oreja. El gesto no le pasa inadvertido a Sade, que alza la voz, para que el otro pueda oír sin esforzarse.

—La próxima vez, quiero que me traigas *Las confesiones* de Rousseau —reclama—. Escóndelas donde ningún beato pudibundo pueda husmear sin perder el alma.

Muy satisfecho, celebra la ocurrencia con una carcajada. Y prosigue. Habría que leer *Las confesiones* en un reclinatorio y *La imitación de Cristo* en el retrete, blasfema. Piensa escribir sus memorias, anuncia, para que ese rocín emplumado rebuzne a placer y cocee con sus pezuñas el manuscrito. Boucher no se da por aludido, pero toma buena nota. Renée comprueba resentida que Sade dirige sus frases al censor acurrucado y no le presta atención a ella, mientras el tiempo transcurre irrecuperable.

—Amblet ha leído tus obras de teatro —dice con timidez, y enseguida se arrepiente. En realidad, este antiguo preceptor de Donatio se ha limitado a opinar que eran irrepresentables.

—¿Le han gustado?

—Ha dicho que, si te divierte el trabajo, debes seguir.

—Del amor, me contento con el placer —responde él, citando a Buffon, no sin un deje de amargura. Le humilla que Boucher haya escuchado el veredicto. Renée, consciente de su inoportunidad, intenta rectificar. A Carteron le gustan y a ella también.

—Un fiel criado y una esposa piadosa es el público que merezco —dictamina él, melancólico, pero no tarda en enardecerse—. Digan lo que digan, no puedo resistirme a mi genio. Me arrastra a mi pesar. Tengo en mi cartera más obras preparadas que el resto de mis contemporáneos, ¡esos a los que tanto y tan tontamente pondera Amblet!

La soflama produce efecto. Despotrica contra modas y criterios, no le importuna quedarse solo, ya lo está, romperá con el mundo entero, si es preciso, hasta que el mundo cambie de sentido. Sublime arrebató que requiere redoble de tambor, y apenas suscita la temerosa aquiescencia de su mujer. En vista de lo cual, cambia el diapasón, y pide que le jure que no está embarazada. El estentóreo *no* de Renée sobresalta a Boucher. Pero no convence al marido que le palpa el estómago, en un grotesco examen. Ella le aparta la mano. El insiste. El censor se altera. Los tocamientos son contrarios a la moral. Finge no ver. Sade tantea ahora los pechos.

—He engordado algo —confiesa Renée—, pero no tanto como tú.

Y, para cambiarle las ideas, le dice que le ha traído un gran bizcocho de chocolate con vainilla, como le gustan a él.

—Si no es bueno, lo devolveré —responde, sin dejar de manosearla, y pide también merengues, confituras, jaleas, *marrons glacés*, pasando, sin transición, a aleccionarla severamente de cómo una señora casada debe ir vestida y peinada. Ni bucles, ni trenzas. Moño y gorro. Ningún indecente escote. Atuendo oscuro. Y nada de paseos ni invitaciones.

Al perder de vista una de las manos del marqués, entre los pliegues de la falda, Boucher se pone en pie para indicar que la entrevista ha terminado. Renée se levanta apenada y Donatio la retiene.

—¿Dónde está Anne de Launay? —le pregunta a bocajarro. Y la esposa se aparta, como si recibiera una bofetada. El tácito pacto de silencio acaba de romperse. El marqués ha dado curso a la frustración acumulada. No ha recibido ni una carta de la canonesa, y él mismo ha querido apartarla de su

pensamiento, conocedor de que cualquier manifestación, por su parte, reavivaría los motivos de la conspiración familiar. Sólo sabe, por Carteron, que Anne ya no vive con su madre, ni en el convento, y tampoco se ha casado todavía con el vizconde de Beaumont. Lo que ignora es que ha muerto hace tres años.

—¿Dónde está tu hermana? ¿Por qué razón ha abandonado Échauffour?

—Por ninguna que te concierna ni que te deshonre —responde Renée, con dolorosa sangre fría.

—¿Sigue enfadada conmigo?

—No. No lo está —contesta secamente la esposa—. Y ésta es la última vez que te hablo de ella. Júrame que no volverás a preguntarme nada más.

A requerimiento de Boucher, los guardias vienen a trasladar al prisionero. Sade se resiste.

—Dime, al menos, cómo es su alojamiento. No hace falta que nombres la calle, ni el barrio...

—Ya es inútil contestar a esta pregunta...

Y Renée se encamina a la salida. Una lágrima brota y se desliza hasta la comisura del labio, donde se desvía para humedecer el mentón, que ella se seca con el reverso de la mano, como si fuera sudor. Su púdico proceder es inútil, ya que nadie la ve. Actúa sólo ante sí misma, para no desfallecer.

Sade, en su celda, recapacita. Renée es su única aliada, su amiga, su cómplice y compañera. Sólo es feliz cuando se ocupa de él y para él. Eso dice ella y ninguna de sus acciones lo desmiente. Ha sido torpe e injusto. Ha malogrado el encuentro. Ha desperdiciado la ocasión de disfrutar de su presencia, de decirle todo aquello que no puede expresar en su correspondencia, sin que las cartas sean cercenadas o requisadas. Echa la culpa a Boucher. En la próxima visita, exigirá que el censor no esté. Y si no aceptan esta condición, será él quien se niegue a acudir cuando vengan a buscarlo.

Lo que no sabe es que se avecina un cambio de decorado. Y de escenario.

EL RAYO caído en la torre ha sido un aviso. La prisión de Vincennes tiene los días contados. Han pasado cinco años desde el ingreso de Sade, y sólo quedan tres presos en el *donjon*. Un conde, a quien su familia mantiene recluido, otro conde, demente irrecuperable, y el marqués. Pocos inquilinos para una institución tan onerosa.

Soplan vientos turbulentos, se producen temblores de tierra en diversos lugares de Europa, y las temperaturas descienden súbitamente bajo cero. Densos y extensos bancos de niebla se expanden en Provenza. La Coste asoma la cresta sobre nubes. Grajos y cornejas siembran sus graznidos a ras de tierra, el batir de sus alas ahuyenta a las ovejas que vagan perdidas sin dueño. Famélicos perros merodean.

Renée no sale del castillo, pasa las horas sola en el salón. Al amanecer ya es de noche, el día entero es un largo anochecer. El tiempo discurre sin ruido, salvo el crujir de la madera, dilatada por la humedad, el chisporroteo de las velas, antes de apagarse, y el crepitar de los leños en la chimenea. El telón, al fondo, permanece echado y la esposa no osa asomarse al otro lado. Por temor a la ausencia.

En sus cartas, el marqués se queja de que Rougemont intenta envenenarle. Come, por precaución, huevos pasados por agua, ya que es el único alimento imposible de corromper, según él. Las gallinas de La Coste ni ponen ni cacarean. De no mediar esta circunstancia, Renée comería lo mismo que él. Cumpliendo las prescripciones maritales, se viste de negro y deambula sonámbula, como un burdo remedo del fantasma de Laura. Nunca se sintió tan cerca de su marido. Ni cuando compartía, en el sótano, su desenfreno, con la firme voluntad de estar siempre con él, en lo malo y en lo peor. Le pertenece entera, como la hierba a la niebla que ha engullido el altiplano.

A consecuencia de un parto, muere Gothon. Su gran culo asciende al cielo. Si Dios lo sienta a su diestra, tendrá que desplazar el trono para hacerle

sitio, piensa desconsolado Carteron. Ululan lúgubres presagios. Sobrevienen inundaciones y, siniestra señal, balan las ranas y croan los corderos.

En París, la lluvia apaga el incendio de la Opera, antes de que el fuego se propague por la ciudad. Se habla de milagro. Sin que nadie sepa, a ciencia cierta, si el designio del cielo ha sido la lluvia o el incendio.

Ninguno de estos prodigios escapa al Señor Seis, mientras Luis XVI, comprueba con aprensión la resurrección de Voltaire, y saca la conclusión, algo tardía, de que los fuegos fatuos del autor muerto son más peligrosos que los fatuos juegos del autor en vida. De los barrotes de la cuna a los barrotes de la cárcel, ése debiera ser el destino de todo escritor nacido. Y de la pluma a la hoguera, el de toda idea. Añora los cadalsos de antaño alzados en la plaza pública para la quema de libros, tras ser impregnados con brea. Aborrece la tinta y la imprenta que propaga su fuego, cuya llama voraz ni la sangre apaga. ¡Cadalsos para preservar la cabeza no deja de resultar una irónica premonición en un rey que ya carece de ella! Dice y se desdice, hace y deshace lo hecho, y su enfermiza indecisión acelera el caos moral y legislativo del gobierno. La filosofía es veneno. Hasta el pueblo se atreve a pensar. Cunde el descontento.

Los presos de la corona crean controversia. Se resuelve estudiar caso por caso y dejar en libertad a los que hayan cumplido suficiente condena. La medida está llamada a apaciguar los ánimos y ahorrar dinero al Estado. El barón de Breteuil, ministro de la Casa Real, llevará a cabo, personalmente, la prospección. Los delitos de libertinaje serán contemplados con benevolencia, los asesinos arrepentidos tendrán su oportunidad, los locos dependerán de su estado actual, ladrones y estafadores podrán quedar libres o ver abreviadas sus penas, pero para los hombres de letras, cuyas obras se consideren perniciosas para la sociedad, no habrá piedad.

Louis-Auguste Le Tonnelier, barón de Breteuil, se entrevista a solas con Sade en la celda número seis. La encina de Échauffour destila sombra. Tras la ventana, la Presidenta acecha. En la rue du Roule, Marais sueña con volver a cabalgar por Normandía. Le Noir, Rougemont y Boucher se juegan a los naipes el destino del prisionero. Las cartas están marcadas con lápiz rojo. Hay un cuarto jugador, sentado a contraluz. Vestido de gris, rostro enjuto color tierra y blanca peluca con bucles a la altura de las orejas y coleta en el cogote. Es el capitán Jourdan Delaunay, marqués y gobernador de La Bastilla. En La Coste, Renée reza al rey, mientras su esposo y el barón agitan sus dados en Vincennes.

Por el resquicio de un cristal roto, tras serpentear entre las rejas del ventanuco, un jirón de niebla se cuela en la celda y flota al desgaire, como veleidosa voluta, entre los dos hombres sentados.

—Ambos somos nobles de origen —recuerda el barón de Breteuil—, no pertenecemos a esa caterva de advenedizos que ostentan títulos recientemente adquiridos con dinero o adulación, ¡nosotros compartimos una vieja cuna!

—¡Muy grande debe ser esa cuna para que en ella quepamos los dos! —observa sardónico Sade, aludiendo a las respectivas barrigas. El barón ríe a regañadientes el irreverente rasgo de humor.

—Os seré sincero —dice—, he leído vuestros escritos y comparto muchas de vuestras opiniones religiosas, soy un ferviente admirador de Voltaire. Aunque creo como él que, si Dios no existiera, habría que inventarlo. No veo por qué os obstináis en demostrar la inexistencia de algo cuya existencia es indemostrable, cuando sabéis que eso os perjudica y, además, no importa a nadie. Dada vuestra cultura e inteligencia, deberíais evitar estas cuestiones que no son del gusto del rey.

—¿Insinuáis que el rey está también al tanto de mis opiniones?

—No se trata sólo de opiniones, sino de obras que atenían contra el Estado y las buenas costumbres y escandalizan a quien las lee.

—¿Y quién las lee?

Le Tonnelier, suspicaz, se lo piensa dos veces antes de contestar.

—Aquellos cuya misión es salvaguardar la moral y los intereses de nuestro gobierno —enuncia con la prosapia de su rango y ministerio.

—O sea, según vos, funcionarios honorables y responsables, dotados de criterio y buen gusto, que saben distinguir lo bueno de lo malo y cuyo trabajo consiste precisamente en impedir la difusión de unos manuscritos que me han robado y retenido como vulgares ladrones.

—Su criterio puede resultar, en ocasiones, equivocado y, desde luego, su buen gusto dudoso, pero cumplen con su deber —puntualiza el barón.

—Pues si confiamos en su eficacia, no existe posibilidad alguna de que mis obras, en sus manos, puedan dañar al Estado o a las buenas costumbres, salvo que ellos las divulguen indebidamente y contra mi voluntad o vos las hagáis llegar al rey, provocando el escándalo que queréis evitar.

El ministro aprecia la astucia del razonamiento. Acostumbrado a tratar con toda clase de criminales, agradece habérselas con un hombre cuyo talento le seduce, a pesar de su execrable carácter.

—Sabéis que he venido como amigo —declara con cautela— Mi padre fue amigo de vuestro padre y yo he prometido a vuestra esposa que haría todo

lo que estuviera en mi mano para obtener vuestra libertad, pero vos debéis colaborar.

—¿Cómo?

La estela de neblina se mantiene suspendida a la altura de las pupilas, nublándole la mirada. Sade la deshace de un manotazo, haciendo que se diluya desgajada en el haz de luz que surca la estancia Le Tonnelier abre un portafolios.

—Firmaréis una pública retractación —dice.

—¿Pública retractación de obras no publicadas?

—Es una simple formalidad.

—¿Y debo retractarme de todo o sólo de una parte?

—Un gesto de arrepentimiento será suficiente —sugiere magnánimo el barón.

—¿Y cómo se firma un gesto?

—Boucher ha redactado el documento.

La sola mención del odiado censor exaspera a Sade que, ante los atónitos ojos de su interlocutor, derrumba con la pierna tumefacta diez volúmenes apilados de viajes del capitán Cook, poniéndose en pie, entre la polvareda y el estruendo, con un alarido de dolor y rabia que hiela la sangre del barón. Los nueve satélites de Júpiter giran vertiginosos en torno al astro convulso que escupe virulentos rayos y furibundos truenos. De Breteuil cierra el portafolios y se dispone a ganar la salida.

—¡Deteneos! —ruge Sade, y el otro obedece.

El polvo asciende hacia el ventanuco escalando parsimonioso la franja luminosa, que separa ahora a los dos hombres.

—Sentaos —propone el marqués, predicando con el ejemplo y frotándose la pantorrilla. La calma ha vuelto tras la tempestad, pero el barón prefiere mantener una prudente distancia.

—Entiendo que os negáis a firmar —dice.

—Quiero hacer constar mi extrema deferencia hacia vos —se disculpa Sade, conciliador—. Mi respeto me impide expresar todo el desprecio que me inspira esa garrapata de sobaco de monja, esa sabandija que ha dejado su rastro baboso en mis escritos, ¡y ahora me infligís la humillación de dar por mío uno suyo, bajo el chantaje de la libertad!

—Tranquilizaos. El señor Boucher sólo ha puesto en el papel lo que dictan las ordenanzas y normas que yo mismo he dispuesto, como trámite burocrático para la excarcelación.

—No reconozco más normas ni ordenanzas que las que dicta la naturaleza a través de los deseos.

—En ese supuesto, rechazaréis igualmente la sintaxis y otras normas gramaticales cuando escribís.

—Las aves migratorias en el cielo se organizan como las palabras en el papel —responde Sade, recurriendo a la retórica.

—¿Pretendéis que escribir es un acto natural? ¿O sólo escribís cuando no podéis realizar vuestros deseos?

—Realizo mis deseos escribiendo.

—Por tanto, sois culpable en intención de los hechos que escribís. — Nadie es culpable de los actos que no llega a realizar.

—¡Porque la cárcel os lo impide!

—Como a vos os lo impide la moral, que sólo es la opinión de los demás.

—Ése es, señor, el principio de convivencia.

—Ése es, señor, el principio de *conveniencia* —remeda Sade.

—Vuestra insolencia está dando al traste con vuestra conveniencia. — Llamáis insolencia a la sinceridad.

—Llamáis sinceridad al cinismo.

—Que es mejor que vuestra hipocresía.

El barón, ofuscado, se sonroja. Y no precisamente por pudibundez.

—Os recuerdo que mi libertad no está en juego, sino la vuestra.

—Vivir de forma contraria al pensamiento no es libertad.

—Vivir de forma contraria a las leyes es delito.

—Son las leyes las que crean al delincuente. Sin leyes, no habría crimen. Y, sin religión, no existiría el pecado. Son las leyes y la religión las que nos hacen pecadores y criminales.

—Sois un sofista, marqués.

—Y ¿ésa es la razón por la que estoy en la cárcel?

—No. Pero es la razón por la que yo no puedo aconsejar que os saquen de prisión. No estáis arrepentido...

—¿De qué? ¿De haber azotado algunos culos de putas?

—Vuestro libertinaje ya ha sido castigado, pero deploro comprobar que vuestro comportamiento ha empeorado.

—¿De qué han servido entonces los años de encierro? Debéis culpar a vuestros carceleros, no a mí. Es el fracaso de vuestro sistema el que debe ser juzgado y no yo.

—Sospecho que un sistema mejor os haría todavía peor. Habéis aprovechado las buenas disposiciones de Malesherbes para escribir

atrocidades y dificultáis ahora mi cometido con vuestra desvergüenza, ¡ahora comprendo al pobre Boucher!

—¡El patituerto baila con el cojitranco!

El barón, que rellena con guata sus calzas para disimular las piernas zambas, se da por aludido.

—¡Habláis con un ministro del rey!

—Habíais venido como amigo, eso dijisteis —le recuerda el marqués—. Pero si me habláis como representante de la corona, tendréis que escucharme a mí. Carece de autoridad moral quien mantiene a bastardos como Rougemont al frente de una prisión de Estado, no corresponde a un miserable pordiosero erigirse en censor de los mismos vicios que él practica en grado más repugnante, prostituyendo a su mujer y maltratando a los presos, sustrayendo el dinero de las comidas y prohibiéndome pasear, leer y escribir...

—¡Castigo que merecéis con creces!

—¡Preferiría que me cortasen los dos puños a no prestar a Francia el servicio de informarla de tales abusos!

Y el Señor Seis pisa el recuadro enrejado, que el ventanuco proyecta en el suelo, rompiendo la barrera luminosa que le separaba de su antagonista, y provoca el retroceso de éste hasta dar con la espalda en la puerta, mientras sigue hablando a borbotones.

—¡Desvelaré todos los horrores, todas las tramas odiosas, todos los complots elaborados por vuestros abusos y rapacidad!

—¡A mí la guardia! —grita el barón, perdiendo la compostura y golpeando la madera hasta despellejarse los nudillos.

—¡Vos y Rougemont sois los esbirros de la presidenta Montreuil! —clama, en pleno delirio, el prisionero, y el nombre de la suegra exacerba aún más su cólera, amagando abatir de un zarpazo al desarbolado ministro, en el momento mismo en que cede la puerta de la celda y los carceleros se interponen, reteniendo con barras de hierro al marqués y propiciando la retirada y fuga del barón.

—¡La presidenta Montreuil es sobrina de un granuja condenado por robos y malversaciones y tiene un abuelo ahorcado en la plaza de La Gréve! —se desgañita Sade acogotado—. ¡Esa perra ha parido ocho bastardos y ha sido la alcahueta de todas sus hijas! ¿Quién es ella para reprimir defectos de temperamento que nadie puede dominar y que nunca han hecho daño a nadie?

Louis-Auguste Le Tonnelier, barón de Breteuil, ministro enviado por Luis XVI, llega sin resuello a la Sala del Consejo donde Le Noir, Delaunay, Rougemont y Boucher aguardan su veredicto. Bebe un trago de vino frío en

jarra de barro, antes de tomar asiento y recorre luego con una mirada desvaída a los allí congregados.

—Capitán Delaunay —dice pausadamente—, he comprobado que en La Bastilla el número de los que forman parte de la administración es mayor que el de prisioneros.

Delaunay asiente, algo inquieto.

—Somos quince, señor —precisa—. Y, en la actualidad, tenemos diez presos.

—A los que debemos sumar el conde de Solages, cuya familia paga para que no sea liberado, y el conde de Whyte de Malleville, cuya demencia le impide vivir en sociedad —añade Rougemont—. Ambos serán trasladados de Vincennes, hoy al anochecer.

—Hacen doce —suma Boucher.

—Serán trece —anuncia, escueto, el ministro.

SAPOS. Eso son para Sade sus nuevos carceleros. Todo el mundo le da órdenes, se lamenta. Vive con la mierda al cuello, incrimina. Tiene que barrer y hacer la cama, rezonga. La celda es todavía más angosta que la de Vincennes, constata. Apenas puede moverse, deplora. Pasa frío, gime. La carne es dura como arnés de burra, protesta. Los paseos cortos y a punta de fusil, acusa. Por un patio infecto que huele a cocina, precisa. Dice estar desnudo. Reclama ropa. Camisas, pañuelos, toallas, zapatillas, gorro, bata, corbatas y libros.

Le han encerrado en el segundo piso de la torre llamada, hiperbólicamente, de la Libertad. Ha dejado de ser el Señor Seis. Ahora se autodenomina marqués de la Segunda Libertad de La Bastilla. Pomposo título que haría las delicias de Carteron. Allí se prolonga su cautiverio, por orden del rey, dictamen de Breteuil, consejo de Le Noir, informe de Rougemont, testimonio de Boucher, designio de Mme. de Montreuil.

Pero sus quejas son exageradas. Renée tiene permiso para verle una vez cada quince días y le provee de todo cuanto necesita, incluidos los pasteles de vainilla y chocolate, los frascos y estuches, y plumas, cuadernos, relatos de viajes y piezas de teatro. La comida no es tan mala. Excelentes potajes, costillas empanadas, huevos frescos manzanas asadas, vino y licores. No en vano su esposa paga puntualmente la manutención y las atenciones médicas que su organismo requiere. No sólo se trata de sus tres ojos, aludiendo a un tercero que no es precisamente el de los lamas, sino también de su garganta y su tráquea, a veces escupe sangre, y sobre todo de la pantorrilla, que se le hincha monstruosamente. Se jacta de tener la pierna más gorda de París.

Además padece vértigos y síncope. Durante sus cotidianas masturbaciones, le cuesta eyacular. Para colmo de males, el prisionero de arriba no le deja conciliar el sueño. Desde medianoche hasta las ocho de la mañana, su vecino aúlla y cocea, vuelca y rompe muebles y objetos. El maldito duerme de día y galopa y vocifera de noche. Sade exige, y consigue,

que le cambien de habitación. Otra, en el sexto piso, con más luz. Así es súbitamente ascendido a príncipe de la Sexta Libertad.

A pesar de los ojos enfermos, de la pierna inflamada, del pecho congestionado y las sempiternas almorranas, escribe. Sus múltiples achaques le impiden pensar en cosas peores, se consuela. Y sus fantasías le ayudan a paliar sus achaques. Hostigado por el sufrimiento, contrapone la escritura libre a la falta de libertad. Y, más que nunca, el pensamiento se hace acontecer. Y el acontecer teatro.

Extraño teatro descrito y circunscrito a folios de once centímetros, pegados uno a continuación de otro, formando un rollo de doce metros, cual interminable bando de pregonero, surcado a lo ancho por renglones, paralelos y reiterados, de letra microscópica que desafía la retina, en el que los hechos enumerados se desenredan en espiral, a partir del núcleo tubular por donde Sade se ha adentrado en El Espejo de Edas, para aventurarse solo por la angosta senda alfombrada de papel, en regresión ininterrumpida hasta Saumane, el castillo de su infancia, cuyos recovecos reconoce, entre rumores del recuerdo, antes de acceder, a caballo del tiempo, al rudimentario decorado de La Coste, primera propuesta fracasada de hacer plausibles sus juegos prohibidos, enseguida compelidos a la clandestinidad de los sótanos, como preámbulo de las prisiones de Vincennes y La Bastilla, donde sus irrepresentables fantasmagorías se ven abocadas a desembocar en los cauces, más intangibles, de la novela, cuyo curso divide en esclusas, preservando, para mejor exceder, la convención teatral que, recurriendo a la metódica utilización de las cifras, dota de arquitectura, confiriendo a su desmesurado delirio el orden cuasi físico, pétreo e imaginario, que acantona la dispersión. Saumane, La Coste, Vincennes y La Bastilla se fraccionan y funden, vislumbrándose en el reverso del Espejo de Edas como una sola fortaleza inexpugnable, en un país de su invención, sin ley ni religión, donde todo crimen queda impune: el castillo de Silling. Así lo llama.

Por fin está en un sitio a su medida, que no es Francia, ni Roma. Un lugar seguro, al fondo de un bosque inhabitable, entre rocas, en lo alto de una montaña, cuya cima ocultan las nubes, rodeado de muros de treinta pies de altura y profundos fosos llenos de agua. Así lo imagina. Sólo los pájaros del cielo pueden llegar hasta allí. Y, por si las precauciones fueran pocas, hace cegar con piedra todas las puertas, para que nadie pueda entrar ni salir. Recorre las estancias con los ojos de la mente, cerciorándose de que todo está a punto para que la función comience.

Cubre de terciopelo negro con franjas de oro el suelo del salón semicircular, reservado a las orgías, y forra también, con la misma tela, el sillón del trono que se alza entre dos columnas, y desde el que la mujer designada como *historiadora* se hará oír, excitando con su relato la lubricidad del auditorio. Dispone cuatro anchos espejos en los nichos azules que hacen las veces de anfiteatro, cumpliendo así las expectativas del sabio Collini. Al pie del trono, están las gradas destinadas a las criaturas objeto del libertinaje, cuyos exóticos atuendos, de gasa y tafetán, han sido confeccionados para que, retirando un solo alfiler, queden completamente desnudas, sin que prenda alguna estorbe al desenfreno. La previsión del marqués no deja nada al azar. Ni los vestuarios, debajo de los nichos, ni los instrumentos de castigo, colgados de las columnas, ni el gabinete secreto, para determinadas prácticas privadas, ni las cocinas, en la planta baja, con víveres en abundancia. Y, como avieso colofón, un templo cristiano que oculta, bajo el altar, una estrecha escalera de trescientos peldaños, por la que se desciende a un calabozo, en las entrañas de la Tierra, cerrado por tres puertas de hierro, en el cual se encuentra todo *lo que el arte más cruel y la barbarie más refinada haya podido inventar de más atroz*

Ya sólo le queda advertir al lector de que *prepare su corazón y su espíritu al relato más impuro que jamás haya sido hecho desde que el mundo existe*. Tan rimbombante afirmación no es, en modo alguno, exagerada. El marqués de Sade es absolutamente consciente de que nadie, antes que él, ha llegado tan lejos y nadie, después de él, osará darle alcance en la visión pormenorizada del horror que aniquila toda esperanza de ser algo más que una conjunción de órganos generados en un vulgar acoplamiento. Esa es su venganza. Pero también sabe que sus ideas, más allá de toda opinión, sobrevivirán a la destrucción de los órganos que las han segregado, acordes con la naturaleza. Esa es su filosofía.

Hay alguien dentro del castillo, presencias desvaídas, impalpables, que pronto cobran miembros y nombre, vienen de muy lejos o de demasiado cerca, el viaje ha sido largo o siempre han estado allí, parásitos de su mente, hijos de sus ideas, o habitantes de otros mundos que le sugieren o dictan lo que piensa, desde el recóndito interior de su ser o desde fuera. Los reconoce, antes se expresaban a través de sus actos y ahora, entre los muros de su prisión, son huéspedes, sumisos o iracundos, que le exigen acción y reclaman existencia, con el subterfugio de considerarse personajes de una obra y pertenecerle, en consecuencia. Artero proceder que, erigiéndolo en autor, lo pone al servicio y merced de una cohorte de fantasmas sedientos de la tinta de

su tintero y del flujo de sus arterias, bajo la égida del espejo, donde sus imágenes se han dado cita, a la espera de encamarse y confluir en un solo cuerpo, dejando de ser anónimo regurgitar de tinieblas que mueven y gobiernan, desde sus remotos orígenes, a la humanidad entera. Sólo necesitan la disponibilidad desesperada, la terca rebeldía, de un ser, desarraigado y solitario, como el marqués de Sade, para manifestarse a plena luz en el territorio de la conciencia, usurpando el bastión de la razón y el poder de la palabra. Súbditos o tiranos, se revelan cómo vísceras disfrazadas con atuendo teatral y desenmascarada desnudez, que ejercen las tareas encomendadas por el organismo narrador, implantando la lógica biológica que los rige y el impulso y calor de la sangre que los riega.

Por tortuosos conductos intestinales transita la inspiración<sup>^</sup> como una ventosidad reabsorbida, en trayectoria ascendente, subvertido el itinerario en el reflejo de El Espejo de Edas, donde Sade penetró por el ano de las catacumbas, aventurándose, entre materia fecal, disolventes digestivos, contracciones hepáticas, úlceras y ácidos del tubo esofágico, resoplidos del fuelle pulmonar, pulsiones del corazón prisionero, nauseabundas arcadas de garganta, hasta acceder a la masa del cerebro, forrado de terciopelo negro como el trono de la *historiadora*, encerrado en la mazmorra del cráneo, sin más salida que la mirada, entre rejas, de sus ojos dolientes. Desde ese antro, en lo alto, pergeña y construye la estructura y estrategia que impondrá tétrico orden y control teatral al caótico relato, antes de descender los escarpados trescientos escalones, por la boca del volcán, hasta el cráter del sexo, que se abre y expulsa sobre el tapete del papel, los cuerpos y sus partes, senos, vulvas, culos, penes, y sus húmedos efluvios, saliva, sangre, orina, heces y semen, apetitosa pitanza de palabras en un festín, donde el fuego es alimento, y la carne leño crepitante;

Eclesiásticos y aristócratas libertinos, mil veces más degenerados de lo que el marqués ha osado ser, asistidos por alcahuetas y gobernantas, cuya maléfica influencia y capacidad de maniobra superan la de su suegra, la señora de Montreuil, disponen de doncellas desvalidas y chiquillos de impoluta inocencia que se someten a meticulosos exámenes lascivos, a manos de lúbricos y decrepitos vejestorios de macilento pellejo y fétido aliento, antes de ser desflorados por verdugos, a los que no sacia ninguna atrocidad, incluidas las torturas y muertes más espantosas, para delectación de la depravada concurrencia participante, por turno, respetuosa siempre de los estrictos horarios, formas y normas establecidas en el reglamento de Silling, durante diecisiete semanas de estancia. Nada escapa a la organización, ni al

precepto de *ser virtuoso en el crimen y criminal en la virtud, sin que jamás el arrepentimiento venga a enturbiar el placer*. La filosofía modela la conducta. La ley es una vulgaridad que sólo debe recaer sobre el pueblo. No es suficiente practicar el mal, es imprescindible, sobre todo, *nunca hacer el bien*. Resultando demasiado simple la atracción por la belleza, los espíritus más ardientes prefieren siempre la fealdad, razón por la cual ha sido previsto un elenco de ancianas malolientes, monstruos o personas contrahechas, además de cabras, pavos, perros, cisnes, simios, vacas, caballos, ovejas, gatos, ratas y serpientes. Ninguna aberración, por impensable que parezca, deja de ser ejecutada hasta sus últimas consecuencias. Basta una hostia consagrada, un padre y una hija casada, para reunir incesto, adulterio, sacrilegio y sodomía en una sola y abominable exhibición.

Así concibe Sade El Espejo de Edas. Un retablo aterrador donde el sexo es antesala del crimen, y la agonía culminación del pacer. Se alimenta, al decir de Shakespeare, *de la muerte que se alimenta de los hombres para, una vez la muerte muerta, no morir*. Enigmática receta que le produce desmesurada energía, como la naturaleza que crece y se renueva en la putrefacción. Crea y recrea, con febril efervescencia, agrade al celador que se atreve a interrumpirle y arrostra las represalias con ruidosa rabia que le acarrea mayor castigo, reproduciendo, sin tregua, el consabido repertorio de Vincennes.

Ahora son el alcaide Delaunay, el mayor Losme, y un rufián llamado Lossinote, *el lacayo más estúpido e insolente que ha visto en su vida*, los destinatarios de sus injurias, junto con la pobre Renée, a la que increpa frecuentemente, en el transcurso de sus visitas, olvidando buenos propósitos, y retomando la retahíla de reproches, a los que ella responde reiterando su amor y recordándole que sólo espera el día en que, recuperada la libertad, ambos puedan dedicarse a *ocupaciones que contribuyan a su felicidad*, si bien le advierte que no está dispuesta a renunciar a sus deberes religiosos, aunque promete no intentar convertirlo, sin por ello cesar de pedir al cielo que eso suceda. Jura y perjura que se sentiría culpable de experimentar cualquier satisfacción que no fuera compartida con él, y asegura que la sociedad la aburre, afirmación que da cuenta veraz de su estado de ánimo. Hace tiempo que ha dejado La Coste. El castillo, cuyo creciente deterioro parece imparable, ha quedado bajo los esforzados auspicios administrativos del abnegado Gaufridy, a quien ha prohibido tocar los papeles de su marido, celosamente guardados en una habitación sellada. Vive ahora recluida en el convento de las Carmelitas, en París, para estar más cerca del prisionero. Se

ha traído con ella a su hija, Madeleine-Laure, poco agraciada y bastante obtusa, que *quiere más a las monjas que a su propia madre*, se lamenta. Por el contrario, se muestra orgullosa de los muchachos. Donatien-Claude-Armand, el menor y más sensato, a los dieciocho años ha sido ordenado Caballero de Malta, y Louis-Marie, al que la viruela ha dejado algunas marcas en *el* rostro, hasta en eso se asemeja a su padre, tiene vivacidad y petulancia, sabe latín y griego, y devora todos los libros que caen en sus manos. Estas cualidades lo convierten en el predilecto del marqués que, sin embargo, no hace distinciones cuando recrimina a su esposa por haber colaborado con Mme. de Montreuil para arrebatarle a sus hijos. *Os arrepentiréis de lo que me hacéis sufrir por esos horribles mocosos a los que aborrezco tanto como a vos y a todo lo que os pertenece*, llega a escribir, en una ocasión, *bajo los efectos de la prisión*, añade. No en vano se define a sí mismo como *imperioso, colérico, impulsivo, extremado en todo, con un desarreglo de la imaginación sobre las costumbres como en la vida se ha visto nada igual*.

De eso dan fe, en sus exasperados informes, el gobernador Delaunay y el desolado mayor Losme, que advierten del peligro que correría la esposa si se dejara libre al energúmeno, asegurando que la señora de Sade teme por su vida, cosa esta que, aun siendo plausible, no es más que suposición, ya que Renée jamás diría nada que pudiera perjudicar a su marido.

Desmintiendo el miedo que se le atribuye, la marquesa obtiene del barón de Breteuil permiso para visitar al detenido una vez por semana, pero el irreductible marqués rechaza la propuesta, prefiere seguir viéndola sólo dos veces al mes. Bien es verdad que las visitas semanales durarían una hora, a diferencia de las dos que se le conceden cada quincena, siempre y cuando no haya castigos en vigor.

Pero la decisión entristece a Renée y le hace sospechar que los años, unidos a la preceptiva falta de coquetería, han erosionado su, ya de por sí precario, atractivo femenino. Hasta el incentivo de los celos inicia su declive, a pesar de las cóleras que, con más violencia que convicción, todavía suscitan y de algún que otro billete obsceno que Sade le dirige en clave, y que ella considera más producto del encierro y de la fantasía que del deseo hacia su persona.

Busca refugio en su confesor, que prefiere verla muerta a sodomizada por su marido y la previene contra el nefando vicio de tocamientos genitales con picos de gallina, práctica sugerida que a Renée jamás se le hubiera ocurrido, pero que asume como suya para soslayar pecados mayores, a los que ha sido también inducida, y que habrían obstaculizado su absolución. Paga penitencia

por lo que no ha hecho, a cuenta de lo que se ha visto obligada a hacer, y que no dice. Lejos de encontrar consuelo se atormenta. Aun recurriendo a su sentido común, teme haber entregado a Donatio no sólo su vida y su cuerpo, sino su salvación eterna. La defunción de la Beauvoisin, la actriz que la suplantara en La Coste, le impresiona especialmente. Después de conocer su fama y esplendor, imagina a la infeliz pudriéndose en la tumba y retorciéndose en el fuego del infierno. Sus joyas y bienes salen a subasta pública, con la salvedad de un corsé que deja en su testamento, como póstuma irrisión, al inspector Marais.

El policía, haciendo gala de un humor inopinado, cuelga la prenda en su perchero, como el doctor que exhibe una calavera en su gabinete de consulta o el eremita en su cueva, para recordarse a sí mismo la efímera condición de la gloria mundana. Ha visto marchitarse las bellezas más deslumbrantes y desmoronarse en las alcobas las reputaciones más intachables, pero no es un filósofo ni un santo, sino un aburrido y resentido sabueso que echa mucho de menos los tiempos en que cazaba para otro señor. Bajo la omnisciente influencia de María Antonieta, que tiene sus propias fuentes de información y desconfía de los policías de costumbres que no hablan alemán, el rey no presta a Marais ninguna atención. Las intrigas de la Corte se circunscriben a la Corte. Son moneda de cambio que solamente tienen validez en Versalles, territorio inaccesible, en la actualidad, para él. Debe contentarse, por tanto, con el eco de rumores que se expanden de dentro afuera, revirtiendo drásticamente el sentido de su cometido.

La señora Richer está enferma, y es el reposo lo que la fatiga. Nadie se columpia ya en el trapecio de sus piernas, y su coño sueña y añora el ejercicio de antaño. Anne Denesle, por su parte, es demasiado bella para que se casen con ella. No todos los maridos son cabras que gusten reflejar cuernos en aguas de abrevadero. La dama Leroy deja a su joven esposo por un viejo que le ofrece cincuenta libras por mes y un renglón de su testamento. Henriette Dubois vive con un estanquero, cuyo cigarro le da más humo que fuego. Toinette Vallée se fía con un príncipe polaco. La primera noche siente dolor, la segunda placer y la tercera ni dolor ni placer. La señora Mouchet no está de acuerdo con su amante, que la cree nacida para él, cuando ella se cree nacida para otros. El marqués de Louvois encuentra a una mujer honesta que desea dejar de serlo, y su esposa, Mme de Beaulieu, le corresponde en brazos de un caballero inglés.

Estos y otros lances acentúan el hastío del inspector, que sigue esperando, sin esperanza, la llamada de Mme. de Montreuil para hacerle entrega del

abanico prometido, mientras una jovencita austríaca, incapaz de escribir tres palabras seguidas sin cometer faltas de ortografía, se hace representar, en su jaula dorada del Trianon, *Las bodas de Fígaro*, contraviniendo, por pura frivolidad, la prohibición que pesa sobre la obra de Beaumarchais y que su esposo, el rey, accederá a levantar, rectificando, una vez más, sus propias decisiones.

Acumular datos y denunciar casos sin consecuencia es, para Marais, una superflua actividad que apenas se ve resarcida por el orgullo de considerarse servidor de la moral de un país, donde los disturbios crecientes y las intrigas políticas han desbancado los dimes y diretes mundanos. Probablemente, hasta las atrocidades del marqués de Sade habrían quedado impunes, como un remolino barrido por el huracán.

EN EL último piso de los seis de la más siniestra de las ocho torres de La Bastilla, Sade permanece colgado sobre el *faubourg* Saint-Antoine, donde Renée encarga y recoge, con la regularidad requerida, los frascos y estuches de las incesantes prácticas onanistas de su marido. Cada mañana, el marqués se masturba cinco veces y, a la noche, tres. Le preocupa que sus *flechas*, así denomina las eyaculaciones, hayan perdido fuerza, o, incluso, en ocasiones, los disparos se nieguen a salir, provocándole fastidiosos acaloramientos y síncope, que él atribuye al extremo espesor del líquido seminal acumulado cuando la tensión del *arco*, o sea el pene, se ve constreñida por un receptáculo carente de la adecuada flexibilidad. *Es como si la flecha, al ser lanzada, tuviera que atravesar el carcaj*, dice.

Pide a su esposa que consulte el caso a un médico de su confianza, *para que las descargas puedan llegar fluidas a Saint-Antoine*, bromea. De lo que no tiene duda es de que sus obras rociarán París y el mundo entero, tal es el denuedo que pone en la escritura. Romperán el carcaj de la torre que atrinca su cuerpo, tan gordo y torpe que no puede ponerse una camisa sin ayuda, y se desparramarán por un país que padece sus mismas dificultades eyaculatorias, con el consiguiente síncope de gobierno, al que la camisa tampoco le llega al cuerpo. La lógica biológica que rige en El Espejo de Edas, lejos de ser particular locura, se erige en reflejo de toda la sociedad. Como síntoma revelador, se producen, en el *faubourg* Saint-Antoine, pillajes y disturbios. Más de doscientos muertos es el resultado. Diríase que Sade ya ha conseguido salpicar.

La miopía del rey es tan oclusiva como la fimosis que, durante cuatro años, le ha impedido consumir su matrimonio. Al parecer es incapaz de leer los panfletos que circulan por doquier, azuzando a los alzados que, hambrientos y desarrapados, confluyen de las provincias con la intención de saquear y quemar París, *donde cuarenta mil palacios, mansiones y castillos esperan a los más osados*, promete Desmoulins, aventando el aliento revolucionario. La impotencia policial endosa la insurrección a un ejército en

el que cada vez son más frecuentes las deserciones o la connivencia de regimientos con los rebeldes, que a palos y botellazos se enfrentan en Las Tullerías a escuadrones extranjeros, haciéndolos replegarse por cautela, tras desigual escaramuza, hasta los Campos Elíseos. La plebe se pertrecha en armerías y en la sede del Ayuntamiento, y reemprende triunfal la ofensiva furibunda.

Para Sade, todo eso, son nudos de sus tripas alborotadas, una sierpe humana que se desenrosca en su barriga, a partir de la raíz del ombligo, y pugna por salir, como la cobra de la cesta de un flautista hindú. El rasgueo de la pluma subraya la respiración jadeante que, prieta la dentadura, entreabierta la boca y entornados los párpados, ronca en el esternón, eco roto de rugidos de muchedumbre y retumbar de tambor que rueda, calle abajo, brinca y tropieza, dejando tras sí un rojo reguero, rastro de la comitiva de palabras que se persiguen, unas a otras, sin darse alcance, por un curso torrencial de ideas y renglones que subvierten el recorrido en reflejo, reconvirtiendo la filosofía en peripecia, y el horror en literatura, cuyo entramado de letras usurpa la imagen del espejo, hasta que el tonto Lossinote, mozo de llaves, desbarata la libertad, irrumpiendo imprudentemente en la celda para comunicar, por orden del gobernador Delaunay, la suspensión de visitas y paseos, obvia medida de seguridad. El marqués, enzarzado en el papel, regresa de remotas regiones y taladra al intruso con mirada homicida, antes de agarrarlo y zarandearlo por el pelo, tratando de arrancarle la cabeza, sin reparar en los guardias apostados en la puerta que entran y lo derriban de sendos culatazos, abriéndole una brecha en la frente, de la que brota profusa la sangre, embadurnándole la cara y cegándolo. Se arrastra hacia la mesa, para buscar apoyo y levantarse, mientras fuera corren los cerrojos y se oyen voces.

Dolorido y desorientado, tantea sin encontrar asidero y se topa con un objeto alargado y metálico que empuña, intentando utilizarlo a modo de bastón. Es el tubo, con embudo en un extremo, qué utiliza para vaciar el orinal. Se le dobla con la presión y el peso, y escapa de la mano hasta tropezar con la pata de la mesa. El sonido a chatarra le devuelve el sentido de la orientación. El aire de la ventana abierta le da en el rostro. Entrevé, o supone, el rectángulo de luz. Reconstruye mentalmente la habitación entera. Deduce que está en una esquina. A gatas. La conjunción de las paredes coincide, a dos palmos, vertical y paralela, con la ranura de su trasero. A la derecha, recupera, al tacto, la estantería. Recorre, a tientas, con la punta de los dedos, los lomos de los volúmenes que reconoce, sucesivamente, por las peculiaridades de la encuadernación. Los viajes de Bougainville, *Les illustres fiaríais* de Robert

Challe, *Lettres portugaises* de Guillerages, *meilleurs elements de physique* de Buffon, y más allá, excediendo con la memoria la exploración de sus dedos, *Les liaisons dangereuses* de Lacios, la *Logique* de Nicole y el *Système de la nature* de Holbach.

Amigos silenciosos que sólo hablan cuando se les abren las compuertas del zulo donde la fama los ha encerrado. Se sirve de ellos para, trabajosamente, ponerse en pie. Sólo entonces se limpia con la manga los ojos y, a trancas y barrancas, se agacha para recoger el artilugio de orinales y lo saca, abollando la boca del embudo, entre las rejas de la ventana. Lo usa como altavoz para arengar a la gente que pulula por la rue de Saint-Antoine.

—¡Ciudadanos, nos están degollando! ¡El alcaide Delaunay y sus secuaces son criminales! —grita y se desgañita—, ¡El rey os ha traicionado! ¡La Iglesia os roba! ¡La nobleza os asesina! ¡Liberad a los prisioneros! ¡Asaltad La Bastilla!

Al fin, el Señor Seis de la Sexta Libertad logra eyacular toda su lava retenida. Y, por los pasillos del viento, circula incontenible una bola de fuego que arrolla, a su paso, cuanto se interpone y se estrella con estruendo contra los muros de Les Invalides, desencadenando una lluvia abrasadora. Los treinta y dos mil fusiles y veintisiete cañones de sus sótanos caen en poder de los insurgentes que avanzan por Saint-Antoine y rodean La Bastilla.

La fortaleza tiene víveres para resistir un asedio de dos días y sus guarniciones constan tan sólo de treinta y dos suizos y ochenta y dos *invalides*. Los cañones de las troneras están cargados. Un oficial insta al gobernador a retirarlos para no provocar a la multitud. Jourdan Delaunay se niega. Ha nacido allí. Su padre también fue alcaide de la prisión, y él es un militar de carrera consciente de sus responsabilidades. No disparará, si no se ve obligado por las circunstancias. Pero las circunstancias lo obligan. El puente levadizo ha sido bajado. Carros de paja en llamas embisten. Los *invalides* quieren rendirse, los suizos resistir. Delaunay, acorralado, da orden de volar el polvorín. Sus propios soldados, bayoneta en ristre, se lo impiden. El oficial suizo aconseja exterminar a cañonazos a los asaltantes. Delaunay se opone a la matanza. Opta por capitular. Entrega a un emisario la nota de rendición.

Sade, en la celda, ata con cordel sus manuscritos, más de quince mamotretos, y los apila en el suelo, para luego esforzarse inútilmente en separar del muro la estantería, cargada con seiscientos volúmenes, en un ingenuo intento de esconder y proteger su obra, con el propósito insensato de, pasadas las turbulencias, encargar a Renée que se ocupe de la recuperación y

traslado a lugar seguro. Le irrita imaginar a su esposa comulgando en el convento, mientras él hace solo *sus maletas*, inefable eufemismo, ante la inminencia de un viaje de imprevisible destino. Se sabe abocado a salir de allí muerto o ligero de equipaje. Da por perdidos los cien luises que le han costado los muebles, sus trajes con galones y bordados y los libros, algunos muy valiosos, pero se resiste a ver destruidos sus escritos, a los que se aferra con tanto ahínco como a la propia vida. La agitación interior contrasta con la parsimonia que la torpeza y el estupor imponen a sus movimientos. De pronto, la puerta cede, brutalmente desvencijada.

—¡Ciudadano, eres libre! —le anuncia una voz aguardentosa, y él se abraza instintivamente, con desesperada determinación, a cuantos legajos puede abarcar, antes de ser arrastrado, debatiéndose en la salvaje vorágine, escaleras abajo. Su imaginación, descabalada por el acontecer, se hace añicos de cristal y mercurio, repentinamente roto el Espejo de Edas, cuyas fracciones, cortantes y punzantes, hieren ahora más que reflejan, como una legión de agujas o, al decir de Carteron, un enjambre de abejas. Liberadas del pasto de papel, aguijonean sus entrañas. La naturaleza se zafa de jaulas enciclopédicas y la razón se emancipa de la razón. El mordisco precede a la palabra, la acción al pensamiento, la rabia al miedo, el incendio a la llama. Tras trece años de prisión, el marqués desciende a empellones los trescientos escalones de la Libertad. Sin saber cómo, se encuentra en la calle.

La luz le hiere los ojos. Echa a andar, aturdido, a contramarea, vapuleado por el oleaje de cuerpos apelmazados, un océano orgánico en el que se abre paso gracias a la inercia del peso de dos manuscritos rescatados que, obstinadamente sostenidos entre barriga y barbilla, le impelen hacia adelante a modo de peto y ariete contra el tropel. Los restantes siete presos son transportados a hombros de la turba, glorioso tributo del que, mal que le pese, su gordura lo ha salvaguardado. Tristemente, ha abandonado en la celda originales de los que no ha tenido ocasión de efectuar copias y enviar, para su preservación, a La Coste, cuentos, novelas, piezas de teatro, once cuadernos de sus diarios, correspondencia y, sobre todo, su espeluznante visión, bajo el influjo de El Espejo de Edas, de las diecisiete semanas en Silling, obra magna del horror que ha dado en titular *Los ciento veinte días de Sodoma*. Pérdida irreparable por la que vierte lágrimas de sangre, nunca mejor dicho, ya que la sangre, mezclada con el sudor, mana de la brecha de su frente.

El manuscrito cilíndrico rueda, con el tubo de vaciar orinales, a pies de los saqueadores que destrozan enfebrecidos los libros de la biblioteca y se

apoderan del vestuario, poniéndose levitas y pantalones encima de sus sucios atuendos, alternando las chanzas con los gritos de odio.

En medio del desbarajuste, una silueta encapotada se desliza furtiva, como humo entre llamas, y recoge del suelo el compacto rollo de minúscula escritura que se apresura a ocultar bajo la casaca, antes de esfumarse fantasmal. El sigiloso ladrón ha obrado con meditada precisión sin que nadie advierta su fugaz presencia, ni sospeche su identidad.

Delaunay y sus oficiales son llevados, por los muelles, hasta la plaza de La Grève, y abatidos allí a golpes de hoz y pistoletazos, mientras el marqués de Sade prosigue su particular calvario, agarrado a sus legajos, resistiendo la ruidosa riada que amenaza con tragarlo. Y, de repente, sobreviene un súbito silencio. Las fauces vociferan a su alrededor, sin que él oiga, y el choque con las hordas, que avanzan en rumbo opuesto, se transforma en roce continuado, en lugar de tropiezo, a tenor del embotamiento de sus sentidos y de la paulatina disminución de afluencia, conforme se aleja de la fortaleza, cuyas torres se alzan envueltas en humareda.

Un pinche de cocina corta el cuello a Delaunay, con una navaja de bolsillo y las tijeras de un sastre que se brinda a colaborar en la macabra operación. El cuerpo desaparece, ferozmente despedazado. El mayor Losme, al que han cortado ambas manos, aguarda su turno de rodillas. Tras él, llora Lossinote. Le han roto los dientes, al obligarle a tragarse el manojito de llaves que colgaba de su cintura. Los suizos han sido castrados por mujeres que exhiben, orgullosas, sus trofeos. Las campanas tocan a rebato.

Inesperadamente, Sade se encuentra solo. No sabe dónde está. No se detiene. Su giba de bisonte se bambolea, en la espalda encorvada, como si, además de los folios empaquetados, trasladara auestas un saco. El sanguinolento sudor surca su rostro. A veces, se le doblan las rodillas. Resopla fatigado. Se ha aventurado por una calle empinada, bajo la que pasan las alcantarillas de París. El gorgoteo del subsuelo acompaña sus resuellos.

Vísceras y cabezas de carceleros y oficiales de La Bastilla, clavadas en picas, son agitadas, como piltrafas y pendones, a las puertas del Ayuntamiento, donde el populacho reclama enloquecido que les entreguen a un tal Foulon, consejero de Estado a las órdenes de Breteuil, al que acusan de traición. Amenazan con incendiar el edificio, y acaban entrando por la fuerza y sacando a rastras al anciano, de setenta y cuatro años, al que consiguen ahorcar de una farola, tras tres tentativas fallidas, llenándole después la boca de heno, antes de rebanarle el pescuezo y arrancarle el corazón agonizante.

Las manos de Sade se crispan sobre los manuscritos y una hoja se desprende y cae, en lánguido vuelo, al suelo, como el vestido flotante de Anne Fleury de Montauban que, violada y mutilada, es arrojada por la ventana y va a estrellarse mansamente contra el pavimento. Pero la hoja desprendida del manuscrito resulta ser un pañuelo blanco descolgado de un tendedero, que habría sido útil para secar los ojos empañados de haber podido el marqués agacharse a recogerlo.

Un bufido de hoz desgarrar la sotana del preboste Mignon, perseguido por una jauría de campesinos hambrientos, que lo rematan con un pico, y se comen sus sesos.

Los pedazos del Espejo de Edas, esparcidos por Francia, confluyen calidoscópicos en París, mientras Sade sube, acosado sólo por su ansiedad, la rue du Bout-du-Monde. Ese es el apocalíptico nombre del lugar adónde sus pasos casualmente le han llevado y que se le antoja pendiente escarpada, a causa de la inclinación que el peso y el cansancio imprimen al cuerpo.

En su gabinete de la rue du Roule, el inspector Marais desenrolla sobre la mesa el cilindro sustraído de la celda del marqués y penetra, letra a letra, en el castillo de Silling. Pronto se le presentan cuatro monstruos. El duque de Blangis, su hermano el obispo, el presidente Curval y Durcet, en los que reconoce, inequívocamente, a un único personaje: Donatio de Sade, a quien la Revolución acaba de devolver la libertad. Las invectivas sacrílegas del caso Testard, las heridas infligidas a Rose Keller, el envenenamiento de las prostitutas de Marsella, el incesto con su cuñada, los huesos encontrados en La Coste, eran una ínfima muestra de los crímenes que el marqués hubiera sido capaz de perpetrar. Las jornadas de Silling revelan todo el espanto de una mente que reduce al vacío la virtud y a la nada el ser, para justificar y ensalzar la necesidad absoluta del mal. Marais interrumpe asqueado la lectura y enciende el fuego de la chimenea, disponiéndose a quemar el manuscrito. Algo lo detiene. Una paralizante sensación que no le es desconocida. La rigidez de las piernas le impide dar un paso, se queda estúpidamente quieto, a mitad de camino entre la mesa y la chimenea, como cuando descubriera el perro negro en el escenario de La Coste. Le tiembla el labio inferior. Diríase que tiene frío, pero hace calor. El temblor del labio se contagia a sus manos, que sostienen a duras penas el manuscrito enrollado. La presión de los dedos se debilita. Se reblandecen, trémulas, las rodillas. Las llamas trepidan en la chimenea.

En el convento de Saint-Laure, rue Neuve-Saint-Genevieve, también tiemblan las monjitas y Renée comparte sus miedos, a los que añade uno todavía mayor. Está en pecado mortal. Nunca se ha atrevido a contar toda la verdad al confesor. En parte, instintivamente, creyendo con ello preservar a Donatio, ya que, a su entender, una confesión completa y pormenorizada de las barbaridades cometidas y soportadas por sumisión conyugal tendría, en cierta manera, el carácter de una delación. Se sabe protegida por el secreto que el sacerdote está obligado a guardar, pero corren tiempos en que la desconfianza es prudencia. Y, en última instancia, se resiste a ser ella la que denuncie a su marido ante Dios. Por otro lado, amparándose en la reserva autoimpuesta, ha omitido actos infames de los que se siente la única culpable, como el de no haber evitado que el bebé de Nanon muriera de inanición. Nada de esto hubiera sucedido de haber seguido, hace tiempo, los consejos de su madre. Pero Donado la necesitaba, y habría sido una imperdonable cobardía separarse de él, mientras estaba en prisión. Ahora, sin embargo, ha llegado el momento de ponerse en paz con Dios. Avanza, con determinación, hacia el confesionario, y se arrodilla.

Sade alza la mirada al cielo y se topa con un rótulo de hierro forjado en el que, bajo una inoportuna flor de lis esmaltada, reza «Imprenta Girouard». Obsesivamente fijos los ojos en la enseña, diríase que, dormido en pie, sueña con la edición de sus obras. El campanilleo de la puerta le despierta. No ve a nadie. Siente un tibio roce en las pantorrillas. Ha salido un gato a recibirle y frota, ronroneante, el lomo contra sus calzas. El batiente entreabierto le invita a entrar. Convencido de que el destino guía sus pasos, traspone el umbral, seguido por el gato.

Olfatea con fruición el olor a tinta y la maquinaria de las prensas como sacro fulgor. Descubre un grabado erótico preparado en la bandeja para el tiraje, lo que le reafirma en la petulante hipótesis de que no ha sido el azar, sino la providencia, lo que le ha llevado hasta allí. Saboreando, de antemano, su fortuna, tarda en advertir que alguien lo vigila desde el ventanuco de la trastienda. Al pronto, supone que se trata del retrato del dueño. La inmovilidad del rostro enmarcado da esa impresión. Lacio bigote, nariz afilada, antiparras de dorada montura y oblongos cristales, pálidos pómulos y gesto adusto. La penumbra amortigua el relieve de las facciones. Es Girouard. Sale de su refugio y, al comprobar de cerca el desastroso aspecto del recién llegado, se parapeta huraño tras el mostrador. La sangre que mancha la cara no contribuye a tranquilizarle, aunque le alivia ver que el visitante mantiene

las manos ocupadas, sosteniendo, con desusado ahínco, unos manuscritos que lo intrigan de inmediato y alertan su intuición de editor.

—Me llamo Sade y soy hombre de letras —anuncia pomposo el marqués, y deposita los pesados legajos en el mostrador. A pesar de la catadura, el librero cree vislumbrar aristocráticos modales que mitigan su reticencia inicial. La flor de lis de la enseña, reproducida en las sobrecubiertas de los libros amontonados por doquier, demuestran las inclinaciones monárquicas del hombrecillo, y su consecuente respeto por la nobleza.

—¡París se ha vuelto loco! Mis empleados me han dejado solo. ¿En qué puedo servirlos? Veo que estáis herido...

—Acabo de salir de La Bastilla. Me han tenido injustamente encerrado por asuntos familiares, ¿podrías ofrecerme un vaso de agua?

El otro asiente solícito y trae, sucesivamente, un vaso y una jarra, dos toallas y una palangana, para que, además de beber, pueda lavarse, cosa que el marqués hace de buena gana, mientras Girouard, impaciente, corta los cordeles con cuidado de no rasgar el papel.

—Ahí encontraréis todo lo que se pueda imaginar, y más, sobre los excesos de la naturaleza humana —le previene el maltrecho autor, aplicando la toalla mojada a la brecha del chichón. La jactancia hace sonreír amargamente al impresor.

—Mucho me temo, señor, que la naturaleza humana esté a punto de ganar la partida a vuestra imaginación.

LOS FRAGMENTOS del Espejo de Edas corroboran el aserto del librero Girouard.

A la princesa de Lamballe le cortan los pechos y la vulva, y uno de sus asesinos se la pone de bigote para regocijo de la concurrencia. Pero, en opinión del inspector Marais, nada iguala el recuento de atrocidades descrito por el marqués, cuyo manuscrito enrollado ha guardado bajo llave, con el secreto propósito de, a falta de rey, mostrárselo algún día a Mme. de Montreuil y compartir con ella el espanto y repugnancia que la lectura le ha provocado. No ha sido ése, sin embargo, el único motivo que le ha disuadido de convertir en cenizas el manuscrito. Hay algo más. La súbita parálisis ha puesto de manifiesto profundas razones que la razón ignora. Las mismas que lo llevaron a mezclarse con la turba en el asalto a La Bastilla. Necesita a Sade como Sade necesita a Dios para negarlo. El policía es ahora prisionero del castillo de Silling, como antes lo fuera del teatro de La Coste. De nada sirve destruir las pruebas del mal, si el mal subsiste. Toda Francia es Silling. Y también es demasiado tarde para acabar con el marqués, cosa que habría hecho de encontrarlo en su celda. De poco vale eliminar la causa, si el efecto se reproduce irreparable. Recuerda la mantis religiosa, abatida con su sombrero, cuando se dirigía a su primera cita con la Montreuil. Ese atardecer podía haber cambiado el rumbo del destino que maldice. No hay que desdeñar las señales, aunque provengan de un insecto. Contrariando sus proyectos, jura y perjura que nunca volverá a ver a la Presidenta, aunque ella se lo suplique. Un moscardón embiste el cristal de la ventana, obstinándose en atravesarlo con su necio zumbido. El inspector atrapa en su puño a la bestezuela, sin dañarla, abre, y la expulsa al exterior, devolviéndole la libertad que, por tozudez, había perdido. En ese momento, llaman a la puerta. Es un mensajero.

Lejos de allí, en Saumane, el anciano Abad ronca en su lecho, flanqueado por dos jóvenes aldeanas, rubicundas y dormidas sobre su regazo. Una se apoda *Dorée*, por su rubia y ensortijada cabellera, la otra *Foutre en l'air*, Dios

sabe por qué. Ambas parecen sirenas amamantadas por un cetáceo varado en las sábanas, sus cabezas oscilan a tenor de la respiración silbante y pausada. Un tumulto creciente las despierta, haciéndolas colear.

—¡Salvaos! ¡Salvaos! —cantan al unísono, y se rompe el encantamiento. De ser sirenas, tienen ojos desorbitados de merluzas boquiabiertas con el anzuelo clavado en el paladar, y piernas de mujer que zarandean el aire, como un cuadrúpedo patas arriba. Ajeno a la agitación, el Abad se incorpora parsimonioso.

Un tropel de campesinos, armados de azadas, hachas y cuchillos, taponan de sopetón el fondo del pasillo y se detienen, vociferantes y desordenadamente agolpados, cuando la puerta del dormitorio se abre. El Abad aparece desnudo, cubriendo púdicamente sus partes con un libro de Voltaire.

—*Ecce homo* —dice.

El latinajo, el libro, la ausencia de sotana, la entereza de la voz y la somnolienta serenidad de la mirada, desconciertan y paralizan a la horda que no acierta a husmear el olor del miedo. Una vieja deja caer la estaca que empuña y se acerca reverente hasta arrodillarse y besar la mano que el clérigo, en una reacción maquinal, le tiende. Precisamente la que sostiene el libro. Al quedar al descubierto los órganos genitales, ante las mismísimas narices de la beata reclinada, ésta retrocede horrorizada. Debido al pavor disimulado, el Abad está en estado de erección. El mágico estupor se desvanece. Sobrevienen las chanzas. Los campesinos se enardecen. Enarbolan las armas, ante la inalterable impavidez del sacerdote, aparentemente resignado al sacrificio. Pero algo sucede que inmoviliza de nuevo a la chusma, conteniendo sus ansias homicidas. Por la puerta abierta del dormitorio, una densa humareda gana el pasillo, envolviendo la figura del Abad en negros y providenciales nubarrones. Del interior de la habitación llegan los gritos de las dos mujeres.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Arde el castillo!

Unas oportunas llamaradas vienen a confirmar sus palabras, y la cohorte de patriotas retrocede en desbarajustada huida, perseguidos por el humo que la comente impulsa escaleras abajo.

Perdiendo la compostura, entre toses y estornudos, el Abad vuelve a la habitación y, como un energúmeno, desgaja la puerta del armario y la descarga, reiteradas veces, sobre el colchón, para aplacar las llamas, con la ayuda de las dos sirvientas que, en paños menores, vierten cubos de agua.

Extinguido el incendio, el señor Abad se dispone a emprender la fuga por un pasadizo oculto tras las sotanas colgadas en el armario. Dorée le recuerda que va desnudo, y le ofrece su vestido y gorro, que recoge del suelo. A falta de vestimenta a mano que no delate su condición y dada la urgencia que el caso requiere, el Abad acepta las prendas femeninas, antes de abrirse paso entre las sotanas, que se cierran tras él como un telón, y adentrarse por el túnel secreto.

A través de la idílica campiña provenzal, con las faldas alzadas y las peludas piernas al aire, tocado con ridículo gorrito orlado, el Abad galopa. Un jinete le sale al paso. Es Carteron. Al comprobar las trazas del sacerdote, suelta una carcajada que ofende la dignidad del prelado.

—¡Perdonad, señor Abad, no os había reconocido! ¡Precisamente iba a Saumane para advertiros de que están asaltando La Coste! ¡Venid conmigo!

—¿Adónde? —pregunta el otro, con voz alterada por el trote.

—¡Conozco un prostíbulo de toda confianza! —responde el ínclito Dom Quirós.

—¡No es lugar para mí! ¡Ahora creo en Dios!

—¡Mejor! —replica el criado, precediéndole—. ¡Vuestra conversión servirá de ejemplo a las putas! ¡Y encontraréis vestido de vuestra talla!

Este último argumento resulta convincente, y el Abad espolea el caballo, pies desnudos, en pos de Carteron, mientras por los prados de Normandía el inspector Marais regresa, al fin, a Echauffour.

El invierno y la Revolución han devastado los jardines. Marais se dirige, con la montura de la brida, hacia el cenador abandonado. La techumbre de parras ha desaparecido. La estructura de hierro desnuda sostiene sólo desolación. La mirada sueña siluetas que la ausencia desdice. La encina enmudece al paso del caballo. En el estanque sucio no hay peces. Los setos han sido quemados. El sol rastrea el suelo sin sombras. El viento susurra silencios. El inspector temeroso pasea de soslayo, disimulando su ansiedad. Se desvía del lugar de la cita, para retardar el momento del encuentro, por miedo a que ella no esté. ¿Y si todo fuera una broma cruel? La sospecha lo acuda, la inseguridad lo invade. Él mismo ya no es el de antaño. El arado del tiempo ha surcado el rostro y encorvado la espalda. El tinte del cabello no encubre los rasgos fatigados. El hastío prolongado ha amortiguado el brillo de los ojos y abatido la comisura de los labios en un permanente mohín de amargura. Esconde en el bolsillo de la casaca el incipiente temblor de la mano izquierda. En la derecha lleva el manuscrito enrollado, a modo de cetro o de mazo. Y, de repente, el triste semblante se sonroja e ilumina. Ella está allí.

Sentada de espaldas a él, ignorando ostensiblemente su llegada. El corazón aletea en la garganta.

—Señora... —murmura Marais, y ella se vuelve y le sonríe por encima del hombro. La edad no ha conseguido paliar la energía de su expresión, apenas un deje de languidez minimiza la insolencia de la mirada. El comisario siente una emoción difusa, al inclinarse turbado para besar la mano de la dama, que se pone en pie.

—Vamos dentro, tengo frío —le dice y, apoyándose en su brazo, lo conduce hacia la casa. El caballo suelto los sigue entre los setos chamuscados —. ¡Ah, Marais! ¡Nuestro tiempo ha terminado!

—Los nuevos y malos tiempos necesitan a los viejos y buenos policías, ¿para qué necesita Mme. de Montreuil al inspector Marais?

—Para apoyarse en él, al volver a casa.

Los muebles han sido cubiertos con sábanas. Baúles abiertos, vestidos y pertrechos en perchas y cajas acechan dispersos por la estancia.

—En París, mi presencia pasará inadvertida.

—Si Madame de Montreuil me lo permite, ¡París es peligroso! —advierte el inspector— Cualquier sospecha es una sentencia, cualquier acusación una ejecución sin juicio... ¿Por qué no España?

—¡No me verán huir de mi país! —dirime la Presidenta, sentándose en uno de los sillones tapados.

—Toda preocupación es poca, porque la confusión es mucha, eso nos favorece, en parte —sopesa Marais—. Aunque confieso que esta responsabilidad me enorgullece y abruma...

—¿Qué responsabilidad? —inquire la Montreuil— Vos no sois responsable de mis actos, no os he llamado para eso.

Marais se siente, una vez más, decepcionado. Ocuparse personalmente de su señora Presidenta lo había exaltado, no sin temor. Ahora vuelve a experimentar desasosiego. Posa el rollo en sus rodillas, para encontrar sostén que apuntale el tembleque de la mano. Mme de Montreuil se levanta, cierra la puerta entornada y descorre las cortinas cerradas.

—¿Sabéis que Renée se ha separado del marqués?

—Lo sé —asiente Marais.

—Le entregó su honor y su vida, le escribió y sostuvo mientras estuvo encarcelado, pero quiso, al fin, ser fiel a sí misma y salvar su alma. ¡Donatío nunca se lo perdonará!

La mención del marqués de Sade alerta al inspector, que se prepara para lo peor y actúa en consecuencia, volviendo a las andadas.

—Ahora vive con una actriz a la que ha retirado de la escena —informa—  
Le paga sesenta libras mensuales.

—¿Cómo es esa mujer? —pregunta la Montreuil, con fingido desinterés.

—Bien parecida, dulce, piadosa, honesta. Tiene treinta y tantos años. Se llama Constance Renelle y estuvo antes casada con un tal Quesnet

Los datos destilan sutil ensañamiento que da al traste con la simulada indiferencia. Ambos han retomado sus respectivos papeles.

—¡Una actriz! —exclama ella despectiva, y el tiempo retrocede. El mismo gesto, idéntica actitud, en similar escenario, arrastra irremediablemente atrás al inspector que revive la misma relación de hace años. Reemprende la reseña de la vida y milagros del señor de Sade que ha conseguido, al fin, estrenar en el teatro Moliere. El ruidoso fracaso le ha llevado a trasladar la farsa a la Asamblea General, donde ha sido nombrado presidente de la Sección de Picas, ¡la misma de Robespierre!, gracias a sus patrióticos discursos. El marqués ha tenido la desfachatez de negar su noble origen y se vanagloria del encarcelamiento de La Bastilla, motivado por sus ideas y proclamas revolucionarias, según él. La Montreuil ríe escandalizada —. ¡Es ridículo! —apostrofa— ¡Donado con gorro frigio, mientras destruyen La Coste!

Marais cree llegado el momento de mostrar el manuscrito que, por precipitación y torpeza, rueda desde sus rodillas, desenrollándose, por el suelo, hasta los pies de la Presidenta.

—¡Vuestro yerno sigue siendo el de siempre! —acusa el comisario—. ¡Ésta es la prueba!

—Os recuerdo que el ciudadano Sade ya no es de la familia —dice la dama, apartando el rollo con la punta del zapato—. ¡Lleváoslo! ¡Ya no me interesa lo que pueda hacer o escribir!

El repudio, contradictorio con las anteriores manifestaciones de curiosidad, satisfacen al policía, aunque lamenta ver frustrados sus íntimos deseos. Se apresura a recoger, en cuclillas, el papel desplegado sobre la alfombra. De improviso, se detiene en seco y, sin incorporarse, mira a su alrededor. La situación ha dado un giro imprevisto que tergiversa sus planes y requiere una nueva estrategia. Se ha propuesto besarla y arrostrar las consecuencias. Duda entre terminar su tarea o levantarse y, aprovechando la proximidad, abrazar a la mujer, que le observa intrigada.

—¿Habéis oído algo? —le pregunta sardónica—. Hay un ratón debajo de la cómoda, lo llamo *Polonio*.

—No he venido a Échauffour a cazar ratones —dice Marais irritado—. Os gusta jugar conmigo, señora. Sabéis que estoy dispuesto a servirlos en todo aquello que me pidáis, pero no soy ningún idiota.

—Desde luego —ataja la Presidenta—, os admiro y aprecio, y confío en vos. Os estoy profundamente agradecida, pero supongo que no reclamáis compensación por vuestros servicios. Si fuera así, os bastaría pedirlo.

—Si me escupierais en la cara, tendría mi merecido —dice inopinadamente el inspector, al que la desairada posición ha exacerbado el victimismo.

—Lo haré, si lo deseáis —responde ella, y se agacha a su lado, como si se dispusiera a cumplir la propuesta. El permanece estupefacto, viéndola mojar el pulgar en la lengua, como si fuera a pasar la página de un libro, antes de trazar una cruz de saliva en su frente. El húmedo contacto excita la audacia del enamorado que cierra los ojos y avanza los labios; ella lo elude—. Para que Dios os libre de los malos pensamientos —dice maliciosa, poniéndose en pie. Marais hace otro tanto.

—Gracias —masculla mordaz—, pero ni Dios ni Mme. de Montreuil podrán impedir mis innobles sentimientos.

Y, dicho y hecho, la atrae hacia sí y la besa, sujetándola con firmeza por la cintura. Ella se deja, pasiva y distante, y cuando la presión cede, retrocede y le disuade, con gesto burlón, de una nueva tentativa.

—Los sentimientos nunca son innobles, si se mantienen en secreto —dictamina, con una desenvoltura que trivializa el incidente y entristece y avergüenza al inspector arrepentido, que hubiera preferido el rechazo a la indiferencia. El rastro de saliva en su frente le abrasa como una afrenta. Pero el juego no ha terminado. Viéndole cariacontecido, la mujer vuelve sobre sus pasos y le acaricia la mejilla, con deleznable piedad, y aproxima la boca al oído del policía, haciendo cruelmente renacer la esperanza—. Ahora sois vos quien me debéis un favor —desliza y, dándole la espalda, se dirige a un aparador enfundado en lienzo blanco.

Alza los faldones y abre un cajón. Marais espera el abanico, compensación que no le resarciría del ridículo, pero aliviaría, en parte, la humillación inferida. La mujer saca un cofre. Demasiado exiguo para el abanico, piensa Marais, sin por ello renunciar a la ilusión de que el contenido le esté destinado. Ella esgrime una diminuta llave. La introduce en la cerradura. La hace girar sin resultado. Dios quiera que no sea dinero, ruega para sus adentros el inspector, temeroso de otro oprobio aún mayor. La cerradura no cede al forcejeo de la llave. La Presidenta se impacienta. Él

aguarda impertérito, pero no resignado. Nada hay tan recalcitrante como la candidez de un enamorado. Puede que la caja aporte algún mágico indicio que desdiga lo sucedido, se dice. Puede que la llave esté hurgando en el corazón blindado de la dama. Se identifica con ella. No con la dama sino con la llave que, de repente, cae al suelo. Acude y la recoge. Se brinda a probar fortuna. La Montreuil rehúye la ayuda, pero le pide el puñal que pende de su cintura. Marais lo desenvaina y ofrece por la empuñadura. Ella lo coge y bromea.

—¿Por qué no intentáis besarme ahora?

—Lo haría si creyera que tenéis valor para matarme —responde él con gallardía, y la Presidenta percibe que dice la verdad. La pasión del policía le produce desazón y, al tiempo, le infunde respeto. La halaga, a su edad, sentirse deseada, pero la asusta inspirar deseo en alguien que, lejos de juegos mundanos, pone en el empeño profundos sentimientos. Con el pretexto de buscar soporte para descerrajar la caja, se aparta y va a situar el cofre sobre el alféizar de la ventana. Al otro lado, el viento mece la encina. Se oye un chasquido. La tapa ha saltado. Marais la ve venir, de nuevo, hacia él, con el cuchillo en una mano y un sobre lacrado en la otra. El cofre, abierto y vacío, queda volcado.

—Nunca os pediré nada más —declara la Montreuil. El sobre, y no el cuchillo, le asesta la puñalada. El inspector ha intuido, de golpe, que no es para él— Si muero antes que Donatio, entregadle esta carta —le insta ella, con exigencia rayana en el impudor—. En caso contrario, quemadla. Pase lo que pase, no la leáis. Prometédmelo.

Incapaz de responder, el comisario baja la mirada, lo que ella interpreta como señal de aquiescencia.

—Confío en que vuestro honor venza la curiosidad —añade la dama— La he escrito hace años, cuando él todavía estaba en Vincennes. Guardadla con vos hasta que yo ya no esté en este mundo y, sólo entonces, dádsela en propia mano. Juradme que así lo haréis.

—¿Y si muriera antes yo? —aventura Marais, ocultando su desaliento. Ella lo fulmina con la mirada.

—¡Os lo prohíbo!

El inspector ha sido adiestrado para obedecer al rey y la dama. Pero las casillas del tablero están trastocadas, como los cristales del Espejo de Edas, que reflejan rotos la Revolución. Sólo le resta la senda que atraviesa, en franja de prieta escritura, la alfombra de Échauffour, y que conduce al castillo de Silling, o sea al teatro. Dando la espalda a su interlocutora, avanza con aplomo hasta pisar el manuscrito, para volverse desde allí, como recién

regresado, por la escala de renglones, de las remotas regiones del pasado. Nada ha cambiado, pero todo es diferente. Al menos, eso pretende él.

—Cumpliré vuestros deseos con una sola condición —dice, como si acabara de levantarse el telón y recomenzara la función.

—¿Qué condición? —pregunta la señora de Montreuil, sin poder reprimir un destello de irrisión anticipada—. ¿Acaso aspiráis a algo más de lo que ya os he dado? ¡Adelante, comisario! Pongo mi cuerpo a vuestra disposición. ¡Tomadlo como habéis tomado mis labios! Poned precio a vuestros favores. No estoy en condiciones de exigir mayor caballerosidad de la que ya habéis demostrado. Por un momento, había creído que seguiríais el ejemplo de los campesinos, que destrozaron el jardín sin entrar en casa, para demostrarme que eran revolucionarios pero no ladrones, ¡como si no fuera la misma cosa!

—Os equivocáis —dice, con entereza, Marais—. Sólo os pido que, la próxima vez que nos veamos, el motivo no sea el marqués de Sade.

—Concedido. No habrá próxima vez.

Las últimas palabras de la Presidenta resuenan todavía en sus oídos cuando, de vuelta en la rue du Roule, deja caer sobre la mesa el sobre lacrado y mete en el armario metálico el cilindro manuscrito. Le obsesiona la idea de que el tiempo es reversible, como un rollo que, al enroscarse, borrara la escritura, conforme desaparece de la vista, y al desenroscarse propiciara, mediante correcciones y tachaduras, la posibilidad de ser reescrito, modificando los acontecimientos a tenor de la lectura efectuada y experiencia adquirida. Como Sade, obligado por las circunstancias, se ve abocado a tomar en consideración la literatura. La vida es sólo un ensayo previo a la definitiva representación. Desafortunadamente no es así. Tiene, ante sí, otra oportunidad de comprobarlo. ¿Abre o no abre el sobre lacrado? Ha prometido que no lo haría. Pero, si no lo hace, nunca conocerá su contenido y eso le escamoteará datos esenciales para su posterior comportamiento. Es verdad que en ello le va el honor, pero el honor es recuperable saltándose atrás un capítulo. Sus engañosas reflexiones aderezan una decisión que ya tiene tomada. Abre el sobre. Y, para su sorpresa, en el sobre hay otro sobre y una nota que le está destinada.

Sabía que lo haríais, y no os lo reprocho. A fin de cuentas, sólo sois un policía en el ejercicio de sus funciones. Esa es la razón que me ha impedido consideraros un verdadero amigo. Espero que esto os sirva para comprender mi reserva y prudencia ante vuestras intenciones, aunque sería injusta si no os dijera que, en modo alguno, os considero un policía vulgar y que todavía

confío en vos. Estoy segura de que no cometeréis la ignominia de abrir este segundo sobre, cuyo contenido sólo debe conocer Donatio. Os lo ruego, os lo suplico, por el amor y respeto que todavía puede inspiraros mi persona y por la esperanza renovada que deposito en vuestra honradez. Con todo el afecto que os profeso y que es mayor del que, en este momento, podáis suponer, Marie-Madeleine de Montreuil.

La mordedura venenosa hace efecto a distancia. La mente confusa, nublada la vista, entumecidos los sentidos, la víctima se rebela, sin embargo, y perdida la dignidad, hace saltar el sello del segundo sobre, desafiando el chantaje moral al que la dama lo somete. La mano que sostiene la carta tiembla convulsivamente. Incrédulo y horrorizado, el inspector Louis Marais se echa a llorar como un chiquillo, de rabia y desolación.

UN RUMOR de mar recorre la concurrencia hasta quedar reabsorbido como ola en arena. El silencio infunde silencio, al cesar el vocerío, y provoca el estupor de una audiencia poco habituada a oír el ruido de sus propias tripas y el chasquido de tablas bajo los pies del orador. Anteojos torcidos, gorro frigio calado y atuendo casi sacerdotal, el ciudadano Sade ha subido al estrado y se dispone a iniciar la lectura de su discurso. El sudor ha empañado sus gafas. Mientras limpia parsimonioso los cristales con el pañuelo, la mirada medio ciega merodea por los rostros difusos, manchas rosáceas tocadas de rojo, orejas enhiestas, escrutadores ojos, bocas entreabiertas a punto de grito, cabezas de un solo cuerpo que exhala un mismo olor a carne reunida. Y, de pronto, unos rasgos de afilado relieve interrumpen la informe sucesión de anónimas facciones desvaídas. Es el incorruptible Robespierre. Pulcramente vestido de azul. La boca tensa, de lívidos labios, mantiene un mutismo ensimismado y, ciertamente, amenazador. El Incorruptible está irritado. El histrionismo del adiposo tribuno, flamante ex prisionero de La Bastilla, le inspira profunda animadversión.

Sade, por su parte, saborea el instante sin prisa. Recurre complaciente a su pericia teatral. Nada es suficientemente apreciado, si no se hace esperar. Sólo los mensajeros llegan, dicen y se van. Es un actor consumado que domina la escena. Nadie osa elevar la voz. La impaciencia cede espacio a la extraña seducción del personaje, y la pausa acrecienta la curiosidad.

—La Filosofía ha acabado con la impostura —habla, al fin—. La farsa de la religión se ha derrumbado...

Adecuado comienzo para un farsante impostor, piensa Maximiliano Robespierre, y los primeros aplausos, propulsados por la prolongada expectativa, se mezclan con voces de aprobación.

—El hombre ha visto la luz y levanta un altar a la diosa Razón —prosigue Sade. Dice bien.

Mademoiselle Aubry, una actriz de la Opera, con gorro rojo y manto azul, ocupa un trono de verdura a la puerta de Notre-Dame, según la alegoría

orquestrada por el pintor David, para pasmo y entusiasmo de los adoradores de la diosa Razón que ha arrasado los restos del feudalismo y los privilegios aristocráticos, desbrozando el camino del progreso. Pero, para Robespierre, la Revolución no ha terminado. Por sus pupilas pensantes desfilan, a retazos, ideas e imágenes que lo abstraen de lo que le rodea, sin que el oído atento abandone su pabellón de celoso centinela.

—¡Ciudadanos, somos libres! —clama el orador—. ¡La Razón ha roto nuestras ligaduras! Hacía mucho tiempo que el filósofo se reía de las bufonadas del catolicismo y, cuando se atrevía a alzar la voz, ¡los calabozos de La Bastilla eran su mordaza!

De la cabeza cercenada de Luis XVI, que empuña en alto el verdugo Samsón, brotan dos surtidores de sangre sobre la multitud agolpada al pie del patíbulo. Maximiliano Robespierre salta atrás para evitar que el recuerdo le salpique. El destello de la guillotina centellea en la retina. Todo lo que se oponga al nuevo orden debe morir. Bajo sombrillas de colores, damas empingorotadas deambulan por los Campos Elíseos. Su tufo a perfume asfixia y ofende el púdico olfato del prócer, que pasea por las aceras aromas de gloria y muerte, rumbo al Olimpo concebido por él y para él. Los cabellos, desteñidos, de María Antonieta se han vuelto blancos, como si el tiempo hubiera acelerado sus pulsaciones. Y Samsón enarbola ahora, por los pelos, la cabeza de la reina. Del cuchillo de obsidiana de los aztecas a la cuchilla de acero de los franceses, ha cambiado poco el ritual, pero la máquina mata más. Las torturas artesanales del marqués de Sade han quedado anacrónicas y la puesta en escena de las orgías de Silling es sobrepasada por la parafernalia de las fiestas patrióticas que el Incorruptible promueve en su intento de reunir los trozos del Espejo roto de Edas y recomponer su propio reflejo en el marco de la Historia.

—La tiranía y la superstición comparten la misma cuna —dice, enardecido, Sade—, ¡ambas son hijas del fanatismo!, instrumentos de sumisión y muerte en manos de esos asesinos e inútiles que llamamos reyes y sacerdotes...

El bello rostro de la diosa Razón, representada por Mademoiselle Aubry en su trono vegetal, se transfigura en calavera, entre seca hojarasca que el vendaval dispersa. La Revolución, desquiciada, deshoja el calendario y una fetidez premonitoria comienza a extenderse por Picpus. La arcilla del subsuelo rezuma putrefacción anticipada, prefigurando un caluroso verano. De nada servirá la cal vertida sobre las fosas de los cadáveres decapitados, cuyas cabezas descabaladas no corresponden a sus propietarios, en un

caprichoso trueque que adjudica la de un calvo bigotudo a un cuerpo de mujer o la de un joven apuesto a un anciano corcovado. El Espejo roto de Edas hace de las suyas. Nimias travesuras que traban la lógica biológica del relato.

—Sí, ciudadanos —afirma Sade—, la religión es incoherente con la libertad. Jamás se doblegará el hombre libre ante los dioses del cristianismo, ¡jamás sus dogmas, jamás sus ritos! Os pido un esfuerzo para destruir todos los prejuicios —propone—. No queremos saber nada de un Dios Todopoderoso que no lleva a cabo todo lo que desea, de un ser soberanamente bueno y que no crea sino desgracias, de un ser amante del orden en cuyos dominios todo es confusión. Releguemos al olvido a un Dios así, como a un juguete de nuestra infancia. ¡Que ni la frívola esperanza del Más Allá ni el temor a mayores males nos detengan! ¡Demos un paso más!

Las soflamas blasfemas apestan, en las papilas olfativas de Robespierre, a flatulencias aristocráticas. Su acendrado puritanismo se rebela a flor de piel. La religión está arraigada en el pueblo. Una cosa es matar curas corruptos y otra, muy distinta, propugnar el ateísmo. Sade se ha delatado. Ese supuesto mártir de la tiranía es, sin duda, un noble camuflado. Urge exterminarlo.

La Asamblea aclama al embaucador y el Incorruptible se guarece en su cáscara de hielo, a la espera de una mejor oportunidad. Ya ve a Samsón exhibiendo la cabeza del traidor, pero la imaginación le juega una mala pasada. Cuando el verdugo muestra su trofeo, el rostro destrozado del ajusticiado no es el de Sade sino el suyo. El Espejo de Edas, incluso roto, pervierte los pensamientos. Maximiliano Robespierre rechaza la visión con un respingo y, en un absurdo lapsus, aplaude al conferenciante, creyendo así conjurar el maleficio.

En Las Tullerías, ahora llamadas Jardín Nacional, hacen guiñol. Un muñeco golpea con su garrota al monstruo del Ateísmo, provocando el patriótico alboroto del público congregado. Un certero capirotazo hace volar por los aires la peluda testuz que unos niños se disputan con algarabía y pasean después, clavada en un palo, al grito de «¡A la guillotina!». La tramoya de títeres rememora el día del Ser Supremo, cuando el incorruptible Robespierre en persona había prendido fuego al monigote del Ateísmo con la antorcha de la Verdad, descubriendo bajo las llamas la estatua incombustible, aunque chamuscada, de la Sabiduría. Esta pueril escenificación había desatado el entusiástico frenesí de los ciudadanos y representantes de la nación, que agitaban ramos de flores, embriagados por un recobrado fervor religioso. Dios resucita por decreto y la guillotina es su nuevo altar. Así lo ha dispuesto el Incorruptible promulgando la libertad de cultos. Pero Sade parece

no darse por enterado. Para él, la historia del judío Jesús sigue siendo una fábula llena de patrañas, donde nada hay de prodigioso, salvo haber paralizado durante siglos la razón del ser humano, *el pueblo ya no se deja seducir con prestigios, ni engañar con mentiras*, afirma contra toda evidencia.

Tampoco advierte la trampa que le tiende Robespierre, al asignarle la indigna tarea de censurar el correo y denunciar las cartas sospechosas, con el secreto propósito de someterlo a prueba, ya que el sospechoso es él. Ajeno a la argucia, el marqués considera el cometido como una muestra de confianza en su fidelidad a la causa revolucionaria. La idea de emular a Boucher significa tomarse la revancha sobre el odioso garrapateador y también le proporciona el inconfesable placer de husmear intimidades, aunque es consciente del peligro que conlleva. Se trata, en realidad, de un juego macabro. La vida de desconocidos depende de él. Basta el más leve indicio de disidencia, un desliz, un nombre, para que el desavisado firmante de la epístola, o personas mencionadas por ligereza, sufran las previsibles y terribles consecuencias. Los verdaderos verdugos no son Samsón. A fin de cuentas, el ejecutor es sólo una pieza más del engranaje. La cuchilla secciona los cuellos. Es la lengua y la palabra la que selecciona y mata. Se asesina de oídas. Un simple soplo separa una cabeza del tronco. La envidia, la venganza, el rencor son el dedo acusador del fanatismo justiciero. La mirada de un vecino, la estulticia de un funcionario, el celo policial de un ciudadano espontáneo, son escalones del cadalso. El ladrido hace al ladrón, el graznido la carroña, y de un solo zarpazo se abre una fosa.

En la sacristía de les Capucines, en espera de las sacas de reparto, la correspondencia permanece a la merced del comité designado para identificar culpables. Un recipiente que exhala vapor y una lengüeta que encola son los artilugios que permiten entrar y salir del sobre sin dejar rastro. Sade lleva a cabo su labor, al finalizar las asambleas, cuando la iglesia queda vacía. La vela encendida apenas ilumina la superficie de la mesa. El cuartucho es siniestro. Allí, sin testigos, puede pasar por alto datos comprometedores o dar curso a su curiosidad. Es, al tiempo, Boucher, Samsón y Marais. Censor, verdugo y comisario. Nefasta trinidad a la que añade un cuarto elemento: hombre de letras.

Con frecuencia, no puede retenerse y corrige las faltas de ortografía o la sintaxis de una frase. En ocasiones, reescribe la misiva entera o se divierte, insensatamente, intercalando alguna acepción procaz que hará sonrojarse al destinatario. O palidecer. La broma es un aviso: *jamás el despotismo ha abierto tantas cartas como la libertad*.

Los sobres, amontonados por distritos, pasan por sus dedos, uno a uno, desplegando su pétalo de papel al vaho del cazo. La intimidad recién exhumada emana un olor marchito a sepulcro profanado, diríase que los remitentes susurran letanías desde ataúdes entornados. Rara vez un grito rompe el fúnebre runruneo, rara vez una risa, como si los pasos cautelosos del pasado pisaran de puntillas el futuro. La literatura epistolar es flor de cementerio. A menudo, se deshace en epitafios, *tus padres que te quieren, no os olvido, siempre estaréis en mi corazón*. Cuando no en fuegos fatuos que remedan la pasión, pura pirotecnia de deseos y nostalgias, *el fulgor de vuestros ojos, el calor de la piel, teneros eternamente entre mis brazos*. O, lo que es peor, la mustia cotidianidad, *el niño ya anda, ayer llovió, os suplico que me enviéis el dinero, vuestra tía está mejor*, patéticos intentos de enterrar la angustia bajo la losa de la normalidad. Y, deambulando entre tumbas, fantasmales euforias, puntuales conversiones, lamentos mendicantes, peroratas piadosas, jocosas jactancias, simulacros de vida resucitada cuyas resonancias se apagan al cerrar, de nuevo, el sobre.

Y, cuando menos lo espera, cae en sus manos una carta de Mme. de Montreuil a su abogado. La caligrafía de la ex suegra sigue siendo firme y el temple resuelto. Aunque el texto tiene un carácter administrativo, deja entrever vicisitudes y destila reticencia y desprecio por la nueva situación, matices que, unidos a su condición de terrateniente, son fundamento suficiente para formular una acusación ante el Comité. El ciudadano Sade se complace, durante unos instantes, con la posibilidad de la delación, pero las alusiones a su persona lo disuaden. La Presidenta menciona el dinero que él le debe y que ella parece resignada a no recuperar, habida cuenta del reiterado fracaso de su yerno como autor teatral, aduce. Este extremo le hiere el amor propio de tal manera que está a punto de empuñar la pluma para recordar a esa infame mujer que sus estrenos, en el Moliere y el Italiano, habían sido boicoteados por la irrupción de agitadores, cuyos motivos políticos no ponían en tela de juicio el valor de sus obras. En la imaginaria réplica, se vanagloria, además, de que el impresor Girouard ha vendido, al precio de diez fibras y diez sueldos el ejemplar, más de seis ediciones de su novela *Justine ou les malheurs de la vertu*, un libro capaz de corromper al mismísimo diablo. Por fortuna, reprime su orgullo y renuncia a contestar a una carta que, por otra parte, no le está dirigida. Declararse autor de una novela clandestina, que todavía siembra el escándalo en

París, podría costarle la cabeza si alguno de sus correligionarios interceptase la epístola. Tampoco hubiera sido oportuno sacar a colación los

vínculos que le unen a los Montreuil y destapar, de rechazo, antecedentes aristocráticos. La carta, por tanto, debe ser destruida. La sostiene en la mano. Se dispone a romperla. Pero los trozos pueden ser recompuestos. Opta por quemarla. Pero las cenizas y el olor pueden delatarle. Un súbito terror le sobrecoge. Hay alguien tras la puerta. Oye respirar. Está siendo observado por el agujero de la cerradura. Cree haber oído pasos en el pasillo que se han detenido al otro lado, mientras él se peleaba mentalmente con la Montreuil. Es preciso actuar con naturalidad. Mete la carta en el sobre, lo encola y cierra. Se pone en pie, como si fuera a restituirlo a la pila del distrito correspondiente. Se sitúa de espaldas a la cerradura y arruga la carta, comprimiéndola sin ruido, en el puño, hasta convertirla en una prieta pelota que, tras desplazarse, entre bultos y penumbra, fuera del alcance de la aviesa mirada, se mete en la boca, mastica y traga. La ingestión resulta penosa, pero retiene la arcada. El buche es el buzón adecuado. Los jugos gástricos harán el resto. Resuelta la cuestión, abre decidido la puerta, dispuesto a enfrentarse al intruso. No hay nadie. Se avergüenza de su pusilanimidad de colegial cogido en falta, le exaspera admitir su miedo infundado, culpa por enésima vez a la Presidenta que lo ha involucrado, sin proponérselo, incitándolo a comportarse tan tontamente. Regresa para cerciorarse de no haber dejado ningún vestigio acusador. Tapa el tintero y recoge la pluma, que no ha llegado a usar, salvo en pensamiento, y barre la mesa con la manga para borrar inexistentes trazos. Atento y desconfiado, toma la vela y el manojito de llaves, y sale. Pisa una sustancia viscosa. Diríase sangre. Fluye espesa de un tarro volcado a sus pies. Alza la luz y la mirada. Su desasosiego aumenta. En la pared del pasillo han escrito, con pintura roja, una amenazadora advertencia: ¿QUIÉN ERES TÚ PARA NEGAR LA EXISTENCIA DEL SER SUPREMO?

Da diente con diente. La palmatoria proyecta la trémula sombra detrás. Presiente como peligro su propia silueta. Se vuelve, y la sombra se escabulle, eludiendo la llama de la vela. Gira, otra vez, sobre sí mismo y la sombra se escurre al otro lado. Se agacha y el pasillo se encoge, la sombra se agiganta. El rostro se refleja en el charco de pintura roja, y no se reconoce. No es su rostro. No es su sombra. Ni siquiera es su miedo el que le hace temblar. Trata de atrapar, como prueba para sus sentidos, el frasco caído, pero sus dedos tropiezan y el tarro rueda lejos de su alcance, dejando un rastro de ruido roto y un arroyuelo de falsa sangre que se interrumpe en punta de flecha, señalando el término del haz de luz, donde da comienzo el silencio y la oscuridad.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta.

Del extremo opuesto, a sus espaldas, le devuelven su propia voz rebotada, como si la pregunta le estuviera destinada. No osa responderse a sí mismo y de la pregunta formulada se desprenden los puntos de interrogación, convirtiéndola en angustiosa afirmación: *hay alguien ahí*. Soy yo, se dice Sade. Pero ya no es él. La frase no le pertenece. Permanece pronunciada en el ámbito, como el rótulo escrito en la pared. La visualiza a rojos brochazos y desglosada en tres palabras. *HAY* confirma sus temores. *ALGUIEN* reafirma su pánico. *AHÍ* le hace volverse y vislumbrar algo que se mueve al fondo del pasillo, sin roce ni sombra, sin cuerpo ni forma. Levanta la vela a la altura de sus cejas y sus ojos se agazapan en las cuencas y escudriñan, desde las negras madrigueras, esforzándose en desentrañar las tinieblas. Una ráfaga de aire apaga la llama, y el marqués retrocede sobresaltado y huye, a tientas, dando tumbos, hasta encontrar la salida.

Al llegar a casa, en la rue Neuve-des-Mathurins, todavía perdura la ansiedad de sentirse espiado sin saber por quién y amenazado por alguien o algo tan intangible como el mismísimo Ser Supremo. Pero, sobre todo, tiene miedo del miedo que tiene. Su propio miedo le produce pavor. Sabe que el pánico se palpa y huele a distancia y su pestilencia atrae a buitres y hienas. Además lo invade una nauseabunda sensación de vergüenza. Ha puesto de manifiesto una imperdonable debilidad ante una situación que, tiempo atrás, habría arrostrado con colérica intrepidez. Síntoma inequívoco de vejez, piensa. O consecuencia del estómago vacío, arguye. Tampoco descarta, como causa de la cobardía, su panza de cura rechoncho, que no ha disminuido un ápice a pesar del hambre que pasa. La gordura resta arrestos y resuello, el hambre insufla valor desesperado cuando la pitanza está en juego, pero hace vulnerable al hombre, casi tanto como los años que pesan en la espalda y aflojan los remos. Sea cual sea la razón, el resultado lo llena de oprobio. No acierta a comprender que su miedo no ha sido personal, es algo que está en el aire y penetra en el cuerpo simplemente al respirar.

En la mesa, hay un plato de habas y una zanahoria cruda que roe y traga con dificultad, ya que la carta de la Montreuil le ha dañado la garganta. Constance Quesnet, su dulce compañera, a la que cariñosamente llama «Sensible», lo ha esperado hasta quedarse dormida, vestida sobre la cama. La cubre con una colcha, teniendo mucho cuidado de no despertarla. Su insólita delicadeza no se debe tanto a la ternura que la mujer le inspira como al bochorno que le produce verse inmerso en un deplorable estado de ánimo, que ella no habría tardado en adivinar. Aún le dura la respiración entrecortada por el susto, la precipitación de la fuga y la penosa digestión del sobre ingerido,

cuyo venenoso contenido no ha sido neutralizado por las habas y la zanahoria. Se sienta a los pies de la cama y contempla, a la luz incipiente del amanecer, el plácido rostro de la mujer dormida. Poco a poco, la desazón se apacigua y una desconocida serenidad prevalece sobre la somnolencia. La presencia de Constance, a su lado, le induce a deslizarse, sin resistencia, hacia una zona de su ser a la que, hasta entonces, no había tenido acceso. Lejos quedan los furibundos desmanes, los impulsos obscenos, los delirantes arrebatos, hasta las palabras se diluyen y ceden paso al misterioso fluido, sin que el cerebro se interfiera, tratando de apropiarse la experiencia. Puede que el miedo y el cansancio hayan abierto ocultas compuertas por las que algo parecido al silencio ha irrumpido en su interior, anulando toda voluntad y deseo. Sea cual sea la causa, las facciones en reposo de Sensible emanan una calma luminosa que invade la estancia, de la que él forma parte como si careciera de cuerpo. Constance duerme, pero es Sade quien la sueña.

¡VACIEMOS a este gordo rodaballo relleno!, y Sade se da por aludido. Tarda, aturdido, en comprender cómo los fragmentos de Edas no sólo tergiversan imágenes, sino también el tiempo y el tímpano, rotos al unísono. El grito que cree oír, en el fragor de la Asamblea, es la percusión residual de un redoble de tambor, y de terror, cuya resonancia perdura en las papilas del miedo. La cabeza del rodaballo relleno ya ha rodado, y no es la suya, sino la de Danton, a quien la invectiva le había sido dirigida camino del patíbulo, y con el que Sade por fogosidad y perímetro, ha sido en ocasiones confundido. La enojosa semejanza y la alucinación auditiva le crean, por primera vez en su vida, un inquietante problema de identidad. En el barullo, uno es cualquiera y de poco le valen ya sus poses actorales o sus ínfulas escénicas, a pesar de presidir la sesión y estar en el estrado. Cuando la tierra y el terremoto se unen en un solo temblor, las criaturas y el pánico se funden en una sola locura. Los nombres de los sospechosos son coreados a voz en grito, conforme el marqués lee la fatídica lista. El criminal y el juez lanzan la misma moneda al aire. Caiga cara o caiga cruz, el resultado es el mismo. Donatio es incapaz de discernir la frontera entre el pavor que lo mueve y la repugnancia que su actuación le provoca. Fue criminal antes que juez y ahora se ve convertido en verdugo. Cada vez que profiera dos palabras, Saint-Just, con un gesto cortante, dictará una condena y Samsón alzará una cabeza. Sólo Robespierre permanece impassible, al menos en apariencia. Nada escapa a su incorruptible mirada, por algo ya es Dios. Y, de pronto, Sade se trabuca. Sus ojos, precediendo a su lengua, han tropezado con un apellido familiar: los Montreuil. Se detiene antes de pronunciarlo, trastabilla y se lleva la mano a la boca. Escupe sangre. La muestra a la concurrencia, para justificarse, y reemprende la lectura, *saltándose una línea*. La comisura de los labios de Maximiliano Robespierre se crispa en una imperceptible sonrisa, más bien una mueca cruel. Superado el trance, el marqués recapacita y se siente desfallecer, ¿qué ha hecho? El enjambre de letras de Carteron revolotea sobre el papel, le nubla la vista y le taponan los oídos. Le es imposible proseguir.

Abandona la sala, a trompicones, sin dar explicación alguna. Tras el desconcierto, el vicepresidente ocupa su puesto y se reanuda la reunión.

Constance Quesnet vierte un cubo de agua humeante sobre la espalda de Donatio, encogido y desnudo en el barreño de estaño, el vapor lo envuelve, las rodillas se incrustan en la barriga, los flancos sobresalen de la bañera, las manos presionan las sienes, en su cráneo zumban las voces de la Asamblea, vibra la cabeza entre los dedos, las convulsiones lo sacuden, ella le pasa la esponja por la espalda y le susurra maternal en la nuca, como si de un bebé en la cuna se tratara. El rezonga y se incorpora chorreante, el agua oscila y se sale, los pies chapotean en el suelo encharcado, Constance le echa la colcha raída sobre los hombros, y fricciona con vigor para secarlo. La neblina confiere halo a la vela. Los cristales empanados de la ventana reflejan, en la noche, el interior. Con la colcha, Sade parece un tribuno romano. Escupe en la palma de la mano y se mira la saliva.

—Me mordí la lengua para hacerles creer que escupía sangre, ¡casi la parto en dos! —gruñe quejumbroso. Bebe de un tazón y se enjuaga haciendo gárgaras. Luego, echa el buche en el balde—. Si hubiera dicho una palabra más, ¡una sola!, la Montreuil habría sido enviada a la guillotina, ¡se lo merecía! —clama sarcástico—. ¡Ella destruyó mi vida! ¡Me delató! ¡Intrigó! Quería verme en prisión el resto de mis días...

Pasa el peso del cuerpo de un pie a otro, en un balanceo de oso enjaulado, sin moverse del sitio, exudando resentimiento, con odio en la mirada extraviada.

—¡Conmigo en libertad, su hija Anne de Launay no hubiera muerto de tristeza! —gimotea acusador—. Nada la detuvo hasta que Renée me abandonara...

—Ahora no estarías conmigo —reflexiona tullidamente Constance. Pero él, ebrio de autocompasión, no atiende al razonamiento.

—¿Y cuál es mi venganza? ¡Le salvo el cuello! ¡A ella y a su infeliz marido! ¡Soy un pobre imbécil! ¡Así premio la traición!

Se desploma en una silla, sollozando de cólera, resoplando de amargura, golpeándose el pecho con los puños, en un incongruente gesto de rabia y contrición.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dice ella, tratando de tranquilizarle, pero un repentino temor le asalta—. ¿Estás seguro de que no sospecharon nada?

—¿Sospechar? —replica irónico—. Si dices lo que quieren oír, ¡sospechan!, si te callas, ¡eres sospechoso!, si toses, ¡sospechan!, si te vas,

¡eres culpable! Cuando se acuestan, ¡sospechan de la almohada! Cuando se despiertan, ¡son culpables! Respirar es sospechoso, ¡a eso le llaman revolución! Un hombre puede morir por su pensamiento pero no por el pensamiento de los demás...

Constance se sienta en sus rodillas y lo abraza.

—Pase lo que pase, yo siempre estaré a tu lado.

—Y, si me cortan la cabeza, te quedará mi culo —apostilla él. Ella intenta disimular el horror.

—¡Lo lameré con amor! —promete, y por el resquicio de su sonrisa, como por una puerta imprudentemente entreabierta, penetra una brisa glacial que le hiela el corazón. No se bromea con el viento en pleno vendaval.

Por los bosques, bultos errabundos buscan sustento, subiéndose a los árboles y escarbando la tierra. Relumbra el hambre en la mirada y la sed en las secas facciones. Y mientras famélicas manadas huyen acosadas por su propia sombra, Francia se ofrece despedazada al apetito extranjero. Arde la guerra en las fronteras, se propaga el fuego fuera pero no se apaga el incendio en casa. Al contrario, el flamear de la bandera tricolor expande por una atónita Europa los reflejos de un espejo que rompe la más real de las realidades. La del rey. El miedo al contagio conjura, en parte, el peligro de invasión. Algo está sucediendo en Francia que trastoca la historia. Como para los cristianos, la sangre derramada es el precio. Pero este mundo, y no el otro, es el premio. La esperanza es una amenaza, aunque la decepción y el desaliento acechen en su reverso. Las ilusiones desmesuradas generan sus propios porcentajes de fracaso. Mientras no estén al alcance de todos los hombres, los derechos conquistados no dejarán de ser privilegios. Pero su ejemplo perdurará y el horizonte hará temblar a los tiranos.

Sin embargo, los miserables que arrastran sus harapos por los bosques han perdido la perspectiva y de poco les vale quebrar la redondez de la luna, cuando sacian su sed en las charcas. Y las putas de Mme Bourdon tampoco comparten exaltantes perspectivas.

En los sótanos del burdel, el Abad agoniza. La humedad y el aguardiente han deteriorado su salud, pero no su mente. Ahora ve claro. No es imprescindible creer o no en Dios, ya que nuestra opinión no altera la realidad, sino solamente el orden que damos a las cosas, cambiándolas de nombre, como quien baraja un mazo de cartas, asignándoles valores diferentes sin modificar las reglas del juego. Que a Dios se le llame Naturaleza, o a la Naturaleza Razón, no nos emancipa de las leyes biológicas

a que estamos sujetos, mal que nos pese, en esa simbiosis del espíritu y la materia que nos empeñamos en separar, ignorando que la suma de ambas es vida. Tan tonto es Pascal, y su incierta certidumbre, como Donado o Petrarca, al confundir el inescrutable rumor del Universo con esa excrecencia de humores llamada pensamiento o... sentimiento. Fanática fatuidad de quienes pretenden esculpir su propia escultura de barro en el cenegal de la memoria colectiva. Ahora que el Abad se muere, la memoria morirá con él. Toda cultura ingerida, al igual que los vinos y manjares, los dulces placeres prohibidos y sus oscilantes convicciones religiosas, vicios y virtudes, vicisitudes y regocijos, ya se desprenden para siempre de él, como efluvios de ficción, dejándolo por fin en paz.

Cuando Mme Bourdon se acerca demudada a la cabecera del lecho, para ofrecerle un potingue medicinal, lo encuentra muerto y risueño sobre la almohada.

Avisan a Carteron para que saque el cuerpo del prostíbulo, sin levantar sospechas, y se deshaga de él como buenamente pueda. Una de las putas, de nombre Rose-Marie, la más joven y tonta, se aviene a acompañarlo al anochecer, en un carro de ropa sucia que cubre el cadáver durante el trayecto hasta el río. El cielo está estrellado y Carteron canturrea un verso de Petrarca, que medio lee, inventa o recuerda a la luz de la luna, sentado en la parte trasera, con las piernas colgando y el libro abierto, mientras la chica conduce al borrico por la brida.

—Huye la vida y ni una hora se detiene —recita Carteron—, y la muerte atrás viene a grandes pasos, y las cosas presentes y pasadas me atosigan, incluso las futuras...

El camino es abrupto y Rose-Marie se tuerce un tobillo, pero no se queja para no interrumpir el improvisado salmo.

—Evoco si es que alguna dulzura tuvo el triste corazón —prosigue el criado—, y temo en mi navegar turbulentos vientos, ¡fatigado estoy!, roto el mástil, y apagadas las estrellas...

Una lágrima se desliza por la mejilla de la puta, no se sabe bien si a causa del dolor que el tobillo torcido le inflige o de la emoción que los versos le suscitan.

—¿Qué haces? ¿Qué piensas? ¿Qué miras aún hacia atrás en el tiempo que no ha de volver? Alma desconsolada, ¿por qué vas echando leña al fuego en que ardes?

La joven, que se considera increpada, rompe a llorar con desconsuelo. Pero Carteron no lo advierte.

—Las suaves voces y las dulces palabras se fueron del mundo y, bien lo sabes, es inútil buscarlas, y demasiado tarde...

La luna ríela en el río y el borrico endereza las orejas, asustado por los intermitentes destellos, y clava las pezuñas en la zona pedregosa que precede a la orilla. Se resiste obstinado a dar un paso más. Carteron salta del carro e inspecciona el terreno, dándolo por bueno. Coge el pico y la pala, y se pone a cavar en la concavidad de un repecho, bajo la mirada compungida de Rose-Marie que mete el pie dolorido en el agua.

—¿Te ha gustado el poema? —le pregunta él. Y ella asiente ensimismada.

—Pero no lo entiendo —confiesa al cabo de un rato. Carteron piensa que no es tan tonta como parece, sólo joven y rústica,

—No importa. Las palabras son lo de menos, lo importante es la música y la voz. Una poesía mal leída no vale nada, aunque el poeta sea inmortal. Si vienes a Italia conmigo, te enseñaré a leer y muchas otras cosas que no sabes.

—¿Qué cosas?

Él no responde. Trata de imaginarla *a gatas*, con las nalgas al aire, maullando sobre la alfombra de un salón veneciano, con los arreos del burro por toda vestimenta, y comprueba con sorpresa y desaliento que eso no le excita, ni siquiera le divierte, los delirios que antes compartía con su amo son ya retazos difusos en el recuerdo, rememora a Anne de Launay desparrada, hendido el sexo por la verga del marqués, que tantas veces ha taladrado su trasero, cree oír lejano el chasquido del látigo y las imprecaciones obscenas en pleno fragor del juego, raras resonancias que el rumor del río se lleva y lo dejan indiferente, hasta la fragancia del culo de Gothon se ha evaporado, ¡quién lo diría!, un culo tan sólido tiene ahora menos consistencia que una nubecilla que se diluye en la distancia. El sabor de la aventura libertina sigue siendo un regusto apetecible, pero sólo reminiscencia de lo que fue. El deseo ya no está. Y no viene, aunque lo llame. Se desespera, y hunde la pilla en la tierra húmeda, con rabia y desconcierto. ¿Qué le sucede? ¿En qué momento su mente se ha desligado de los sentidos? ¿Por qué no le obedecen las sensaciones? ¿Cómo se puede seguir viviendo sin evasión ni defensa ante la vejez y la muerte? Las chanzas y peripecias no son suficientes. ¡Cuánto le hubiera gustado charlar con el Abad antes de meterlo en el hoyo amortajado con ropa sucia! El anciano sacerdote ha gozado de excelente disposición para el placer, desafiando los años y la enfermedad. Ese es el estado de gracia que apetece a Carteron, y no la cárcel y escaños del marqués en París, arriesgando el cogote por la lengua y otros atributos. La Revolución ha dejado

al criado sin amo, y a las putas sin clientes, nadie paga por hacer con ellas lo que hacen gratis con princesas y doncellas, violadas o degolladas, tanto da.

—Tienes suerte —dice a Rose-Marie.

—¿Por qué? —pregunta la joven, con la mirada fija en una mano del Abad que ha quedado fuera de la tierra y parece decir adiós.

—Porque no te llamas María Antonieta, ni María Luisa de Saboya, ni Lucila Desmoulins, ni Mme Elisabeth, ni Crussol, ni Laigle, ni Montmorin y porque estás conmigo, que no me llamo Marat, ni Danton, ni Saint Just, ni Robespierre... ¡Y aunque conozco al rey de Nápoles, no soy Luis XVI!

El argumento es irrefutable, ella se llama Rose-Marie y a él le llaman Carteron. Son muy afortunados, al parecer. Aunque no acierta a comprender por qué. El hecho de estar juntos en tan fúnebre circunstancia no mitiga el dolor del tobillo inflamado, pero su acompañante le inspira confianza y además se expresa muy bien. Está dispuesta a hacer todo lo que le pida sin rechistar, con tal de no volver al prostíbulo de Mme Bourdon. Y, sin embargo, no tiene esperanza de que las cosas vayan mejor. Ha nacido en la casa de putas y no se hace ninguna ilusión de que el mundo sea diferente ni de que los hombres en Italia dejen de ser lo que aquí son. Hasta el más sabio de los sabios, de ser sabios los sabios, le hubiera dado la razón.

Carteron pisotea la arena, apelmazándola, y dobla los dedos corazón y anular de la mano enhiesta del cadáver, dejando tieso el pulgar entre el índice y el meñique, a modo de higa, para ahuyentar a las lavanderas que frecuentan el lugar. La diablura le reconforta y aleja de sí, de paso, al espíritu plañidero del poeta Petrarca, que tan triste influjo ha ejercido. Cumplida la tarea, coge en brazos a Rose-Marie y la sube al carro, tirando de las bridas para conducir al asno hasta el sitio por donde, hace años, vadeara el río con el marqués de Sade, huyendo del inspector Marais.

Así la pareja emprende rumbo hacia un destino improbable, en una recóndita Italia que no viene en ningún mapa. De ellos, nadie supo nunca nada más. Sólo, si acaso, los pegaros. Aquellos que sobrevuelan Silling y no dicen ni pío. A diferencia de los gorriones del convento de Saint-Laure.

La Revolución, y no la religión, ha dado al traste con Renée. Gorda y abotargada, toma el sol en el claustro, mientras una mosca se posa y pasea por su cara sin alterar la resignada pasividad de la expresión. Sus ojos parecen fijos en un pasado incierto, donde la mirada tuvo un día sus raíces. Pero la memoria miope mira sin ver más allá de las narices, ligeramente enrojecidas de frío. Renée-Pélagie estuvo, al parecer, casada con un capitán de caballería llamado Donatío y sólo recuerda que le fue fiel. Pero él hizo cosas que no

debía, aunque no sabe qué ni por qué. Probablemente lo amaba, ya que, según le han dicho, era su marido, pero su madre asegura que no existe el amor. De ser así, nada de lo que hizo tuvo sentido. También le han contado que vivía en un castillo y que él era marqués. Tampoco de eso se acuerda, aunque sí de una hermana que era más bella que ella, y le dicen que murió. Lo que su hermana entendía por amor era, exactamente, lo que a ella le producía dolor. Y, en esa justa medida, el amor existía, aunque su madre dijera que no.

Todavía se sabe de memoria el papel de la esposa en una obra que escribió su marido, pues el capitán y marqués era también hombre de letras. Mueve los labios, como si rezara, y musita, *tu esposa, ah, sí, yo lo soy, pero ya no es tiempo...* Y se imagina en el teatro de La Coste, representando un personaje que, en realidad, nunca llegaría a interpretar, porque... por aquel entonces...

Se lleva las manos al vientre abultado y ve a su hermana en el escenario, al fondo del salón. El talle es esbelto y la faz resplandece... *Justo cielo, lo habéis permitido...*, murmura Renée.

Hace tiempo que finge haberlo olvidado todo y ella misma ha llegado a creerse su propia patraña, pero los recuerdos la traicionan y afloran del fondo, disfrazados de sensaciones. Un olor a lluvia, un ruido de carro, y vuelve a estar a las puertas de La Coste, esperando a Donatio. Un roce fugaz es una caricia. Una brisa es un suspiro. Un aleteo la transporta, con el corazón encogido, al jardín de Echauffour, donde el aire parpadea en las hojas y agita su aflicción. El rechinar de un gozne la estremece y retrotrae a las cárceles de Vincennes y La Bastilla, cuyos muros pusieron a prueba su denuedo de enamorada, aunque su madre negara el amor. Un grito extemporáneo la sobresalta y vapulea, como aquella noche en que los soldados asaltaron, sable en mano, su casa para arrebatarse el marido que su madre le dio. Un maullido tan pronto es el llanto de un hijo en sus brazos como el quejido de una chiquilla azotada por el marqués. El bufido de la fusta la sobrecoge. El graznido de un ave de paso también. Hasta los sabores tienen su momento y lugar en el pasado y restablecen, de golpe, desde el paladar, el decorado y a las personas y sus gestos, espíritus flotantes y desencarnados de los que emana un hálito, sin calor, que acentúa su soledad. Cada cosa está en su sitio, menos ella, que sigue yendo y viniendo, en sus sueños, por el *faubourg* Saint-Antoine. El amor, de ser algo, es una larga ausencia que dura toda la vida, o aún más.

No ha sido su madre ni su confesor los que la han separado definitivamente de Donatio, sino el derrumbe de toda certidumbre a su

alrededor. La idea de un Dios a la medida de Sade, capaz de las más cruentas y viscerales reacciones, un Dios que parece complacerse en el desorden, permitiendo la destrucción de los principios más sagrados, incluido el amor, le resulta dolorosamente inaceptable. Se somete a él, como antaño había soportado sumisa engaños y humillaciones, más allá de sus íntimos sentimientos. Las paredes del convento no pueden protegerla de ese desastre interior.

Un lacayo se acerca a ella para ayudarla a atravesar el patio, pues ya no puede dar dos pasos sola. Avanza, apoyada en el sirviente, hacia la puerta de los comedores, donde una monja borrosa hace sonar una silenciosa campanilla ante el umbral oscuro que, con torpe sopor, Renée-Pélagie se apresta a trasponer. La perezosa silueta de la señora de Sade se desdibuja y deja un rastro de inasible belleza que ni ella misma supo vislumbrar.

UNAS nalgas, a calzón quitado, se ofrecen al asalto del nabo esgrimido por una dama, faldas alzadas, que expone sus orondas posaderas a la verga de un asno, al que un negro desnudo sujeta con los dientes el rabo, mientras le clava en la grupa el falo, sin reparar en que, a su turno, está a punto de ser acometido por el oblongo miembro de un querúbico muchacho, al que la plumilla del dibujante dota sucesivamente de cuernos y alas, bajo la aplicada mirada del editor Girouard.

Sobre el pergamino desenrollado a todo lo largo del mostrador, colgados con pinzas de un cable, como murciélagos dormidos, penden candiles encendidos. El escuálido dibujante tiene tinta en los dedos y la mejilla.

El engranaje de la impresora resopla al fondo, en la penumbra. Las siluetas de los empleados reiteran mecánicamente sus reverencias, al retirar los pliegos de las planchas.

A la altura del número 47 de la rue du Bout-du-Monde, bajo el rótulo de la imprenta, la luz alesteante del interior se desparrama sobre los adoquines mojados. La lluvia regurgita en el alcantarillado.

Unas figuras sigilosas, envueltas en siniestros capotes, se aproximan. Son cuatro. El primero se acerca embozado a la ventana y sus ojos reverberan. Se llama Juspel. Es comisario. Viene acompañado de dos ciudadanos del Comité Revolucionario y de un ujier. El agua que discurre por el vidrio distorsiona la imagen de Girouard y el dibujante, de espaldas, reclinados sobre el mostrador. Una rala aureola se enreda en sus cabellos y recorta los dorsos, recalcando el relieve de los cuerpos.

Juspel hace una señal, y sus hombres irrumpen por sorpresa, cayendo sobre el librero como si de un peligroso criminal se tratara. El comisario entra tras ellos, y examina parsimonioso los dibujos pornográficos. En su obnubilación, cree reconocer las posaderas de su esposa. Las dimensiones de la verga del burro son una irrisoria alusión a sus atributos. Y, por supuesto, los cuernos del angelote le están destinados. El policía desquiciado la paga con el gato, que ha saltado sobre el manuscrito, interrumpiendo la mirada. Lo

atrapa con la mano enguantada y lo estrella furioso contra el suelo. El desgarrador maullido le hace volver en sí y recomponer la actitud, ante el desconcierto de sus subordinados, el sobresalto de los operarios, el estupor del dibujante y el desdén de Girouard, al que mantienen inmovilizado contra la pared.

Un libro, con la flor de lis grabada, y el manuscrito objeto de edición son confiscados, así como contratos, correspondencia y otros papeles. Monsieur Girouard es detenido y llevado, calle abajo, bajo la lluvia.

Sentado a la mesa camilla, con una manta sobre los hombros y las manos enfundadas en mitones, Sade escribe. Tiene puesto el gorro frigio para protegerse del frío.

Constance retira del fogón un cazo humeante, en el que sumerge el tintero, al baño de María, para evitar que la tinta se congele.

Haría de buena gana otro tanto con su sangre. Se contenta con meter los dedos en el halo de vapor, mientras vigila, por encima del hombro, el discurrir de la pluma y la estela de palabras. Como la lluvia en el cristal, laten las letras en el papel. Huele a pan recién traído de la tahona y a jabón y ropa húmeda, colgada en la cocina. Constance aspira con fruición el aroma de la normalidad. Como si la vida pasara en otro sitio, al otro lado de la noche. Donatio no necesita volverse para verla, reconoce la atenta presencia, percibe la serenidad del gesto, mientras él se defiende de un libelo, en el que se le acusa de ser el autor de *Justine*. La edad no le resta osadía para responder con saña al cobarde difamador. Niega la autoría de su obra, con tanta desfachatez como convicción. No sólo se considera gravemente insultado, sino víctima de una calumnia que busca algo más que su descrédito y en la que vislumbra la impronta de Robespierre.

—No deberías contestar a ese hombre —le aconseja Constance— Si lo haces, sólo conseguirás que sospechen dos veces.

—Si no lo hago, otorgo —dice él, fiel a sí mismo. Y ella calla. Teme, con razón, que Donatio esté adentrándose en otra encerrona y prefiere, con aprensión, atrincherarse en el presente e intentar recuperar la tranquilidad. Pero aporrean la puerta. Ambos se miran. Él se pone en pie.

—Abre —ordena. Ella obedece dubitativa. Juspel y sus tres acompañantes entran a la gélida luz de un repentino amanecer.

—Ciudadanos, os ruego que cumpláis con vuestro deber —les invita Sade, imperturbable.

Junto a la puerta abierta, Constance permanece petrificada. La lluvia, de soslayo, moja su mejilla. El comisario se apresura a echar una ojeada a los

papeles que el marqués estaba escribiendo.

—Mi discurso patriótico de mañana —anticipa Donatio, y el otro, circunspecto, pasa los folios al ujier.

El ciudadano Michel Laurent, que colaboraba con Sade en la elaboración de las listas depuradoras, extrae de un cajón un tubo de cristal, cuyo tamaño y forma despierta maliciosa suspicacia.

—El ciudadano Sade padece almorranas —anuncia, inopinadamente, Constance. Con asco, Laurent devuelve el hallazgo al cajón. Juspel deposita sobre la mesa el manuscrito confiscado en la imprenta Girouard.

—¿Es tu letra? —inquiére. Sade asiente.

—Es su letra, pero no es el autor —vuelve a intervenir Constance— El ciudadano Sade es sólo el copista.

—En ese caso, ¿dónde está el original? —interroga el comisario.

—Lo quemé por error —miente Constance. A Juspel le molesta que la mujer se inmiscuya y le da ostensiblemente la espalda, encarándose con el marqués.

—¿La ciudadana Quesnet es tu esposa?

—No —responde el interpelado—. Me alquila la habitación y se ocupa de las tareas domésticas.

—¡Así que es tu criada!

—Soy su compañera —precisa ella con orgullo, suscitando la rijosa mirada de Michel Laurent, que siempre ha sospechado de su colega de Sección. Demasiado culto para haberse jugado el pellejo, según se jacta, en la plaza del Carrousel. Demasiado obeso para haber empalado a un oficial suizo, según dice que hizo. Demasiado viejo para mantener relaciones con una mujer como Constance.

—¿Cuánto te paga? —le pregunta, con ánimo de provocarla.

—Sesenta libras al mes —tercia Donatio, que se esfuerza en mantenerla al margen. Laurent se refocila. Hace frío, y Sade suda. Un dato que lo delata. Es el sudor de un aristócrata simulador y la ciudadana Quesnet no es una simple asalariada, sino su cómplice.

—Estaría con él siempre y por nada —proclama ella. Toda una declaración de amor que irrita a Juspel y excita, aún más, el rencor de Michel Laurent.

—Sesenta libras es un precio excesivo —evalúa con soma.

—Bastante menos de lo que tú robas en la administración de hospitales —le espeta el marqués, y el otro enrojece de rabia hasta las orejas.

—¡He visto cómo, al verte espiado, te tragabas la carta que probaba tus crímenes contra la Revolución! —acusa, esgrimiendo un dedo todavía manchado de pintura roja.

—Si se tragó la carta, ¿cómo conocéis su contenido? —arguye Constance, en un alarde de lógica y valor que impresiona al propio Juspel.

—El acto demuestra su mala conciencia —aduce el ciudadano Laurent, sin dar su brazo a torcer.

—Y tu dedo demuestra que no te lavas las manos.

—¡No soy Pilatos! —dice el otro, alardeando de cultura evangélica.

—¡Eres Judas!

El marqués, recobrando sus ínfulas de orador, no siente en esta ocasión ningún embarazo a la hora de compararse a Jesucristo.

—¡He sido crucificado por los tiranos! ¡Desprecio y detesto a los reyes que me han hecho perder los mejores años de mi vida en sus prisiones! ¡He arengado a los soldados de La Bastilla para que no tiraran contra el pueblo! ¡Y he prevenido al pueblo, desde mi calabozo, de la traición y perfidia de la monarquía!

—¡Has sido marqués y oficial de caballería! —le interrumpe Laurent, y Sade se revuelve arrogante, alisando los pliegues de la túnica, como Julio César apuñalado.

—He combatido en Hanovre, pero jamás he puesto un pie en la Corte, ni recibido gracias, ni pensión, ni favor alguno del antiguo régimen y te desafío a que aportes una sola prueba de esa nobleza que nunca he tenido.

Todos quedan boquiabiertos, incluido Michel Laurent, ante el despampanante descaro del marqués, que parece recabar el aplauso antes de reanudar la perorata.

—Mis antepasados han sido agricultores y comerciantes. En mi calidad de hombre de letras, he sacrificado mi pluma al servicio de la Revolución. He redactado y leído las peticiones que mi Sección dirigía a la Convención Nacional, y en la fiesta de Marat tuve el honor de componer y pronunciar el discurso de la plaza de Picas, ante las cuarenta y ocho secciones de París...

Hace una pausa y fija la mirada en el ciudadano Laurent.

—Todo eso y más he hecho, ¡mientras tú ensuciabas paredes con faltas de ortografía!

Lejos de avergonzarse, Laurent ríe desdeñoso.

—Yo no tengo la educación reservada a los aristócratas. Pero, aunque supiera escribir, lo haría con mi propia sangre para acabar con los traidores.

—Nada más apropiado que tu sangre, si de traidores se trata —sugiere Sade—. Y si el ateísmo reclama mártires, podéis disponer de la mía. No quiero vivir bajo un gobierno que hace suyas las cadenas del despotismo...

El marqués, confiado en su poder de persuasión, se ha dejado arrastrar por la retórica y reacciona sorprendido cuando Juspel, al socaire del discurso, interviene.

—En nombre del Comité de Seguridad General, quedas detenido, ciudadano Sade.

Laurent arrebató triunfal el gorro frigio de la cabeza del marqués, mientras el otro ciudadano procede a maniatarlo.

—¡Amo a la Revolución como a mi libertadora, y se me arresta sin decirme los motivos! —protesta airado el prisionero.

—Se te acusa de conspiración contra la República —le informa Juspel. Sade no ignora lo que eso significa. Desvía demudado la mirada. La manta que cubre sus hombros se desliza hasta el suelo. Constance, anonadada, hace ademán de recogerla, pero Michel Laurent la pisa y empuja brutalmente a la mujer que, al caer, se golpea la sien con el borde de la mesa y pierde el sentido. Cuando vuelve en sí, los intrusos se han ido, llevándose a Donatio con ellos. La puerta sigue abierta. El batiente oscila levemente, movido por el viento, y emite un quejido pausado. Constance se asoma a la calle. Es de día y ya no llueve. Vuelve sobre sus pasos y deambula atardecida y aturdida. El cuarto contiguo al dormitorio, repleto de libros y papeles, ha sido precintado. El colchón desgarrado, y la borra esparcida. El armario abierto, y la ropa descolgada. Los cajones, volcados, y el contenido caído y desperdigado. En el espejo, arrancado de la pared y apoyado en el respaldo de una silla, descubre sobresaltada su propia imagen. Ha sido actriz, y tiene la súbita impresión de que, de un empujón, la han metido de nuevo en el escenario. Desconoce la obra que debe representar pero, sorprendentemente, se sabe de memoria el papel. Es como si lo hubiera visto interpretado por otra antes. La compañera del marqués de Sade se dispone a actuar en consecuencia. Y, con repentina determinación, empieza a peinarse.

El cabello de una dama cae a borbotones sobre los hombros desnudos. El escote, deshecho, muestra la intersección de los pechos. Se llama Perrine-Jeanne Leroux, viuda de Maillé, y se ha prestado al macabro juego de representar, ante los otros condenados, una ejecución simulada que el oficial de artillería Nicolas-Humbert de Forceville, desde el otro lado de la reja que separa hombres y mujeres, pone en escena con inopinada frivolidad. Una silla hace las veces de guillotina. Perrine se

arrodilla y, a instancias de su ocasional verdugo, coloca la cabeza sobre el asiento de anea. El caballero de Forceville introduce el antebrazo entre los barrotes, hunde los dedos en el pelo de la mujer y, con voluptuosa delectación, lo recoge en la nuca, ofreciendo el pálido cuello a una invisible cuchilla. Traza con la uña del pulgar la línea por donde será seccionado. Perrine se estremece, la concurrencia también. Alguna risita nerviosa, algún compulsivo cuchicheo, sazonan el silencio, mientras el caballero ilustra con su mímica el funcionamiento del lúgubreartilugio.

Sade no aprecia el espectáculo. En el fondo de sí mismo, experimenta repugnancia. Las chanzas cortesanas en el pasillo de la antigua leprosería de Saint-Lazare, ahora antesala del circo de la muerte, son una patética pirueta que más convoca que espanta al fatídico fantasma que pretende ahuyentar. Las fúnebres bromas resaltan la angustia y las tensas sonrisas subrayan el terror.

Y, al caer la noche, el pánico de la espera se hace insoportable. En vano se entrelazan las manos o serpentean los cuerpos, en distorsionadas posturas y desesperadas cópulas, por los resquicios de la verja. No es sólo lujuria lo que mueve a los más jóvenes a aparearse como reptiles en jaulas contiguas. Hay otra razón, una postrera esperanza. La decapitación de mujeres embarazadas será pospuesta hasta después del parto, siempre y cuando tengan la fortuna de no ser llevadas al cadalso antes de que su gravidez sea palpable.

Los jadeos y gemidos semejan agónicos estertores anticipados. Los roces, a ras de suelo o contra el frío muro, cobran reminiscencias de cadáveres arrastrados tras la ejecución. Un lecho de barro rezumante no tardará en succionar los cuerpos. El sueño eterno será pesadilla de la carne en anónima fornicación con la tierra.

Los nocturnos desenfrenos no despiertan los apetitos masturbatorios del marqués, que comprueba con asombro cómo el horror es ya costumbre arraigada y no exaltante excepción. De actor privilegiado a subrepticio comparsa, de autor omnisciente a títere desarticulado, de libertino solitario a víctima gregaria de la orgía, de prisionero rebelde del rey a reo resignado de la Revolución, un giro copernicano se ha producido que, injusta paradoja, lo conduce del vicio a los infortunios de la virtud, en sentido contrario al previsto. De Silling a Saint-Lazare. El Espejo de Edas tiene la culpa. Pero Sade no reconoce su obra. Perdida o confiscada, clandestina o ignorada, inédita o inestrenable, ¿qué importan ahora los pensamientos excesivos, cuando el exceso ha dejado de ser pensante? Nadie reconoce el mar cuando se está ahogando. El fondo tergiversa la forma, y el oleaje el horizonte. Donatio

no acierta a comprender que todo lo imaginado se hace realidad, por la simple razón de que nada inexistente se puede imaginar. El futuro fue ayer. La araña será mañana festín de moscas y hormigas. El Ser Supremo ha regresado. La roca Tarpeya también.

Cada amanecer, los nombres se desgranán, y las sombras de los prisioneros acuden a la llamada rutinaria del ujier: *Jean-Pierre Darquien, ex caballero a las órdenes del tirano, François-Louis Rouvières, ex noble, Jacques Sene de Saint-Romans, ex consejero del Parlamento, Perrine-Jeanne Leroux, viuda del ex noble Maillé...*

La mujer, que no sólo ha ensayado la ejecución sino también el recorrido del pasillo, avanza con paso demasiado pausado para el gusto de la celadora que le quita de un tirón el lazo de muselina del cuello.

—Señora, por vuestra madre, ¡cubridme! —suplica la dama, pronunciando las mismas palabras que María Antonieta dirigiera al verdugo Samsón. La otra ríe.

—Donde vas, no lo necesitarás —predice. Pero Perrine, que ha preparado, con la ayuda del oficial Forceville, hasta el más mínimo detalle del trayecto en carreta y subida al patíbulo, se siente súbitamente desnuda sin el pañuelo que con tanta coquetería había dispuesto. El valor de que hacía gala la abandona, y se pone a temblar. Un guardia tiene que conducirla del brazo para que no se caiga. La voz impasible reanuda monocorde: *Martial Aubertin, vendedor de flores, André-George Brumot-Beauregard, ex vicario, Jean Cluny, sombrerero, Philiberte Turin, viuda de Daulier, ex noble, Jean-Blaise Perret, limonero...*

Cada mención es un aldabonazo cuya resonancia hiela el aire y rompe la respiración. De vez en cuando, un apellido conocido, un adolescente de dieciséis años, un anciano de ochenta, dos hermanas de la mano, un rubicundo tabernero, un aflautado poeta, un ayuda de campo de la guardia de Brissac, una costurera, un teniente de mosqueteros. Y, de repente, el impresor Girouard.

Avanza del fondo, irreconocible. Le ha crecido el pelo y la barba, va descalzo. Mantiene, sin embargo, la dignidad. Sade lo ve pasar a su lado, y no le dice nada. Apenas esboza un ademán de adiós que queda suspendido al tropezar con la mirada perdida del condenado. La silueta crece mientras se aleja. Al llegar a la puerta, se vuelve y grita un ¡Viva el rey! que sólo el eco corea. Lo empujan y se lo llevan.

Por la noche, a la luz de las antorchas, los enterradores descargan su cuerpo y no encuentran la cabeza. No importa. Lo entierran con otra. De

mujer. Él tenía treinta y tantos años. Ella sólo dieciocho. Ahora los dos tienen el mismo sexo y edad.

A esa hora, Constance regresa a casa. Ha pasado los días yendo y viniendo, cualquiera que la hubiera visto diría que huyendo, entrando y saliendo de edificios oficiales, bajo el flagelo de la bandera tricolor.

Se ha puesto su mejor vestido, que el desánimo ha vuelto mustio. Se ha negado a interpretar el papel de esposa doliente. No quiere inspirar piedad, sabe que ésa no es mercancía en curso. Se le ha roto un tacón en el empedrado, y lleva el zapato en la mano, todo un símbolo de su fracaso.

Cuando se dispone a abrir, una figura encapotada emerge de la sombra y la aborda. Es el inspector Marais. Ni ella lo conoce, ni él se da a conocer.

—¡Señora Quesnet!, os traigo noticias —anuncia. El no ser tuteada la desconcierta. Observa al desconocido con una mezcla de temor y esperanza. Venciendo toda precaución, lo invita a entrar.

EL INSPECTOR se cerciora de que están solos. Constance enciende un cabo de vela y lo mira angustiada. Teme lo peor. Pero no se atreve a preguntar. Marais se frota las manos de frío.

—Se ha acabado la leña —se disculpa ella.

El hombre se sienta a la mesa, en el sitio de Sade, y escruta a la joven compañera del marqués, tratando de desentrañar la fascinación que el viejo libertino puede todavía ejercer sobre la mujer que, a su vez, tiene los ojos fijos en él y retiene la respiración. La trémula llama colorea fugazmente sus mejillas y realza la ansiedad, al tiempo en que un chisporroteo contrapuntea el silencio. Él le indica que se siente a su lado. Ella obedece. La proximidad acentúa la turbación. Inesperadamente, Marais le pone, ambiguamente paternal, una mano en el hombro. Constance no puede evitar un estremecimiento. Cree llegado el momento de escuchar la fatídica noticia y se apresura a hablar, con intención de demorarla.

—El ciudadano Fouquier-Tinville se ha negado a recibirme —se queja balbuceante. Marais retira la mano. Su expresión cobra la rigidez de una máscara de cartón, la voz se filtra, como un rumor, por la ranura de los labios inmóviles.

—Al fiscal del Tribunal Revolucionario no le quedan horas de vida para conceder audiencias a los familiares de traidores a la República.

—¡El ciudadano Sade es un patriota!

—¡Dejaos de tonterías! El marqués de Sade es un embaucador que ha ayudado a los suyos, incluida una persona de su familia...

La inquietud crece, la desconfianza también. El visitante, quienquiera que sea, es un enemigo. Su presencia, una nueva amenaza.

—Ese día tuvo que dejar la votación por encontrarse enfermo —justifica Constance, con torpe precipitación—. Podéis preguntárselo al ciudadano Michel Laurent, de la Sección de Picas, ¡él os lo dirá!

Juega fuerte al proponer el testimonio de un hombre que no sólo odia a Sade sino a ella misma, pero tiene sus razones. Las mismas que asisten al

desconocido a la hora de responder.

—El ciudadano Laurent me ha dicho que intentasteis sobornarle.

La indiferencia con la que ha sido formulada la acusación infunde pavor. Constance se ruboriza primero y palidece después.

—¡Miente! Me pidió un dinero para la causa revolucionaria y no se lo di, porque no lo tenía. Sólo he podido reunir la mitad. Os lo daré, si es eso lo que habéis venido a buscar.

—Lo que decís es muy grave, ¡puede costaros la vida!

—Lo sé. Y a vos también.

Marais se limita a observarla con gesto severo y sostenido.

—Estáis en mi casa —le recuerda Constance— ¿A qué habéis venido? ¿Tenéis orden de vuestros superiores?

El mutismo del inspector se prolonga, como si pensara ceñudo en otra cosa. Constance pierde toda contención.

—Si traéis una orden, ¡mostrádmela! Si vais a arrestarme, ¡hacedlo! Ni siquiera me has dicho tu nombre, ciudadano.

Al sentirse tuteado, según el precepto revolucionario, Marais reacciona, sin abandonar la actitud adusta y distraída.

—He querido comunicaros que la ejecución será esta madrugada.

Deja caer sobre la mesa un folio plegado que se saca del bolsillo. Desde que el mensajero surgiera de las sombras ante el umbral de la casa, la mujer había intuido el mensaje. Sus temores se han confirmado. Se aferra, sin embargo, a una remota posibilidad. Todavía puede tratarse de un error. Se apresura a buscar el nombre de Donatio en la lista, mientras Marais recita los datos que Constance no tarda en verificar.

*Donatio-Alfonso Sade, sesenta años, ex noble y marqués, hombre de letras y oficial de caballería a las órdenes del tirano, conspirador contra la República.*

—¡Permitidme verlo por última vez! —ruega ella.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquire Marais, y tiene la impresión de estar preguntandoselo a sí mismo.

—Por la misma razón que os ha traído hasta aquí —le responde Constance. Y él se resiste a entender, pero entiende. La mujer le atribuye oscuras intenciones. Así lo insinúa. No puede concebir que tan digno mensajero no tenga algún indigno móvil. Descartado el dinero, que ha rechazado, no existiendo ningún atisbo de amistad, que no ha manifestado, sólo cabe suponer que busca una recompensa de otra índole. ¿O acaso se contenta con el perverso placer de ser el primero en traerle la mala noticia? El

carácter clandestino de la visita, la mano en el hombro, el sesgo de la mirada, son datos inequívocos. Y ella está dispuesta a cualquier cosa con tal de volver a ver a Donatio con vida, incluso alimenta la esperanza de que el misterioso caballero tenga suficiente poder para interceder. No puede imaginar que el inspector obra bajo un confuso influjo. Frustración y celos, malsana curiosidad, miserables sentimientos que él intenta esquivar, poniéndose de repente en pie y paseando a espaldas de la mujer para eludir la mirada acuciante con la que ella, volviéndose, lo sigue en su vaivén. No se parece en nada a Renée-Pélagie.

O quizá sí. Ni a Anne de Launay. O quizá también. Ni, desde luego, a Mme de Montreuil, cuyo recuerdo le quema como la carta que conserva en su poder y que no puede olvidar ni destruir. O quizá hay algo en las cuatro que no se advierte por separado pero las une en la memoria, sin que nada aparente tengan en común. De distinto carácter, cuando no opuesto, tres de la misma familia, todas dotadas de temperamento e inteligencia, de diferente edad y aspecto, no exentas de atractivo, cada una a su manera, conforman un solo enigma. Doloroso de aceptar y que, a pesar de su conocimiento de las pasiones, no acierta a desvelar. Al menos, y sobre todo, en lo que a Mme. de Montreuil concierne. Y, en lo que a las otras se refiere, tampoco. El enigma se llama Sade. Ante él tiene la última oportunidad de acceder al secreto. Una criatura adiestrada por el marqués está ahora a su merced. Lucha con los pensamientos que, a su pesar, le acosan. Vislumbra las minúsculas letras del manuscrito de Silling y se desprenden de ellas inadmisibles imágenes que invaden, en enjambre, su imaginación. Las prácticas libertinas, meticulosamente descritas en sus informes, absurdas y repugnantes, que durante toda su vida ha perseguido y reprimido, regresan ahora liberadas de los archivos, como abejas escapadas de una colmena rota. Es viejo e inexperto para llevarlas a cabo. No sabe cómo. Teme el ridículo. Sin embargo, ingenuamente, considera que ahí radica la clave. Ésa es la frontera que debe sobrepasar. Algo así como abrir el sobre de la carta que no le está destinada y que encierra la definitiva revelación. Algo que hubiera preferido no conocer. Pero es tarde para volverse atrás. Tiene incluso la sensación de que la mujer ha captado sus indecisiones, sus debilidades, y que tácitamente le reprocha su cobardía.

—¿Harás lo que te diga? —le pregunta, tuteándola por primera vez. En realidad, ella está demasiado agotada y angustiada para poder reflexionar ni oponerse, sólo quiere acabar cuanto antes con el penoso trámite que debe conducirla a Saint-Lazare antes de que amanezca. El gesto desmayado es

señal de asentimiento. Marais experimenta una inconfesable desazón, que supone singular indicio de placer, pero no sabe cómo proceder.

—¡Échate en la mesa! —le ordena.

Sobreponiéndose a la fatiga acumulada, que dificulta sus movimientos, Constance accede a hacer lo que le piden. Cabeza descolgada, piernas inertes, la mirada volcada rastrea el suelo hasta toparse con el zapato roto, caído descuidadamente al entrar. El tacón desgajado ocupa su mente, reconvertido en idea obsesiva, cuya materialidad no deja lugar a ningún otro pensamiento, lo que no le impide percibir el acercamiento físico del visitante y la torpeza de la mano que tantea a tientas sus muslos bajo la falda. Está aterida, pero no tiene frío. Da diente con diente, pero no tiembla. Chisporrotea la cera derretida. La vela se apaga. Los dedos merodean a la deriva sin atreverse a encontrar cauce a una caricia que ni siquiera provoca respuesta, como si el sexo fuera un zapato o viceversa. El pábilo de la vela exhala un aliento chamuscado. Ella no piensa, pero sabe que Donatio la necesita. Debe vencer el cansancio que la mece y adormece, amortiguando, eso sí, la repugnancia que le produce el manoseo. Marais desliza el dedo por la húmeda hendidura y el único secreto que descubre es su propia degradación. El policía se da cuenta que es él, y no ella, quien ha perdido todo sentido de la dignidad y decencia, más allá de la mezquina revancha que lo envilece. Ha faltado a su palabra, ha roto el lacre del sobre y ahora se venga en una pobre infeliz. El escándalo que su comportamiento le suscita es mayor, con creces, del que los excesos criminales del marqués siempre le han provocado. Siente asco de sí mismo. Reclinado sobre el cuerpo desmadejado, la vergüenza lo abruma y bruscamente se retira. En una incongruente reacción, increpa a la mujer, pero las palabras que profiere contradicen el tono desabrido.

—¿Sois capaz de hacer esto por él? ¡Por verle un momento antes de morir! ¡No lo entiendo! ¡Cuánto os admiro, ciudadana Quesnet!

Ella no lo oye. Se mantiene inmóvil, lacios los miembros. En combate, sin embargo, con la sucia somnolencia que la insensibiliza hasta el punto de no advertir que el acoso ha cesado. Transcurre un tiempo antes de que se decida a abrir los ojos e incorporarse, mirando con extrañeza a su alrededor. La vela ha sido, de nuevo, encendida. La luz lame la estancia débilmente. Lo suficiente para comprobar que el desconocido no está. El desaliento es el resorte que le hace saltar al suelo. Las paredes se tambalean y ella busca apoyo en la mesa. Ese hombre es su última esperanza. Se dispone a salir y darle alcance. Las rodillas se le aflojan. Aplica la palma de la mano a la vela. Se abrasa y el dolor le devuelve fuerzas. Cree oír una voz. Ha sido su propio

quejido, al quemarse, que retoma retardado al oído. Se siente desolada. El viejo se ha ido y, con él, se esfuma toda posibilidad de ver a Donatio con vida. No se resigna y se dirige a la puerta de salida.

—Señora Quesnet

Esta vez, la voz no es su voz. Se vuelve y no ve a nadie. Intenta, en vano, contestar a la llamada. La tensa postura sostenida, cabeza atrás, y *el frío han* afectado a la laringe. Las cuerdas vocales no le responden. Y, *de pronto*, bajo el dintel del dormitorio, una silueta adquiere relieve en la penumbra. Es él. Pálido, recompuesto y peinado, se acerca. Le entrega un papel que ella coge aturdida.

—El permiso para visitar al condenado —informa el comisario—. Firmado y sellado por Robespierre. Falso, por supuesto. Pero os dejarán entrar en Saint-Lazare. Que os sirva de desagravio por mi torpe comportamiento.

—Gracias —balbucea Constance y, sin poder reprimir su impaciencia, hace ademán de irse, dejándolo allí. Pero él la detiene.

—¡Esperad!

La mujer le mira con temor, dispuesta a salir corriendo, si es preciso.

—¿Tanto lo amáis?

Ella asiente desconfiada.

—En ese caso, yo...

Se interrumpe reacio, evaluando de antemano las consecuencias de lo que, al parecer, no se atreve a decir y dice, al fin, como quien habla a su pesar.

—Intentaremos salvarle la vida.

Constance se apresura a besarle la mano que él, incómodo, retira.

—¿Cómo? —pregunta ella, sin dar crédito a lo que acaba de escuchar.

—Presentaos antes de que amanezca. Estaréis con él cuando la lista sea leída y, al oír su nombre, pronunciaréis una sola palabra...

En esta ocasión, la pausa es deliberada para recabar la atención.

—¿Qué... palabra? —le acucia Constance.

El inspector la sujeta por los hombros, para sacudir su ofuscamiento. La mira fijamente a los ojos, soslayando los residuos de mala conciencia, y recalca, sílaba a sílaba, la palabra *au-sen-te*.

—Au... sen... te... —repite ella estupefacta.

—¡Ausente! —insiste él—. Recordadlo bien, sólo eso, en voz alta y clara, ¡ausente!, sin que la emoción os delate, ni el ciudadano Sade mueva un dedo, ¡haced que se vuelva invisible!, hasta que el ujier siga con la lectura de la lista.

—¿Y vos creéis que harán caso a una desconocida? —indaga incrédula.

—Os situaréis al fondo del corredor, donde la luz de la entrada no llegue cuando las puertas se abran —la alecciona Marais—, vestida de oscuro y con el gorro calado hasta las cejas, nadie os verá y, aunque os vieran, no sospecharán. Si mantenéis la calma, os tomarán por una celadora más de la ronda nocturna de prisiones... ¡Diablos! ¿No habéis sido actriz? ¡Pues actuad! ¡Sólo os pido una palabra!

—Pero los guardias querrán comprobar...

—Los voluntarios que van a buscar a los condenados suelen estar borrachos y tienen prisa... Además, *ausente* es la palabra utilizada para significar que el prisionero ha sido trasladado a Picpus o ejecutado con anterioridad, debemos aprovechar su desorganización y vos debéis confiar en mí, como yo me veo obligado a confiar en vos, no queda otro remedio.

El argumento es inapelable. No obstante, Constance desea saber qué pasará después, en el supuesto de que todo se desarrolle según lo previsto.

—Al menos, habremos ganado un día más.

—¿Y si descubren el engaño?

—Compartiremos la suerte del marqués.

—¡Arriesgáis vuestra vida por él! —exclama ella en un arrebato de gratitud.

—No lo hago por él —rechaza abrupto Marais—. Considerémoslo, más bien, como un favor a una dama que, como vos, lo aprecia y está en deuda con él.

En realidad, no sabe por quién lo hace, ni por qué. Contrariamente a lo que insinúa, no ha sido, esta vez, Mme de Montreuil la que lo mueve a actuar en favor de un hombre al que sigue odiando. Ni ella se lo ha pedido, ni él se lo ha propuesto. No existe conexión alguna con la Presidenta, desde su último y desgraciado encuentro en Echauffour. Tampoco obra por piedad hacia Constance o, al menos, en su fuero interno, se resiste a admitirlo. El policía obedece a una rara inercia, como si tratara de recuperar el protagonismo perdido, excediendo una misión que nadie le ha encomendado, y en la que pone gratuitamente en juego su supervivencia.

—A partir de ahora, dependemos de vuestro talento, señora Quesnet —advierte.

La presión de la responsabilidad hace desfallecer momentáneamente a Constance. Marais adivina su miedo, pero no exterioriza compasión ni complicidad. Por el contrario, adopta actitud autoritaria y gesto adusto.

—No volveremos a vernos, bajo ningún pretexto. Yo no he estado nunca aquí, no lo olvidéis. Y pensad, para vuestro consuelo, que los verdugos de hoy serán las víctimas de mañana.

Se va sin mirarla. La puerta se cierra de golpe tras él.

Huyendo de sí mismo, se zambulle en la noche. Ha hecho cosas inconcebibles. Ha asaltado obscenamente a una pobre mujer que, para colmo, lo considera merecedor de su agradecimiento. Se ha aprovechado de una borrachera de Fouquier-Tinville para robarle el sello del Tribunal Criminal y Revolucionario de París. Y, mientras Constance yacía sin sentido, se ha atrevido incluso a imitar, de memoria, la firma de Robespierre, por resultarle más fácil que la de Fouquier. La *R* reclinada, la *o* entreabierta, la *b* en anzuelo, la *e* y la *s*, conformando juntas una *m*, la *p*, como una *V* mayúscula descolgada, la *I* unida a la *e*, compartiendo el punto desplazado, la *r* doble, como dos *eses* consecutivas y la última *e*, convertida en *z*, cuyo rabo, al prolongarse, bruscamente interrumpido en rictus repentino, delata melancolía. Conoce bien la caligrafía del Incorruptible, del que ha escuchado quinientos discursos. Marais falsifica de oído. La letra es la partitura de la voz y el orador escribe en el aire cuando habla. Basta atenerse a las pautas para reproducir sobre el papel las estentóreas resonancias de Danton, la fanática efervescencia de Saint Just o la glacial ambición, rayana en la mezquindad, de Robespierre. Si la rúbrica de Danton es un vuelo de moscardón, la de Robespierre es un lánguido aguijón de avispa. Ni el propio Maximiliano podría distinguir su auténtica firma de la pergeñada, a ciegas, por el inspector Marais. Además, su sombrío estado de ánimo, en esos momentos, no le permitiría reparar en nimiedades. Otros asuntos lo ocupan y preocupan.

Desde de la ventana del domicilio de los Duplay, donde el Incorruptible tiene su madriguera, la pálida faz, precedida de nariz respingona, acecha.

La habitación, pulcra y ordenada, parece la de una damisela. Maximiliano Robespierre ha hecho de la limpieza virtud. Pero la sucia hostilidad de la Asamblea no se borra ni se barre tan fácilmente como se suscita, no es simple desbarajuste o polvo acumulado, adquiere pronto las raíces del odio y el ramaje de la intriga. La conspiración tramada contra él, sembrada, sin duda, por la profunda depresión que tan imprudentemente le ha impelido a enclaustrarse en su retiro, significa, a su entender, la irreversible derrota de la República, que él cree representar, y el triunfo de los ladrones y traidores que le increpan ahora como a un tirano. Su estrella, anegada en sangre, se apaga. Y, lo que es peor, está cansado, muy cansado.

Ante el orinal de porcelana, un flemático danés espera despatarrado el acostumbrado paseo por los bosques de Ville d'Avray, sin que su instinto animal le haga sospechar que ya nunca volverá a mear en sus árboles. Unas gafas de gruesas lentes, tan despatarradas como el perro, comparten el mármol de la mesilla con un medallón de nácar de la efigie de Rousseau y una Biblia abierta por el capítulo de *Jeremías*.

*Emborracharé a todos los hombres del país y los estrellaré uno contra otro, sin pena ni compasión, palabra de Jehová.*

BAJO el raído abrigo masculino y el gorro frigio de rigor, Constance llega, en una calesa de alquiler, a las puertas de Saint-Lazare, cuando todavía es noche cerrada. Lleva un paquete, amarrado con cuerda, en las manos. El cochero echa atrás la capota, de agujereada vaqueta, para ayudarla a bajar, al tiempo en que da una patada a un chucho que ladra al imperturbable caballo. Ajena al incidente, la mujer paga y se dirige, encogida, a la verja de entrada. Los centinelas apostados le impiden el paso. Les muestra el falso permiso, mientras la calesa se aleja y el perro sigue ladrando.

Un ciudadano del servicio de vigilancia acude parsimonioso a la llamada de los centinelas. Examina el papel con malhumorada desidia y hace una indicación a la recién llegada para que le siga. Anda renqueante, como si se acabara de despertar. Conduce a Constance hasta unas sórdidas dependencias, donde es registrada por dos mujeres, ante la mirada de un funcionario agazapado tras una mesa Luis XIV, requisada en algún palacio. Bajo el abrigo desabrochado, el cuerpo de la ciudadana Quesnet, concienzudamente palpado, parece extremadamente frágil y contraído al contacto de las manos que lo cachean. El somnoliento ciudadano deposita el paquete sobre la mesa y corta la cuerda, que lo ata, con un cuchillo. Contiene pan y una botella de vino, así como algunas pócimas de botica, que aparta de un manotazo. El funcionario reclama la botella, la descorcha y olisquea, y trinca un trago a morro, antes de devolvérsela al ciudadano que bebe, a su vez, bizqueando al empinar el codo. Constance observa al funcionario que pellizca distraídamente el pan y husmea ahora el permiso con suspicacia. Los dedos de las celadoras se abren paso bajo la ropa en subrepticia exploración, inicua y prolongada. Tantean las axilas y entrepierna, entreteniéndose en desrizar el vello con maliciosa complacencia, antes de dar por terminado su cometido. Inesperadamente, el funcionario, con el papel en la mano, se pone en pie y va hacia la puerta. Detiene, con un gruñido de colmillo, a Constance, que se aprestaba a seguirle, y sale. El otro la ordena perentorio que se siente y espere, en un banquillo sin respaldo. El cuerpo plegado, cubierto por el abrigo demasiado holgado, se

empequeñece hasta desaparecer, bajo el grotesco gorro rojo. En el ventanuco, empiezan a aflorar las luces del alba. El lívido resplandor azulea, por fuera, el cristal, sin todavía adentrarse en la estancia, amarilleada por los candiles. El ciudadano alza procaz la pata y expelle un ruidoso pedo que sus compañeras celebran, palmeteantes, al grito de «¡Viva la Revolución!». Una de ellas se hace con la botella, bebe y se la pasa a la otra, que escupe el buche apagando un candil. Diríase que las lámparas han iniciado, resignadas, su regresión al halo, ante la inminente llegada del amanecer, que Constance se esfuerza en contener con la mirada.

El funcionario vuelve por fin y, al ir a sentarse, tropieza con la botella que cae y rueda. El ciudadano la recoge y se la da. Con ella en una mano y el papel del permiso en la otra, el funcionario se queda catatónico. Constance se pone en pie. El otro ignora su presencia. Tarda en hablar, y lo hace sin levantar la vista del folio.

—Ciudadana Marie-Constance Quesnet, treinta y tres años, ex actriz... — lee. Un inoportuno ataque de tos lo sume, de nuevo, en el silencio. Liba al coleteo un trago. Chasquea la lengua contra el paladar, sella el permiso y lo mete en un cajón.

—¿Y bien? —pregunta Constance impaciente. Un gesto desvaído es la respuesta. El ciudadano la insta a que le acompañe.

El olor a grasa de las cocinas se expande por el patio con la fría palidez del nuevo día, que ya tiñe los muros de retazos de luz. Constance confunde la luz con el olor. Siente náuseas. Le exaspera el paso lento, cuya resonancia, desvaída por el vaho de la respiración, desdice los acelerados latidos del corazón. Al fondo, soldados se calientan en torno a una hoguera. Sus bonetes emplumados ondulan, en suave vaivén, con el lejano fulgor de las llamas. La distancia descompone los ladridos del perro y las voces de los soldados, cacareos sincopados que dilatan el espacio. Una brisa insidiosa esparce luminiscencia por doquier. Se sobresalta sorprendida cuando se descorre el cerrojo y el portón se abre. Entra sola. El portón se cierra. Sus ojos requieren tiempo para acostumbrarse a la oscuridad. Ya no huele a grasa de cocina sino a miedo y humedad. A sudor y orina. Anda titubeante por el tenebroso pasillo. Rostros macilentos la observan huraños, caras exangües se esbozan en las tinieblas, miradas ensimismadas se esfuman a su paso, espaldas encorvadas, siluetas abatidas, figuras que se desplazan, cuerpos inertes, fantasmas prematuros que ya han renunciado a la vida. Poco a poco, venciendo las sombras, emergiendo de la muerte, los espectros devienen personas y, de vez en cuando, alguna desafiante actitud de orgullo, algún destello de rebeldía, la

belleza serena de una dama, el aire altanero de un caballero, la noble resignación de un anciano.

Un individuo corpulento se golpea la cabeza contra la pared compulsivamente, como desgarradora manifestación de impotencia y desesperanza. Constance cree reconocer a Donatio. Se aproxima, le toca. El otro se vuelve. No es Sade. Pero su mirada impresiona a Constance, ¡es la mirada de un niño desamparado! Demanda protección, expresa gratitud, denota inmenso cansancio. Constance no puede resistir el lacerante dolor de esa mirada. La rehúye y sigue adentrándose al encuentro del marqués. Y, de repente, los rumores se extinguen, hasta las respiraciones cesan.

Un chirrido acompasado se filtra por la rendija del portón y recorre el corredor de tímpano en tímpano.

Fuera, ha llegado la carreta.

Sade, replegado en sí mismo, agarrado a las piernas encogidas y la cara escondida en su propio regazo, parece dormir. Pero sus ojos están abiertos y sus oídos alerta cuando siente a su lado la silenciosa presencia de Constance, que se deja caer de rodillas, abrazándolo con las fuerzas que le restan. El desmesurado abrigo que cubre a la mujer se funde con el oscuro chaquetón de Sade, conformando un solo y palpitante bulto humano. No hay tiempo que perder, y ella le habla febrilmente a la oreja, poniéndolo al corriente del arriesgado plan que puede salvarlo de la guillotina.

En ese momento, los goznes emiten un horrisono quejido y la luz irrumpe desde el extremo del pasillo, agigantando en suelo y paredes las sombras de los condenados. El desfile hacia el cadalso comienza.

*Jean-Louis-Marie Aucane, cuarenta y cinco años, capitán de caballería, Pierre-Louis de Montclif, setenta y cuatro años, ex noble, Nicolas-Humbert de Forceville, cuarenta y cinco años, ex oficial de artillería del tirano,* el mismo caballero que había hecho las veces de maestro de ceremonias en ejecuciones simuladas, con el beneplácito de los prisioneros, busca la complicidad de los espectadores, pero sólo recibe la andanada del hedor de las letrinas y el acre sabor del pánico. Lo arrostra sonriendo con marcial pundonor, durante los primeros siete pasos, y se descompone a la primera bofetada de luz, metros antes de acceder al exterior. Lo sacan a rastras.

Constance se ha quitado el abrigo para tapar al marqués, que permanece agachado y quieto, como si se tratara de un saco de ropa sucia. La lista avanza inexorable. Nombres, edades, títulos y profesiones lubrican el engranaje de la máquina asesina. Constance aguarda acobardada, repitiendo para sus adentros

la palabra clave, *jausente!*, tratando de concentrar todas sus energías para, llegado el momento, hacerse oír.

*Monfort el joven, cincuenta y dos años, ex noble, ex oficial de infantería*, el joven es viejo. Una desviación de columna lo hace andar escorado. Secuela de un combate en el que una bola de cañón mató al caballo que le cayó encima, por ser él de los de a pie. Su defecto físico lo mantuvo alejado de los salones. Pisará las tablas del patíbulo antes que las alfombras de la Corte.

*Philippe-Clement Bernard, treinta y ocho años, ex sacerdote, pederasta empedernido*, para más señas, podría haber hecho suyo eso de «dejad que los niños se acerquen a mí». Sólo difiere de Jesús en intenciones. La guillotina será la primera dama por la que pierda la cabeza.

*Joachim-Laurent Aviat-Turot, veintiocho años, agricultor*, ha comido la fruta del árbol prohibido, sin saberlo. La fruta se llamaba miseria y el árbol, revolución. Deja atrás tres hijos y dos mujeres, y un rastro de olor a cebolla que hará llorar al verdugo.

*Toussaint-Charles Girard, cuarenta y cinco años, notario del rey*, la suya será el primer acta de defunción firmada con su sangre que, a diferencia de su tinta, no es azul. Su escueta figura se evapora a contraluz. Constance murmura «ausente», a modo de despedida, con la falaz ilusión de que ése sea el último nombre citado de la lista. Pero el recuerdo la retrotrae al papel, desplegado por Marais, sobre la mesa camilla. Con terrorífica puntualidad, lo visualiza. El notario Toussaint era el anterior a Donatio. El armario de la memoria se cierra y la voz del ujier destapa el ataúd.

*Donatio-Alfonso Sade, sesenta años, ex noble y marqués, hombre de letras y oficial de caballería a las órdenes del tirano...*

Nadie acude. Nadie responde. El silencio transcurre. El tiempo se detiene. Constance intenta hablar. Un filamento de angustia le ha cosido los labios. Los despega desesperada. Abre de golpe la boca, que no emite ningún sonido, y se ahoga en el aire, donde se diluye la palabra antes de ser pronunciada. El ujier repite la llamada. Constance enmudece atenazada. Fuera, ladra el perro. Lejos, el tambor. Ella se debate, intentando encontrar, al menos, un eco de voz en su garganta. En vano. Sade está perdido. Se dispone a entregarse, antes de que vengan a buscarlo y Constance se vea comprometida. Aparta el abrigo y se incorpora, sin que ella, paralizada, pueda evitarlo. Pero, entonces, algo extraordinario sucede. El corpulento individuo, de mirada de niño, que se daba cabezazos contra la pared, al que Constance, confundiéndolo con Donatio, había puesto la mano en el hombro, echa a andar hacia la salida, acudiendo a la llamada, sin volver la vista atrás. Su determinación es tal, que

Sade y Constance asumen, al unísono, el destino propicio. Uno y otro ven, sin reaccionar, cómo el desconocido se adentra, con pesado bamboleo, en el haz de luz que lo engulle.

La letanía reanuda su machacona marcha, un tal Merry de cuarenta y un años, un tal Guyot de Rijoux, ex canónigo de cincuenta y siete y un panadero de treinta y siete, Gérard-Jean Arfelière, compartirán carreta con el químico Félix-Adrien Seguin, de treinta y cinco o los ex nobles Gaspard-Siméon Bartou de Montbas, de cincuenta, y André-Jean Brillon, de veinte, pero todos ellos no son sino sombras, con nombre y edad, que desaparecen, por turno, disueltas en luz, al salir del túnel.

En brazos de Donatio, Constance solloza. El hombre corpulento sube al cadalso en vez del marqués. Su mirada, ajena al trastocado destino, sigue siendo la de un niño extraviado, al que sobresalta el estruendo del tambor. Se tiende, obediente, sobre la tabla. El verdugo emplaza el cuello. La oración de Constance consta de una sola y tardía palabra. *Ausente*. Sade cierra los ojos. Bascula la guillotina. Cae la cuchilla. Se cierra, de golpe, el portón. Rueda la cabeza hasta el cesto. La luna, de perfil, cede su sitio al sol. Los ojos deslumbrados del decapitado contemplan el cielo con inefable inocencia. Se alzan los párpados de Sade, y Constance descubre en él la misma mirada del hombre que lo ha suplantado.

En la rue du Bout-du-Monde, de las alcantarillas desbordadas fluye un fétido mejunje que invade la calzada. Una niña rubia, tocada de gorro frigio, juega con una muñeca pelirroja, vestidita de azul. Con maternal dulzura, le arranca la cabeza y la clava en un palo que enarbola al grito de «¡Muera el tirano!». Las aguas fecales arrastran el despojo del cuerpo desarticulado, mientras una repentina algarabía irrumpe calle arriba, como rabiosa réplica al grito de la niña. El fétido mejunje que cubre el empedrado mezcla sus efluvios con las voces de «¡Viva la República! ¡Muera Robespierre!».

En casa de los Duplay, el Incorruptible se pega un tiro. La Biblia sigue abierta por la misma página. El disparo le destroza la mandíbula. El danés lame la sangre en la alfombra. El gendarme Merda, al oír el pistoletazo, acude a tiempo de sostenerle en sus brazos.

—¡Rematadme! —le pide Robespierre. El otro se niega. Los soldados de la Convención, que vienen a detenerlo, están a punto de llegar. Maximiliano, malherido, roto el mentón y colgante, ruega entonces al gendarme que le enganche las hebillas de los zapatos, ya que él no puede agacharse. Habla con

un gorgoteo que hace ininteligibles sus palabras, pero no le impide corresponder a la ayuda con un nada ortodoxo «Gracias, señor».

En la acera, al pie de la ventana, unas estrepitosas mujeres se agolpan y bailan. Mme Duplay, la anfitriona, se ahorca tras un postigo cerrado que han manchado con una escoba impregnada en sangre. Agustín Robespierre, hermano del Incorruptible, se arroja por el hueco de una escalera, sin conseguir matarse. Es llevado, moribundo, al patíbulo, donde precede a Maximiliano que sube por su propio pie, la mandíbula atada con un trapo.

—¿Eres Maximiliano Robespierre, de treinta y cinco años de edad, nacido en Arras y ex diputado de la Convención Nacional?

La obvia pregunta queda sin respuesta. Samsón arranca el vendaje y Robespierre profiere un alarido. El Ser Supremo también le ha traicionado. La piadosa guillotina pone fin a sueños de grandeza, sufrimientos y vejaciones, de un solo tajo.

Sade ha sobrevivido a reyes y tiranos, ha visto cambiar el mundo ante sus ojos, el Espejo de Edas se ha roto y multiplicado, pero su pensamiento sigue intacto. Viejo y no vencido, sale de Saint-Lazare y, en compañía de Constance, regresa a casa. Sin embargo, sus padecimientos no han terminado.

Le espera una deuda de dos mil escudos y, para colmo, sus propiedades, por orden gubernamental y torpeza burocrática, han sido secuestradas. Contra toda evidencia, se le ha incluido en la lista de emigrados que, huyendo de la Revolución, abandonaron Francia. Él mismo, en su intento de escamotear orígenes aristocráticos, ha propiciado el error. Probablemente, se le confunde con uno de sus hijos. De poco le vale demostrar su ininterrumpida pertenencia a la Sección de Picas, que sigue requiriendo sus servicios, ni su condena bajo el Terror, abolida a la caída de Robespierre. Las pruebas fehacientes se topan con la estulticia funcional. Las reiteradas y documentadas protestas, y las arduas gestiones oficiales de la ciudadana Quesnet, cuyo testimonio tampoco es tenido en cuenta, no logran que se borre su nombre. Lo han convertido en un *cadáver civil*. El absurdo y desorden que le ha salvado la vida le niega ahora carta de existencia. Incluso alguien publica que Sade, *ese abyecto escritor que mata la virtud e inspira horror*, ha muerto.

Como si le hubiera mordido una víbora, el marqués replica: *Me matan y me declaran, al mismo tiempo, autor de Justine. Detestables mentiras. Exijo que se consigne, en vuestro periódico, que estoy vivo y niego ser autor del infame libro que tan calumniosamente se me atribuye.*

Una verdad y una mentira, en flagrante componenda. Dos perfiles opuestos en una moneda volteada al aire. Sade sigue siendo Sade. Apenas

burlada la muerte, recobra la acritud y agresividad esgrimida contra sus carceleros de antaño. Todo lo que se opone a su voluntad y deseos vuelve a ser ofensa de lesa majestad. Los lamentos e increpaciones son su forma de luchar, morder y plañir, convirtiendo la súplica en exigencia y el insulto en derecho.

Solicita a la viuda del impresor Girouard que recupere, de las garras del gobierno, su novela *Aline y Valcour*, confiscada al difunto marido. Le reprocha desidia. Pide, desesperadamente, a Gaufridy que reclame la herencia de un pariente fallecido hace cinco meses. Le acusa de negligencia. El atribulado administrador aduce la aflicción causada por la reciente pérdida de un hijo, a lo que el marqués responde que *el llanto por los muertos no es razón para dejar morir a los vivos*. ¡Y de morir se trata con sólo veinticinco francos al día! No tiene ni para leña, ¡y el Sena lleva helado varias semanas! Constance Quesnet, que ya ha hipotecado sus bienes, se ve obligada a vender sus vestidos. Sade, *sexagenario, pobre y enfermo*, según se describe, autocompasivo, busca inútilmente empleo. Bibliotecario o conservador de un museo, o cualquier otra bajeza por el estilo. *¿Durante cuánto tiempo todavía nos condenaréis a comer ensalada con aceite de clavel?*, espeta, por carta, a Gaufridy. *La pobre Sensible sólo cena un vaso de agua azucarada*. También se queja de sus hijos, que *lo relegan al más ingrato de los olvidos*, y no duda en arremeter contra el primogénito, Louis-Marie, al que imputa determinadas maniobras contrarias a sus intereses. *¡Sí un brazo se me gangrena, lo corto!*, profiere feroz, y concluye lastimero: *¡El dinero! ¡Siempre el dinero! ¡Funestos hijos y funesta esposa! ¡Y yo a punto de perder un ojo!, apenas distingo lo que os escribo*.

Bendice, en cambio, a Constance, *un ángel que me ha enviado el cielo*, y que, a falta de alas, recorre andando París para insuflar divina indulgencia a los acreedores, mientras él escribe y resopla, bajo el peso del colchón que se echa al dorso, empaquetado el torso con cartones y forrados los pies con periódicos.

El teatro acaba de rechazarle una obra y él contraataca con otra. Una tragedia capaz de enardecer, en el corazón de los espectadores, el amor a la patria, pero no, al parecer, de enternecer el corazón de los empresarios. El destino, sin embargo, le tiene reservado, por extraños vericuetos, el ansiado regreso al escenario. Los dioses, una vez más, no están exentos de irrisión o actúan, a juzgar por los tumbos que dan, completamente borrachos. La policía se apodera de los últimos manuscritos autógrafos del marqués y, horas después, de una tapicería obscena en el domicilio del escritor. Esta vez es el

prefecto Dubois, pluscuamperfecto comparsa, a quien se le asigna la tarea de reconducir al señor de Sade hasta el único lugar que le permitirá el ejercicio de su auténtica vocación. El manicomio de Charenton, que el Espejo de Edas no tardará en transformar en remedo del castillo de Silling. Vuelve a alzarse el telón.

Otro loco ha entrado en escena. Lleva todavía puestas las botas de la Revolución, pero pronto se calzará la corona de su imperio. Su nombre es Napoleón.

NAPOLEÓN moja un *croissant* en chocolate caliente y se lo lleva humeante a la boca. Sopla y come. Se quema, pero no se inmuta. Montalivet, ministro del Interior, deposita en la mesa unos folios que el emperador no se digna a mirar.

El octogenario inspector Marais escruta con los párpados entornados. En realidad, sólo vislumbra fantasmales siluetas, pero nada se le escapa. El más imperceptible de los gestos deja su huella en el aire. Un parpadeo fluctúa, una respiración alterada aletea, un roce es un susurro, el silencio tiene olor. Un zumbido persistente le atosiga. Proviene de la ventana. Su mano izquierda vibra aferrada al brazo acolchado de la silla de ruedas.

—El señor de Sade permanece recluido en el manicomio de Charenton —informa Montalivet, como precavido preámbulo. La taza asciende lentamente hasta los labios. El emperador bebe y se abrasa impasible. Desdobla la servilleta y la extiende sobre la carpeta de cuero repujado, antes de llevársela a la barbilla para secar, con disimulo, un rastro de chocolate.

En el rostro momificado de Marais se esboza una sonrisa que nadie nota. Apenas un rictus agazapado en el pliegue de una arruga. Ha conocido a reyes y putas, a damas, nobles y truhanes. Napoleón es un petulante patán que concibe Francia como un mausoleo para su mayor gloria póstuma. Confunde la vida con un *croissant*, el mundo con su taza de chocolate y la servilleta con el mapa de la batalla. Es como el marqués. Distinto escenario, idéntica estrategia. Te convierten en un *croissant*, te meten en su taza y acabas en su servilleta.

—¿De Sade? ¿No es el autor de *Justine*? —indaga Bonaparte, y el filamento azulado de la vena de su sien cobra relieve hasta diluirse en la palidez de la mejilla. El ministro conoce este síntoma que denota irritación contenida. También conoce la aversión del emperador hacia los pederastas de Palais-Royal que propagaron el virus venéreo por el París republicano alentados por los diez tomos de *La Nueva Justine y su hermana Juliette*, cuyas aleccionadoras ilustraciones constituían un enciclopédico exponente del vicio y la obscenidad. Aunque el marqués seguía negando ser el autor, una

nueva edición confiscada había dado con sus huesos en el hospicio de Charenton, tras seis años de libertad.

—¿Qué condena cumple? —pregunta el emperador.

—No ha sido juzgado, para evitar el escándalo —dice Montalivet.

—¿Y no es eso un escándalo? —inquire Napoleón. El molesto zumbido cosquillea los tímpanos del inspector Marais.

—No se ha querido dar ocasión de mayor celebridad a su obra —se justifica Montalivet

—Un castigo ejemplar es mejor que un problema putrefacto —dictamina Napoleón. Marais lo sabe mejor que nadie, pero también sabe que con Sade ya es demasiado tarde. La putrefacción es tan irreparable como la gloria de Bonaparte y, en cierta manera, putrefacción y gloria despiden el mismo hedor.

—Mi respeto por Vuestra Majestad no me permite entrar en detalles sobre la conducta del marqués de Sade —aduce farisaico el ministro del Interior—. Padece perpetuo estado de furor lascivo, prédica el crimen con sus palabras y escritos... ¡Y hace teatro en Charenton!

La sola mención del teatro, cuyo control estatal es objetivo prioritario, alerta a Bonaparte de tal manera que su mirada merodea como la de un gato al que se le acabara de escapar un ratón.

—¡Doce teatros bastan en París! —advierte admonitorio—. ¡Ni uno más! ¡Y menos de locos!

Diríase que este último extremo le resulta especialmente intolerable. Teatro y locura son una peligrosa mixtura, una indecente redundancia de imprevisibles consecuencias para Francia, como ha probado la Revolución. Otra sonrisa subrepticia recorre ascendente el epigastrio de Marais hasta quebrarse en su garganta con un estertor de tos amortiguada. Por un momento, ha creído ver al marqués representando el papel de Napoleón en el despacho de Fontainebleau y ha imaginado al emperador haciendo las veces de Sade en el escenario de Charenton. La edad y la vista cansada han propiciado la confusión. Un lapsus revelador, que no altera el curso de la función, mientras Montalivet trata de exponer de viva voz los datos del informe que el propio Marais ha redactado.

—El señor Coulmier, director del hospicio, pretende que el teatro es una medida curativa para los locos...

—¿Quién es ese Coulmier? —le interrumpe el emperador, molesto por la aparición de un nuevo personaje.

—Un cura que ha colgado los hábitos y que toma el teatro y la locura como pretexto para celebrar fiestas libertinas...

El ministro omite deliberadamente los méritos del señor Coulmier, cuya inteligencia y capacidad de organización han sido sobradamente demostradas en el transcurso de sus actividades hospitalarias.

En cambio, insiste en cenas licenciosas con actrices complacientes y su complicidad con Sade en placeres y vicios que los propios pacientes han denunciado. Tras hacer referencia a los informes de Hippolyte de Colins, de la Escuela Imperial Veterinaria, que presenta Charenton como una tétrica prisión, alude a las personas involucradas en bailes, conciertos y representaciones, según datos recabados por Marais.

—No todos están locos —precisa—. Podemos encontrar desde un tabernero hasta actores sin empleo, reclutados en el café Touchard, bailarinas de la Ópera y mujeres que viven en el asilo sin padecer enfermedad mental, como la que el señor de Sade introdujo, haciéndola pasar por su hija natural.

—Constance... —murmura inadvertidamente el viejo Marais. Bonaparte mira, sorprendido y suspicaz, al decrepito anciano. Pero Montalivet retoma la palabra.

—Marie-Constance Renelle de Quesnet, actriz, vive con el marqués desde que su esposa Renée-Pélagie Cordier de Montreuil se retiró a un convento. — Y añade en un inoportuno quiebro—: Ambas mujeres le fueron fieles.

Esta extemporánea alusión a la fidelidad femenina no parece del agrado del emperador. Regurgita ácido. Todavía colea el asunto *Zoloe*, nombre con el que se designa a Josephine en una novelita que ha hecho las delicias de todo París y en la que Napoleón aparece bajo el obvio anagrama de *Orsec*, inequívoca denominación que trae a colación su origen *corso*. No falta quien atribuye a Sade la autoría del libro, que airea los deslices amorosos de la insigne protagonista.

—A pesar de sus achaques y avanzada edad —prosigue Montalivet, fatuamente encandilado—, el señor de Sade ha pervertido a un muchacho en Charenton y mantiene relaciones con una chiquilla de dieciséis años, hija de una enfermera del asilo y...

Napoleón no escucha. Pero oye. El chocolate, como lava incandescente, desciende por su esófago. El calor aplaca el ardor. Y el ministro se empecina estúpidamente en avivar el fuego con su perorata.

—En la habitación del marqués se ha encontrado un instrumento enorme, fabricado con cera, en el que quedaban residuos de introducción anal...

El zumbido acelera su frecuencia en los oídos de Marais. El perfil parlante de Montalivet, como un loro en su percha, se recorta en el marco de la

ventana. El emperador, atrincherado tras la mesa de despacho, como un dragón en su caverna, echa llamas de chocolate por los orificios nasales.

—¡Ya es suficiente, Montalivet! —escupe fuego Bonaparte—. ¡Basta de sórdidos detalles!

Montalivet se pone azul y enmudece. El zumbido se acentúa. La estructura metálica de la silla de ruedas se carga de electricidad, atrayendo el rayo en la tormenta. El emperador iracundo lanza los folios del informe sobre Marais. Una lluvia de hojas caen, dispersas y aleteantes, sobre el inspector que las recibe impertérrito. El repentino arretrato de cólera se apacigua. Se reanuda el zumbido. Pero no ha pasado la tormenta.

—Que el señor de Sade sea aislado en un calabozo hasta su muerte —ordena Napoleón—. Se le prohibirá el empleo de lápices, tinta, plumas y papel. Que sus escritos sean requisados y destruidos, y el teatro clausurado y desmantelado.

La mirada se vuelve glauca y glacial. La audiencia ha terminado. Montalivet se apresura a recoger el superfluo dossier desperdigado por el suelo. Napoleón se pone en pie. Ante un ministro a cuatro patas y un anciano en silla de ruedas, su corta estatura cobra cierta relevancia. Contra todo pronóstico, Marais tose y habla.

—Que Vuestra Majestad me perdone, ruego me sea concedido el privilegio de llevar y comunicar personalmente la orden y obtener garantía de su estricto cumplimiento.

Bonaparte lo contempla con irritación y extrañeza. Montalivet, circunstancialmente de rodillas, intercede.

—El inspector Marais fue el mejor policía de costumbres de Luis XV. Conoce bien al marqués de Sade.

El emperador escudriña desconfiado a Marais.

—¿Tenéis contra él algo personal?

—Por supuesto que no, Majestad —se anticipa exculpatorio Montalivet, desde su poca airosa posición.

—No os he preguntado a vos —le recrimina el emperador.

—Por supuesto que no, Majestad —reitera, tontamente, el ministro del Interior. Napoleón pasa, rozándole las narices y pisoteando las cuartillas esparcidas. Se aproxima a la silla de ruedas. Posa los ojos en el inválido.

—¿Acaso la vejez que os priva del uso de vuestras piernas os impide también oír? —pregunta con crueldad—. ¿Pretendéis que confíe este cometido a un sordo paralítico? ¿Qué clase de interés os mueve para hacerme tan absurda petición, inspector?

Marais parece sumido en un profundo ensimismamiento que la agresividad del emperador no altera. La impaciencia crece. Montalivet se levanta, sin recoger todas las hojas, y prudentemente se aparta.

—El odio —confiesa inopinadamente Marais y, aparentemente contradictorio, añade—: Nada personal.

Napoleón, desconcertado, le incita con su mutismo a que se explique con mayor claridad. El zumbido se extingue un instante y regresa con insidiosa intensidad.

—Odio el vicio y amo la virtud —dice Marais—. He dedicado mi vida a perseguir el libertinaje. Ahora mis piernas ya no me sostienen, es cierto, pero mi amor a Francia sí.

El viejo hace una pausa, dilatando el silencio en la estancia, ladea la cabeza y tiende la oreja en ademán de escuchar. Napoleón y Montalivet le imitan intrigados.

—¿Oís algo? —les pregunta el anciano.

—Nada —le responden al unísono, sospechando que ha perdido la razón.

—Pues yo todavía puedo oír el zumbido de una mosca atrapada entre el visillo y el cristal —dice él, e indica uno de los ventanales. Montalivet, adivinando la curiosidad del emperador, avanza y levante el visillo. Una mosca sale volando—. No fue sordera sino prudencia lo que retrasó mi respuesta, Majestad —puntualiza Marais—. Tengo por norma que la reflexión preceda a la palabra. He servido a Luis XV y a Luis XVI, y al ciudadano Robespierre... Sería para mí un inmenso honor, antes de morir, que Su Majestad el emperador de Francia me considerara digno de asignarme este último servicio.

Montalivet vuelve su mirada hacia Napoleón que, con una leve inclinación de cabeza, accede a la petición.

HA LLEGADO el instante fatal en que el telón se descorre para hacernos contemplar tus errores y tus vicios, ¡arrepíentete! —espeta el sacerdote al moribundo, que lo mira mordaz. La agónica respiración imprime herrumbrosa cadencia al jergón. Un anacrónico tupé, pulcramente ondulado y empolvado, llama la atención de Mademoiselle Flore, capaz de apreciar con pericia, desde su asiento de platea, que el cabello del actor, impropio de setenta y tantos años, no es peluca sino suyo. Los ojos relucientes, bajo hirsutas cejas, también desdican la edad. Sentado al lado de la dama, el poeta Auguste de Labouisse opina celoso que la cabeza del personaje es una lamentable ruina en consonancia con su torpe interpretación, debida sin duda, dada su gordura, a dificultades respiratorias que la posición tendida acentúan. Otro ilustre invitado, Armand de Rochefort, confiesa que ese viejo de pelo blanco y mirada ardiente le impone respeto a pesar de saber que se trata del infame autor de un libro monstruoso, cuya sola mención le infunde terror.

Los distinguidos espectadores, aislados de los locos por una tela metálica, disimulan tras una pátina piadosa su morbosa curiosidad. El demente que desempeña el papel de sacerdote es un maníaco furioso que había intentado comerse un gato vivo. Ahora parece un pajarraco que se dispusiera a hincar el pico en la panza yacente.

—¡Arrepíentete! —grazna. Y del sector reservado, sexos separados, a los enfermos mentales, brota otro grito chirriante.

—¡Arrepentíos, señor de Sade! ¡Arrepentíos!

El exaltado es un militar al que han atado las manos con un cordel para evitar inoportunos accesos indecentes. Los celadores lo arrastran fuera de la sala y lo encierran en un baúl de mimbre. Pero el incidente desencadena el impúdico regocijo de los espectadores y los delirantes alaridos de algunos internados. Coulmier intenta imponer su autoridad y aplacar el alboroto. Al ser de corta estatura, casi enano, se encarama para hacerse ver y oír a la barandilla del palco, que ocupa con Constance Quesnet, el cirujano Deguise y el médico adjunto Royer-Collard. Mientras cae el telón y los alborotadores

son desalojados, Mademoiselle Flore retiene la risa. Por el contrario, Constance comprueba preocupada cómo Royer-Collard toma notas. De sobra conoce la reticencia y resentimiento que en él despiertan las actividades teatrales, de las que era acérrimo partidario su antecesor, el difunto Joseph Gastaldy. Menos aún ignora la irreconciliable enemistad con Coulmier, que se ha opuesto a su designación, impuesta por el Ministerio del Interior. El médico actúa, hace tiempo, como un confidente de la policía. Precisamente ese día, con insensata provocación y desafío, se ha alterado a última hora el repertorio previsto para representar, por vez primera, una de las obras de Sade, escrita en las prisiones de Vincennes. A diferencia de *Los ciento veinte días de Sodoma*, desaparecida durante el asalto y saqueo de La Bastilla, el *Diálogo entre un cura y un moribundo*, había resistido incluso los más recientes registros rutinarios efectuados en el asilo. Por su contenido sacrílego y filosófico, el libro goza de las preferencias del director del centro, que exonera así su pasado.

La señorita Urbistondos, una adolescente española de lacios cabellos y lánguida mirada, hace su aparición en el foso de la orquesta y con calma y exquisita precisión se pone a tocar la flauta travesera. Su presencia emana súbita serenidad.

Un tal Trenis, que se cree rey de Sicilia, engalanado como un emperador, esboza con elegancia pasos de baile, suscitando rumores de asombro y aprobación. Monsieur Coulmier, aliviado, regresa a su asiento y el doctor Royer-Collard, precavido, esconde el cuaderno bajo el faldón de la levita. El momento ha llegado de reanudar la función. Dos enfermeros tratan de persuadir al regio bailarín para que abandone el prosenio. El llamado Trenis no accede de buena gana y lanza despechado su peluca a la guarida del apuntador, antes de hacer forzado mutis. Por fin, se abre de nuevo el telón.

Sade está ahora incorporado en su camastro. El sacerdote, sentado a su lado, ha olvidado el texto. Sólo acierta a mascullar un trémulo «Arrepiéntete».

—Me arrepiento —responde el agonizante—. Creado por la naturaleza con feroces apetitos y fuertes pasiones, he vivido únicamente para satisfacerlos. Pero, a veces, he vencido la violencia de mis deseos... ¡Y de eso me arrepiento! ¡Pudiendo recoger frutos, he recogido sólo flores!

El sacerdote, por su parte, permanece obnubilado. La frase se atasca en los recovecos del cerebelo. La lengua dormita adherida al paladar y los flácidos labios quedan reabsorbidos por las desdentadas encías. Haciéndose cargo de la situación desesperada, el apuntador se decide a dar la réplica desde el interior de su concha.

—¡Desgraciado! ¿No crees en Dios?

La voz cobra resonancias de ultratumba que sobresaltan a la concurrencia.

—¡Sólo creo en la naturaleza, que me ha hecho como soy! —exclama Sade con musitado vigor, poco acorde con su papel de moribundo. El apuntador, a su vez, se anima y opta por estirar el gaznate, asomando la cabeza del cubil. Para que su aparición en escena resulte más decorosa, se ha calado la peluca que le arrojara el bailarín Trenis.

—¡Confundes los efectos de la naturaleza corrompida con los designios del Todopoderoso Ser Supremo! —increpa a Sade que, irguiéndose en la cama e ignorando definitivamente al pasmado devorador de gatos vivos, se encara con su nuevo oponente.

—¿Por qué ese Ser tan poderoso ha creado una naturaleza tan corrompida? —inquire sardónico.

—¡Para probarte! —responde el improvisado sacerdote.

—¡Pues debió imaginar los resultados! —exclama Sade, provocando risas aquiescentes.

—¡Los conocía! —dice el otro, cada vez más identificado con el personaje que las circunstancias le han asignado—. Los conocía y, en su infinita bondad, quiso darte ocasión de elegir...

Sin más ambages, Sade abandona el lecho y avanza con parsimonioso paso pesado, paquidérmico y cansado. Su figura erguida y su noble porte, su nariz aquilina y el labio inferior protuberante, le proporcionan un aire desdeñoso que subyuga. El público asume entregado los peculiares avatares de la representación. La magia del teatro lo ha trastocado todo. El actor que interpretaba al confesor sigue en escena, sentado en la cama, pero ya nadie lo ve. Ha transferido su personaje, por arte de birlibirloque, al apuntador. Una especie de caracol que cubre sus cuernos con peluca y saca la cabeza parlante de su cascarón, consiguiendo ser escuchado sin rechistar. Por otra parte, el moribundo se ha puesto en pie y expande energía por la sala, invadiendo mentes y cuerpos con su influjo.

—¿Y por qué, siendo tan bueno ese Ser, nos somete a una prueba tan cruel? —inquire, y cada espectador tiene la impresión de que son todos, al unísono, los que han formulado la pregunta, haciendo suya la voz del actor. Sade saborea, al fin, la plenitud de un esplendor sin fisuras, de una sensación sublime que sólo la escena puede dar, sin la distorsión de la pasión exacerbada ni la violencia de los sentimientos contrariados, sin el dolor ni el placer convulso de la carne torturada, sólo por la evidencia del pensamiento hecho palabra, sin esperar otra respuesta que el eco de un silencio total. Todos

quedan inmersos. El apuntador se escabulle. De la concha vacía, a los pies de Sade, sale un rumor lejano, como de mar. Y, de pronto, se rompe el encanto. El loco disfrazado de clérigo recupera la memoria y pierde el don de la invisibilidad. Sentado en el camastro, se materializa repentinamente y deja oír su voz de grajo enjaulado.

—¡Ignoramos los caminos del Señor!

Sade vuelve en sí y, con él, uno a uno, todos los asistentes a la función. Diríase un brusco y doloroso despertar. Las miradas convergen en la silueta encorvada y el perfil afilado y huraño del reaparecido. Está, sin duda, asustado. Ignora lo que ha pasado. Nadie lo sabe, en realidad. Se da por supuesto que ha sido él quien ha hablado. ¿Ha salido y ha entrado? ¿Estaba allí? ¿Se había escondido? Es urgente salvaguardar el sentido común. Así lo admite el marqués a su pesar. El espectáculo debe continuar.

—Si ignoramos los caminos del Señor —reemprende Sade—, ¿quién se atreve a señalar el camino a los demás? ¿Qué derecho se atribuye? Y, en caso de error, ¿cuál es su responsabilidad?

La lógica de Sade remueve conciencias y vapulea convicciones, pero sobre todo impone mecanismos cuyo secreto engranaje es siempre el teatro. Su filosofía, sus novelas, su propia vida, dividida en actos, ha sido teatro. Y su cuerpo, alambique de ideas y deseos, paisaje biológico de sus pasiones, también es teatro. Nada sucede fuera de ese escenario orgánico. Dios no es necesario, basta el teatro.

Charenton y la Asamblea le han brindado la oportunidad de comprobar la eficacia del mecanismo, aunque este experimento, excesivo e irrepetible, signifique su final. Eso, al menos, sabe y teme Constance, sabe y comparte Coulmier, sabe y espera Royer-Collard. Y sabe Sade mejor que nadie. Un paso más y todo habrá terminado.

—Así que, ¡no perdamos más tiempo! —conmina el marqués al sacerdote—. La voluptuosidad ha sido el máspreciado de mis bienes. Seis mujeres esperan en la habitación de al lado. Te invito a disfrutar de mis últimos momentos... ¡que pasen!

No son seis, sino tres. Y una de ellas coja. Irrumpen en el escenario y caen sobre el aterrorizado sacerdote, alzándole la sotana y derribándolo patas arriba sobre el descuajaringado jergón. Mientras se consuma la violación, el telón se cierra. Nadie quiere parecer mojigato. Exultantes carcajadas y ruidosos aplausos encubren con hipócrita frivolidad el escándalo y la sorpresa. A fin de cuentas, todo es cosa de locos. Se reclama la presencia del autor con el mismo entusiasmo con el que se pedía al verdugo que mostrara la cabeza del

ejecutado. Sade acude y saluda. Impelida por un oculto resorte, Mademoiselle Flore, puesta en pie, lanza un bravo. El poeta Labouisse, verde de envidia, la secunda. Armand de Rochefort, venciendo el rechazo que siente, une su voz a los que siguen el ejemplo de la dama, cuya belleza y sincero arrebató se erige en epicentro del éxito que, a su vez, se convierte en parte del espectáculo. Ahora el autor es espectador, el público lo tiene, al fin, a su merced, los devaneos filosóficos y los sacrílegos exabruptos han sido olvidados si no perdonados, la función está en la platea, los aplausos generan aplausos, los bravos provocan bravos, el agua que mueve la turbina es siempre la misma, recorre una y otra vez el frenético circuito en ininterrumpida aceleración. Si Sade retrocede, le obligan a avanzar, si se retira, a regresar, si permanece tieso, fuerzan la reverencia, disponen de él a su antojo, tiránicos y contentos, y se presta al juego. Sacia por sus poros su sed de revancha, se zambulle entero en un pozo de champán, las burbujas le entran por las fosas nasales y enderezan su tupé. Exuda vanidad. Subido en su silla, François Simonet de Coulmier palmorea en el palco como un niño. No piensa en represalias, pase lo que pase, ha merecido la pena. Hasta los dementes disfrutan y aplauden, contagiados por la mundanal euforia. Su comportamiento es irreprochable. Si no fuera por sus pelambreras y atuendos, la mayoría de ellos podrían pasar inadvertidos en sociedad. Los efectos saludables del teatro sobre hipocondrías, manías y melancolías, pueden resultar curativos. Está orgulloso y feliz. El doctor Deguise también se muestra convencido. No así Royer-Collard, cuyo gesto circunspecto es elocuente. La exacerbación que el espectáculo provoca en los enfermos tiene, a su parecer, nefastas consecuencias, y el oprobio de exhibirlos le causa indignación y vergüenza. Aferrada a la cortina, como a las faldas de su madre, Constance Quesnet llora. Ni ella misma sabe si es de emoción o miedo. En cualquier caso, el viejo Sade, casi ciego, obeso, enfermo y herniado, recibiendo en el proscenio el tardío tributo a su obra, le produce profunda piedad. Para Mademoiselle Flore, en cambio, el marqués es una fascinante atracción de feria en su jaula que, lejos de inspirarle compasión, la excita sobremanera. Auguste de Labouisse, su acompañante, afila bilioso el aguijón dialéctico para, una vez a solas con ella, inocular el veneno de la irrisión y ridiculizar a su contrincante. Se sabe, sin embargo, derrotado de antemano. Incluso el puritanismo acendrado de su vecino de butaca, Armand de Rochefort, ha sido doblegado. Para Flore, una sensación vale mil opiniones.

Al fondo de la sala, en un rincón de penumbra, junto a la puerta de salida, cubiertas las rodillas con un hule cuarteado por el uso y el rostro escamoteado

bajo el ala caída de un sombrero de mosquetero, hay alguien que ha llegado tarde y pasa inadvertido en medio del barullo. Desde su silla de ruedas, escoltado por dos policías de paisano, el inspector Marais ve las cosas de forma diferente. El marqués de Sade ha flagelado y sodomizado a la sala y ahora ofrece su gran culo con desafiante desfachatez. Los locos le importan poco. Al menos, no más que los cuerdos. Ha poseído sus cuerpos y sus mentes, atrapados en la ratonera del teatro, de donde nadie escapa con el alma puesta, que todos dejan, antes de entrar, colgada en el ropero, y olvidan al salir. Sade es el diablo, y él conoce sus trucos. No en vano él también ha firmado un ultrajante pacto que debe cumplir. En nombre de una mujer a la que no volverá a ver. Ni ella ni él acudirán ya a su cita en el cenador del cielo, ambos se saben condenados por Sade al infierno del deseo insatisfecho. Hoy hace ciento veinte días que Mme. de Montreuil ha muerto, bajo la encina centenaria de Echauffour.

EL ESCENARIO vacío y el telón echado, Sade suda entre bastidores. Sus nalgas desbordan el exiguo taburete en el que está sentado. Ante él, Madeleine Lecrerc, a la que conoce desde los doce y ya tiene dieciséis, mantiene la falda alzada y el coño pelado al aire, según prescripción de su propia madre, enfermera y planchadora en Charenton, que ha recibido diez monedas por su ocasional actividad como peluquera. El marqués destapa la bragueta para dejar libre el acceso a sus atributos. La jovencita se acerca y arrodilla. Introduce la cabeza entre las piernas del marqués que desliza su mano por los cabellos hasta la nuca y presiona, reteniéndola contra el vientre.

—Me han dicho que bailaste mucho anoche —le reprocha—. ¡Tu madre me prometió que no volverías a hacerlo!

Madeleine trata de contestar y se atraganta. Emite un gemido ahogado que Sade interpreta como muestra de arrepentimiento. Los dedos se crispan bajo la melena fluctuante, cruje el taburete. La cabeza aprisionada de la muchacha se agita en convulsivo vaivén. Diríase una alimaña peluda y voraz. Precipitadamente, presa de gran agitación, aparece Constance.

—¡Están interrogando a Coulmier y registrándolo todo! ¡He escondido los manuscritos en el colchón de Madeleine!

Madeleine respinga y Sade se abotona. Las dos mujeres se contemplan. Ambas sofocadas y despeinadas.

—¡Ve con tu madre y acuéstate! ¡Di que estás enferma y no te levantes de la cama! —ordena Constance.

La chiquilla asiente, antes de zafarse por la escotilla que comunica la concha del apuntador con el cuarto de planchas, donde suele pasar la noche, tras recibir en la habitación de Sade su lección diaria de caligrafía y gramática.

—Se acabó el teatro, Donatio —musita Constance desolada. Pero el marqués piensa en otra cosa. Su mirada vaga. Le han dicho que Madeleine ha salido del asilo en el transcurso de la representación. No sabe qué le duele más, sí que la chica no haya sido testigo de su éxito o que haya danzado con

chicos de su edad. La fantasía lo atormenta más que la realidad. Ve a Madeleine penetrada por uno, por dos, por tres, por delante y por detrás, aprovechándose otros de sus enseñanzas y de su dinero, con la complicidad de una madre complaciente. Eso lo zahiere y satisface en una mezcla de humillación y placer.

—Madeleine ha vuelto a bailar y... ¡se ha bañado! —se lamenta consternado—. Sabe que se lo tengo prohibido...

—Quieren meterte en una celda para locos furiosos, pero Coulmier les ha dicho que él es director de un hospicio y no un carcelero —le dice angustiada Constance. El marqués maldice.

—Lo encerrarán conmigo. ¡Preferiría mil veces que me enviaran al castillo de If, antes que soportar los ronquidos de ese enano patizambo!

—¡Quieren separarnos! —gime desgarrada, y se abraza a él.

—Si Madeleine no obedece, retiraré la asignación a Mme Leclerc —insiste Sade con senil obcecación.

De las dependencias del hospicio, llega el tumulto de los soldados que efectúan el registro. El militar maniatado, encerrado en un baúl, es liberado. Comienza a impartir órdenes, a diestro y siniestro, blandiendo, cual espada, la tranca de una puerta. Tras romper el cráneo a un soldado, lo vuelven a atar y meter en el baúl. Sus gritos escalofrían a Constance y hacen que, al fin, Donatio tome conciencia de la situación.

—Si me matan, llévate los manuscritos y busca editor. Eres mi heredera.

La idea de morir no lo asusta, pero lo horroriza imaginar a zafios cirujanos hurgando en las vísceras de su cuerpo descuartizado o, lo que es peor, que lo entierren vivo. Lo primero ofende su pudor y estropearía la solemnidad del mutis definitivo. Lo segundo descompondría gesto y pensamiento con mueca y desvarío. Nada que ver con el frenesí de los orgasmos ni con necrofílicos delirios. El marqués desea preservar la compostura en su muerte.

—Cuida de que mi cuerpo no sea abierto bajo ningún pretexto y de que no claven mi ataúd hasta cuarenta y ocho horas después de mi fallecimiento —pide a su compañera—. Y quiero que me entierren en el bosque de Malmaison, comuna de Emancé, cerca de Epervon, en el primer soto a la derecha, y que recubran mi fosa con bellotas y las huellas de mi tumba desaparezcan de la superficie de la tierra, como espero que se borre mi memoria de la mente de los hombres, salvo de aquellos que me amen y comprendan, como tú.

—Pase lo que pase, estaré a tu lado y haré que se cumplan tus deseos, confía en mí, amor mío —promete ella.

En ese momento, con un chirrido de ruedas y un chasquido de tablas, el inspector Marais hace su entrada en escena. Constance se yergue despavorida. El susto se toma en asombro. Cree conocer a ese hombre. Lo conoció en otra ocasión. Lo reconoce. Lo recuerda bien. Sabe dónde y cómo. Es él. Pero ignora por qué está aquí y para qué. Atrás han quedado los títeres descabezados de la Revolución. ¿A quién representa ahora este fantasma del pasado? Le está, en verdad, agradecida. Pero es sólo un cadáver desecado en un féretro con ruedas, y nada bueno augura. La sospecha prevalece sobre la gratitud y la amenaza sobre la esperanza.

—¡Vos! —exclama incapaz de contenerse. El gesto hosco y evasivo del inválido ataja su delatora vehemencia.

—No os he visto nunca —declara.

Sade tampoco da crédito a sus ojos. Se levanta. Se atusa. Recompone el semblante. Recupera la dignidad que el momento requiere. Reencuentra su personaje. El escenario es su sitio, y Marais un intruso;

—Os creía muerto —dice.

—Os sabía vivo —responde el otro. Sade se vuelve a Constance.

—Te presento, Constance, a un viejo policía aquejado de parálisis monárquica que no puede respirar sin meter sus narices en mi culo —dice ceremonioso—. ¡Pongo mis nalgas a su disposición!

—Agradezco el ofrecimiento —replica Marais—, pero no vengo a olfatear vuestro culo, sino vuestra pluma. Apestan por igual.

Constance asiste confusa al impertinente encuentro. Comprende, al fin, quién es el inquietante desconocido que ha salvado de la guillotina a Donatio, el misterioso visitante cuya trémula mano se ha aventurado bajo su falda, la misma mano que condujo al marqués hasta la prisión de Vincennes, el famoso comisario Marais, del que tanto ha oído hablar. Ya sabe quién es, pero sigue sin entender el porqué de su comportamiento entonces ni sus intenciones ahora. Estas últimas, a tenor de los hechos, no parecen dar pábulo a la duda. Dos guardias, con un colchón a cuestas, llegan seguidos de una desconsolada Madeleine. El desaliento de Constance no es menor. El colchón es vaciado, como un saco, y entre polvo y borra los manuscritos caen con estruendo sobre las tablas.

—¿Qué hacemos con esto? ¿Lo quemamos? —pregunta uno de los guardias, con destello de llama en las pupilas. Constance se interpone.

—¡No!

Su súplica se topa con las inescrutables facciones de Marais.

—Llevaos a las mujeres. Quiero quedarme a solas con el señor de Sade.

Madeleine, asustada, se coge a la mano de Constance. Los guardias se las llevan por el foro. Los dos hombres se miran en silencio. Tras el telón, el espacio escénico confiere al obeso marqués histriónica grandeza en contraste con un inspector Marais disminuido en su silla de ruedas. Entre ellos, la pira preparada. Pero el fuego lento de la virtud corrompida ya ha consumido al viejo policía, convirtiéndolo en una raíz carbonizada. En ese momento, se abre el telón.

No ha sido el viento, sino un tal Laujon, hijo de un célebre *chansonnier*. Un idiota que se cree pintor. Ha permanecido agazapado en el foso de la orquesta y, al oír voces y ruidos, ha tirado de la cuerda y descorrido el trapo, creyendo que la función había comenzado. Realizada la maniobra, se precipita sigiloso a ocupar una butaca de platea, erigiéndose en único espectador. A mano alzada, empieza a dibujar en el aire. Su presencia alerta a Marais que, haciendo acopio de sus exiguas fuerzas, se pone en pie. Da dos pasos trastabillante y se arrepiente del alarde. Se detiene.

—Acompañadme —dice—. Necesito hablaros en privado.

La orden es un ruego. El inspector, incapaz de andar, ofrece a distancia el brazo al marqués que no acude en su ayuda. Desairado, intenta avanzar por sus propios medios, pero un temblor generalizado se lo impide. La humillación y el orgullo le sostienen, sin embargo, sobre sus piernas.

—Si tropezáis en los papeles que queréis destruir y os caéis en el teatro que venís a cerrar, vuestro ridículo quedará a la altura de mi reputación —advierte Sade con sorna. Marais no aprecia la broma. Los dos pasos que le separan de la silla son ahora una distancia insalvable. Desiste de retroceder. Opta por permanecer titubeante en el sitio. El loco de la platea traza contornos en la penumbra. La mano se detiene en lo alto al esbozar la trémula silueta de Marais y tiembla, a su vez, contagiada por la agitación compulsiva que sacude al inspector. El bailarín Trenis aparece al fondo del pasillo y se acerca, entre las sillas, silencioso. Su mirada acechante de cazador de mariposas queda prendida en la mano del dibujante que, al verle, hace ademán de retirar el lienzo invisible y se lo ofrece.

—Es una obra maestra —diagnostica petulante—. Llevádselo a Madame de Saint-Aubin y os dará cuarenta mil francos.

—¿Por quién me tomáis? —reacciona Trenis ofendido— ¿Acaso soy vuestro criado? Llevádselo vos mismo, ¡yo no hago recados!

Y se aleja, herido en su dignidad. El grotesco incidente tiene un efecto insospechado. Marais olvida momentáneamente su achaque y consigue dominar las convulsiones. Con patética determinación, da cuatro pasos más hasta apoyarse en Sade.

—Os ruego que me saquéis de aquí —le insta—. Yo no soy un comediante...

El marqués lo contempla con afectada conmiseración.

—Fuisteis un buen jinete —le recuerda cruel—. ¡Montad!

Y le ofrece la espalda. El inspector Marais le echa los brazos al cuello y el marqués, levantándolo por los descamados glúteos, dobla el espinazo para despegarle los pies del suelo, antes de pasarle los brazos bajo los escuálidos muslos y cargárselo auestas, desencadenando el entusiasmo del idiota de la platea, que se pone a aplaudir, mientras el flaco jinete y la gorda cabalgadura desaparecen de su vista. Dando por terminada la función, el ocasional espectador se va, no sin antes recoger, con esmerada simulación, el lienzo inexistente;

En el palco del proscenio, Sade deposita con insospechada delicadeza al maltrecho inspector en un sillón y se sienta, resoplando, frente a él.

—Tengo que confesaros algo que nadie debe saber —acierta a decir Marais, cobrando resuello—. En realidad, hace tiempo que trabajo para una dama que los dos conocemos bien.

Sade frunce el ceño suspicaz, y se anticipa.

—¡Debí suponerlo! ¿Es ella la que os envía?

—Cumpló su última voluntad —precisa Marais. Y del bolsillo interior saca un sobre que retiene en sus manos. El resquicio de luz de sus ojos entornados se proyecta más allá de las sombras del escenario, en viaje vertiginoso al pasado. El recuerdo fulgurante recupera el espacio que la fogosidad de antaño nunca le concedió. Sueltas las bridas, vislumbra la silueta fugaz de La Coste y se ve a sí mismo cabalgando. Cree sentir el azote del aire en su rostro y percibe el olor de la campiña provenzal. Su vida pudo ser otra. Hubiera bastado no acudir a aquella primera llamada de Mme. de Montreuil, y no se encontraría allí, ante un escenario vacío, un montón de manuscritos y una silla de ruedas—. Es para vos —murmura. Sade coge la carta. Comprueba que ha sido abierta y vuelta a cerrar. El sello de lacre está roto.

—¿La habéis leído?

—Como policía la he leído. Como amigo de Mme. de Montreuil, os la entrego.

—¿Y qué quiere ya de mí esa miserable arpía? ¿Por qué tendría yo que tragar sus vómitos después de muerta? ¡Vuestra virtuosa mirada es suficiente! Habéis convertido mi amor por Anne de Launay en adulterio y su deseo en incesto, me habéis hecho pagar mis excesos robándome la juventud, ¿por qué no confiscáis esta carta y la quemáis con mis escritos? ¿De qué nuevos delitos se me acusa? ¿Hacer teatro para locos? ¡Pues que arda también Charenton! Me gustaría haber cometido todos los crímenes imaginados, ¡y, aun así, habría cumplido con creces mi condena! Ahora ya sólo soy culpable de una cosa, seguir vivo, ¡a vuestro pesar! Decidme, inspector, ¿qué nuevas infamias contiene esta carta?

—Leedla.

Penosamente, agarrándose a la cortina, el viejo inspector se pone en pie. Los guardias han reaparecido en el escenario. Marais les hace signo para que lo vengan a buscar. Antes de salir del palco, se vuelve por última vez.

—No temáis, sólo es una metáfora —añade con inusitada tristeza, y se lo llevan en andas.

Sade lo ve cruzar el escenario hasta la silla de ruedas, que uno de sus acompañantes empuja. Hacen mutis. Junto a la funda arrugada del colchón, quedan los manuscritos. Constance y Madeleine los recogen cuidadosamente, colocando las hojas dispersas en su sitio.

El marqués, en el palco, abre el sobre. Extrae el papel. Lo despliega. Saca las gafas. Se las pone. Escruta las palabras escritas con letra demasiado pequeña para sus ojos cansados.

*Querido Donatio, no sé qué razón me impulsa a escribirte, ¡ninguna razón razonable! Por la ventana veo un árbol que es como tú. Nada crece a su alrededor. Las raíces sobresalen de la tierra como los tentáculos de un pulpo. No da frutos, sólo sombra. ¡Me inspira horror! Pero no puedo hacerte culpable de lo que la naturaleza ha puesto en mi jardín, ni de la nefasta atracción que ejerce sobre mí. Quisiera abrazarme a su tronco y alimentarlo con mi sangre, mientras sus ramas me azotan, ¡cómo haces con las putas!, y siento dolor y placer. ¡Demasiado tarde! Me has devorado el corazón, mi alma permanece atada a tu destino. Te entregué a Renée y me robaste a Anne. Has convertido mi vida en un vacío que ya nadie puede llenar. ¿Dónde está Dios? Él no es un árbol como tú, sólo conozco su sombra, tus ramas me ocultan la luz. Piensa en mí. Sólo pido tu perdón. Marie-Madeleine Masson de Plissay, ¡tú suegra!, señora de Montreuil.*

La carta está fechada, en Echauffour, el 13 de mayo de 1783. Tras la firma, hay una posdata.

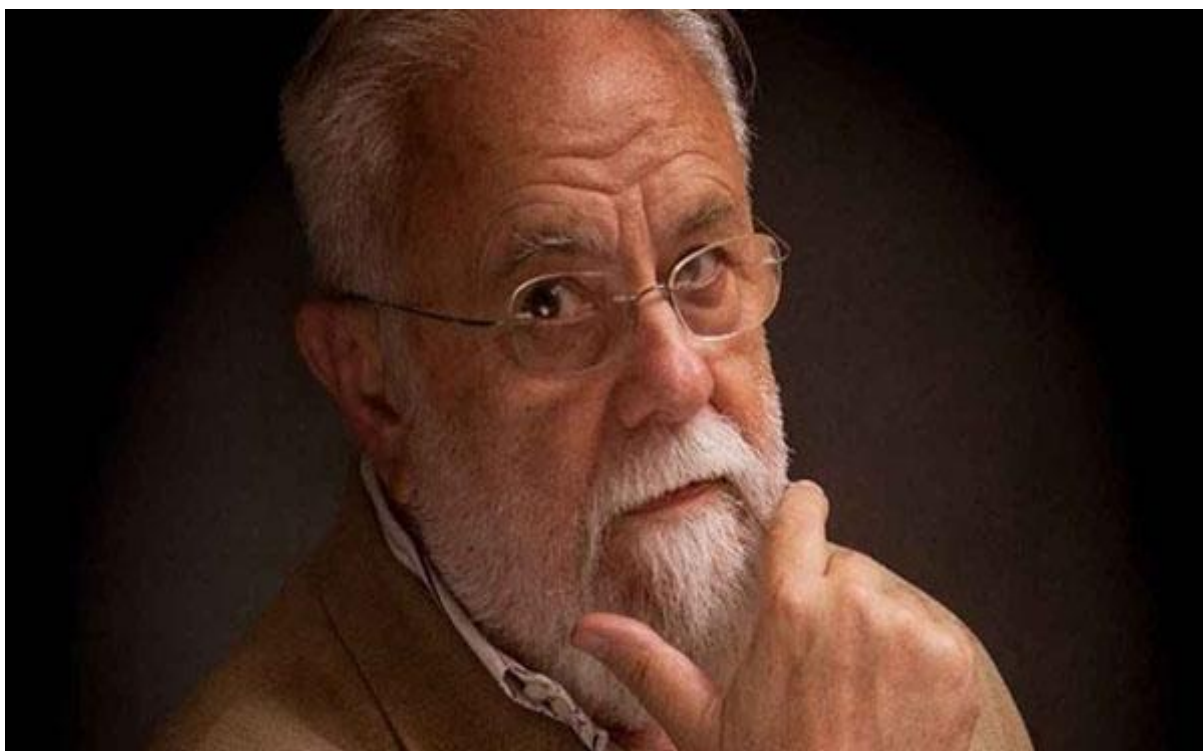
*Hace dos años que nuestra dulce Anne de Launay murió. Renée y yo te hemos ocultado su muerte y quemado las cartas que te escribió. No me arrepiento. Pero, sin duda, es ella la que ahora me dicta esta confesión. Las dos compartíamos, de muy diferente manera, los mismos sentimientos. Yo supe protegerme. Y ella no. Su pasión por ti la destruyó.*

Sade siente posarse una mano en su hombro. Constance, silenciosa, se sienta a su lado. El marqués permanece ensimismado, mientras arruga y estruja la carta en su mano.

—¡Siempre quiso tener la última palabra! —masculla.

En su informe al emperador, Marais da por clausurado el teatro de Charenton y pide la destitución inmediata del director del centro, François Simonet de Coulmier. Pero omite toda referencia a los manuscritos encontrados, y al que celosamente guarda en su escritorio, preservándolo del fuego, para que algunas migajas de la gloria del marqués de Sade correspondan, algún día, al desdichado inspector Louis Marais.

El viernes dos de diciembre de 1814, ocho meses después de que Luis XVIII hiciera su entrada en París, el ciudadano Donatio-Alfonso de Sade, hombre de letras y ex oficial de caballería, muere en el manicomio de Charenton, a la edad de 74 años. Las últimas palabras escritas en su diario son: *Me ponen por primera vez un braquero.*



GONZALO SUÁREZ (Oviedo, 1934) es escritor y director de cine. Estudió Filología Francesa en la Universidad de Madrid. Ha trabajado como actor teatral y como periodista bajo el seudónimo de Martín Girad. Algunos de sus relatos se han adaptado al cine. En 1966 inicia su carrera cinematográfica como guionista y director. Como escritor, destacan las siguientes obras: *De cuerpo presente* (1963), *Operación Doble Dos* (1974), *Gorila en Hollywood* (1980), *El hombre que soñaba demasiado* (2005) o *La suela de mis zapatos* (2006). Entre sus películas más importantes están: *Epílogo* (1984), *La Regenta* (1974), *Remando al viento* (1988), *El portero* (2000).

Sus obras han sido reconocidas internacionalmente con numerosos galardones, entre ellos, el Prix de La Jeunesse del Festival de Cannes y el Premio Especial del Jurado del Festival de Río de Janeiro (1984) por *Epílogo*; la Concha de Plata al Mejor Director en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, el Premio al Mejor Guión del Festival International de Paris du Film Fantastique et de Science-Fiction y el Premio Goya (1988) por *Remando al viento*, y el Premio Luis Buñuel por *La Regenta* (1974). Además ha recibido el Premio Nacional de Cinematografía, la Medalla de Oro de Bellas Artes y la Medalla de Plata del Principado de Asturias.